NOEMÍ JOVELLANOS



LA REINA EN EL CASTILLO DE NAIPES

(ELENA CARRASCO I)

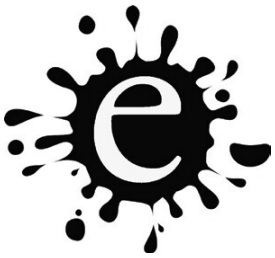
- El pasado es un cuento de hadas que el destino se encargo de reescribir -

ende

NOEMÍ JOVELLANOS

LA REINA EN EL CASTILLO DE NAIPES

(ELENA CARRASCO I)



www.ediciones-ende.com

Primera edición, abril de 2026
© Derechos de la primera edición reservados
© ediciones ende
www.ediciones-ende.com info@ediciones-ende.com
facebook.com/edicionesende twitter.com/edicionesende
Colección: Novela negra, suspense

© Noemí Jovellanos
Edición, maquetación, cubierta y diseño: © ediciones ende Diseño de cubierta © ediciones ende
Impreso en España / Printed in Spain ISBN:
979-13-88180-11-8
Depósito Legal: SE 1371-2026

Reservados todos los derechos. «No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea mecánico, electrónico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright».

NOEMÍ JOVELLANOS

LA REINA EN EL CASTILLO DE NAIPES

(ELENA CARRASCO I)

ediciones ende

A mi familia, la de sangre y la extendida.

Índice

1. LA SENDA 11
2. PRIMEROS PASOS 23
3. AMIEVA 'YE GUAPU' 35
4. LA RUTA 47
5. LO QUE EL MAR NOS DEJÓ 57
6. LA FAMILIA TAMAYO 67
7. EL LABERINTO 85
8. CABEZA ALTA 101
9. CAPÍTULO PAUSADO 115
10. LA RUECA INVISIBLE 135
11. UN CAPÍTULO TRISTE 157
12. IMPORTAR Y APORTAR 179
13. LA SUERTE DE LAS GÁRGOLAS 203
14. TRASPASAR LÍMITES TRAE CONSECUENCIAS 231
15. SOLO LA VERDAD 245

16.

EL SACRIFICIO DE UN CUENTO TRISTE 269

EPÍLOGO 287

1. LA SENDA

Domingo, 8 de marzo.

Corrían las 8 de la mañana cuando el despertador sonó encima de la mesita de noche del lado de Carlos, que dormía plácidamente en su enorme colchón de 1,50. Al momento, sin dejar que sonase más allá de los escasos segundos que le permitían despegar por todo lo alto, lo apagó y acarició a Sonia, su mujer, que aún dor- mitaba plácidamente junto a él. Los domingos eran sagrados para ellos, el único día libre que ambos tenían para hacer planes con María, su única hija. Con 7 años era una gran promesa en el ballet y adoraba las rutas a las que sus padres la llevaban.

Carlos había conocido 9 años atrás a la que hoy en día era su es- posa, en una quedada que organizaba un grupo de aficionados a la naturaleza en Facebook. Fue un jueves cualquiera cuando uno de los chicos del grupo les presentó en una vinoteca, y desde enton- ces el amor floreció, dando como fruto de esa unión una preciosa niña rubia de ojos azules y grandes pestañas que llamaba la aten-

ción allá donde iba. Las escapadas, las rutas, los hoteles rurales y los conciertos de piano eran parte de sus rutinas en los días en los que sus respectivos trabajos les permitían.

Los domingos eran exclusivos para ellos tres, a excepción de al- gún fin de semana que María marchaba a casa de sus abuelos. Era entonces cuando el matrimonio aprovechaba para hacer escalada, senderismos más extremos, o una simple visita a algún balneario o un spa para reponer pilas.

Carlos despertó a su hija. Desayunaron los tres juntos, y, tras po- nerse ropa cómoda, emprendieron el viaje hacia uno de los rinco- nes más mágicos de Asturias. Ese domingo tocaba una muy espe- cial, un lugar mágico donde la mitología asturiana estaba presente a lo largo de todo el camino: El bosque encantado de Beyu Pen.

Una ruta mayoritariamente plana, de 6 kilómetros ida y vuelta, unas 2 horas y media de caminata, perfecta para ir en familia, como era el caso de los Pérez. Para María era la primera vez que visitaba aquel lugar, y ya nada más llegar, en su cara se abrió una gran sonrisa. La niña amaba la naturaleza, y cada ruta para ella era un regalo, una ilusión que disfrutaba cada milésima de segundo. Aquella ruta era sencilla en sus inicios. Después de media hora de senda llegaron a un enorme merendero que les dio la bienve- nida. El momento perfecto para tomar un tentempié, descansar unos minutos, y comenzar el mágico recorrido que los llevaría, ahora sí, a la Ruta del Beyu Pen. Desconocido para María, hacía las delicias de una niña de 7 años con la imaginación desbordada. Repleto de árboles pintados por el artista Julián Bravo, creando seres de la mitología astur únicamente con elementos naturales. Encontraron al Busgosu, un ser semihumano cubierto de mofu — musgos—, las hadas del bosque, conocidas en el lugar como Xa- nas, los pequeños duendecillos, llamados Trasgus, o el Nuberu, que viaja con las nubes descargando tormentas y que representa la fuerza de la naturaleza. Una vez llegados al Bosque del Beyu Pen,

el río que corría a su derecha acompañando al sendero precipitaba en una cascada bellísima que provocó la alegría de la niña.

Era un día especial para María y ese lugar hacía que esbozase una sonrisa en todo momento, logrando que la niña olvidase el cansancio. Amaba el verde, el paraíso natural, su mágica Asturias, tal y como la habían acostumbrado desde que apenas comenzase a caminar, visitando y descubriendo lugares increíbles.

La familia Pérez llegó a un pequeño raso que les sirvió para detenerse un par de minutos a descansar. A pocos metros de ellos, un enorme tronco parecía decirles algo, pero fue la niña quien vio el socavón que tenía la parte inferior del árbol. Si- tuado en una pequeña pendiente, le daba forma de falsa cueva que llamó su atención. María se acercó lentamente al agujero de poco más de un metro de diámetro.

— ¡Mamá, una manzana!

Carlos miró hacia la niña, que permanecía inmóvil junto a la extraña parte trasera de aquel árbol repleto de musgos, y se acercó a ella. Una mano agarraba una manzana blanquina, una variedad asturiana del fruto. El hombre movió las hojas secas que tapaban parte de aquella mano, que estaba a la entrada de aquel aguje- ro. A priori ese hueco no parecía tener profundidad alguna, y sin tiempo a reaccionar a lo que acababa de ver, presa de un pánico extremo soltó un grito ensordecedor.

— ¡Sonia! ¡Saca a la niña de aquí!

El hombre comenzó a ponerse nervioso. La verdad que se ocul- taba tras aquellas hojas secas, en el viejo agujero que hacía de planta -1 de un milenario árbol casi sin vida, revelaba un cuerpo de mujer en un ligero estado de putrefacción. Torpemente sacó su teléfono móvil de la mochila e intentó hacer una llamada. Fue inútil. No había cobertura.

Una hora más tarde...

Comisaría de la Policía Municipal del concejo de Amieva.

Una llamada urgente a través del talkie alertó a los agentes locales Javi Bermúdez y Pelayo Salgado para que se dirigiesen a Beyu Pen. Allí una familia había encontrado lo que parecía ser un cadáver. Los compañeros se miraron atónitos. No entendían por qué tenían que ser ellos los que tuviesen que ir a mirar algo así, habiendo Guardia Civil y Policía Nacional, ya que contaban con departamentos de homicidios o de personas desaparecidas.

La pareja de agentes vivía dando vueltas por los lugares del concejo, poniendo multas o parando turismos, algo a lo que se habían acostumbrado, y en lo demás no tenían, precisamente, demasiado interés. Después de años como compañeros, no hacían nada más allá de eso, así como de escaparse varias veces al día para tomar cafés y leer periódicos en los chigres de la zona. Ana, la dueña del Bar Santi, los conocía demasiado bien desde hacía años y los había apodado en petit comité *"los holgazanes"*, agentes de la ley pagados con nuestros impuestos que no daban un palo al agua, gastando gasolina y no haciendo nada bueno por el municipio.

Aparcaron el coche a la entrada de la ruta del Beyu Pen tras 10 minutos de carrera en vehículo policial. Allí esperaba Carlos, el hombre que había dado el aviso.

— Agentes, mi hija ha encontrado el cuerpo de una mujer medio enterrada en un árbol a más de media hora de aquí.

— Relájese, caballero —respondió Pelayo—. ¿A qué altura? ¿Tiene alguna prueba? No son lugares sencillos para transitar y nuestro tiempo es oro.

— ¿Se está oyendo? ¡Acabo de decirle que hay una mujer muerta!

— Somos policía municipal, nosotros ponemos multas, no resolvemos crímenes. Y sin pruebas no voy a hacer una llamada a los nacionales para informar de algo que no hemos podido ver.

Carlos no podía creer lo que estaba pasando. Había dado el aviso como un buen ciudadano, y aquel par de paletos le estaban poniendo trabas. Perdiendo los nervios increpó al agente que tenía delante:

— ¿Es usted imbécil o se lo hace?

El agente Salgado, sin pensárselo dos veces, y ante la pasividad absoluta de su compañero, que apenas se inmutaba, sacó los grilletes del lado derecho del cinturón y, empujando al hombre con- tra el coche patrulla, lo esposó, haciendo gala de su poder como agente municipal.

— Falta de respeto y resistencia a la autoridad. A tomar por culo.

Sonia gritó. Lo que había empezado siendo un domingo maravilloso en familia se había convertido en una pesadilla. María llo- raba abrazada a su madre. Carlos gritó a su mujer que se fuera a la comisaria de la Policía Nacional a denunciar los hechos, el hallazgo y el abuso de los agentes, mientras los locales lo metían en la parte trasera del coche patrulla, esposado y detenido, aún sin entender muy bien porqué.

Comisaría de Policía Nacional. Oviedo. 14:30h.

Silvia, de administración, llamó a la puerta del Comisario Mauleón.

— Disculpe, comisario. Acabo de recibir una llamada del partido judicial de Cangas de Onís. Una familia ha encontrado un cadáver —leyó el papel que llevaba consigo— en Beyu Pen, en el concejo de Amieva. Mujer, unos 20 años

de edad, a priori sin signos de violencia.

— Otro suicidio… ¿Y qué pintamos nosotros?

— Llevaba una manzana en la mano.

— Eso no responde a mi pregunta.

— Iba vestida como Blancanieves. En un bolsillo de la falda ha- bía una nota escrita a ordenador. Se la leo: *"El cuento acaba de empezar. Solo falta la antagonista de la historia. Inspecto- ra Elena Carrasco, haga su trabajo y el cuento continuará."*

El comisario levantó la cabeza del periódico que tenía delante cuando oyó a su secretaria mencionar a la inspectora.

— Entiendo. Un imbécil con ganas de fama. Llame a la inspectora Carrasco, mándela a mi despacho.

— El único problema es que la inspectora Carrasco está de baja por maternidad, señor.

— Me importa un huevo. Tendremos que saber qué tiene que ver Carrasco con un homicidio en Amieva. ¿Han dicho algo del juzgado?

— Ha sido el mismo juez de instrucción el que se acaba de poner en contacto con nosotros, señor.

— No es nuestra jurisdicción, pero llamando el juez no nos queda más remedio. Que venga Carrasco en el menor tiempo posible.

— A sus órdenes, señor.

Silvia retrocedió dos pasos y cerró la puerta del despacho del comisario. Volvió a su mesa pensando que, una de dos, o el comisario vivía amargado, o simplemente era un ser sin educación.

Puede que ambas cosas. La chica se sentó en su puesto y cogió el teléfono para hacer la llamada que lo desencadenaría todo.

15:23h.

Elena Carrasco se presentó en el despacho del comisario Mauleón con cara de querer estar en cualquier otro sitio menos allí.

Era una joven belleza pelirroja de 34 años con unas pequitas en la nariz que no le gustaban nada, más bien las aborrecía. Desde pequeña siempre las señoras mayores le hacían comentarios y le tocaban la nariz, y creció con esa inquina hacia algo que en realidad le daba un toque especial a su semblante. Elena se caracterizaba por ser una mujer discreta. Criada en Barcelona, aunque asturia- na de nacimiento, quedó huérfana de madre al nacer durante un parto que se complicó. Del padre nunca tuvo noticias, salvo que era minero, inseminó a la mujer y desapareció del mapa. Al no ha- ber abuelos ni tíos que la pudiesen tutelar, acabó en un orfanato. Su suerte cambió pronto, cuando Sebastián y Miri la adoptaron. Habían llegado de la Ciudad Condal hasta el orfanato minero de Asturias, para crear la familia Carrasco-Seguí. Su padre, natural de la península —y del gran Estado— de Yucatán, llevaba cuatro décadas como cónsul mexicano en el distrito barcelonés. Miri, valenciana, marchó de su Benimassot natal para estudiar perio- dismo, siendo en la actualidad directora de un periódico digital después de su paso por dos de los diarios mediterráneos de mayor prestigio. Eran un matrimonio muy respetado en Cataluña.

Desde que Elena era muy pequeña tuvo claro que de mayor quería ser policía y atrapar a los malos, algo que sus padres siempre intentaron que olvidara, sin éxito. Habían luchado mucho por lograr tener descendientes, y, lo que la biología les había negado, lo habían logra- do por otros medios. Ambos eran muy creyentes, y solo pedían una cosa a Dios: Que fuese ella quien los enterrase a ellos, y no al revés.

Con los años, la chica consiguió su propósito, con excelentes notas tanto físicas como teóricas en la academia de la Policía Nacional, y con 20 años ya patrullaba por las peligrosas calles de Barcelona. Tenía claro que eso era solo el principio, quería llegar a ser comisaria.

En la actualidad, con 33 años, había encontrado al amor de su vida, Urko —también inspector en su misma comisaría—, con quien había tenido un hijo, Xabi, apenas un mes atrás. La verdad es que, para ella, a pesar de sus miedos iniciales, todo había salido a pedir de boca. Tras pasar las pruebas, se sacó la plaza de inspectora para la Base UPR, la Comisaría Central de Oviedo. Ello supuso alejarse de su familia y de su gente, de una vida asentada no exenta de lujos que a ella no le decían nada, y, a su vez, acercarse a la tie- rra que la vio nacer y en donde su vida volvería a latir desde cero. En el trabajo conoció el amor de la mano del inspector Ayestarán, guipuzcoano de nacimiento. Un hombre, como ella, dedicado en cuerpo y alma al honor y el deber, habiendo también cumplido su sueño de tener un puesto en la comisaría de Oviedo como inspector.

Mauleón mandó pasar a la inspectora.

— Buenos días comisario, me han llamado con urgencia para presentarme ante usted.

— Inspectora, siéntese.

— Le recuerdo que estoy de baja, señor.

— Pues tendremos que darte de alta hasta esclarecer qué está pasando.

Elena no había tenido una buena noche con el crio y no estaba de buen talante para aguantar tanto misterio.

— ¿Qué está pasando dónde? ¿Con quién? Como comprenderá tengo mis derechos, mi hijo toma pecho…

— No me cuente milongas, inspectora. Existen los bibero- nes, y tiene suegros jubilados cerca.

Elena haciendo ademan de levantarse replicó:

— No es lo mismo la madre que los abuelos.

El comisario Mauleón se levantó de su asiento y le espetó:

— ¡Que se siente!

Bajando el tono y suavizando el volumen le pidió a su inspectora que le dejase explicar lo que había acontecido y porqué era tan importante su presencia allí.

La mujer hizo caso, y sin mediar palabra a pesar de la impotencia que acababa de sentir en aquel momento, se sentó frente al comisario.

— Han encontrado a una mujer muerta —Mauleón sacó de una carpeta que se encontraba sobre su mesa una serie de fotos impresas en no muy buena calidad que le habían entregado momentos antes—. 20 años, sin rasgos de vio- lencia. En estos momentos están buscando más pruebas alrededor de la zona mientras es llevada a que le hagan la autopsia.

Algo en las fotos removió las entrañas de Elena, que se acercó a la mesa del comisario para revisar en detalle las imágenes.

— ¿Aquí en Oviedo?

— No, en Amieva. Bosque de Beyu Pen.

— Ese concejo pertenece íntegramente a la Guardia Civil y a la local. Policía Nacional se encarga de los concejos anexos.

— Excepto —el comisario le enseñó otra fotografía con la nota, que se encontraba dentro de una bolsa de plástico

transparente— cuando aparece algo así y el juez instructor exige su presencia.

Elena leyó la nota detenidamente, sorprendida por su contenido.

"El cuento acaba de empezar. Solo falta la antagonista de la historia. Inspectora Elena Carrasco, haga su trabajo y el cuento continuará."

— ¿Y qué pinto yo en esto?

— Tenemos que esperar a la autopsia, pero, fíjese bien, la chica vestida de Blancanieves, con una manzana a su lado. ¿Qué le parece?

Ella miro bien la imagen que le mostraba el comisario.

¿Envenenamiento?

— Juraría que así es. Por pura lógica.

— Entonces estamos hablando de un homicidio.

— Y el asesino te quiere a ti, por el motivo que sea y que tendrás que descubrir. Por eso estás aquí. La Guardia Civil está de acuerdo con que seamos Policía Nacional quien lleve la investigación y el asesino nos está rogando que seas tú quien lo lidere.

— ¿Desde cuándo se le da a un asesino lo que quiere?

— Desde que hay una chica muerta con tu nombre en el bol- sillo, previsiblemente asesinada. Te quiero operativa des- de ya las 24 horas. Hiciste un juramento, y no sabemos cuántas vidas puede haber en peligro. El asesino quiere continuar el cuento y tú eres su antagonista.



2. PRIMEROS PASOS

Martes, 10 de marzo. 13:48h.

Elena y Urko almorzaban en un local cerca de su casa, en el barrio ovetense de Teatinos, cuando el teléfono de la mujer sonó. Era el comisario Mauleón.

— Elena, definitivamente te necesitamos. Nos dan el caso a la Nacional.

— ¿Para cuándo?

— Para ya mismo. Quiero al inspector Ayestarán contigo, es el mejor de comisaría en delitos de sangre y homicidios.

— ¿Salió la autopsia ya?

— Me acaban de entregar los resultados. Envenenada. Una alta dosis de arsénico.

— ¿Arsénico? ¿Aún se utiliza?

— La víctima tenía en sangre más de 200 miligramos inyectados a través de una vena del cuello.

Elena miró a su marido, que ya estaba terminando su plato, y pidiendo la cuenta. Todo lo que habían supuesto que pasaría acababa de explotar, y tenían que poner en marcha los planes de con- tingencia para dejar al niño con los abuelos.

— Comisario, necesitamos algo de tiempo, tenemos que dejar al bebé con los padres de Urko.

— Tienen una hora. Les quiero en comisaría para recoger el coche que pondremos a su disposición, les acompañará el agente Carreras. Ayestarán y él tienen amplia experiencia y son de mi máxima confianza. Usted está aquí por obligación.

Elena torció el gesto, estaba harta de la misoginia del comisario y de su trato hacia ella desde hacía tiempo.

— Gracias, señor. Me halagan mucho sus palabras.

El comisario ignoró su comentario y siguió ladrando órdenes por teléfono.

— Irán hasta Sames, allí tenemos un piso franco con todo listo, hasta fibra óptica. Por orden de la policía municipal les acompañará una agente con amplia experiencia en la zona. A las 15.00h los quiero en mi despacho para darles más información.

Colgó sin despedirse, como era habitual en él. Elena miró a Urko, que se encogió de hombros y le puso cara de *"esto es lo que hay".* Pagaron la comida, la cual ella no había podido terminar, y pusieron rumbo a casa de los abuelos para dejar a Xabi. En el coche el ambiente estaba enrarecido, no era la primera vez que Urko notaba la distinción que hacía con ella el comisario, y nin-

guna de las veces había hecho nada para poder evitarlo. Elena había pensado a veces si el amor que se tenían era suficiente para compensar todo lo demás. Esperaba que sí. Mientras cruzaba los dedos en su cabeza, llegaron a casa de sus suegros. Los padres de Urko los recibieron, encantados de quedarse con su único nieto, y les aseguraron que no había prisa, y que podían centrarse en ese caso del que no les podían dar ningún detalle.

Comisaría de la Policía Nacional de Oviedo. 15:02h.

Silvia tocó la puerta del comisario.

— Adelante.

— Señor, los inspectores Carrasco y Ayestarán acaban de llegar.

— Dos minutos tarde. Que pasen.

El comisario estaba sentado frente al agente Carreras. Este se puso de pie para saludar a sus compañeros. Mauleón les invitó a sentarse junto al agente. Dos sillas preparadas para ellos a la derecha de su compañero.

— La chica se llama… Perdón, se llamaba Ingrid Tamayo. ¿Les suena de algo?

Los tres negaron con la cabeza.

— Lo imaginaba, pero nunca se sabe. Vamos paso por paso. Anteayer por la mañana, una familia de domingueros fue a hacer una ruta por Beyu Pen. Padre, madre e hija pequeña. Es un lugar para familias, los árboles están pintados y decorados como figuras mitológicas asturianas, un paripé de esos turísticos para que haya algo de turismo. Encontraron

a la víctima, a más de dos kilómetros del inicio del sendero. La niña vio una manzana que sobresalía de la maleza y el padre al acercarse y escarbar vio una mano y el resto del cuerpo. En esa zona no hay cobertura telefónica ni carretera de acceso, quien lo hiciera tuvo que llegar a pie.

El comisario sacó una carpeta del primer cajón de la mesa.

— Aquí tienen toda la información que ha ido recopilando la local de Amieva y la científica de la civil. Desde ahora estamos solos, el caso es íntegro para nosotros. El detonante de ello, la nota, tienen una copia en el dossier. ¿Por qué el asesino exige que sea la inspectora Carrasco quien lleve el caso? ¿Por qué el vestido de Blancanieves en una zona repleta de mitológica asturiana?

— Comisario —interrumpió Elena—. Blancanieves fue envenenada con una manzana, hasta ahí creo que es algo por todos sabido, la ubicación, un bosque. Ha reproducido la muerte de un personaje de cuento. Lo que no sabemos es si el cuento que nos quiere contar el asesino será un serial o me quiere directamente a mí por algún caso en concreto.

— Tal vez deberían empezar por las detenciones y casos cerrados por usted en los últimos meses. Puedes tratarse de una venganza.

La inspectora Carrasco tenía sus dudas. No le parecía una venganza, a priori, hasta tener el motivo de por qué el asesino la había mencionado en la nota. El denominador común del asesinato no dejaba de ser una chica joven con una familia, no Carrasco. Ella podría ser, simplemente, el cebo.

— No sé. Podría ser un eje exponencial, pero pondría la mano en el fuego de que no es así. De serlo, tendríamos un topo,

y, con todo el respeto señor, me niego a creer que haya algún hijo de puta de ese calibre dentro de esta comisaría. Creo hablar en nombre mío y de mis compañeros, incluso de usted, comisario, somos todos de confianza.

El comisario volvió a mirar la carpeta donde se había compilado toda la información.

— Ingrid Tamayo. Empiecen por sus familiares. Era joven, habrá tenido relaciones con otros hombres, amistades falsas, lo típico cuando eres un crío, que tienes de todo a tu alrededor. Investiguen su entorno, redes sociales, etcétera. Sea como fuere, hay que hacer preguntas. ¿Alguna otra duda?

Urko levanto la mirada del archivador.

— Yo, señor — Una víctima. Un escenario. Una nota invi- tando a un protagonista que nadie —miró a su mujer—, con perdón, amor, no lo tomes a mal, nadie hubiese po- dido vaticinar porque, básicamente, es una persona sin enemigos, y hablo de lo personal y con conocimiento de causa, pocas amistades, pero de confianza. Con ella pre- tende seguir el cuento, y pueden ser muchas cosas. Más víctimas, o simplemente que Elena lleve el caso y no te- ner más cadáveres alrededor. El asesino conoce a Elena, directa o indirectamente, y quizá la clave esté en que nos centremos en esas amistades.

Elena se sintió atacada. Había nacido allí, pero casi toda su vida había estado en otra ciudad, en otra provincia, y ella se centró tanto en sus estudios que no había tenido una gran vida social. Se giró hacia su marido.

— ¿Quién, Urko? ¿Quién de mis amistades mataría a una chica para llamar mi atención? Si conocemos a cuatro gatos

aquí. Y tú mismo te contradices, son de confianza, pero hay que investigarlos. No tiene el más mínimo sentido.

— ¿Y en Barcelona? ¿Alguien del pasado?

— ¿Y quién dice que no es alguien que te odia a ti y va a por tu mujer? Tú también tienes un pasado, nunca hemos ha- blado de ello, pero alguna ex novia tóxica, que de esas hay muchas, acaban desquiciadas y por amor, o en este caso, desamor, hacen cosas inimaginables.

El despacho del comisario quedó completamente en silencio. El comisario intervino.

— Inspectores, agente, estamos perdiendo el tiempo en conjeturas. A las 19:00h les espera el agente Pelayo Sal- gado en el ayuntamiento de Sames, y son casi dos horas en coche. Si fuera ustedes me daría prisa en visitar a los familiares de Ingrid Tamayo y viendo los resultados de la autopsia el primer paso sería la familia. El segundo, Amieva, dejen sus gilipolleces personales a un lado. Son policías, y quiero que actúen como profesionales. El juez se pondrá en contacto con ustedes.

— Sí, señor —respondieron los tres—.

Elena se levantó. Acto seguido lo hizo el comisario.

— Salgamos. El coche que les hemos asignado está fuera. Lo he conducido alguna vez y es una maravilla.

Mauleón les llevo a la puerta trasera de la comisaría, y accionó un botón de la llave. Tras él los inspectores y el agente Fer Carreras se miraron, dándose el visto bueno.

— Aquí no se repara en gastos eh, jefe —bromeó el inspec- tor Ayestarán—.

Mauleón miró de reojo a Urko. No le había gustado nada aquel comentario, creando en el inspector un cierto malestar que le obligó a agachar la cabeza.

Un Cupra Raval negro mate, precioso, les invitaba a subirse.

— El depósito está lleno. Autonomía para 447 kilómetros. Lo que reposten, recuerden, factura, o no se les podrá devolver ese dinero. Pasa de 0 a 100 en 6 segundos. 226 CV. Creo que esto es mejor que un regalo, a los demás agentes de paisano no se les está dotando de un coche así.

— Que me lo digan a mí que el mejor coche que nos han dejado de paisano era un Toyota Aygo.

Carreras miro a Urko de pies a cabeza. Era un paisano, como diría su madre, de más de 1,90 de altura y unos buenos 85kg de peso, y no precisamente de grasa.

— Irías encogido —le espetó su mujer para aligerar el ambiente—.

Urko rió afirmando con la cabeza ante sus palabras. En efecto, el inspector, con su altura, y su figura trabajada se había ganado el mote irónico de *'espárrago'*, que algún compañero sacaba a relucir. Las risas se servían como un buffet libre cuando el matri- monio estaba junto. *El punto y la i*, decían algunos. Elena, con su metro sesenta y cinco, no era una mujer bajita, pero la compara- ción entre ellos era odiosa.

Mauleón entregó la llave a Fer, quien haría las veces de conduc- tor. Urko se sentó detrás por decisión propia, mientras Elena entró por el lado del copiloto. Antes de cerrar, el comisario le insistió.

— Ingrid Tamayo, tanatorio de Mieres, allí estará la familia. Sames, Pelayo Salgado, ayuntamiento.

— Sí, jefe, no se preocupe. Sabemos hacer nuestro trabajo.

— Usted le puede dar las gracias al asesino, inspectora, de lo contrario no estaría aquí.

La inspectora Carrasco frunció el ceño. Aquel gordo baboso —le recordaba al jefe McCulo de las películas de Gru y los Minions— ya se le había atragantado en otras ocasiones, pero en aquel momento en su cabeza se vio a si misma sacando la pistola y metién- dole un balazo entre ceja y ceja. Otras veces su imaginación iba más allá, y se veía tirándole a un estanque lleno de cocodrilos, o quizá más divertido, ¡un estanque de pirañas!

¡Pero en qué piensas, Elena, es tu jefe! Miró a Mauleón, sonrió como una niña buena, y en cuestión de segundos el coche se puso en marcha.

Tanatorio de Mieres. 16:28h.

El inspector Ayestarán fue el primero en salir del vehículo al llegar al tanatorio. Su intención inicial era controlar lo que allí pudiese haber. Era conocedor del morbo que podía suscitar a los asesinos asistir al velatorio o funeral de su víctima. El ataúd aún no había llegado, y el velatorio por Ingrid Tamayo estaba programado para las 19:30h. Un fallecido en la sala 2, con media docena de personas a su alrededor. Por lo demás, tanatorio vacío a excepción de la cafetería. Urko pudo ver allí a un chico joven sentado en la barra, solo, con actitud de frus- tración. Entró y se sentó junto al chico. No había nadie más con ellos.

— Te acompaño en el sentimiento.

— No me apetece hablar, lo siento.

— Perdón, no quise molestarte. A veces entre desgraciados que hemos perdido a la persona querida nos podemos ayu- dar, al menos eso he leído. Hasta hoy no había experimen- tado un dolor así.

El chico lo miró de reojo. Ojos rojos, una mezcla de tristeza y odio en ellos. No tendría más de 20 años, pensó el inspector.´

El chico le miró y les contestó, no con muchas ganas.

— Se te ve muy estable y entero El

inspector sonrió tristemente.

— Drogado. Me he tomado varios tranquimazines. Era eso o suicidarme.

— ¿Un familiar?

— Mi mejor amiga.

El chico giró de nuevo el taburete de ruedas en el que estaba sentado.

— Lo siento mucho. Y tendrás más de 30 años, ¿os conocíais de hace mucho?

— Y más de 40, chico. Mi amiga del colegio, mi hermana, madrina de mi hijo, yo también padrino de uno de sus hijos, qué te voy a contar.

— Mi mejor amiga fue asesinada ayer. Y creo que sé quién pudo ser.

— ¿Qué me dices? —Urko marcó sin que se apreciase el #1 en su teléfono, que llamaba directamente al móvil de su mujer, y permitió que la conversación fuese compartida—
¿Cómo es que sabes quién la mató? ¿Y cómo murió?

— Quedó con un tío por Instagram. Me lo enseñó, no me gustó nada, no tenía seguidores, típico troll, le contactó a través de un vídeo en el que salíamos bailando. Ingrid le contestó y se fueron conociendo.

— ¿Puedo verlo?

En ese momento el chico cambio la cara. Urko pensó que se había adelantado. La cara de Elena diciendo *la cagaste* se le vino a la cabeza.

— Eh, un momento, ¿por qué ese interés?

Tenía que pensar algo rápido para salir del lio en el que se había metido él solo.

— Nunca he visto un asesino en persona, es curiosidad por saber si es como dicen en las noticias, que parecen personas normales y corrientes. ¿Se lo habrás dicho a la policía por lo menos no?

— Ni de coña. Se sabrá que fui yo y podría matarme el loco ese. Me siento como si fuese un cobarde, como si tuviese miedo, pero no es miedo, es más bien respeto.

— ¿Y en mí? ¿Confiarías? Soy psicólogo —*De perdidos al rio,* pensó—.

— Por eso no lloras. Eres un profesional. Y te puedes recetar a ti mismo. A mí me han dicho que no me pueden dar nada más, que tengo que pasar el duelo. Está bien, te lo voy a enseñar, pero no se te ocurra decírselo a nadie. A cambio me das alguna pastilla de esas que te has tomado tú. ¿trato?

Urko vio el cielo abierto. Asintió con la cabeza al chaval y se llevó la mano al bolsillo interior de la chaqueta haciéndole entender que ahí guardaba la medicación que le pedía.

El chico sacó el móvil de su bolsillo mientras Urko se acercaba más a él para que nadie les viera. Abrió la app de Instagram y buscó el vídeo. Le mostró la pantalla al hombre. Dos críos bailando, una coreografía más bien fea y poco sincronizada, pero lo importante no era eso. Nombre de usuario @ingridalmadeleona05. La tenía.

12 comentarios, no era una influencer como tal, por lo que no sería complicado dar con el que buscaba, y de paso no sería más descarado con un chico que estaba en un profundo luto. El inspector se levantó y fingió sentirse mal, llevándose las manos a la tripa.

— Lo siento, de repente me encuentro muy mal, necesito un baño urgentemente.

Urko salió corriendo de la cafetería medio encogido. En menos de media hora tenían mucho más de lo que habían pensado sacar de la visita al tanatorio. El chico quedó en shock ante ese cambio tal brusco. *La gente está fatal*, se dijo. En aquel momento salió la camarera. *A buenas horas*.



3. AMIEVA ‘YE GUAPU’

El inspector colgó la llamada y se aproximó al coche. Subió en el asiento trasero y entró en Instagram. Tenía una cuenta, con apenas una decena de seguidores, la mayoría compañeros. No la usaba demasiado, por su profesión tampoco le gustaba airear su vida en las redes. Buscó el perfil de Ingrid mientras le pedía a su mujer que abriera un grupo de WhatsApp con Fer para tener toda la información nueva que fuesen descubriendo. Urko compartió en el grupo, que Elena había llamado *“caso Blancanieves”*, el perfil de la chica envenenada. La última foto tenía ya varios mensajes de pésame.

— En el vídeo donde esta ella bailando con un chico con la boca abierta. Hay que buscar un comentario que ella contestó.

Abrió el vídeo y pinchó en el icono de los comentarios. Era fácil, la mayoría eran comentarios de amigas, y solo había dos comen- tarios de hombres. Uno era claramente el chico del tanatorio. Su

usuario era @erikelvikingodemieres. *Nombre poco atractivo y sin mucho sentido*, pensó Urko. El siguiente era el que estaba buscando.

— Aquí está: *Eres la mujer más hermosa que he visto en mi vida. Daría un brazo por invitarte a un café*. Ella contesta: ¿De dónde eres? Él contesta: ¿hablamos por privado y te lo cuento todo? Y ella vuelve a contestar: *Ok*. Eso es todo.

— Eso no es suficiente, Urko.

— Es un perfil falso. @Sicoestrambotico. Cero fotos y la de perfil es Marty Feldman en *"El jovencito Frankenstein".*

— ¿El pedófilo? —preguntó Elena—.

— No, joder, ese era Jimmy Savile —Carreras respondió raudo, antes de que Urko lo hiciese—. Feldman era el bizco que hizo de jorobado, nada que ver con ese cerdo.

— Ah, vale, los imaginaba parecidos físicamente —Elena se sintió inferior a ellos por un momento y agachó la cabe- za —. Perdón.

— Un cinéfilo de los de antaño —Carreras y Urko cruzaron miradas por el retrovisor—.

— ¿Y solo con eso quedó con él? —Elena intentó que volvieran a centrarse en el caso—. No entiendo a la juventud de hoy en día.

Urko, negando con la cabeza mientras Carreras se encogía los hom- bros, marcó el número de la comisaria para solicitar una orden y así poder obtener los registros de IP y direcciones de aquella cuenta.

Le señaló a Fer el reloj del salpicadero con la cabeza. El agente arranco el vehículo. *Son casi las 5 de la tarde, tenemos dos horas para llegar a Sames*.

Sames. 18:47h.

El Cupra conducido por el agente Fer Carreras llegó al ayuntamiento de Amieva, o al menos eso le marcó Google Maps. Un edificio de tres plantas, pequeño, con apenas tres ventanales por piso, de ladrillo visto, con parte de la fachada pintada de verde. Parecía una biblioteca de los años 70. Allí se encontraba el ayuntamiento, pero alrededor no había nadie esperándoles. El agente local Salgado debería estar ahí para llevarles al piso franco. Elena miró a sus compañeros, en su cara escrito el malestar por el tiempo que preveía que iban a perder.

Pasaron las 19:26h, cuando Urko salió del coche desesperado. Se acercó al edificio para examinarlo. En el coche, Fer y Elena esta- ban estudiando el informe de la autopsia y la información del caso que había conseguido la local. Tuvo que releer tres veces la parte donde explicaban los dos agentes la detención del testigo que dio el aviso. No podía ser verdad. Alegaban resistencia a la autoridad, era surrealista. Esta vio por la ventana a Urko acercarse a la parte trasera, parecía haber luz, que se notaba ahora, que el sol se había puesto. Ayestarán les hizo un gesto de ir a investigar. En efecto, allí atrás se encontraban las oficinas de la policía local de Amieva. El inspector abrió sin llamar. Allí no había nadie. El hombre pre- guntó en alto si había alguien, y entonces una mujer mayor salió de detrás de una pizarra enorme que debían usar como separador.

— Dígame. ¿En qué podemos ayudarle?

¿Podemos? *Ella y quien más,* pensó Urko.

— Buenas tardes. Soy el inspector Urko Ayestarán, de la Policía Nacional de Oviedo —el hombre enseñó la placa—. Hace más de media hora que estamos esperando al agente Pelayo Salgado, pero no ha aparecido.

La buena señora negó con la cabeza a la vez que murmuraba para sí misma y se llevó las manos a la cabeza.

— Ese terco seguro que está borracho otra vez —Le dijo a Urko con total naturalidad ante el gesto desencajado de este—.

— ¿Perdón? ¿En acto se servicio?

— Sí, fío, sí, ye habitual en él. Pero como nadie le corta el bacallau, así nos va. Llevo años diciendo que algún día llegará una desgracia y estos inútiles no sabrán cómo actuar. Imagínese, el domingo encontraron a esa prubitina y este con el otro, el Javi, buen chico pero otro que tal baila, detuvieron al señor que descubrió el cuerpo.

El inspector lo había leído por encima en el coche, sabía que el testigo los había denunciado por abuso policial y arresto indebido. Seguro que no era la forma en la que habían pensado pasar ese domingo en familia. Aun asi le siguió el juego a la buena señora.

— ¿Y dónde está ese hombre ahora?

— Supongo que en su casa, ye que amás no tenemos calabozu. Por no tener no tenemos ná, ni turismo. Y ojo, que Amieva ye guapu, ye precioso y presta pola vida respirar esti aire tan frescu que la naturaleza nos regaló.

— Algo hemos visto en fotos, parece muy bonito, pero no tenemos tiempo para hacer turismo, nos gustaría poder descansar para mañana empezar con la investigación en la ruta del Beyu Pen muy temprano, nada más amanezca.

La mujer buscó en los bolsillos del mandil, que llevaba un teléfono móvil de aquellos llamados ladrillos, de hace décadas, y le dijo que iba a llamar al Pelayo. Urko pensaba que era demasiado mayor para estar trabajando allí —en general para estar trabajando— cuando la

vio buscando en la agenda el número del agente Salgado. ¿Pelayín? Ah, perdona nin —miró a Urko—. Confundime oh.

Marcó de nuevo, pero nuevamente se equivocó, posiblemente al marcar algún número. Era imposible que aquella señora, casi octogenaria y con gafas a la antigua, de aquellas de *culo de botella* pudiese acertar algún número, y el aliento a anís tampoco le daba las mejores sensaciones.

— ¿Me deja a mí? —Urko dio la vuelta a la derecha de la mesa, vio la lista de teléfonos, y al visualizar el de Pelayo, marcó—. ¿Pelayo? Soy el inspector Ayestarán, le estamos esperando desde hace más de media hora.

Al otro lado de la línea Urko escucho un ¡Hostia!, y nada más, pues el agente le había colgado. Se giró para mirar a la pobre señora, le dio las gracias por su ayuda y salió de esa mal llamada oficina.

Se dirigió al coche. Allí esperaban, fuera, Elena y Fer, con cara de interrogación.

— Nada, es la comisaría de los locales, pero mejor ni os acerquéis, podéis flipar.

— ¿Y el tipo este?

— Borracho. Habrá que llamar al comisario. Aquí no hay superiores ni hay nada, una señora con medio pie en la tumba con tanto chinchón en el aliento que si hago yo el test de alcoholemia doy positivo después de unos minutos a su lado. Una pizarra y un baño, y parad de contar. Esa es la majestuosa comisaría municipal de Amieva.

— Debe ser una broma —le dijo Elena—.

— Una pesadilla más bien. Miedo me da lo que habrán hecho con las pruebas. La palabra *contaminación* puede ser un simple chiste.

En aquel momento, un hombre con evidentes signos de alcohol en sangre les gritaba desde el inicio de la calle principal de Sames. Iba *corriendo* —con todas las comillas imaginables— hacia ellos, si es que a esas eses se les pudiese llamar correr.

— ¡Eh, los polis! ¡Amieva os da la bienvenida!

Elena se echó las manos en la cara. El comisario, mal rayo le partie- se, les había puesto por medio de la local de Amieva a este agente que parecía sacado de una batalla de chupitos en la investigación.

— ¡Bienvenidos a Amieva! —seguía gritando el hombre mientras intentaba abrazar a sus nuevos compañeros, uno por uno, ante sus caras de incertidumbre— Lo primero vamos a conocer el bar…

Urko cortó por lo sano aquella dantesca escena.

— Agente Salgado, soy el inspector Urko Ayestarán.

El agente puso cara de asco y, girando dos veces sobre sí mismo, encaró al inspector.

— Uy, vasco, ¿etarra? —Urko ya no tenía paciencia, había escuchado esa coletilla demasiadas veces y no estaba para guardar las formas—.

— Policía, imbécil. Inspector para su información. ¿Usted se va a tomar esto en serio? Porque, tenga por descontado que vamos a emitir una queja formal contra usted, agente de servicio en estado de embriaguez.

— Eh, bocachancla, estoy fuera de servicio desde las 6.

— Mientras haya una investigación en curso, nadie está fuera de servicio, somos policías las 24 horas del día. Mire, necesitamos las llaves del piso, nuestro comisario nos dijo que usted las tendría.

— Puff, estarán en casa de mama. O no, a ver aquí —sacó un manojo de llaves del bolsillo derecho del pantalón—. La del ayuntamiento, la de comisaría, la del bar…

— ¿La del bar?

— Sí, cuando está cerrado ya lo abro yo y les ahorro trabajo. Hay confianza.

— Agente Salgado, esto es inadmisible. Voy a enviar una queja a su superior.

— ¿Superior? —el hombre echó a reir—. Aquí no pone el Principado un céntimo, bastante que hay tres sueldos en la Policía Municipal… Y un coche. Teresita en la central, y Javi Bermúdez y yo. Las órdenes de arriba vienen de Oviedo, hacen y deshacen a su puta bola —el agente se echó ligeramente a llorar—, y es angustioso, solo estamos aquí para ver la vida pasar y al hoyo como está *mandau*.

Urko le ofreció el hombro, y este comenzó a llorar con mayor efusividad. Ebrio y cada segundo más repleto de mocos, que se limpiaba sin disimulo alguno con la chaqueta del inspector. Quitándose la chaqueta con cara de asco, este encaró al municipal. Era el momento de dejar las cosas claras.

— Mira, cacho de mierda, hemos venido desde Oviedo a investigar un crimen, una chica ha muerto en tu territorio, y mañana a las 6 de la mañana vamos a ir hasta el lugar del crimen, contigo o sin ti. Que te quede claro, inútil de los cojones, que si es sin ti me voy a encargar de primera mano de que te jodan la vida y no vuelvas a patrullar jamás. Buenos sí, pero no te confundas, no somos tontos. Te van a meter un puro tan gordo, que quedarás marcado para toda tu puta vida. Ahora, ¿estás con nosotros o contra nosotros?

El hombre se encogió de hombros, dejó de sollozar, y se puso serio.

— Lo siento, agente.

— Inspector. Mi compañero es agente, aun así es un superior para ti. Eres la última mierda, aunque estés en tu puta casita.

— No volverá a pasar, dijo, sorbiéndose hacia dentro. Carreras se giró mientras se aguantaba la risa mientras Elena se mantenía impasible.

— Las llaves —exigió el inspector Ayestarán—.

— Teresita, las tiene mi compañera —señaló con el dedo a la minúscula comisaría—. Allí.

— Mañana —Urko señaló al agente con el dedo a escasos centímetros de su cara— a las 6 de la mañana aquí. Ni un puto minuto más tarde o te vas a cagar.

Elena miró al agente. En parte le dio pena, era un hombre de no más de 30 años que estaba alcoholizado, y aquello era un tema serio. Esta se acercó a él.

— Pelayo, soy la inspectora Elena Carrasco —le estrechó la mano, siendo correspondida por este—. ¿Dónde podemos cenar algo antes de ir a dormir?

— Casa Santi, es el bar donde voy siempre, calle paralela a esta, por detrás, hacen comida casera, buena, de calidad, y barata. Hay dos bares más pero como les multé por no querer pagar el suplemento de la terraza, no me quieren ni ver, así que no los recomiendo.

Urko contestó.

— Normal…

— ¡Urko! —Elena le cortó, chasqueando los dedos delante de la cara de Salgado—. Pelayo, mírame. Vamos a ir a cenar allí, después iremos al piso a dormir. Necesito que me dejes ayudarte. Vete a casa, come algo y acuéstate. Dé- jame tu móvil desbloqueado —este hizo caso—. Alarma 5:15. Tiempo de sobra para ducharte y desayunar. Es muy importante que cumplas, dime que lo harás —este asin- tió—. Perfecto. Ahora a casa. Vives con tu madre, dijiste antes —él volvió a afirmar con la cabeza—. Que te prepa- re algo para cenar, o directamente a la cama, confío en ti.

— Gracias, inspectora.

El agente dio media vuelta y desapareció más allá de aquella ca- lle que conducía al ayuntamiento. Urko fue a por las llaves del piso franco, sabía que la tal Teresita necesitaría ayuda para poder dar con ellas. Primer cajón. El llavero despejaba toda duda: *'piso polis de fuera'*. El inspector pensó que aquello era algo así como *originalmente oficial, u oficialmente original*, una cámara oculta, aunque no pudo contener la risa por unos ligeros momentos.

Se dispusieron a cenar en Casa Santi, cuando el teléfono de Elena sonó. Era un número largo. Se excusó y salió del local.

— Inspectora Elena Carrasco… Sí, encantada, señor… Ape- nas hemos llegado hace un rato, con algún que otro bache por el camino, pero todo bien… En principio pretendía- mos hacer la ruta mañana bien temprano hasta el árbol donde encontraron a Ingrid Tamayo… A las 6 de la maña- na… De acuerdo, señoría… En el ayuntamiento… Perfec- to, tenga buen descanso. Buenas noches.

Elena volvió a entrar y se sentó junto a sus compañeros.

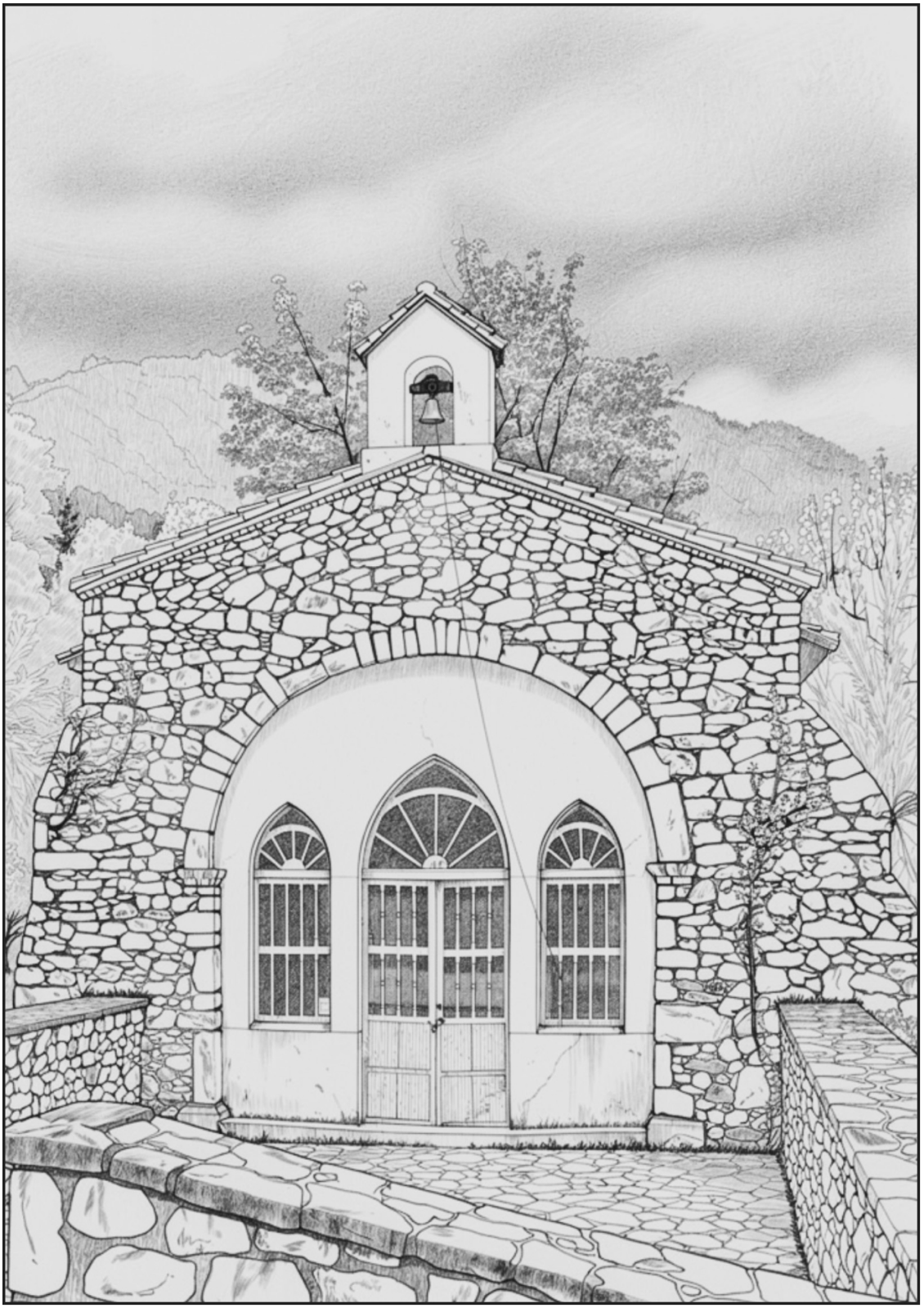
— Era el juez de instrucción. Emilio García de Mesa, del juz- gado de Cangas de Onís.

— Aquí ni siquiera tendrán juzgado, viendo lo que tienen por ayuntamiento.

— Uno de paz, en el mismo ayuntamiento, ya lo miré an- tes. El alcalde casa y poco más. Propongo cenar e irnos a dormir, se nos está haciendo tarde y cuanto más des- cansados estemos mañana será mejor para todos, que tú —miró a Fer—, sin ofender, estabas trabajando de con- tinuo pero nosotros estábamos de baja por paternidad y necesitamos ponernos las pilas.

Fer rió, les entendió perfectamente. Sus últimas vacaciones las había cogido el verano pasado, era un treintañero sin cargas, pero aun así, después de unos días fuera, volver al cuerpo, a una profe- sión de riesgo como era la suya, no era fácil. Cenaron rápido, casi sin hablar y fueron hacia el famoso piso franco. No estaba mal, estilo rustico, le faltaba una buena limpieza. 3 habitaciones. Una pena que solo hubiera un baño, pensó Elena, pero qué se le iba a hacer. Habían estado en sitios mucho peores, y ninguno de los tres tenía remilgos cuando había trabajo por delante.

El agente Carreras se metió en una de las dos habitaciones, que tenía una cama individual, dejando al matrimonio la más grande. Se dieron las buenas noches. Ninguno tenía ánimo para nada más que intentar descansar, y se emplazaron para el día siguiente. Ha- bía un asesino al que dar caza, y por ahora ninguna pista sólida.



4. LA RUTA

Miércoles 11 de marzo. Sames. 05:53h.

Los inspectores, junto con el agente Carreras, esperaban en el Cupra con las ventanillas subidas y la calefacción puesta. La niebla apenas permitía ver nada a su alrededor, y la noche no había supuesto el descanso deseado para ninguno de ellos. Cuando llegaron al piso, lo encontraron lleno de polvo, con los colchones húmedos y apenas ropa de cama. El tan deseado descanso había sido imposible. Durmieron con la ropa puesta y los abrigos por encima para no pasar tanto frío. La única no- ticia positiva, la cafetera de cápsulas de la cocina, que funcio- naba y estaba bien surtida. En poco más de media hora habían tomado ya cuatro o cinco cafés cada uno antes de ponerse en marcha. Carreras tomó nota mental de no hablar con la ins- pectora hasta que no se hubiera tomado el primer café, ya que, según las malas lenguas, incluida la de su marido, no era una persona de buen humor mañanero.

El reloj marcó las 6 de la mañana y Fer decidió salir del coche a fumar un cigarrillo. Este hacía muecas de frío helador. No hacía falta verlo, lo habían experimentado al salir del portal, y, aunque dentro del coche se estaba bien con una temperatura adecuada, el exterior mostraba el frío de aquella zona asturiana cercana a los Picos de Europa: horror gélido hasta mínimas a las que aquellos tres urbanitas no estaban acostumbrados.

Desde el interior, Elena y Urko vieron al agente saludando a alguien, que ellos desde dentro no podían aún identificar. La inspectora rezaba porque fuese Pelayo. Le daba pena el chico y, de alguna manera se sentía en la obligación de protegerle, aunque este ya fuese mayorcito para valerse por sí mismo y saber dónde estaban los límites. El agente hizo un gesto a sus compañeros para que salieran del vehículo, pero algo en su rostro le dijo a Elena que el que llegaba no era Pelayo. El matrimonio salió del coche.

— Mirad, es el juez instructor, Emilio García de Mesa.

Elena estrechó la mano del hombre. El hombre, efusivo, también le dio dos besos en las mejillas a la inspectora, que se tensó ante ese gesto innecesario de cercanía ante un reto profesional. Urko, al no- tarlo, y con ánimo de separarlo de ella, le tendió su mano al hombre.

— ¿Pelayo Salgado? Preguntó el juez.

— Tengo mis dudas de que venga. No lo conocimos ayer en su mejor momento —Fer respondió enseguida al magistrado, sin dar tiempo a los demás a contestar—.

— He pedido su colaboración porque conoce toda la zona como nadie, pero ya había escuchado rumores de alcoholismo y falta de profesionalidad. Amieva es un concejo muy pequeño, a nada que te voten 30 monos ya eres alcal- de, y ya se sabe, el enchufismo es inevitable.

El juez sonrió, aunque nadie le acompañó en su afán por resul- tar un tanto gracioso. Urko decidió que no iban a esperar más por Salgado, e interponiéndose entre Elena y el juez, empezó con el trabajo policial.

— El levantamiento del cadáver, lo hizo usted, intuyo.

— Soy el único juez de instrucción en un radio de tres conce- jos, dígame, inspector, ¿qué cree usted?

— ¿Y el informe del forense? ¿Fiable?

— Verá. Ustedes estaban de baja y cuando procedí a firmar el levantamiento del cadáver y pedir un informe forense completo no disponía de los medios necesarios. La Guar- dia Civil quería llevar el caso, pero la nota era demasiado evidente, quería a su mujer, a la inspectora Carrasco, asi que no me quedaron muchas más alternativas como podrá suponer. Aun así hemos logrado tener ese informe en el tiempo acordado con sus superiores. Fiable al 100%. Por cierto, enhorabuena a los dos por su reciente paternidad.

Elena sonrió encogida de hombros y agradeció aquellas palabras. Los inspectores habían oído hablar del magistrado. El juez García de Mesa se caracterizaba por ser un hombre honesto y compro- metido con la justicia, con un gran sentido del humor. No era muy alto, poco más de 1,75m, por lo que no imponía demasiado a bote pronto, pero era un hombre atractivo, con un físico cuidado que el chándal y la chaqueta de nieve no disimulaban. *Está operado de la cara*, pensó Urko. Desde que había empezado su historia con Elena esa era la primera vez que el inspector sentía celos, o quizá no tanto, solamente algún sentimiento parecido a ello. Tal vez simplemente eran las horas tan tempranas y el hombre, dicho era de paso, era un tanto insoportable y prepotente. *Jueces…*

6:13h.

Elena suspiró. Pelayo llegaba, tarde, pero llegaba. Mejor eso que nunca haber aparecido. El juez saludó al policía municipal, y sugirió subir al coche y emprender el rumbo hasta Beyu Pen sin mediar mayor palabra, algo en lo que todos estuvieron de acuerdo, y así evitar mayores complicaciones ni malestares profesionales o per- sonales. Estar un minuto más a la intemperie con el temporal que se había desatado tampoco era la mejor manera de pasar la mañana. Fer se había encargado de añadir Android Auto en la pantalla del coche y, enlazando su cuenta de Spotify, fue el encargado de po- ner música durante el trayecto. Poco más de un cuarto de hora les llevaba ir desde Sames hasta el inicio de la ruta. Una lista de repro- ducción de buena música les amenizó el viaje. Por aquella Playlist sonaron *Precious*, de *Depeche Mode*, *Love will tear us apart*, de *Joy Division*, o *LoveSong,* de *The Cure*. Con estos últimos, el coche llegó a destino, y la canción quedó a medias. Una pena, pensó el juez, le hubiese gustado escuchar entera aquel clásico de la banda liderada por Robert Smith que hacía mucho que no escuchaba.

Faltaba un minuto para las 6 y media cuando sus ocupantes salieron del Cupra. El coche lo habían dejado lo más cerca posible del inicio del sendero, a poco más de dos metros. Todos llevaban ropa y calzado adecuado, pero el frio y el viento no invitaban precisa- mente a salir del coche.

— Tranquilos —dijo el juez De mesa—, lo peor está hecho, el domingo tuve que hacer este trayecto también caminando. Los del servicio de emergencias sí que pasaron penurias, que no podían sacar el cadáver ni en helicóptero y tuvieron que volver caminando llevando el cuerpo entre dos e incluso entre tres. Una odisea por lo que contaron,

uno de ellos que era el que conducía, un gordo que se debió caer varias veces.

El juez reía, pero, una vez más, sus compañeros no le encontraron la gracia. Aquella ruta no era lo más peligroso del mundo, pero sabían que sin el calzado adecuado, se puede convertir en una pesadilla.

Emprendieron la marcha, a pesar de que aún seguía oscuro y apenas comenzaba a amanecer. Las linternas solo mostraban una parte de Beyu Pen, algo que a Elena le iba sorprendiendo conforme avanzaban por el sendero. Los árboles pintados, en aquel paisaje nocturno, daban una impresión excitantemente sobrenatural, como si estos estuviesen vivos. Tras casi media hora de caminata sin descanso, llegaron al árbol. El paraje era impresionante. A un lado, un pequeño riachuelo, al otro un árbol centenario, tal vez incluso milenario. Dicho árbol se encontraba a dos alturas, algo insólito que no habían visto antes, no al menos si lo pensaban a priori. La parte inferior daba la impresión de ser una cueva, pero no era más que una parte de los bajos del árbol, donde las raíces se habían abierto y la naturaleza no tuvo más que hacer su magia. Dieron por hecho que aquel era el lugar donde se había encontrado el cuerpo sin vida de Ingrid Tamayo. La espectacularidad del lugar, empañada por la tragedia ocurrida tres días atrás. Irónica y triste combinación.

— ¿Peinaron toda la zona? —Preguntó Elena—.

— Sí, inspectora —respondió Pelayo—. Lo miraron todo.

— Señoría —miró al juez—, le preguntaba a usted.

— Dos unidades de la científica de la Guardia Civil buscaron cualquier prueba que nos pudiese servir, pero el asesino fue muy cauteloso, no hubo hallazgos, ni una huella dac- tilar, sin pisadas útiles ni otros rasgos que pudiesen haber- nos sido vitales en la investigación.

— Tuvo que traer el cadáver hasta aquí.

— Negativo, encontraron huellas de las zapatillas de la chica, las únicas que pudimos cotejar, están por varios puntos específicos de la ruta, algo que, entre el temporal y las personas que pasaron era imposible preservarlas todas, no obstante, sabemos cómo pudo ser. La víctima conocía al asesino y la atrajo hasta lo más profundo del sendero.

— Señoría —interrumpió Urko—, ayer supimos que el asesino y la víctima se escribieron por Instagram, primero por medio de un comentario público en un vídeo, después creemos que mediante conversación privada. Ya hemos pedido al comisario que nos consiga la orden para poder acceder a la cuenta.

— Yo mismo me encargaré de dar las órdenes que sean nece- sarias, ¿de acuerdo? Cualquier petición se tramitará a través de mí. Si a lo largo de la mañana no sabemos nada, veré si necesitamos más apoyos. Estarán de acuerdo conmigo que cuanto antes podamos solucionar este caso mejor para todos.

Una vez hubieron revisado la zona, se dispusieron a volver al coche con los primeros rayos de sol.

Era de vital importancia contactar lo antes posible con la brigada de expertos tecnológicos para esclarecer la comunicación entre Ingrid y su asesino.

Llegando al coche, la cobertura volvió y los teléfonos móviles comenzaron a sonar casi a la vez. Eran mensajes de llamadas perdidas, o SMS de urgencia para ponerse en contacto con el comisario Mauleón. Elena fue la encargada de contactar con él.

— Comisario… Lo siento mucho, la zona donde apareció la chica no tenía cobertura de ningún tipo… ¿Qué? ¿Cuán-

do?... ¿y qué hacemos?... Puff, de acuerdo, jefe… Le lla- mo de nuevo cuando estemos de camino. Gracias.

Elena se tomó unos segundos para coger aire ante la expectación y el agobio que sintió a su alrededor. Se giró hacia sus compañeros y les soltó una bomba que Urko ya intuía por el semblante de su mujer.

— Ha aparecido otro cadáver.

Elena se puso pálida, antes de echar las manos a la cabeza y doblarse hasta acabar en cuclillas.

Urko se puso a su altura, cogió sus manos que tiraban de los mechones de su cabello y le habló muy despacio.

— Respira. ¿Lo que nos acabas de decir tiene que ver con la investigación?

La inspectora asintió con la cabeza, despacio, intentando enfocar la vista y alejar las náuseas.

— Castropol. Hay otra nota —miró a su alrededor, clavando su mirada fija en el juez—. ¿Usted sigue con nosotros?

— Tomé las riendas de la investigación, claro. Tengo la opción de pasarle el caso al juzgado de Siero o de Oviedo por ser los más *'centrados'*, por asi decirlo, de Asturias, pero no tenía pensado hacerlo. ¿Qué más sabe?

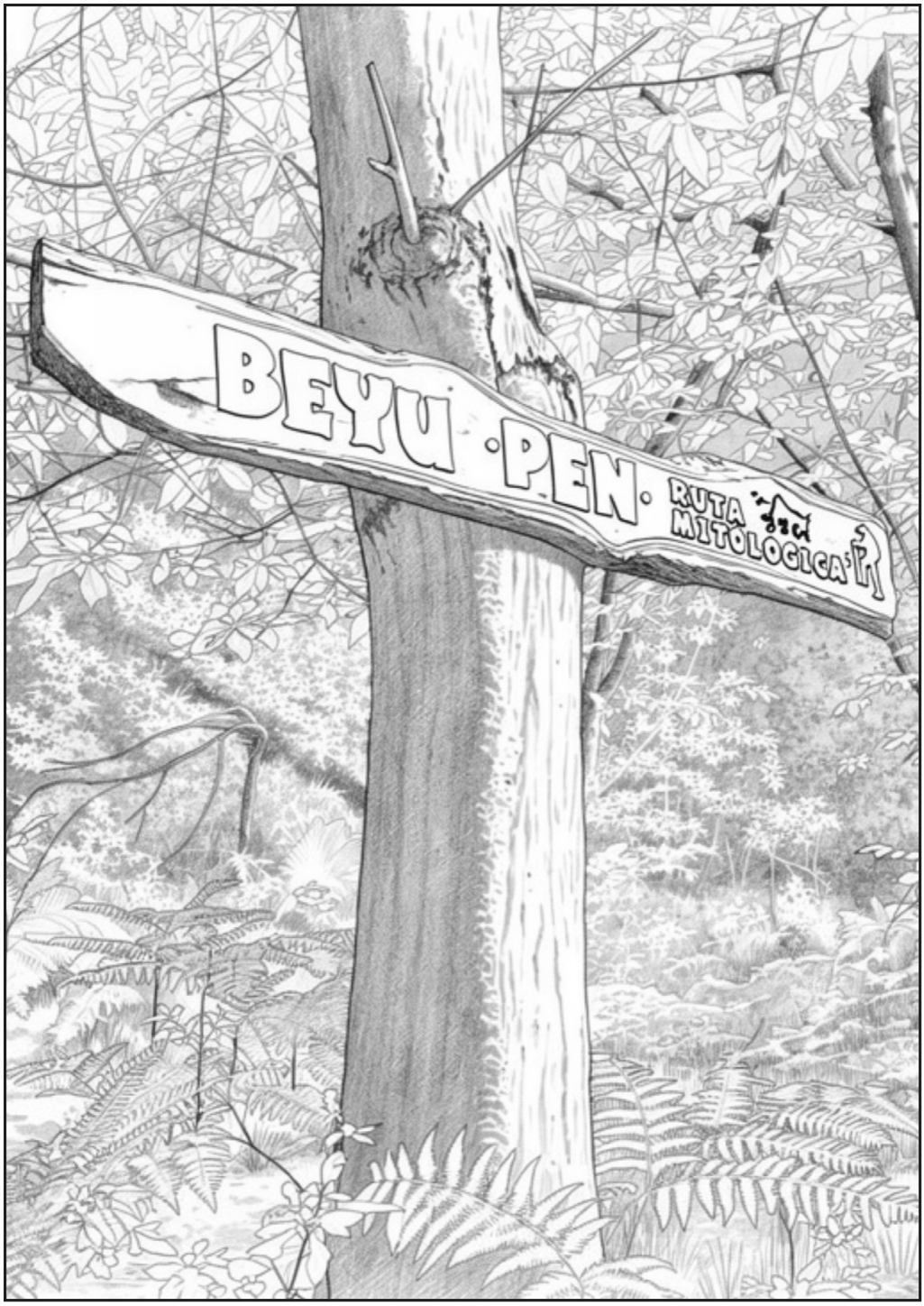
— Nada más. Llamaré de nuevo cuando estemos de camino. Pero parece ser que el asesino nos quiere en movimiento, de un lado a otro. De Oriente a Occidente. Está jugando con nosotros, y algo me dice que esto solo acaba de empe- zar. El cuento ha comenzado.

El juez entró en el coche e hizo una llamada. Los demás espe- raron fuera. Fer encendió un cigarro, y Elena, ante la negativa

silenciosa de Urko, le pidió uno. Había dejado de fumar durante el embarazo, pero la tensión del momento, le pedían unas caladas sin piedad. Al poco salió el juez del Cupra.

— Blancanieves fue el principio. Ahora ha querido inspirarse en *"La Sirenita"*. Una chica asesinada con un tridente. Y otra nota dirigida a usted inspectora. Me van a mandar la imagen —el teléfono de García de Mesa vibró—. Aquí está: *"Mi muy querida inspectora Carrasco, siga atenta- mente el cuento, porque solo descansan las falsas deida- des. Del bosque al mar, del mar a la mesa, acompáñame en este cuento a través del laberinto, donde el gato per- seguía en vano a Alicia. Allí te desearé un feliz no cum- pleaños. ¿Quién ganó? La Reina. Siempre gana la Reina. Feliz no cumpleaños, mi querida princesa"* Y varios co- razones rojos pintados alrededor. Bastante chapuceros, un niño sin ganas no lo hubiese hecho peor. He exigido que me esperen para el levantamiento del cadáver. Este caso es definitivamente nuestro. No deberíamos hacer una sola parada hasta llegar a Castropol. Allí está el escenario.

Fer obedeció sin mediar palabra. Pelayo quedó fuera del coche, nadie le hizo el mínimo caso. Aquello superaba sus límites, por lo que, si le preguntaban, aquel nuevo cadáver le venía muy grande. Se dio la vuelta para volver al pueblo, agradeciendo a cualquier Dios que estuviera escuchando el que se hubieran marchado sin él. Había cosas para las que no servía, y el trabajo era una de ellas.


BEYU · PEN ·
RUTA
MITOLOGICA

5. LO QUE EL MAR NOS DEJÓ

Playa de Peñarronda, Castropol, 09:47h.

El islote de Piedra Castelo, situado en mitad de la playa, dejaba una postal inusual. El asesino había aprovechado la bajamar para aposentar allí el cadáver. Según se podía apreciar, el mástil de un tridente sobresalía del cuerpo de la chica, como una gamba pinchada por un tenedor. Todo ello delante de la citada isleta con forma de mirador. Un entorno natural idílico para una escena con un denominador común más allá de la muerte: el morbo por mostrar su obra.

La inspectora se adelantó al resto, seguida por el juez. La playa ya estaba completamente cerrada al público, y tuvo que enseñar su placa a unos compañeros de la Guardia Civil que acordona- ban la zona para llegar al escenario. Aquella estampa comenza- ba a oler a asesino en serie. García de Mesa se mantenía firme, sin apenas separarse de Elena.

— ¿Dónde se encontró la nota?

Uno de los guardias civiles, que se había acercado al ver al juez, les puso al corriente de todo lo que habían encontrado.

— El sujetador de conchas, sobresalía y lo sacamos. Parece una escena de la sirenita, fíjense bien.

Ambos se acercaron impactados. Junto a la chica había una langosta y un pez amarillo, ambos muertos.

— ¿Sebastián no era un cangrejo? — Preguntó el juez a Elena.

— Era más bien alargado. Podríamos estar ante un narcisista, un ególatra que precisa seducir mujeres y obsequiar al mundo con su obra de seducción, de manejo de la situación, la que acaba en muerte. A Blancanieves la envenenó, aquí ha querido jugar sin límites, y parece que la ha asesinado con un arma blanca. Veremos en la autopsia si fue sedada antes o llegó aquí por… —la inspectora miró a su alrededor— ¿Huellas? Aparte de las nuestras. En Beyu Pen había de ambos, asesino y víctima.

Urko, que llegaba junto a ellos miró alrededor, la cantidad de huellas que veía eran ilimitadas, además de que la chica en sí no tenía pies.

— Lleva una cola de pescado, no pudo venir andando. La pudo traer en brazos. Pudo montar un momento romántico.

— ¿La sedujo y la trajo como si fuese el príncipe Eric? Ja —Elena ironizó—.

— Es un suponer. Para mí tiene sentido. Seduce mujeres, las lleva despiertas y enteras al punto en el que las va a matar, recrea una escena de cuento y culmina su obra asesinando a sangre fría a la víctima. Necesitamos datos de la sirenita. ¿Señoría?

— Sí, claro, todo adelante. Veremos si encajan las piezas. Y debemos realizar un perfil del asesino, conseguir el acceso

a la conversación que tuvo con Ingrid, necesitamos saber si hay más, podríamos salvar vidas.

— Descuide, ahora llamo al comisario, si no avanzamos, se encarga usted.

— Tutéame.

La inspectora lo ignoró.

— Hago mi trabajo, señoría. Necesito la nota, si le parece bien, las dos. Blancanieves y La Sirenita.

García de Mesa asintió con la cabeza.

Una vez recabaron pruebas, lo que les llevó un par de horas, Ele- na decidió que lo mejor era separarse del grupo. Marcharon hasta Oviedo y allí la inspectora pidió al comisario otro coche. Debían interrogar a la familia de la primera chica, Ingrid. Y necesitaba un rato a solas para ordenar su cabeza.

— Necesitamos saber si alguien podría tener algún rencor contra la familia, si la chica se juntó con personas equivo- cadas en su vida, y necesitamos las conversaciones de los privados en Instagram. La IP podría darnos con el asesino.

— ¿Y tú qué vas a hacer?

— Llevaré a su señoría a Cangas.

El juez interrumpió.

— Pido un transporte, no hay problema en eso. Lo paga el estado —hico un ademán de sonreir y sacó una tarjeta que entregó a Urko—. Solo les pido que me mantengan in- formado. Si necesitan la orden para esos privados, solo tienen que pedirla.

Elena agradeció el gesto, tanto la orden como el no tener que llevarlo hasta la otra punta de Asturias. Necesitaba soledad. Apenas había pasado un día sin Xabi y lo echaba de menos, por lo que llamó a sus suegros. Todo estaba bien.

Los padres de Urko, jubilados, habían cambiado su Orio natal por Olloniego, un pequeño pueblo perteneciente al concejo de Oviedo. Compraron una casita de campo asequible, con terreno para plantar lechugas y pimientos. Mikel y Amagoia, los suegros de Elena, habían tenido una vida complicada. La posguerra llenó millones de hogares de hambre y miseria, y Mikel no fue ajeno a ello. Su esposa trabajaba en las tareas del hogar, e intentaron ser padres una y otra vez, sin conseguirlo. Franco murió y con él un calvario de ansiedad, nervios y falta de salud y fue entonces cuando pudieron concebir a Urko, su mayor tesoro, casi en edad de riesgo. Mikel se deslomó en la construcción, un sector en auge en aquella época. Iba a la capital guipuzcoana a trabajar cada día y se dejaba la piel para mantener ese hogar que habían construido vivo, sano y feliz. Con la crisis del ladrillo, se prejubiló, dado que era tarde para buscar otra cosa. Había destrozado su cuerpo y lo que parecía una hernia acabó siendo una cifosis. Su columna vertebral se había curvado ligeramente, no había marcha atrás. Tras pasar por varios médicos, todos lo desahuciaron. No había nada que hacer, pasaría el resto de su vida inclinado, aunque agradecido a la vida. Aquel hombre siempre había sido positivo, y solo buscaba la felicidad, la de su hijo, la de su nuera, la de su esposa, y por encima de todo, la del pequeño Xabi, el ser más inocente de aquella pequeña pero gran familia. Que el bebé se quedase con ellos por unos días era un regalo y así se lo hizo entender a Elena en todo momento. *Somos felices de tener a Xabi con nosotros. Tened mucho cuidado. Os queremos.*

Oviedo, 18:45h.

Elena se refugió en su casa. Necesitaba silencio, soledad, un buen café y llenar la mesa del comedor de dosieres, fotos e informes. Colocó las notas del asesino en la mesa.

"El cuento acaba de empezar. Solo falta la antagonista de la historia. Inspectora Elena Carrasco. Haga su trabajo y el cuento continuará."

El asesino había encontrado a su antagonista, y el cuento continuó. Elena se hacía miles de preguntas, de sentimientos encontrados, de culpabilidad, hasta el punto de sentir que la cabeza le explotaba. Agarró su teléfono móvil y escribió a Fer. *"Pásame la lista que tenías en el coche porfa, siempre fui de gustos nacionales, pero me gustó".* El agente Carreras le escribo en segundos, diciéndole que le mandaba algo que estaba seguro le iba a gustar.

Apenas pasaron unos minutos y la inspectora añadió la lista recibida a sus favoritos de Spotify. Reproducción aleatoria. Empezó a sonar *Dolor y gloria,* de *Viva Suecia*. Gran descu- brimiento. Fer había acertado de pleno. La mujer cerró los ojos, puso la espalda contra la silla y su cabeza mirando ha- cia el techo. *"Cuando te acuerdes de mí vas a mandarme al infierno, tiene sentido vivir cuando perdemos el tiempo. Y si te acuerdas de mí voy a joderte el presente, no me da miedo decir que voy a quererte siempre"*. Gran estribillo, por un momento imaginó que algo parecido debió sentir el asesino. Se reincorporó y revisó la segunda nota.

"Mi muy querida inspectora Carrasco, siga atentamente el cuento, porque solo descansan las falsas deidades. Del bosque al mar, del mar a la mesa, acompáñame en este cuento a través del laberinto, donde el gato perseguía en vano a Alicia. Allí te desearé un feliz no cumpleaños. ¿Quién ganó? La Reina. Siempre gana la Reina. Feliz no cumpleaños, mi querida princesa."

Mi muy querida… falsas deidades. No tenía ningún sentido. Aquellas princesas de los cuentos eran simplemente hijas de un rey, no una deidad. Del bosque al mar, del mar a la mesa… y ahora se saca a Alicia en un laberinto. Gana la Reina. No había por dónde cogerlo.

En aquel momento Elena recibió una llamada, era el comisario.

— Tenemos los datos de la chica. Sonia Pérez Tamayo. ¿Le suena algo?

— ¿Tamayo? ¿Cómo Ingrid Tamayo?

— Son primas. Eran, mejor dicho.

— Comisario, aquí hay un patrón. Alguien va a por esa familia, los Tamayo. ¿Habló con el inspector Ayestarán?

— No, comunícaselo tú. Si siguen con la familia de la primera víctima será un shock. Por ahora que trate el tema con discreción, no vamos a dar esa noticia a la familia de Ingrid por ahora.

— Necesito toda la información posible con respecto a las últimas horas. Estoy trabajando en casa.

— Inspectora, es agente de campo, debería estar fuera buscando y haciendo su trabajo.

— Eso hago, señor, estoy procesando todo y tratando de encontrar sentido a las notas. La última nota no tiene sen- tido. Habla de falsas deidades, del bosque al mar, de un laberinto, del gato de Alicia, de que gana la Reina…

— La reina en el castillo de naipes.

— ¿Qué?

— Me ha recordado un juego familiar. Mi nieta, mi hija y yo fuimos el verano pasado a Llanes. Hay un laberinto hecho con cipreses. Espectacular. La niña decía que su madre era la reina en un castillo de naipes y debía perseguirnos dentro del laberinto. Un recuerdo familiar, no lo tome en cuenta.

La historia de Mauleón desbloqueó algo en la mente de Elena, que se despidió rápidamente del comisario y olvidándose de sus compañeros buscó el laberinto nombrado. Situado en la localidad de Barros, dentro del concejo de Llanes. Asintió con la cabeza, sin poder evitar sonreir. Acto seguido llamó a Urko.

— Sonia Pérez Tamayo se llama la sirenita. Era prima de Ingrid.

— Lo sé, cariño, las noticias han volado. Nadie sabe nada, los padres de Ingrid juran no tener enemigos, ni secretos, ni motivos por los que alguien tuviese envidia de la fa- milia, están devastados y aun así hemos conseguido que hablasen con nosotros. Tenemos que ir al hospital. El fo- rense ya tiene el informe de Sonia.

— ¿Qué vas a averiguar ahí? La pincharon, estando viva o muerta. Está muerta, igual que Ingrid, el informe solo nos dirá si sufrió o no. Tengo una pista que puede que nos lleve a algo. La segunda nota hablaba de Alicia en un la- berinto. Adivina qué —Hubo una pausa—. En Llanes hay un laberinto natural hecho con cipreses.

— Ni lo pienses Elena, no vas a ir sola.

— Estoy en casa, no voy a ir a ninguna parte, estoy tratando de entender lo que aún se me escapa. Lo vamos a coger, Urko. Por mis ovarios que lo vamos a detener.

— Lo sé, Leni. Voy a seguir con la familia de Ingrid. Te quiero.

— Te quiero Urko. Espera. Tenemos que reunir a la fa- milia Tamayo. Tengo un mal presentimiento, hay que poner vigilancia.

— Aquí están los padres y el hermano de Ingrid. Tiene otra hermana.

— Las mujeres. El patrón es femenino. Hay que tener vigiladas a las mujeres de esa familia. El padre tiene hermanas, ¿verdad?

— Dos. Noelia, la madre de Sonia, que tiene otra hija llama- da Elisabeth. Y otra de la que no saben nada desde hace años, se llamaba, o se llama Herminia.

— Necesitamos a todas las mujeres Tamayo. Todas, incluso las primas lejanas.

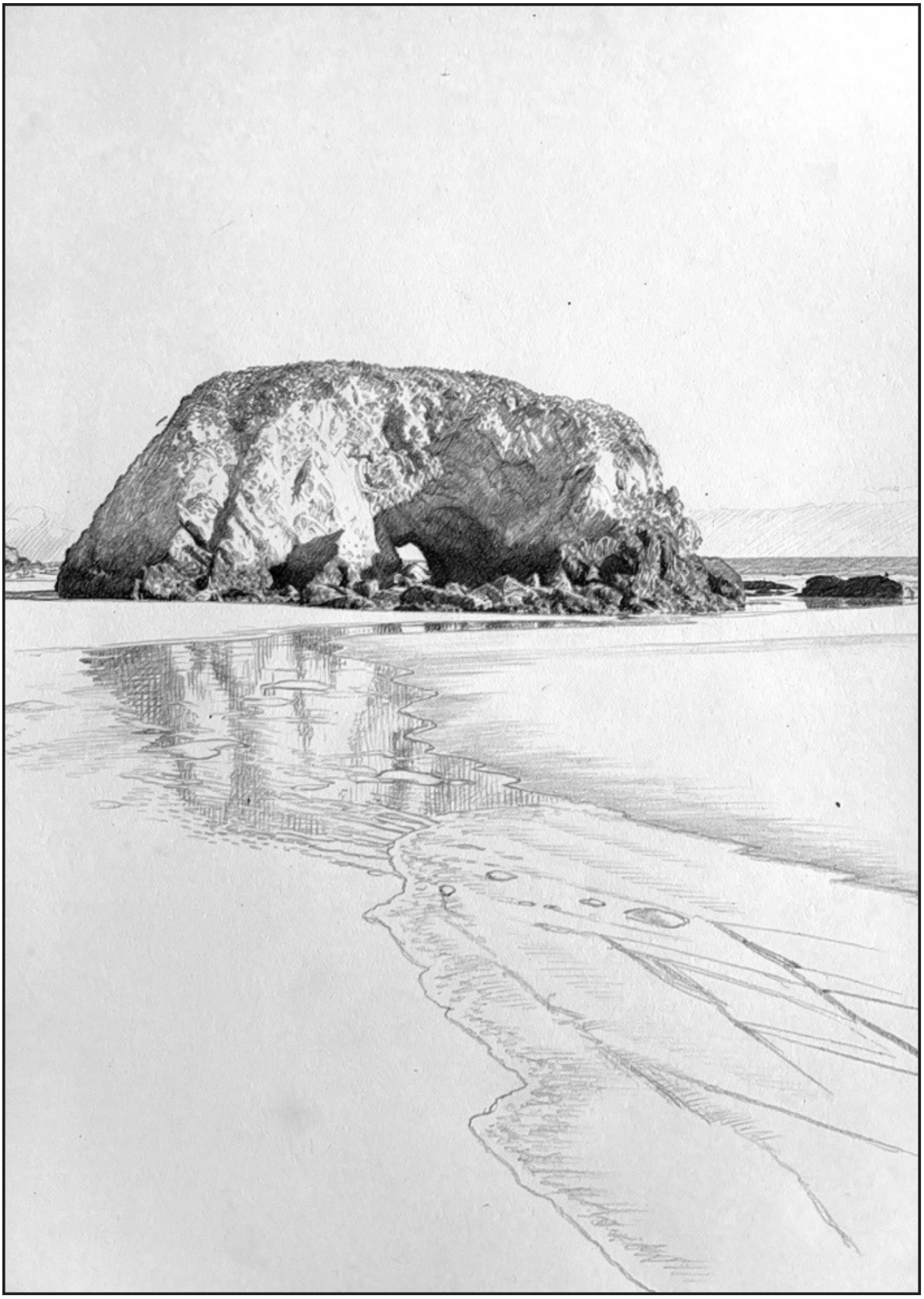
— De acuerdo, haré lo que pueda, nos vemos esta noche en casa.

Elena colgó el teléfono. Mauleón había dado en el blanco, le cuadraba la escenografía con los anteriores. El primero había sido en un escenario natural muy diferente a lo que se ve en cualquier otro bosque. El segundo en una piedra natural y salvaje que el paso de los siglos había convertido en un mirador, casi una postal. El laberinto estaba hecho con cripeses, naturaleza alterada por el hombre, en un espacio virgen. Podría tener sentido en la mente del asesino.

La inspectora había leído que hasta julio solo abrían sábados y domingos y en excepciones, días entre semana para colegios. Al asesino le gustaba la notoriedad, estaban a miércoles, día laborable, y no habría mucha gente esperando por entrar. Necesitaba más

información, y por algún motivo que aún no encontraba, la familia Tamayo era clave. Elena estaba cerca de algo, lo notaba en la punta de los dedos. Desaparecería alguien más, estaba convencida de que habría otra víctima. Mirando el calendario que tenía desplegado en la pantalla se fijó en que el asesino tendría que actuar el próximo viernes como muy tarde, encima era un día 13. El patrón que manejaban hasta ese momento eran 3 días entre cada una de las víctimas, pero la intuición de Elena le decía que el asesino tenía prisa. Según su web, el laberinto no abriría sus puertas hasta el sábado 14 por la mañana, a las 11:00h. La cabeza de la inspectora no dejaba de dar vueltas, sin sacar ninguna conclusión en claro. Lo mejor sería intentar descansar y verlo de nuevo con fuerzas renovadas. Urko y el agente Carreras se estaban encargando de la parte que a prio- ri no lo parecía pero que era totalmente esencial, aunque también dura. Formaban un buen equipo, y ella en aquel momento se sentía destrozada, le hacía falta descanso, y se notaba con mucha fatiga física y emocional. Se tumbó en el sofá un segundo, solo necesitaba descansar un momento la vista, y volvería a revisar sus notas.

Urko llegó pasadas las 23h, encontrando a Elena dormida en el sofá con las notas del caso desparramadas por la mesa, el sofá y el suelo. Se había quedado dormida asi muchas otras veces, cuando un caso la absorbía y no era capaz de dejarlo. No quiso despertarla, recogió como pudo todo el papeleo y la tapó con una manta sin hacer ruido. Su mujer necesitaba descansar tanto como fuese posible, porque al día siguiente volvería a volcarse en la investigación y se olvidaría de todo lo demás. Un largo día se terminaba, habían encontrado nuevas pistas, pero también una nueva víctima. Una chica muy joven, con apenas 18 años, que había sido asesinada de una manera cruel, sin que ellos lo hubiesen podido evitar. Urko sentía que su mujer había conver- tido el caso en algo personal y que no pararía hasta dar con el asesino. Y él estaría a su lado en cada paso hasta detenerlo.



6. LA FAMILIA TAMAYO

Jueves 12 de marzo. 08:30h.

El despertador sonó. Urko despertó y, en cuestión de segundos ya se había levantado. Su mujer había dormido plácidamente en el sofá la noche entera, sin despertarse ni para ir al servicio. La fue a ver, pero no quiso despertarla aún, seguía tan dormida que sintió que aquella belleza era la inocencia más pura que la vida le había podido otorgar y que culminó con el bebé que juntos fabricaron con el mejor producto del mundo: el amor. Tomó una ducha tem- plada que le hizo sentir una persona nueva y se acercó al sofá, aún sin vestirse. Sentándose en el borde, y regalándole unas caricias por debajo de la manta, despertó a la mujer de su vida.

— ¿En serio? —Elena adormilada giró la cabeza hacia su marido, que con una sonrisa arrogante le daba a entender que sabía cuál era la mejor manera de despertarla— ¿Me he dormido aquí?

— Pensé que sería una bonita manera de empezar la mañana. Anoche cuando llegué estabas tan dormida que me dio pena despertarte.

Elena sonrió e hizo un amago de levantarse, algo que Urko cortó y acercó sus labios a los de la mujer. Un beso dio lugar a otro, a otra caricia…

— Ay, no, Urko, no podemos. Tenemos mucho trabajo.

— ¿Conoces una mejor forma de empezar a trabajar? Acepto sugerencias —Urko se mostró muy guasón—.

— Puede que tengas razón, le respondió Elena riendo a la vez que lo acercaba más a ella.

Se dejó hacer todo cuanto Urko quiso. La desnudó despacio, la besó por cada poro de su piel, e hicieron el amor sin la menor intención de pisar la cama. Una vez terminaron, ella se duchó mientras su marido hacía el desayuno. Tenían que volver al modo policía, pero sentaba bien volver a ser solo Urko y Elena, aunque fueran instantes muy contados para ello. Mientras se acababa de preparar, le preguntó sobre los avances con la familia.

— ¿Hablaste con el padre o la madre de Sonia? ¿Te han dado algún nombre con el que empezar a trabajar?

El inspector no estaba por la labor de soltar prenda. Elena, que ya lo conocía, lo puso en su sitio. Había algo que no le estaba contando.

— Cada minuto cuenta, lo sabes bien. Tenemos ya dos víctimas, y no quiero tener que encontrar a la tercera.

Urko, dándose por vencido, empezó a relatarle su segunda visita a Mieres mientras desayunaban en la cocina. Esperaba no tener que ir más por allí, pero en su interior sabía que aquel caso era uno de los grandes, y que faltaba mucho para darlo por terminado.

— No vi aún a los padres. Hoy tendremos resultados del forense y llevarán el cuerpo al tanatorio. Va a ser un día complicado para esa familia.

— Creo que el próximo paso del asesino será esta noche, a mucho tardar mañana por la mañana muy temprano, máximo mañana de noche.

— Es precipitarnos e ir a ciegas, Elena, debemos dar pasos con luz, no a ciegas.

— Según la pista que dejó en la última nota, creo que hay una nueva víctima, Alicia en este caso, a la que tenemos que salvar. El asesino, o asesina, es la Reina. Y habla de un laberinto, y de que la Reina siempre gana. Mañana es día 13, viernes, creo que será cuando actúe.

— Vale, ¿y eso dónde nos deja? ¿Cuál es nuestro siguiente paso?

— Nos deja en el laberinto de Llanes, ayer lo estuve investigando. La Reina en el castillo de naipes.

— ¿Qué?

— Nada, una frase que me llamó la atención, más bien una pista.

Urko vio los pantallazos y recortes que le pasaba Elena por enci- ma de los platos. Ella no había tocado aún la comida. Ya estaba en modo 100% investigadora.

— Parece que estuviste ayer bastante entretenida, sigue comiendo mientras leo lo que has recopilado.

La inspectora le pasó la carpeta con toda la información. Ella no había siquiera acabado el café y él ya había terminado. Siempre le pasaba lo mismo. Mientras comía le fue explicando lo que había averiguado.

— Es un laberinto vegetal, entre 2,50 y 3 metros de altura, lo cortan cuando crece demasiado, hacen visitas guiadas para colegios e instituciones y también se puede visitar por libre. En su web están los horarios de apertura. No hay nada más a su alrededor, prados y alguna casa dispersa. A poco más de un kilómetro un hotel y una playa.

— Los entornos naturales parecen ser una de las firmas del asesino.

— O asesina. No estoy tan segura de que sea un hombre y barajamos todas las hipótesis. ¿Pudisteis localizar a todas las mujeres de la familia Tamayo? Ayer dijiste que una hermana del padre de Ingrid había desaparecido.

— Pusimos vigilancia a todas las que encontramos. La tía desaparecida es una tal Herminia Tamayo, hace años que no saben nada de ella.

— Me parece extraño que ningún miembro sepa nada de ella, ni siquiera si sigue viva. Es raro en nuestra sociedad que alguien desaparezca sin dejar rastro.

— Está claro que es algo que debemos seguir investigando, a mí también me pareció extraño que no supieran nada. Tampoco parecían muy preocupados por ello.

Elena miró a su marido, la sensación de que le estaba ocultando algo volvió su cabeza.

— ¿Qué te parece si la investigación la hacemos aquí, al menos esta mañana?

Urko sabía que ella estaba con la mosca detrás de la oreja, asi que mejor acabar con el misterio antes de que el cabreo fuera a más.

— Termina el desayuno, anda, tenemos que interrogar a la familia de Sonia, para más inri en su velatorio, y creo que sacarás mucha información de ahí.

— Te conozco, sé que hay algo que no me cuentas.

— Prefiero que lo veas con tus propios ojos y que saques tú tus propias conclusiones. Cuatro ojos ven más que dos, como se suele decir. Y seis más que cuatro.

— Simples matemáticas. Está bien, pero ya sabes que no me gustan estos juegos, Urko. Me voy a acabar de preparar, llama a Carreras para que nos recoja.

— Lo sé, cariño, pero no quiero influir en tus conclusiones. Venga, llamo a Fer, que el tiempo corre.

Tanatorio de Mieres, 10:43h.

La familia Tamayo había sufrido dos golpes durísimos en menos de una semana. Ingrid, la hija mayor de Manuel Tamayo, había sido asesinada. Y en un círculo vicioso que no duró más de 24 ho- ras era la hija de su hermana Noelia, Sonia, la que perdía la vida a costa de lo que ya podían catalogar como un asesino en serie. El único denominador común del que podían tirar tenía que ver con los Tamayo. Lo que no tenía explicación, a priori, era la relación del asesino con la inspectora.

Ingrid sería incinerada en poco más de 10 minutos, y el tanatorio se había llenado de familiares, conocidos y compañeros de uni- versidad. También estaba su mejor amigo, que por suerte no había reconocido a Urko del día anterior, y la familia Tamayo, juntos por un doble duelo. Sonia llevaba horas en la sala 5, siendo velada por sus padres y hermana.

Los inspectores, junto al agente Carreras, se sentaron en una mesa de la cafetería del tanatorio. La camarera les había puesto unos cafés y desparecido en la cocina. Mucho mejor, pensó Urko, aquello era beneficioso para ellos. Podían hablar de la investigación sin tener oídos inapropiados a su alrededor. El inspector llevó la voz cantante.

— Ingrid tiene dos hermanos, Maite y Sergio. Ella era la mayor. Sus padres, Manuel y Clara. Su prima Sonia era también la mayor, una hermana, Elisabeth. Sus padres, Francisco y Noelia. Una tía perdida en el tiempo, Herminia. Nadie sabe de ella desde hace más de 30 años.

El tema de la tal Herminia a Elena le parecía extraño, un cabo suelto del que quizá poder tirar.

— ¿Se sabe algo más, pudiste averiguar si está viva o muerta? Si se declaró persona desaparecida debería haber un expediente de esa investigación.

— Contacté con la unidad de desaparecidos, el agente Rivas me atendió. No hay nada, ni hay denuncias, ni fichas. Es un fantasma. Oficialmente solo sabemos de su fecha y lugar de nacimiento, no tenemos nada más, lo dicho, un fantasma.

— Podría tratarse de una sospechosa, no le quitaremos el ojo a esto. Ahora mismo todo gira en torno a ella, no tenemos otro hilo del que poder tirar, y aún no sabemos qué tiene todo esto que ver conmigo.

Cada vez que se mencionaba a la Tamayo perdida el semblante del inspector cambiaba. Elena ya estaba harta, y girando el cuerpo hacia Urko, le pidió explicaciones con la mirada. El inspector puso su mejor cara de póker y, apartando un par de informes de la mesa, sacó una carpeta de debajo que ella no había visto hasta ese momento.

— Estas son algunas de las imágenes que hemos encontra- do de la familia Tamayo. Aquí nuestro Fer junto con los compañeros de informática nos han confirmado que no fueron manipuladas. No te las había enseñado porque ni yo mismo aún me lo creo. Ninguno de los dos, ni Fer ni yo, nos lo podíamos creer hasta que nos han confirmado que son reales. Sentimos haberlo ocultado, pero en cuanto las veas creo que sabrás por qué todas estas precauciones.

Elena quedó en absoluto silencio. Cogió la carpeta que le tendía Urko, Sus compañeros estaban pálidos, callados como muertos. *Que leches habrá aquí dentro para que estén asi de acojonados,* pensó Elena, abriendo la solapa. Dentro, varias imágenes impresas a color, pero la mayoría eran tan antiguas que estaban en blanco y negro, otras en un sepia típico de la época. Fue pasando las imágenes hasta que vio algo que le heló la sangre. En una de ellas aparecían los que debían ser los niños Tamayo, Manuel, Noelia y Herminia, con sus padres en el medio, delante de lo que parecía una casa de pueblo. La mayor tendría unos 15 años, estaba en un extremo de la foto, los dos progenitores en el medio, y los otros dos niños en el lado opuesto, unos bebés en sendos cochecitos, cogidos de la mano. Elena se fijó en la adolescente, se parecía bastante a ella, no como si fueran dos gota de agua, pero sí, había alguien muy parecida a ella en una foto de mucho tiempo antes de que naciera. Levantó la vista hacia sus compañeros. Estos la miraban con gesto serio.

— ¿Creéis que…?

— Es lo más parecido a ti que he visto en mi vida —Urko bajó la mirada—.

Lo que le habían ocultado estaba ahora a la vista, impreso en un 15x20 que, según decían, no había habido manipulación alguna. La imagen era una impresión de lo que creía una foto antigua

escaneada sin mucho cuidado, pero esa niña de la foto era, para su marido, para Fer, y para varios agentes más de la comisaría, exactamente igual a ella, excepto por el rictus de odio que Herminia exhibía, aquella sonrisa demencial que cortaba la respiración.
¿Había encontrado, sin buscarla, a su madre biológica? La cabeza empezó a darle vueltas, un caso de doble asesinato que se complicaba con cada nuevo descubrimiento. ¿Era esta la razón? ¿Por eso la nombraban en la nota de la primera víctima? Miró a sus compañeros, Fer le tomó la mano, que había empezado a temblar.

— Lo siento, Elena. Cuando encontré las imágenes de la familia y lo vi pensé que era una broma. Pero no lo es, he revisado los archivos y te aseguro que no están manipulados. La foto se ve granulada y al estar en blanco y negro no tiene la misma calidad que una imagen digital, pero me quedé helado cuando reconocí tu cara, de uno de los marcos que tiene Urko en su escritorio.

La inspectora se levantó. Las lágrimas comenzaban a cubrir su rostro. Ella no veía ese parecido tan asombroso, pero que hasta Urko lo garantizase le produjo un temor que para ella era insólito, nunca antes representado así en el alma en sus 33 años de vida. Se excusó y fue al cuarto de baño. A los cinco minutos volvió a sentarse con sus compañeros. Urko no dijo nada, la conocía bien, ella tenía sus tiempos y, si la forzaba a hablar, la cosa no saldría bien para él, dicho sea de paso, ni para nadie. Elena dejó la car- peta con las fotos de nuevo en la mesa, respiró hondo y miró a sus compañeros. Todavía tenían un caso que resolver, y si antes lo había tomado como algo personal ahora se trataba de algo mucho más profundo, aunque con cautela. Se ocultó detrás de la máscara de inspectora de policía y empezó a hablar.

— Muy bien, esto arroja luz sobre la dirección en la que debemos investigar. Necesitamos todo lo que se pueda encontrar sobre esta mujer, Herminia Tamayo. Entiendo que

no dijerais nada, para vosotros es mi madre biológica, eso es lo que habéis tenido claro viendo esas imágenes. No sabemos qué fue de ella, si está viva o muerta, si huyó de su familia por algún motivo. Necesitamos respuestas. Tenemos que hablar con Manuel o con Noelia Tamayo.

Urko y Fer la miraban fijamente, sabían que ella era fuerte, pero encontrar de repente a tu madre no buscada en medio de un doble asesinato no era algo que se pudiera pasar por alto.

— Cariño, ¿necesitas apartarte del caso unos días? Estamos Fer y yo, Mauleón lo entenderá, y podemos hablar con la familia y seguir esa línea por ti.

— Ni de puta coña. Quiero hablar con Manuel. Hay que ce- rrar cabos sueltos.

La mujer se levantó y salió de la cafetería, atravesando el pasillo del tanatorio. Se fijó en una puerta entreabierta con un letrero de *"Privado"*. Juraría que estaba cerrada cuando llegaron, pero no habían visto a nadie pasar, y la camarera no había vuelto a salir de la cocina en todo el rato que habían estado sentados. Apartó ese detalle en un extremo de su mente. Aquella manía suya de revisar el entorno era agotadora. Delante de la sala quinta estaba un grupo de gente, velando por Sonia. A pocos metros, Manuel Tamayo, sentado en un banco, solo. Elena respiró hondo de nuevo y aprovechó el momento. Necesitaba, ahora más que nunca, res- puestas por parte de un señor que acababa de perder a una hija, y seguidamente a una sobrina, que no sabía si podía ser su tío, si los Tamayo eran su familia, o si, por el contrario, tan solo eran me- ras coincidencias aquellos parecidos. Se paró delante del hombre, que no dejaba de mirar las baldosas del suelo.

— ¿Manuel Tamayo? —Elena sacó la placa del bolsillo y se la enseñó al hombre—. Soy la inspectora Carrasco. Nece- sito hacerle unas preguntas.

El hombre negó con la cabeza, sin levantar la vista. Estaba harto de policías, y ahora le enviaban una inspectora. Que más había que decir ni qué contar. Ingrid y Sonia ya no estaban, y ahora solo cabía pensar en cómo la familia iba a salir adelante sin ellas.

— Disculpe, pero ayer estuvieron unos compañeros suyos, no tengo nada nuevo que decir.

— Sé que habló ayer con mis compañeros, pero hemos encontrado nuevos indicios y necesito hablar con usted. Créame, no le molestaría si no fuera indispensable. ¿le apetece dar un paseo? Le vendrá bien salir de aquí un rato, y a mí también. Esto sobrepasada a cualquiera.

La inspectora le ofreció el brazo, y este lo aceptó, levantándose muy levemente. Por fin levantó la vista del suelo y miro a la inspectora. Se quedó quieto, sin saber muy bien qué decir. No podía creer lo que veía. Su hermana desaparecida estaba delante de él. Pero eso no era posible, estaba igual que hacía 25 años, sus ojos le engañaban. ¿Quién era esta mujer que tenía delante, inspectora de policía además?

— Señor Tamayo, sé que esto es un shock, le aseguro que yo también estoy alucinando. Fui adoptada siendo un bebe de apenas días, me dijeron que mi madre biológica había muerto al darme a luz, y que no había más familia para hacerse cargo. Acabé en Barcelona con mis padres adoptivos, que me dieron la mejor infancia posible, y me apoyaron en todas mis metas. Ellos me dijeron que no sabían nada de mi familia biológica y yo nunca quise sa- ber nada más. En el transcurso de la investigación hemos encontrado algunas fotos de su familia y en una de ellas aparecían 3 niños. Dos de ellos son su hermana Noelia y usted, y la otra una niña que según mis compañeros, se

parece mucho a mí. Le aseguro que no me levanté esta mañana con la idea de encontrar a mi familia perdida, pero ahora mismo estoy aquí como policía, y esta sigue siendo una investigación de un doble asesinato, y solo puedo prometerle que voy a hacer todo lo posible por resolverlo y atrapar a quien ha hecho todo esto.

Pasearon cogidos del brazo hasta la salida. Fuera apenas había acera y parking, *tendrá que bastar*, pensó Elena. Manuel aún estaba procesando toda la información que esta inspectora, ¿su sobrina?, le había facilitado. Sus padres habían tenido 3 hijos, pero con muchos años de diferencia entre la primera y los dos siguientes. Él era muy pequeño cuando su hermana desapare- ció, hacía muchísimos años, y los recuerdos que tenía no eran buenos, así que tanto él como Noelia habían intentado olvidar que su hermana mayor había existido. Cuando desapareció fue un alivio para los dos hermanos. No la echaron precisamente de menos. De hecho, nadie en su familia había penado por la falta de Herminia, más bien todo lo contrario. Elena se detuvo en una esquina apartada del aparcamiento, se apoyaron en el murete de separación y le dejó un tiempo para poner en orden sus pensamientos. *Dios santo, cuántos recuerdos enterrados me vuelven ahora desde lo más profundo*. Miró el rostro de la mujer que tenía delante, él nunca había visto a su hermana de adulta, no veía nada que le recordase a ella, pero no podía dudar de una inspectora de policía, una profesional que no podía tener ningún interés en engañarlo. No había ninguna razón para querer ser parte de los Tamayo, eran una familia modesta y trabajadora que no había hecho daño a nadie. Su hija y su sobrina eran bue- nas niñas, tampoco habían hecho nada malo, y ahora estaban muertas. Manuel intentó centrarse en la inspectora, que estaba delante de él hablándole mientras este se perdía en su dolor.

— Sé que esto es mucho con lo que lidiar, pero necesito su ayuda para resolver este caso, y que las muertes de Ingrid y Sonia no queden impunes.

— ¿Y qué espera de mí?

— Herminia, su hermana. Necesito toda la información posible, lo que recuerde de ella, y cómo es que desapareció sin dejar rastro y nadie se preocupó por encontrarla. Ella puede ser la clave para resolver el caso, aunque aún no sé cómo.

— Esa señora desapareció de nuestras vidas hace mucho tiempo, yo era muy pequeño —Manuel sentía una rabia que no pudo disimular—.

— ¿Qué pasó entre ustedes? La conexión está ahí, señor Tamayo, el asesino me nombró en las notas que dejó junto a las víctimas, y resulta que el hilo del que tirar parece ser su hermana desaparecida, malamente y sin tenerlas todas conmigo diré que mi supuesta madre biológica.

En la mente de Manuel afloraban todos los recuerdos, los momentos de miedo que, siendo niño había tenido que sufrir, al igual que su hermana. Apretó la mandíbula, no había nada que él no hiciese por sus hijos, incluso remover un pasado que no fue bueno ni para Noelia ni para él mismo.

— Le contaré lo que vivimos con Herminia durante nuestra infancia —hizo una breve pausa que le sirvió para recobrar el aliento—. No es una historia bonita, inspectora. Ella era la mayor de los tres, después de tenerla a ella mi madre sufrió varios abortos hasta que muchos años después llegamos Noelia y yo. Ella siempre fue muy altiva, muy superior a los demás, no llevaba bien eso de dejar de ser hija única, supongo, el síndrome de la princesa destro-

nada. Pasamos una infancia terrible a causa de sus continuas palizas. Mi hermana Noelia fue la que más lo su- frió, tiene muchas cicatrices que lo demuestran. De mayor siempre he pensado que tenía esquizofrenia, o algún otro problema mental serio, porque no era normal ese odio y esa violencia contra su propia familia.

— ¿A sus padres también los maltrataba?

Manuel negó con la cabeza. Seguía apoyado en el murete bajo que separaba la zona de aparcamiento de la calle, y le hablaba con la mirada perdida y los puños apretados.

— Nuestros padres eran de la vieja escuela, de los que pensaban que se aprendía a hostias, así que miraban para otro lado. Siempre fue así. Lo único que le puedo decir es que Herminia era una persona muy inteligente, y muy mala. Trabajó en el hospital de Oviedo, el antiguo HUCA. Como daba dinero en casa mis padres hacían la vista gor- da y Santas Pascuas. En casa pasamos apuros económicos, aunque yo apenas recuerdo mucho de esa época, era muy pequeño y nos tenían apartados de los asuntos de casa.

— ¿En qué trabajaba?

— Estudió un grado con el antiguo FP, era enfermera, o auxiliar.

— ¿Sabía usted o alguien de su familia que estuvo embarazada?

— No lo sé, como le digo yo era un niño al que no le contaban las cosas. Mis padres no lo sé. Pero no me extrañaría, recuerdo que traía chicos a casa, tenía su habitación y hacía lo que quería. Mientras aportase dinero en casa no le pedían explicaciones. Toco madera que Noelia y yo salimos de otra manera. Esa mujer, inspectora, sé que compartimos sangre, pero era un demonio. En todos mis años de vida no

había conocido a nadie tan malo como ella. Ahora sí, claro, al malnacido que quitó la vida a mi niña. Y ahora usted me dice que Herminia tiene algo que ver en todo esto….

El hombre se rompió por completo. Elena le soltó del brazo y le abrazó, susurrándole que todo estará bien. La inspectora sintió impotencia por no poder hacer más. Confiaba en ese padre de familia destrozado, intuía que era una buena persona, más bien lo supo a ciencia cierta por su manera de mirar, su forma de hablar tan suave que repartía calma a pesar de sus tormentas. Elena tenía más claro, si cabía, que Herminia era la clave de todo el caso, y empezaba a verla como la principal, y única, sospechosa del do- ble asesinato. Su intuición le empezaba a gritar que su *"madre"* no era una víctima, como había creído en un principio, más bien estaba al otro lado del banquillo, el de la sospechosa de asesinato. Manuel la describió como una persona cruel sin ningún escrúpulo que había abusado de sus hermanos pequeños hasta que, por fin, desapareció, dejando un reguero de paz entre los hermanos. Elena miró al hombre a los ojos.

— Es probable que Herminia quedó embarazada y hace casi 34 años me dio a luz. No sé por qué la dieron por muerta, y no sé cómo acabé con otra familia, pero el asesino, o asesina sabe que es mi madre, y que yo tengo una cone- xión con su familia. Cuando encontraron a Ingrid había una nota en la que me nombraba y hablaba de comenzar un cuento. Prácticamente obligó a la Policía Nacional a meterme en el caso, yo estaba de baja por maternidad.

Manuel se incorporó, mirándola, sin decir nada. Un largo silencio se hizo dueño de aquel momento. Elena intentó contar algo más, pero no sabía qué más podría decir. El hombre miró hacia abajo, tragó saliva y volvió a mirar a los ojos a la inspectora.

— Ella es la culpable, Elena. Me lo dicen las entrañas. Ella es la culpable de que mi niña ya no esté, y de que Sonia haya muer- to. Tiene que pagar, tienes que hacer que lo pague, lo que nos hizo a nosotros y lo que le ha hecho a nuestras niñas. Mátala, tiene que morir. Ha de pagar con sangre y sufrimiento.

Manuel le hablaba con rabia entre sollozos e hipidos. La inspectora vio en la puerta del tanatorio a sus compañeros, dándole a esta la distancia necesaria pero haciéndole saber que estaban ahí para ella.

— Manuel, escúchame, por favor. El odio es un sentimien- to lógico en momentos como este. Pero recuerda siempre esto: no es el camino. Nunca tendrás paz si odias.

— ¡Jamás! —el hombre alzó la voz— ¡Jamás voy a dejar de sentir odio por Herminia! ¿Lo entiendes? ¡Jamás! ¡Máta- la! ¡Es tu trabajo!

Elena supo en aquel momento que no tenía nada más que ha- cer allí. Su trabajo en el tanatorio había terminado. Entendía a Manuel, por supuesto que lo entendía, pero no podía dejar que la rabia la dominara. Delante de ella estaba un padre destro- zado que mucho tiempo atrás fue un niño abusado que ahora clamaba venganza, pero esa no era la manera. Ella le había prometido justicia para Ingrid y Sonia, y llevaría al culpable ante el juez. Al lado de Urko y Fer apareció Noelia, buscando a su hermano. Al verlo fuera de sí se acercó rápidamente. No entendía que estaba pasando, Pero su hermano la necesitaba, así que se acercó a ellos y lo abrazó con fuerza. Manuel se recompuso, al ver la cara de su hermana, que era su debilidad. Respiró hondo y despidió con la cabeza a Elena. Tenía que contarle que la pesadilla que habían olvidado estaba de vuelta para atormentarles de nuevo, y que podría tener algo que ver en la muerte de sus pequeñas. Elena se despidió de ellos.

— Manuel, haremos justicia, se lo prometo.

Le dio un apretón amistoso al hombre, sabía que sus caminos volverían a cruzarse. La situación no era fácil y se le había ido de las manos. Noelia miró a la mujer, y agradeció el momento. Llamó a sus compañeros, les esperaría junto al coche.



7. EL LABERINTO

Comisaría de Oviedo, 17:56h.

Mauleón les esperaba en su despacho para conocer de prime- ra mano el estado de la investigación sobre el *caso Cuento*, uno de los más duros que el comisario recordaba a lo largo de sus 50 años en el cuerpo nacional de Policía. Los inspectores tocaron la puerta.

— Adelante. ¿Y el agente Carreras?

— Está con los de la unidad de desaparecidos.

— ¿Otra vez?

— Necesitamos encontrar algo sobre Herminia Tamayo Durán. Y se nos está haciendo imposible. No hay datos recientes, y muy poco del pasado, señor.

— Pónganme al día.

— Herminia era la hermana mayor del padre de Ingrid y de la madre de Sonia. He tenido una charla con Manuel Tama- yo, piensa que puede ser la asesina.

— ¿Y qué hacemos? ¿Una fiesta? Enhorabuena, inspectores, han resuelto el caso… Ah, no, perdonen, que es solo la con- jetura de un señor sedado que acaba de perder a su hija.

— Señor, habla de su propia hermana. Me pareció un buen hombre.

— Elena, ¡no me jodas! Somos policías, no podemos emitir una orden de búsqueda y captura solo porque un señor no se lleve bien con su hermana.

— El problema no es ese, es que no existe esa mujer. No está en nuestros ficheros de datos, Ayestarán llamó a los com- pañeros de documentación y pasaportes, no hay un docu- mento nacional de identidad en toda España con el nombre de Herminia Tamayo Durán. Piense, ¿no le parece extraño?

— Miles de españoles se cambiaron el nombre a lo largo de las décadas.

— Y cuando eso pasa, ¿qué ocurre con su identidad anterior?

— Se archiva, lógico.

— ¿Digitalmente o solo en papel?

— Depende, el cuerpo lleva más de 30 años digitalizando da- tos pero, como con todo lo referente a la administración, la cosa va lenta.

— Necesito acceder a las fichas que no han sido digitalizadas.

— Eso le llevaría años, inspectora, no es factible. Ahora, de una santa vez, aparquemos este tema. Avances. Quiero avances.

Urko agarró de la mano a Elena y continuó hablando.

— Creemos, bueno, más bien la inspectora Carrasco cree, y estoy de acuerdo, que entre esta noche y mañana el asesino…

— O asesina —interrumpió ella—.

— O asesina, volverá a actuar. Ya hemos solicitado vigilan- cia para las mujeres de la familia Tamayo.

— Lógico, tras dos secuestros y asesinatos era lo más coherente.

— La inspectora estuvo investigando y probablemente el laberinto de Llanes sea el próximo escenario del crimen.

— ¿Y qué le hace pensar o sospechar que pueda ser así?

— Por la nota que dejó en la Sirenita. Usted me ayudó, más bien sin sus palabras sobre la Reina en el castillo de nai- pes no hubiese sido posible. Queremos hacer vigilancia discreta, solo nosotros, sin alertar a nadie de allí.

Mauleón miró a Elena.

— ¿La reina en el castillo de naipes? ¿Lo tomaste tan en serio?

— Esa Reina no va a ganar, señor, con todos mis respetos, la vamos a joder. Esa puta Reina no ganará —cada frase expresaba mayor ira—. La voy a joder.

— ¿Sabe el poder de la ira? Que el miedo queda en el olvi- do. Los nervios se apoderan de nosotros y nos volvemos impulsivos y peligrosos —Mauleón echó su cabeza hacia delante, mirando fijamente a Elena—. Si deja que la ira le domine, esa supuesta Reina ganará. Hemos de trabajar con los hechos y con la cabeza fría, no dejar que otros sentimientos nos gobiernen.

Alguien tocó la puerta.

— Adelante.

Era Fer. No tenía cara de buenas noticias.

— Nada, han mirado los compañeros en todo tipo de bases de datos, y ni rastro de Herminia. Desconocemos por com- pleto su nombre actual.

Urko interrumpió.

— Nos han dicho que trabajó en el antiguo HUCA. Ahora está abandonado y lo tenemos aquí al lado. Podríamos ir a ver que encontramos.

— Inspector —dijo el comisario —, si se mete ahí sin una orden y le pillan quedará relegado del caso y con un expe- diente, ¿de verdad le merece la pena?

— Hombre, comisario, estamos jugando una partida que se ha llevado por delante dos vidas ya y que nos tiene en- tre dos y cuarenta pasos por detrás, ¿cuánto tardaría una orden judicial en hacerse efectiva? Incluso con su apoyo aún no hemos podido acceder a la cuenta de Instagram de Ingrid, vamos a contrarreloj. La familia Tamayo tiene protección porque sabemos que habrá más víctimas, Si las órdenes tardan, habrá que usar otros métodos.

Elena les recordó lo que les había dicho el magistrado García de Mesa.

— El juez nos dijo que nos ayudaría con esas órdenes si lo necesitábamos. Quizá sea el momento de pedírselo.

Fer puso los ojos en blanco, ya sabía lo que iba a pasar. Urko se giró de su asiento mirando a su mujer, latigazo cervical incluido.

— Te has embobado con ese garrulo, Elena, no me jodas, si te ha estado tirando la caña delante de mí y ni se inmutó, provoca y se le permite. Y venía bien informado sobre nosotros, que sabía que éramos padres de un niño. Lo siento, pero no me fío de él y propongo desde ya que la investigación cambie de rumbo con otro juez instructor, él solo torpedearía nuestra investigación, y se nota de largo que no tiene experiencia en según qué temas.

La inspectora Carrasco no sabía dónde meterse. El siempre correcto Ayestarán se había convertido delante de sus ojos en un imbécil que montaba el pollo por celos delante del comisario y además pidiendo explicaciones. Urko ya le había dado alguna pincelada de personalidad machista, pero Elena sabía perfectamente cómo pararle los pies.

— ¿Pero tú te estás oyendo? ¿Celos a estas alturas? Urko, por Dios, ¡trabajo rodeada de hombres!

— Esos hombres son mis compañeros, y te respetan desde el primer día, ¿o te olvidas de quién fue el único que se lanzó a por ti? Saben bien lo que hay, ¿o no, comisario?

Mauleón se echó a reir, pero no contestó. Aquello era como ver televisión en directo, solo faltaban las palomitas. La que no lo estaba pasando bien era la inspectora Carrasco, ni el pobre agente Carreras, que no sabía hacia dónde mirar. Aquello les iba a explotar en 4, 3, 2, 1…

— Vete a la mierda, Urko. —Elena se levantó bruscamente, tirando al suelo la silla en la que estaba, y miró al comi- sario seriamente— Señor, la prioridad es la seguridad de las mujeres Tamayo y la discreción de la vigilancia en el laberinto. Le mantendré informado de cualquier novedad.

Elena se dirigió a la puerta, la abrió con toda la rabia que le había propiciado aquel momento, dispuesta a marcharse, cuando escuchó un comentario que la enfureció aún más, vi- niendo de la boca de su superior.

— Estará con la regla — Ayestarán miró al comisario y soltó una carcajada. Fer negó con la cabeza con pena. Aquello no había quien lo salvase—.

La inspectora se quedó parada en la puerta, con la mano en el pomo. Daba igual cuántos años pasasen, esos comentarios estúpi- dos siempre estaban ahí y estaba muy cansada del machirulismo que a veces tenía que soportar. Del comisario se lo esperaba, pero la risa de su marido le dolió en lo más hondo.

— Machistas de mierda —Acto seguido, salió del despacho dando un portazo que se escuchó en toda la planta—.

Eran cerca de las siete de la tarde, y Elena sintió la nece- sidad absoluta de ver a Xabi, su bebé. Cogió el Cupra del aparcamiento y puso rumbo a Olloniego, ignorando a Urko, que salía detrás de ella llamándola a voces. Apenas la sepa- raban 15 minutos de su destino. En nada estaba ahí con él. Su suegra la recibió en la puerta con el niño en brazos. Si le sorprendió verla llegar sola no dijo nada, su marido tampoco. Ellos habían respetado siempre a la pareja y no estaban por la labor de juzgar ni ser entrometidos. Elena, al coger a Xabi en brazos, por fin pudo respirar, un sentimiento de alivio trans- formado en lágrimas de emoción, de añoranza y de sosiego. Ver a su bebé le daba paz, incluso en los momentos nocturnos de lloros y más lloros. Necesitaba ese momento con el niño para poder coger fuerzas para lo que se avecinaba.

Barro, Llanes, 22:57h.

Elena llegó sola al pequeño pueblo costero de Barro, dentro del concejo de Llanes, con la mente centrada en lo que tenía delante. Había silenciado el teléfono, y cuando miró, tenía varias llamadas perdidas de números ocultos, de Urko, de comisaría, y de Fer, así como varios mensajes. Los dejó sin leer. Había un asesino al que cazar y necesitaba estar centrada, y más en soledad, sin un compañero que le pudiese cubrir las espaldas. El camino hasta el laberinto era de único paso, embarrado y rodeado de prados que permitían ver desde muy lejos. Dejar allí el coche no sería buena idea, por lo que decidió dar media vuelta, hasta el fin de un camino que llevaba hasta la pequeña pero acogedora playa de Barros, aparcando el coche en un parking público ubicado entre un hotel y la citada playa. Miró el Maps en el móvil. Apenas separaban 600 metros del laberinto. Agarró la chaqueta del maletero, se abrigó lo mejor que pudo y se dirigió hacia el punto donde minutos antes había tenido que dar la vuelta.

Caminó a través de aquel sendero que se desviaba hacia una carretera rural de dos sentidos pero con un sólo carril, y en cuestión de minutos llegó a la entrada del laberinto. La entrada principal estaba cerrada. Dio la vuelta al perímetro, buscando otro acceso. Las únicas puertas que encontró, una delantera y la otra trasera, estaban cerradas, separadas por cerca de 100 metros a lo largo. Volvió nuevamente a la parte trasera, donde la verja era un poco más baja y, no sin dificultad, saltó al interior. Apenas veía nada. No había farolas alrededor, ni casas en un radio de medio kilóme- tro, pero Elena iba preparada. El móvil cargado al 98%, la linterna en la mano, pequeña pero potente, con varias intensidades, y algo de comida en el bolso por si aquella noche no era la elegida por la persona tras los asesinatos. Optó por encender la luz a corto alcance. Visualizó el laberinto, la salida. Había visto varias veces

por internet el recorrido completo, pero estando ahí se dio cuen- ta de que habría sido imposible aprenderlo de memoria en tan poco tiempo. Encomendándose a cualquiera que la escuchase, se adentró en él, intentando llegar a la puerta de entrada, haciendo el recorrido inverso al que estaba destinado. Una y otra vez llegaba a una calle sin salida. El laberinto tenía más de 3.000 cipreses leylandis y un recorrido de 2.600 metros cuadrados, y la ansiedad hacía que no prestase atención a los cruces, perdiéndose cada dos metros. Su condición tampoco la ayudaba demasiado, esa que ha- cía que su mente funcionase a dos mil revoluciones por segundo.

Elena había cerrado varios casos de violencia en su carrera. De género, entre bandas latinas, agresiones con armas blancas, dos homicidios… Pero estaba ante un caso muchísimo más potente, un psicópata que la estaba llevando más allá de sus propios límí- tes, y en peores condiciones, lejos de su jurisdicción, en escena- rios que jamás había esperado, y todo ese conjunto le hacía sentir que le estaba superando, pero se negaba a renunciar. Tirar la toalla no era una opción. Dos chicas con una vida muy larga por delante habían sido asesinadas, y sentía mucha empatía por el padre de una de ellas, Manuel, por quien la inspectora sintió lástima. *Nadie debería enterrar a una hija*. Un pensamiento que siempre había tenido, y más desde que había sido madre. No se imaginaba ni de lejos lo que sería perder a Xabi. Él *me perderá a mí, no yo a él.*

La inspectora siguió el camino, avanzando casi al mismo tiem- po que retrocediendo. Por momentos sintió una cierta claustro- fobia que se entremezclaba con inseguridad. Miró su teléfono. Las 23:17h. Siguió aferrándose al instinto de supervivencia que le quedaba. Sintió por un momento que aquello, sin compañía, y sin saber a lo que se enfrentaba, había sido una locura más en su lista. Su currículum tenía una nueva cagada vinculada con su hiperac- tividad, un batido con ingredientes como la emoción, perfección asintomática y una gran cantidad de intensidad.

Sabía por dónde debía avanzar, pero no siempre lo lograba. Callejuelas ciegas y otra vez hacia atrás. Probar y seguir probando, pero sin esa memoria fotográfica necesaria para no dar más vueltas en balde, pero no se daba por vencida, no entró en ningún momento por su cabeza eso de rendirse. Solo era un laberinto infantil, donde en verano se hacían incluso fiestas de cumpleaños. Llegó a sentirse observada. Se fijó que allí había cámaras, y para más inri había entrado en una propiedad privada sin esa orden judicial que no hubiese llegado a tiempo por mucho vínculo con De Mesa, y sabía lo que aquello podría ocasionarle a su carrera, pero *a lo hecho, pecho*, pensó. Si estaba en lo cierto, nada ni nadie po- dría cortar su progresión. Además, el mismísimo comisario esta- ba al día de la situación y no le había puesto impedimento alguno.

Por fin, justo cuando las lágrimas de frustración amenazaban con aparecer, encontró la entrada. Derecha, izquierda, derecha. Esta vez sí recordó los primeros cruces. Para todos los demás estaría a ciegas, pero aquello ya era un ligero avance. Esperó tras el primer giro, pistola desbloqueada en el chaleco, preparada para lo que tuviese que ocurrir. Pensaba en Xabi. Era muy pequeño para perder a su madre. *La Reina no va a ganar*. Eran las 23:34h.

Pasaban los minutos, y el cansancio se asomaba, visibilizado en los párpados de Elena, a quien, por momentos, se le cerraban los ojos.

El silencio se vio interrumpido por el ruido de un motor. Venía de la parte trasera del laberinto. Un vehículo que acababa de estacio- nar muy cerca de ella, pero a la vez, muy lejos. El móvil vibró. Urko, llamando. Volvió a ignorarle. Las 23:41h. Volvió a mirar su teléfono, presa de los nervios. No quiso leer nada. Se sentía decep- cionada, pero empoderada con ella misma. Su marido, su amor, la escena de celos. Se había roto la confianza que tenía en él, algo que en aquel momento ya no pareció tan importante. ¿Y si no le vuelvo a ver? ¿Y si la próxima vez que me ve es en una bolsa?

Miró el móvil por enésima vez. Los dedos le temblaban.

"Leni, háblame, estoy asustado. Una mujer ha burlado nuestra seguridad y se ha llevado a Maite Tamayo"

Elena sintió un temblor que le recorrió todo el cuerpo. Como quien pide refuerzos, le mandó a su marido un mensaje de voz.

— Estoy en el laberinto. Acaba de venir alguien. No estoy segura de poder yo sola con todo esto. Si no te vuelvo a ver, recuerda que te amo.

Acto seguido, apagó la pantalla, y se adentró como Jennifer Connelly, *Dentro del laberinto*. Allí no habría trolls, ni seres fantásticos. Un asesino, y posiblemente una víctima a la que tendría que salvar. Por lógica, la otra hija de Manuel. Aquel hombre no merecía otra cosa que no fuese paz, y esperaba que esa noche tuviera un final feliz. Derecha, izquierda, derecha. Derecha. Punto ciego. Varios pasos atrás. Izquierda. Adelante. Con prudencia, sin hacer ruido, linterna con luz de corto alcance, tapando con la mano y apuntando al suelo para no dar la voz de alarma. Corrió, caminó, volvió a correr. Adelante, atrás. De repente, topó con algo que la hizo caer. Un cuerpo. Un ruido. Miró adelante. Una mujer. ¿Dejar el cuerpo e ir a por la mujer? ¿Socorrer y perder a la asesina? La adrenalina le corría por las venas, y la duda solo le haría perder tiempo. Se dio cuenta de que encarar sola el laberinto tendría un precio, su vida o la libertad del asesino.

Optó por la primera idea. La mujer corría a escasos metros de ella. Lle- vaba un disfraz, pero no pudo distinguir más allá de una falda blanca y pelo rizado pelirrojo. Más metros, más distancia entre ellas. Elena escuchaba las risas de la mujer, un tono de desquicio que asustaba.

La asustada, sin duda, era ella, por decenas de motivos. Continuó. Punto ciego. Un giro, otro más. Derecha. La mujer seguía

corriendo, aún a la vista pero no lo bastante cerca. Un poco más. Estaban llegando al final. Vió la verja. Cerrada. Miró a su alrede- dor aumentando la potencia de la linterna. La encontró de frente.
¡La reina! Una mujer, como pudo apreciar, con falda roja y pelo rizado naranja. Reía. La señaló con el dedo. La tenía delante, apenas a 5 metros, al otro lado de la verja. ¿Cómo ha podido saltar tan rápido? ¿Cómo ha podido entrar con un cuerpo?

Vio una nota, colgada desde fuera. Intentó identificar el rostro. Estaba muy maquillada, la cara pálida, tal vez pintura blanca, la mano señalándola impedía poder visualizarla con mayor nitidez, y la luz de su linterna tampoco ayudó demasiado. Se escuchó una última carcajada y, acto seguido, se dio la vuelta, huyendo del lugar. Hija de puta. La inspectora intentó subir por la verja. El motor de un vehículo arrancaba. Ella saltó por fin al otro lado y apuntó con la linterna y el arma a la oscuridad. Nada. No había nada, ni luces, ni rastro que seguir. La Reina se le había escapado delante de sus propios ojos. Le volvieron a la mente las palabras del comisario. Al final había sucumbido a la ira y el miedo, fallando en su misión. Volvió sobre sus pasos. Allí solo la nota delataba lo sucedido:

"Había una vez un conejo al que la suerte le empezó a fallar. La Reina reía. As de corazones. El conejo de la suerte ha perdido de nuevo. La Reina gana. Aquí continúa un cuento de hadas que una histérica y mimada inspectora destrozó con sus aires de princesa que la habían convertido en una bufona más en la corte. Solo queda ser solidaria, con el amor, con la vida, lo que reste de ella. Alicia cruzó al país de las maravillas a través del espejo. Nos vemos en el siguiente capítulo."

Elena dio golpe tras golpe a la verja, con tanta furia que se dejó los nudillos de ambas manos a carne viva. La Reina no quería al conejo. Seguía viva. Tenía otro desenlace para ella, y sentía que no saldría de esta, que sería su último caso. Levantó la cabeza

y dejó de golpear. Ahora solo importaba Alicia, *Maite*, supuso. No se había parado a ver si aún vivía o no, si llegó moribunda y hubiera podido hacer algo, si hizo lo correcto, si debió disparar a tiempo. Miró el teléfono. Urko había vuelto a llamar. Ahora también escuchaba su voz gritando su nombre, invadiendo la quietud de aquel lugar de pesadilla. Era momento de dar la cara.

— ¡Estoy detrás!

La mujer se sentó apoyada contra la verja. Sentía una decepción que la superó. No dejaba de pensar en ese hombre que había per- dido a una hija y a una sobrina en menos de una semana. Elena tenía claro que lo que se encontraba en el corazón del laberinto era otro cadáver, el de la otra hija de Manuel. No estaba preparada para eso. Nadie debería estarlo.

Urko llegó corriendo a la parte trasera del laberinto, por fuera de la verja, y se tiró al suelo sin pensarlo dos veces para abra- zar a su mujer. Fer llegó enseguida y suspiró al ver que estaba relativamente bien.

— Hay un cadáver dentro —Elena comenzó a llorar, enfure- cida, gritando, cada vez con más impotencia—. ¡La tenía! ¡La tenía a tiro y no pude disparar!

Urko puso su dedo índice en la boca de su mujer. Seguidamente miró a Fer.

— Llama a la ambulancia, por favor. Necesitamos más efec- tivos. Hay que peinar la zona —miró de nuevo a Elena— ¿Por dónde se fue?

— No lo sé, ni eso pude ver, ¡joder! ¡Voy a matar a esa zorra!

— Vale, sabemos que es mujer. Habrá marcas de ruedas. ¿Se fue por aquí?

— Aquí, joder, delante de mi puta cara. Y no he sido capaz ni de pegar un puto tiro al aire. Se rió de mí, yo estaba dentro, la perseguí, me perdí una y otra vez. Me siento un fraude.

Elena balbuceaba una y otra vez que no había sido capaz de disparar el arma, que dio vueltas y más vueltas, que se perdió por el laberinto y que se había escapado delante de sus narices. Gritaba, lloraba, y repetía una y otra vez que la iba a matar. Urko hizo acopio de toda la sangre fría que le quedaba e intentó controlar la situación. Le quitó el arma, que aún la tenía en las manos y le habló despacio mostrando un aplomo que en realidad no sentía.

— Escúchame, mi amor. Tranquilízate. Va a ser una noche muy larga y no quiero que pienses en nada. Vamos a ir al coche. Quiero que te quedes dentro, que me esperes allí e intentes descansar un poco, lo máximo posible. Después nos lo cuentas todo desde el principio. Pero te necesito tranquila, descansada y serena, y ahora mismo no lo estás.

Elena tenía la mirada perdida, seguía balbuceando sobre lo ocurrido, pero en un momento se enfocó y miró a su esposo a los ojos.

— Estaba disfrazada de la Reina de corazones. La de Tim Burton, no la de Disney — Le pareció un dato relevante que Urko necesitaba conocer. El la ayudo a levantarse y la acompañó al vehículo—.

Ella seguía soltando datos, cada vez más distorsionados ante cualquier oído y, al pasar por el lateral, miró hacia dentro del laberinto y dejó de caminar.

— La víctima debe estar más o menos por el medio. Lo sien- to tanto…

Urko no contestó. Su esposa necesitaba descansar, habría tiempo para todo. Ahora llegarían los efectivos y había que pasar a la parte dura de todo esto, otro cadáver. El tercero. Tercera víctima Tamayo.

Elena quedó tumbada en la parte trasera del coche que había con- ducido Fer en la ida, el famoso Toyota Aygo. Era pequeño, pero a ella le serviría.

— Intenta dormir. Ahora me encargo yo de esto. Te necesito entera, ¿vale?

Elena asintió con la cabeza. Urko cerró la puerta. El coche estaba apenas a 20 metros de la entrada principal al laberinto, junto a la carretera.

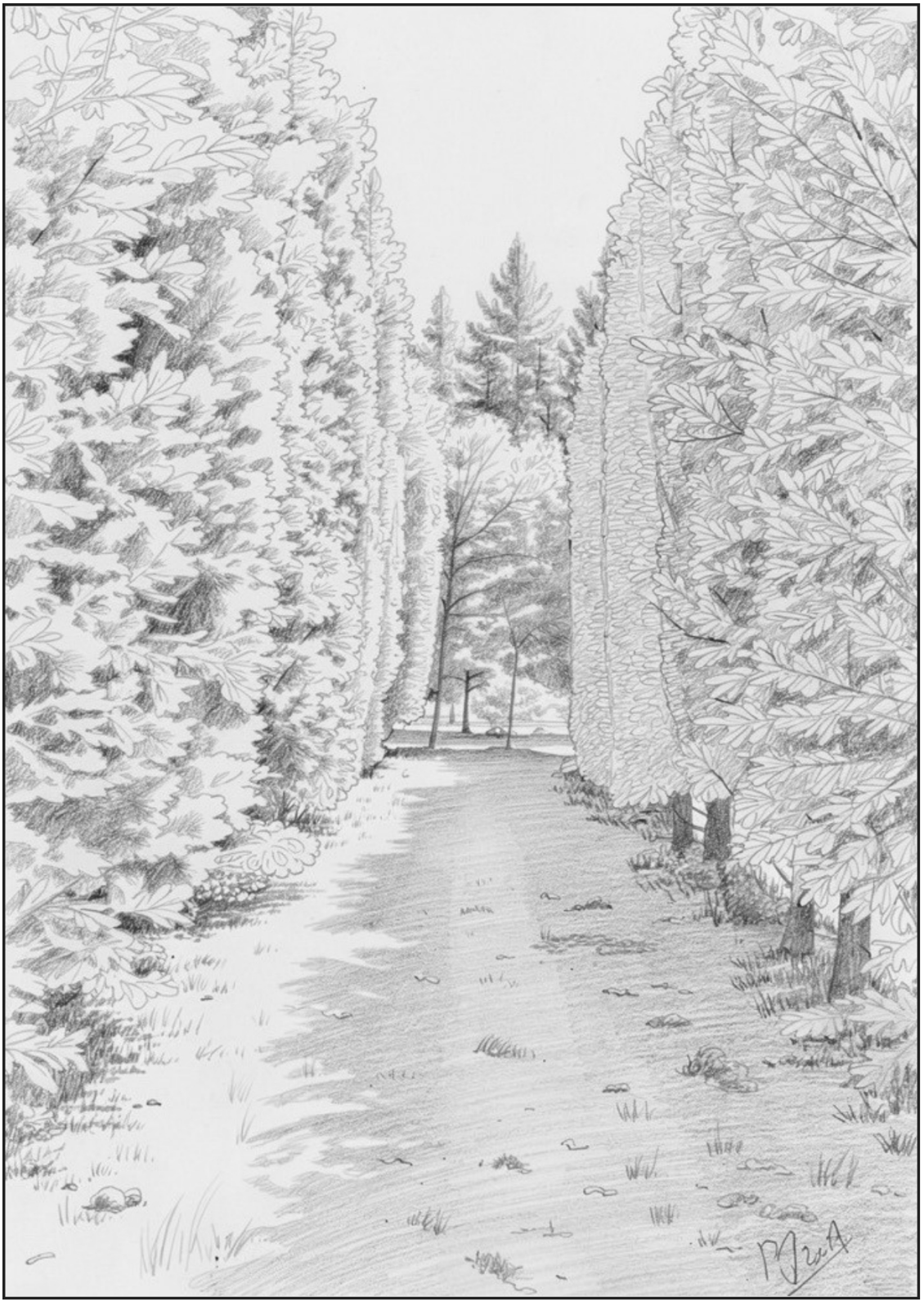
El inspector llamó al comisario.

— Comisario, tengo a Elena a salvo, pero hay otra víctima y otra nota. Voy a entrar, me sudan los cojones las órdenes judiciales, la inspectora no sabe si estaba viva y estos minutos que ya llevamos perdidos pueden ser cruciales.

— Voy a pedir una orden judicial para que podáis abrir la verja, pero te doy el visto bueno, lo que pase habrá sido con mi consentimiento.

— Gracias, señor. Le mantendré informado.

Mientras llegaban los refuerzos y la unidad de emergencias, Fer y Urko saltaron la verja. Izquierda. Ciego. Paso atrás. Derecha. Pasos adelante. Izquierda. Adelante. Izquierda. Pasos atrás… Aquello sería complicado, aunque sabían que no tenían que atravesar el laberinto entero. Según Elena, la víctima estaba a la mitad del recorrido aproximadamente. Pasaban los minutos. Corrieron, se dividieron, se perdieron, tropezaron con algo. Alicia había sido encontrada… muerta.



8. CABEZA ALTA

Comisaría de Oviedo, 03:18h.

La cafetera de goteo se vaciaba una y otra vez. Las tazas de café corrían a mayor velocidad que cualquier otra noche que el comisario Mauleón recordase. Frente a él, una Elena Carrasco cabizbaja y en silencio.

— ¿Eres consciente de lo imprudente que has sido esta noche? Tenemos una nueva víctima y el asesino se te ha escapado delante de tus narices. ¿En qué narices estabas pensando? Eres inspectora de policía, joder, si no eres capaz de actuar en consecuencia no me sirves para nada.

Elena quería hacerse pequeña y desaparecer. Lo peor de todo no eran las formas ni el lenguaje, lo peor era que no podía negar la realidad en aquellas palabras de su superior. La había cagado a lo grande. Había una chica muerta y ella sentía que no había hecho nada para evitarlo.

— Jefe, no, ahora no, por favor.

Mauleón se levantó y dio un golpe en la mesa.

— Mira, niñata, no me toques los cojones porque no te voy a pasar ni una más. A la próxima tendrás que entregar la placa y el arma.

Elena fijó la mirada en la cara de Mauleón. *Así que eso era lo que estaba esperando el cabrón del comisario*. Pues por ella, perfecto, había llegado al límite de todo. Sacó la placa y la dejó encima de la mesa. Acto seguido hizo lo mismo con la pistola, ante la incredulidad del hombre, que veía cómo el farol que se había tirado le explotaba en la cara. Ahora le tocaba recular, y no era algo que le hiciese especial ilusión.

— Así no se hacen las cosas, Elena. Mírame —ella obedeció —. La investigación se nos está yendo al carajo. Necesitamos tu versión. Lo entiendes, ¿verdad? Seguro que prefieres que sea yo quien te tome declaración. Sabes que siempre te he apoyado. Pero hay maneras de hacer las cosas, y la mierda nos está empezando a salpicar en todas direcciones.

La ¿aún inspectora? inspiró hondo y se sentó de nuevo. Todos estaban con los nervios a flor de piel, y este caso les había pasado una factura demasiado cara. Cerró los ojos un momento y volvió a mirar al comisario. Daba gracias porque no hubiera nadie más en el despacho en ese instante.

— Le pedí protección para las mujeres Tamayo. Debían haber estado a salvo. Todas ellas.

— Y se la dimos. Maite tenía vigilancia, por lo que nos han contado varios testigos, tuvo una llamada en el tanatorio y despistó a los agentes. Ya sabes que no tenemos muchos medios, eran tres agentes para seis mujeres.

— ¿Y qué hay de Manuel? ¿Ya sabe lo ocurrido?

— No ha sido informado aún. Antes de poder identificar el cuerpo debe ser procesado por el forense. Aunque en este caso no hay duda de quién es la víctima. No es agradable de ver.

— Tropecé con ella. Pero no me quede allí, decidí perseguir a esa hija de puta.

— No hubieses podido hacer nada. Ya estaba muerta cuando la dejo en el laberinto. Le había abierto la frente para co- locarle una carta.

— ¿Cómo abierto?

— Aún están analizando el cuerpo, pero las primeras hipó- tesis son que utilizó una radial, está bajo secreto aún. No lo ha descartado aun el forense, pero cree que al igual que Sonia ya estaba muerta cuando lo hizo, también hay restos de arsénico. Por lo visto ese es el patrón, las envenena pri- mero y una vez muertas empieza con el ritual. En el caso de Maite, un trozo de cartulina con el as de corazones im- preso. Utiliza los cuentos para justificar los crímenes. Tres mujeres de la misma familia. Ahora tenemos el control, no puede acercarse a nadie más de la familia Tamayo, tienen protección las 24 horas y la orden de permanecer juntos hasta que demos con el culpable.

— Tendrán que volver al tanatorio.

— Sí, ya lo hemos previsto, pero esta vez el operativo no fallará. Espero que sea la última.

— ¿Espero? Hay que proteger cada esquina del tanatorio, po- ner todos los medios necesarios.

— Tranquilízate, te digo que ya está todo previsto. Los compañeros de Mieres se van a hacer cargo de la protección de la familia Tamayo, con la ayuda de la local y de algunos miem- bros de la Guardia Civil. Están sobreprotegidos, todos. Aho- ra necesito saber exactamente qué fue lo que pasó ayer.

— Fui a ver a Xabi cuando salí de aquí. Le besé, le abracé. Nunca se sabe cuándo será la última vez, y yo tenía claro cuál era el siguiente paso. No lo dudé. Fui hasta el laberin- to. Ahora me siento estúpida. Ella me esperaba, sabía de mis pasos, y nosotros ni siquiera sabíamos a ciencia cierta si actuaría allí, si sería esta noche, mañana por la maña- na... Hemos estado bailando al son que nos tocaba la muy hija de puta. Ella sabía lo que iba a pasar. Llegué hasta allí y salté la verja trasera. Empecé a caminar, me perdí mil veces, pero conseguir llegar hasta la puerta de entrada. Esperé un tiempo, no sé cuánto. El camino estaba despe- jado, no había nada ni nadie alrededor, así que si alguien se acercaba lo podría ver con mucha antelación, y a mí no me verían. Pero ella lo sabía. Lo supo desde el principio, que yo estaba allí, en la casilla de salida. Escuché el motor de un coche que se acercaba, pero no vi nada, llegó por detrás, algo que había mirado bien y no había carretera.

— Por la pradera trasera llegaron, hay huellas de un 4x4 que llega a un desvío privado.

— No llegué a tanto, lo siento. Intenté volver a la parte trase- ra lo más rápido posible, pero el maldito laberinto no me lo puso fácil. Ha estado jugado conmigo, comisario, y he sido tan estúpida…

— Elena, mírame —la mujer hizo caso—. Eres una mujer muy valiente, una buena policía, es un honor tenerte en

esta comisaría. Pero hay límites que no se deben cruzar. Te pusiste en peligro a ti y a la investigación, por hacerte la heroína y creer que podías resolver el caso tú sola.

— No soy más que una simple mortal, con sus fallos, con sus intensidades puntuales, intento hacer las cosas bien, pero esto me ha superado.

— Eres una gran inspectora, de las mejores, por eso creo que en homicidios trabajarías bien. Pero tenemos normas y protocolos que no te puedes saltar, por tu seguridad y la de tus compañeros. Espero que sea la última vez que vas tú sola a la caza de la bestia. Continúa. Escuchaste el motor acercarse por detrás e intentaste volver a la parte trasera.
¿Saltó la verja? ¿Tienes idea de cómo entró en el recinto?

— No lo sé, no pude ver nada, recorrí el laberinto a la in- versa, recibí un mensaje de Ayestarán, había desaparecido Maite Tamayo, me puse mucho más nerviosa, y me perdí de nuevo una y otra vez. Recuerdo sentir ansiedad, como si el pecho se me estrujase y el corazón fuese a partirse en dos. Seguí corriendo pensando que podía llegar, y de repente tropecé con algo. Había un cuerpo que me pareció iba vestido de Alicia en el país de las maravillas por los colores. Ni siquiera me paré a verle la cara ni a tomarle el pulso. Unos 5 metros delante de mí vi a una persona, corría, reía, una risa de esas que ves en las películas y te resultan diabólicas, estoy casi segura de que era una mu- jer. Me levanté y corrí tras ella. La oía delante, chillando y riendo como una posesa, esa risa, como de ultratumba, no la podré olvidar jamás. Me eriza la piel cada vez que la recuerdo. Me volví a perder, varias veces, pero la se- guía escuchando a través del laberinto. De repente dejé de escucharla. Había llegado a la salida, la verja estaba

cerrada y no logré ver nada alrededor. Barrí el lugar con la linterna y allí estaba ella, unos metros delante de mí, al otro lado de la cancela. Me señaló con el dedo. Pero no fue a mí, había algo enganchado en la verja. Estaba en shock, no reaccioné. Apenas pude verla, llevaba la cara pintada de blanco, los labios muy rojos. No era como la Reina de corazones del clásico de Alicia, era mucho más siniestra, como la versión de Tim Burton. Me quedé ahí parada, mirándola. La apuntaba con el arma pero quedé como una estatua. No hice nada. Volvió a reir, se dio la vuelta y echo a correr en la oscuridad. Ahí sí que reaccio- né, salté la verja, cogí la nota que había dejado e intenté perseguirla, pero ya no había rastro.

La inspectora sacó la nota del bolsillo y se la dejó a Mauleón encima de la mesa. El comisario sacó una bolsa de pruebas del cajón y, una vez preservada, se la devolvió para que la leyese.

— Perdón, es una pieza clave, ni me acordé que la tenía aún en el bolsillo. Y están mis huellas, lógicamente

— *"Había una vez un conejo al que la suerte dejó de lado. La Reina reía. As de corazones. El conejo de la suerte ha perdido una vez más. La Reina gana. Aquí continúa el cuento de hadas que una histérica y mimada ins- pectora no supo leer. Solo queda ser solidaria, con el amor, con la vida, lo que queda de ella. Alicia cruzó al país de las maravillas a través del espejo. Nos vemos en el siguiente capítulo."*

La leyó un par de veces para sí misma. Otro acertijo sin pies ni cabeza, *la muy zorra ya sabía que no iba a salvar a Alicia*. La frustración se hizo más grande en su interior. La puta Reina se- guía ganando y riéndose de ellos, de ella, en su cara.

— Esto está lejos de terminar, inspectora. Por ahora nos ha ganado 3 batallas, pero la guerra continúa. ¿Hay algo más que me pueda decir?

— Eso es todo, comisario, el coche arrancó y se esfumó en la noche, como un fantasma. No tengo nada más.

El comisario pausó la aplicación con la que había grabado la declaración de Elena. Ella se veía abatida, vencida por un ene- migo que les había manejado su antojo. Pero como él mismo le había dicho, aún se estaba librando una guerra y ellos tenían trabajo que hacer. Guardó el sobre con la nota y le puso a la mujer delante la placa y el arma.

— Ahora quiero que te levantes, cojas tus cosas y te vayas a casa a descansar.

Elena miraba al comisario con incredulidad. ¿La estaba devol- viendo a la investigación?

— No me aparte del caso, por favor, comisario. Ahora no. Sé que tengo un pronto muy malo —seguidamente guardó la pistola y el arma—. Ya estoy involucrada, déjeme acabar mi trabajo. Sé que puedo hacerlo, voy a cazar a la asesina y pagará por lo que hecho.

— Lo sé, Elena, pero estás demasiado involucrada, y eso no es bueno, ni para ti como profesional ni para tus compa- ñeros, ni para la investigación. Debo reunirme con mis superiores y dar explicaciones. Por ahora sigues siendo inspectora de esta comisaría, no te quepa duda, eres de los nuestros y te voy a defender, pero la decisión ya no es mía. Ahora sal y pídele a Ayestarán que pase.

— Urko no hizo nada malo, señor.

— Eso ya lo decidirán los que están más arriba, por ahora yo tengo que tomarle declaración y ya veremos cómo sali- mos de este marrón en el que nos has metido.

Mauleón le guiñó el ojo mientras le decía esas últimas palabras. Quizá al final no era tan malo, después de todo, por supuesto, pasando por alto su misoginia. Ese pensamiento hizo que Elena recuperase un poco de ánimo, la sensación de que no estaba todo perdido y que podría terminar lo que había empezado. Al salir le hizo un gesto a Urko con la cabeza. La idea de ir a casa y descan- sar un rato cada vez le parecía más apetecible.

Urko pasó al despacho del comisario. Este le invitó a sentarse. Había escuchado desde fuera cómo le levantaba la voz a su mu- jer, pero no parecía que la sangre hubiera llegado al río. Ahora le tocaba hacer su parte. El comisario volvió a activar la app de gra- bación, no se fiaba de su cabeza a esas horas de la noche y estaba seguro de que necesitaría volver a escuchar sus declaraciones. Cualquier detalle era importante, y aunque no lo creyeran, él iba a pelear por sus inspectores hasta el final.

— Inspector Ayestarán, es muy tarde y estamos todos muy cansados, asi que empecemos. Cuanto antes tenga su ver- sión de los hechos, antes terminaremos. Mañana será un día complicado, tengo que rendir cuentas sobre lo sucedi- do. Tengo la declaración de la inspectora Carrasco, pode- mos comenzar con la suya.

— Gracias por su apoyo, comisario. Después de que la ins- pectora saliera ayer de comisaria el agente Carreras y yo nos quedamos para reclamar las ordenes pendientes, a ver si conseguíamos sacar algo de la cuenta de Instagram de la primera víctima y alguna información sobre la Tamayo desaparecida, Herminia. Como usted ya sabe no pudimos encontrar nada nuevo, y al intentar contactar con Elena, ella no cogía el teléfono, ni respondía a los mensajes. Su-

pimos desde ese momento que ella iría hasta Llanes sola, sin importarle nada, en un arrebato de orgullo. Ya la cono- ce, se puede poner muy intensa.

El comisario sonrió, paternalmente, asintiendo con la cabeza. No era la primera vez que Carrasco la liaba, pero sí que había sido, sin dudas, la desobediencia más grande de todas cuantas pudiese haber hecho.

— Logré contactar con ella cuando estábamos llegando, estaba en la parte trasera del laberinto. Nosotros no habíamos investigado el lugar, pero recordé una imagen de satélite que me había enseñado, y sabía que el laberinto era un rectángulo, sin nada a los lados, por lo que nos pareció mejor ir por el perímetro, en vez de perdernos dentro. Estaba todo embarrado y resbaladizo pero conseguimos llegar hasta ella. Estaba muy nerviosa, temblando y balbucean- do palabras. La pude calmar lo suficiente para llevarla al coche y dejarla allí descansando. Necesitaba estar tranqui- la, y le prometí que me encargaría de todo. Nos dijo que había un cuerpo dentro del laberinto, más o menos sobre la mitad del recorrido. Entramos el agente Carreras y yo, la búsqueda se nos retrasó bastante al no conocer la ruta, así que nos perdíamos varias veces. Al final dimos con la víctima. La escena era dantesca, muy desagradable, se- ñor. Había llamado pidiendo una unidad de emergencias y también apoyo policial. En aquel momento aún no habían llegado, asi que opté por llamarle a usted y a continuación al juez de instrucción de Cangas de Onís.

El comisario elevó las cejas al escucharle. No es que Ayestarán fuera precisamente fan del magistrado. Le hizo un gesto para que continuase relatando lo ocurrido. Urko tenía más datos por contarle. Se sentó en el borde de la silla acercándose a Mauleón y bajó la voz, emitiendo susurros en confianza y confidencia.

— Entre usted y yo, señor, no puedo con él. Hay algo que no me gusta en ese tipo. Independientemente de lo que haya podido ver con Elena, le juro que no son celos, algo me dice que no es trigo limpio.

— ¿Entonces por qué lo llamó?

— Porque, me guste o no, es el juez asignado al caso, y somos profesionales. No tardó mucho, me sorprendió bastante. Apareció bebido, algo comentó sobre que le pillamos en una cena íntima.

— Esto lo omitiremos, si le parece bien. Y dejaremos todo esto último para nosotros en petit comité.

— Claro, usted manda. Llegó casi a la par que la ambulancia. Te- nía prisa, firmó el levantamiento del cadáver y se marchó ape- nas sin despedirse. Muy profesional, si me disculpa la ironía.

— No lo conozco personalmente, pero terceras personas, compañeros del cuerpo y guardias civiles, hablan muy bien de él, lo describen como un hombre con tacto, profesional y empático. En fin, creo que tengo todo cuando necesito para la junta de revisión.

El comisario había parado la grabación, asi que Urko le habló con franqueza.

— Señor, ¿puedo preguntarle cuál será su recomendación para la junta?

Mauleón le miró fijamente. No le gustaría estar en el pellejo de su inspector. Existe una fina línea entre el marido y el profesional, y en ese momento no sabía muy bien cuál de ellos le estaba preguntando.

— Mi recomendación, basándome en un tema estrictamente profesional y tan delicado, la inspectora Carrasco debería ser apartada del caso. Podemos hacer la vista gorda con

algunos comportamientos, pero ha habido una víctima que quizá se podría haber salvado.

— Sé que ella se ha meado en todo el reglamento, pero el forense nos dijo que Maite Tamayo había muerto poco después de haber sido secuestrada, asi que no creo que la hubiéramos podido salvar. Estoy de acuerdo en que de haber ido los tres teníamos más posibilidades de detener al asesino, pero tampoco es ninguna certeza, comisario. Y con todos mis respetos, la víctima desapareció estando custodiada, eso nos exculpa a Carrasco y a nosotros.

— Cierto, no lo voy a negar.

— En todo este caso siento que siempre nos ha tenido muchos pasos por detrás. Profesionalmente sabe usted tan bien como yo que Elena remontará el vuelo. Y si la apartamos ahora no sabemos cómo reaccionará la asesina. Ahora sabemos que es una mujer. Extraoficialmente comisario, el caso es personal para ella, cree que la culpable puede ser su madre biológica.

La expresión del comisario era indescifrable. Urko tenía la seguridad de que el comisario sabía de la adopción de Elena, estaba en su ficha, pero su cara era imposible de leer. Cruzó los dedos mentalmente, esperando no haber metido la pata hasta el fondo.

— ¿Y usted qué piensa? —No le iba a dar su opinión tan fácilmente. Primero quería saber hasta donde habían llegado los inspectores con sus pesquisas—.

— No lo sé, si soy sincero. Estoy muy perdido con este caso. Cuando hay un tema personal todos sabemos que se aparta del caso a la agente con ese vínculo, pero siento que no sería justo, más aún cuando no se conocen de nada más allá del ADN. Jamás en toda mi carrera me había sentido como en estos últimos días. Cada vez que aparece nueva infor-

mación lo que hace es que se complique más la trama, en vez de arrojar luz sobre ella. De repente aparece un asesino en serie, mata a tres personas inocentes que para más inri son de la misma familia y señala a Elena directamente en sus peticiones. Resulta que su posible madre biológica está implicada, no sabemos cómo, y no muerta como le habían hecho creer. Y para acabar de liarla podría ser la culpable de las muertes. No imagino como lo está llevando tan…

La puerta del comisario se abrió de repente con cierta violencia, chocando con la pared y sobresaltando a los dos hombres. Era la inspectora Carrasco la que entraba enarbolando un periódico, con las mejillas rojas de excitación.

— ¡Lo tengo! ¡La he encontrado!

Llevaba en la mano una hoja de periódico, que colocó encima de la mesa del comisario, señalando una de las noticias con vehemencia.

— As de corazones. Solidaridad, con el amor, con la vida, lo que queda de ella. Lo que decía la nota de Alicia. Aquí está el siguiente capítulo.

La mujer les mostró una noticia que hablaba sobre una costurera de Gijón que había reunido a más de 200 personas para ayudar a mujeres operadas de cáncer de mama.

— Adela Marín, fundadora de *"As de corazones",* reunirá este próximo domingo 15 de marzo, a dos centenares de personas en el Museo del Pueblo de Asturias. Por segundo año consecutivo se reúnen para confeccionar cojines terapéuticos para los enfermos de cáncer.

Urko la miró sorprendido, con una mezcla de orgullo y cariño. En lugar de irse a casa a descansar había esperado a su marido, y a su vez, dado con la clave de la tercera nota. Esa mujer era un torbe-

llino imposible de parar. Él había estado esperando fuera, con ese periódico en la mesita a su lado, y no se le había ocurrido ojearlo siquiera. Giró la cabeza hacia el comisario, que también miraba a Elena con un deje de orgullo.

— ¿Lo ve, señor? Profesionalmente es increíble. No podemos tenerla apartada del caso, la necesitamos para resolverlo.

El comisario sonrió, asintiendo con la cabeza. Tenía otro argumento de cara a la junta, uno de peso además, para evitar que la dejaran fuera del caso.

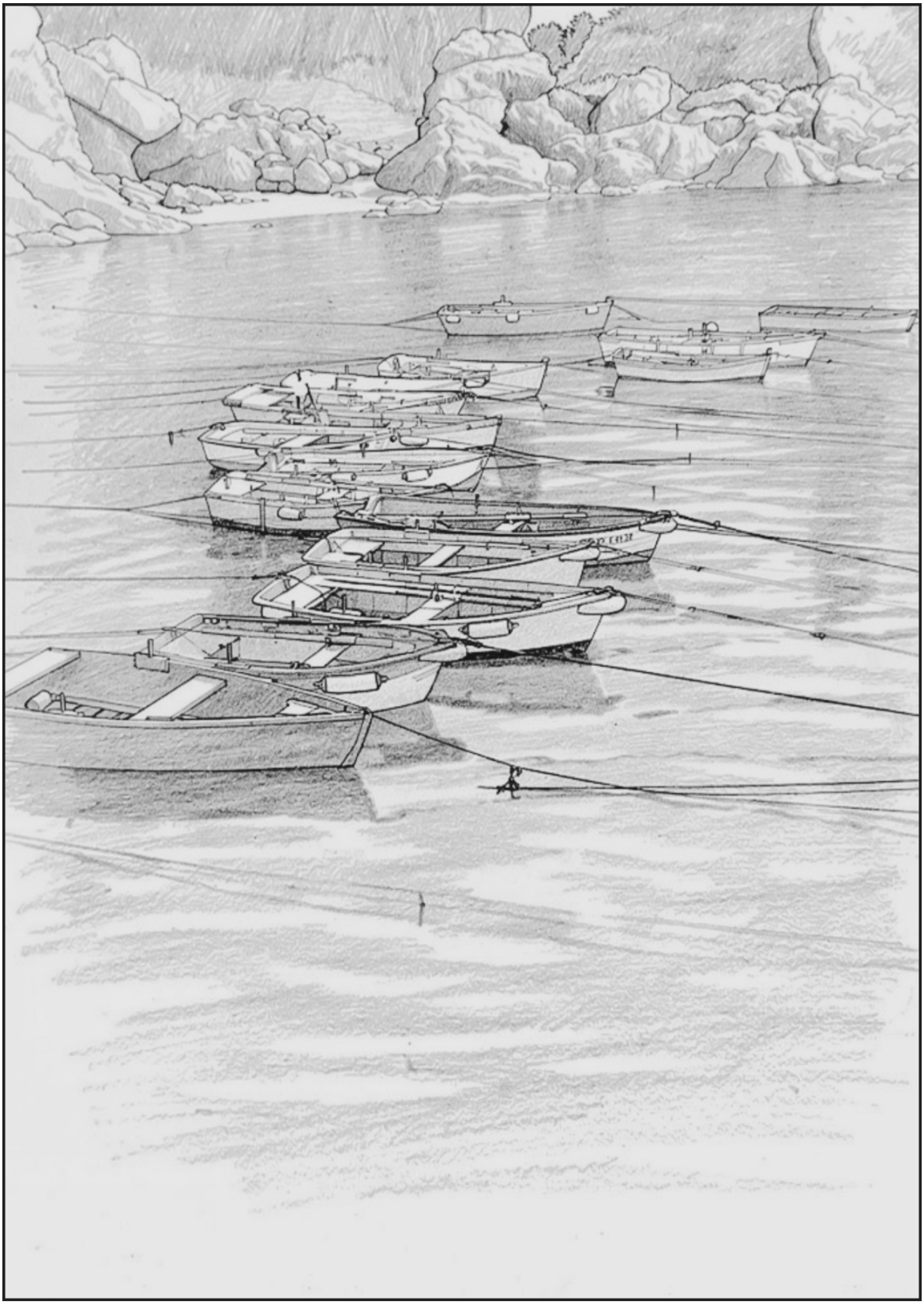
— Váyanse a casa, inspectores. Mañana tengo una junta complicada, debo salvarles el culo. Y no será fácil con las que me han liado los dos. Tengo que tomar declaración al agen- te Carreras. Descansen, mañana los quiero aquí a las doce en punto, espero que con buenas noticias para ustedes.

— Pero, señor, tendrá que mandar efectivos allí.

— Suficiente Carrasco, no me diga cómo he de hacer mi trabajo. Y esta vez acatará mis órdenes. Punto final. No quiero saber nada de ustedes hasta mañana a las doce. Hagan el favor de salir de aquí y hagan pasar Carreras.

Urko la sacó del despacho tirando del brazo, sabía que no saca- rían nada mas de ahí, y conocía demasiado bien a Elena, más de lo que a él le gustaría algunas veces, con cansancio y cabreada, podría ser una bomba de relojería. Se despidió de su superior con un gesto con la cabeza y salió de allí con su mujer a rastras, indi- cando a Fer que era su turno.

Mauleón miraba hacia la puerta por donde entraba Carreras con gesto de incredulidad. Esta mujer era buena, pero también un coñazo. Que la aguantase un rato su marido, que él ya tenía bastante encima con arreglar el estropicio que esta dejaba a su paso.



9. CAPÍTULO PAUSADO

Viernes, 13 de marzo. 11:47h.

Los inspectores Elena Carrasco y Urko Ayestarán esperaban pacientemente en comisaría el resultado de la junta superior de Policía. Cruzaron los dedos por Mauleón, que era el que estaba dando explicaciones sobre el *caso Cuento* y todos los procedimientos que se habían saltado escasas horas atrás.

El comisario llegó a su despacho, y les indicó la puerta mientras este se dirigía a la zona del office. Su cara no expresaba nada y todo alrededor se antojaba con una incógnita. Agarró una taza de café y se sentó detrás de su escritorio.

— Siéntense. Esperaremos por Carreras, está citado ahora también.

— ¿Hay buenas noticias? ¿Puede adelantarnos algo?

El comisario puso los ojos en blanco. Tendrían que empezar sin el agente. Este les empezó a relatar las conclusiones de la junta.

— Me han dado un ultimátum de muy mal gusto, no les voy a engañar. Ustedes están a un paso de un expediente y yo de la prejubilación, creen que mi encubrimiento contradice los valores policiales, pero habrá que ver las cosas con optimismo, por ahora hemos salvado el culo. Tenemos 48 horas para detener a la asesina, si todo va bien, tendremos que dar una rueda de prensa cuando el caso esté cerrado.

— ¿Rueda de prensa? —Elena no llevaba bien ser el centro de atención de nada, y menos aún de una panda de carroñeros en forma de periodistas. Se notaba que eso tampoco era grato para el comisario—.

— Cosas de los de arriba, no es negociable. Desde esta noche, además, una patrulla de la comisaría de Gijón hará guardia frente al Museo del Pueblo de Asturias.

— Me parece muy poco una patrulla. Deberíamos ir nosotros.

Mauleón la ignoró y abrió el dossier que tenía sobre la mesa. Urko le puso a Elena la mano en el muslo y la apretó con suavidad. Tenía que prestar atención y más tarde podría soltar lo que se le pasara por la cabeza, pero no era el momento. El comisario empezó a leer.

— Tengo aquí el informe forense de Maite Tamayo. Murió por una dosis de aproximadamente 240 mg de arsénico, al igual que las demás víctimas. El corte de la frente fue hecho, tal y como sospechábamos, con una radial. Post-mortem. No se halló en el cuerpo ningún otro indicio, no hay restos biológicos del asesino ni pudieron recuperar nada de la zona donde fue dejado —este miró a la inspectora—.

Elena decidió no entrar al trapo, ahí solo estaba la fría y profesional po- licía. Urko miraba de mientras las imágenes que adjuntaba el dossier.

— Sabemos que no lo hizo allí, ni en el coche o en plena ca- lle —apostilló Ayestarán—. La asesina podría tener algún taller, un garaje, donde las lleva. Ha de ser una zona apar- tada, sin vecinos alrededor, allí donde pueda llevar a cabo sus atrocidades y que nadie sospeche nada. Las mata con arsénico y recrea su macabra versión del cuento.

— Discrepo. Acordaos de Blancanieves. La envenenó allí, ella fue hasta el bosque por su propio pie. Llegaron juntos por el sendero. Quizá ya tenía en su organismo la dosis letal, y en Castropol había huellas. No tiene un modus operandi fijo, varía según las circunstancias.

Elena buscó el expediente de Sonia entre la documentación del caso. Urko se lo acercó, ya abierto en los resultados del examen forense del entorno. Le señaló el párrafo con el dedo.

— Había muchas huellas en el arenal, no se pudo determinar si correspondían a la víctima o al asesino. El único patrón confirmado es el arsénico.

— Y las mujeres Tamayo.

Urko asintió con la cabeza. Mauleón miró la hora. Eran las 12:17h. Carreras solía ser el tipo más puntual de la comisaría. Lo daba todo por su puesto, y se lo tomaba mucho más en serio que el 90% de los agentes de su entorno. Así había crecido, codeándose con ins- pectores en investigaciones de carácter confidencial y de alto ran- go, aunque nunca había dado un paso más para subir de peldaño a pesar de las insistencias de su entorno. El inspector se fijó hacia donde miraba el comisario, y quiso sacar la cara por su compañero:

— Anoche pasamos frío, puede haber enfermado —Mau- león ya había pensado que aquello no era habitual, Ca-

rreras habría avisado si no pudiese llegar a una cita a tiempo con su comisario—.

El comisario agarró el teléfono fijo de su mesa y, mirando en su agenda física personal, marcó el número del agente Carreras.

— Apagado o fuera de cobertura.

— ¿Y su madre? ¿Es posible contactar con ella?

Miró nuevamente la agenda y marcó otro número, en este caso el fijo de su casa.

— Buenos días, soy el comisario Gregorio Mauleón. Estamos intentando contactar con su hijo, pero no ha sido posible, por eso la he llamado a usted… A nosotros también nos resulta muy extraño que no esté localizable… Entiendo… ¿Alguna cita?... ¿Y no ha sabido nada de su hijo desde hace cuánto?... Sí, estuvo aquí, marchó de madrugada, un opera- tivo complicado… Si esta noche sigue sin saber nada, de él o de nosotros, o si Carreras se pone en contacto con usted, avísenos, es esencial. En este número nos puede contactar. Pasará uno de mis agentes a buscarla para interponer una denuncia por desaparición pasadas 24 horas si esta noche no hemos sabido nada de él. Seguro que es un malenten- dido, yo también lo creo, señora…. Es un buen chico y un gran agente, lo vamos a encontrar….Muchas gracias… Margarita, de acuerdo, encantado. Que pase un buen día.

Mauleón quedó en silencio, al igual que los agentes, que habían escuchado la conversación. Fue él quien rompió ese silencio tras unos incómodos segundos. Lo que tenía que contar a los inspec- tores no era de buen gusto.

— Os voy a tutear, en fin, llevamos años juntos y no es la pri- mera vez. Fernando Carreras es un buen tipo, buen agente,

leal y discreto. Ha tenido que hacer algún trabajo no muy legal, si entendéis a que me refiero. Tengo una relación cercana con él, ustedes no están al corriente, pero tiene algunas adicciones, al juego y al sexo. Yo he intentado ayudarle. No lo sabe nadie en la comisaría, y me gustaría que siguiese siendo así.

Los inspectores asintieron con la cabeza.

— Anoche se desplomó delante de mí. Había vuelto a apostar, y pidió dinero prestado a gente poco recomendable, grandes cantidades. Problemas de dinero, deudas, se pulió el dinero para la oposición a inspector, que yo le había dejado, por eso aún no ha subido de rango, los excesos le están impidiendo dar pasos adelantes. Anoche salió mal de aquí, muy mal. Me dijo que se iba a casa, pero su ma- dre dice que desde ayer por la mañana no sabe nada de él.

Elena y Urko se miraron asombrados. Nunca hubieran imaginado que el agente Carreras tuviera ese tipo de doble vida, ni que al comisario le importara un carajo alguien aparte de él.

— En fin, tendréis que trabajar solos. Muchas mañanas ha llegado de empalme, de una noche de putas y alcohol, pero rindiendo, y siempre puntual. Nadie lo notó nunca.

— ¿Y llegando así le ha dejado salir a patrullar?

— Esos días lo he mandado al archivo, a organización. Puedo pasar por alto cosas, pero tenemos límites, y yo también miro por mi culo y por la seguridad de los ciudadanos. Vamos a lo que importa. Solo tenéis una oportunidad, si la jodéis estáis fuera, del todo. Quiero que estéis juntos, sois compañeros. No quiero allanamientos ni mierdas, conocéis los protocolos, cumplidlos. Sabéis de sobra los

códigos de conducta, conocéis los límites. Estáis aquí para cerrar el caso. ¿Planes para hoy?

— Quería ir al tanatorio a presentar mis respetos y dar el pé- same a la familia Tamayo.

— Pues bórratelo de la cabeza. Tú no has matado a las hijas de Manuel Tamayo, ¿de acuerdo? Ese apego es de inmediata obligación cortarlo de raíz.

— Señor, hay una razón por la que los Tamayo y yo estamos conectados.

— Ya lo sé inspectora, pero eso no aporta nada a la resolución del caso. Eso ya es personal. Solo quiero profesionalidad. Desde ya.

— ¿Podemos estar en el Museo del Pueblo de Asturias?

— ¿Haciendo guardia? ¿Dentro? No tenemos claro que sea allí donde aparezca la asesina, no hay garantía alguna, solo una noticia en un periódico regional.

— Pues entonces no sé qué quiere que hagamos.

— Váyanse a casa.

— Usted me decía que soy agente de campo, que no pintaba nada en casa…

— Use esa cabecita que tiene para revisar bien todo el expediente del caso. Si hay algo que hayan pasado por alto espero que lo encuentren. Manténganme informa- do y esperen órdenes.

*Que r*ápido se le pasó *una vez más el tuteo*, pensó Elena. Se sentía indignada, este imbécil les decía que tenía buenas noticias, pero los mandaban a casa a repasar el caso, como si fueran niños castigados sin salir. Que le mantuvieran informados, decía para

más inri. ¿Informado de qué? Necesitaba desconectar, y solo había una manera de hacerlo de verdad. Los inspectores salieron de comisaría, y Urko llamó a sus padres.

— ¿Estáis en casa?... ¿Os importa si vamos a tomar un café con vosotros?... Claro, así vemos a Xabi… Vale, aita, hasta ahora.

Antes de las 13h, Elena pudo volver a coger en brazos a su hijo. A la inspectora le gustaba ir a casa de sus suegros. Siempre había sido aceptada en la familia de Urko, y quería a los padres de su marido como si fuesen los suyos propios, que la habían acogido de la misma manera. El inspector Ayestarán era hijo único, y para ellos, Elena era más que una hija política, les había llenado un poco más el hogar de amor. Por ese motivo decidieron comprarse el pequeño chalet de Olloniego. Cada vez que venían a Asturias se metían los cuatro en el piso de los inspectores, de poco más de 60 metros y dos habitaciones, y cuando les dieron la noticia del bebé en camino, fue el momento de plantear el traslado. No era lo mismo tener que ir a visitarles un par de veces al año o recibir sus visitas por días contados, que poder tenerlos cerca siempre y así también echarles una mano en su día a día por ciertas necesida- des profesionales, tales como estaban siendo esos días. Por suerte siempre fueron muy respetuosos con la vida íntima, personal y sentimental de Urko.

La pareja comió con los abuelos paternos del pequeño Xabi. Después, otro café en la maravillosa terraza del matrimonio. El teléfono móvil de Elena sonó. Miró la pantalla. En aquel momento supo que su día tranquilo había terminado.

— Inspectora Carrasco… Sí, comisario. Está a mi lado… ¿Alguna novedad con el caso?... ¿Cómo?...

La mujer quedó en silencio, pálida como un cadáver. Dejo el mó- vil en la mesa, la mirada perdida, y de repente dio un golpe en

la mesa. Urko la miró. Elena no era capaz de responder. Dio de nuevo golpe al suelo, y lágrimas de rabia e impotencia empezaron a surcar sus mejillas. Los puños apretados empezaban a enrojecer, su marido atrapó sus manos logrando que se detuviera. Le pedía calma, alguna explicación. Ella señaló el terminal negando abati- da con la cabeza, repitiendo como un mantra *"no puede ser, no es posible"*. Urko escuchaba al comisario llamando a Elena.

— Comisario, soy Ayestarán. ¿Qué coño está pasando?... No puede ser… ¿Dónde?... ¡Me cago en todo!... ¡Joder! Va- mos para allí. Gracias, señor.

Urko se echó las manos a la cabeza. No podía creerlo. Joder, se iba todo a la mierda delante de sus narices. Los padres del ins- pector se quedaron mirando sin saber muy bien qué decir. Mikel se acercó a su hijo, que no era capaz de reaccionar, y le posó su mano en el hombro.

— Lo que necesitéis, estamos aquí, Urko, ya lo sabes. Haz lo que tengas que hacer, Xabi está bien con nosotros, esta cuidado y querido.

— Aita —Urko miró a su padre, con profunda tristeza y lá- grimas en los ojos—, esto se nos ha ido de las manos. Han matado a nuestro compañero.

El hombre lo abrazó, no había nada que pudiese decir para aliviar la carga. Amagoia, por su parte, se acercó a Elena e hizo lo propio con ella. La inspectora estaba en shock, pálida y fría, y se aferró a la mujer con desesperación y, a su vez, gratitud.

— Juega con nosotros. En todo momento. Hace y deshace a su antojo.

Después de lo que parecieron horas, Elena se separó de su suegra y miró a Urko. Se terminó el tiempo de lamentar. Su cabeza repa-

saba toda la información del caso, tenía un asesino al que dar caza. Cuando estuviera entre rejas, se podrían permitir llorar a su amigo.

— Ha roto su modus operandi. Ya no son mujeres Tamayo. No era un patrón, lo cambia a su antojo como quiere, donde quie- re, cuando quiere, y porque quiere. Es la primera vez que nos enfrentamos a alguien así. Hay que encontrar a Herminia. Es la clave de todo, el único hilo del que podemos tirar.

Urko asintió con la cabeza, besó en la mejilla a su padre, y se dispuso a marchar. Seguidamente le tendió la mano a su mujer.

— Vamos rápido, van a levantar el cadáver y deberíamos estar allí...

Elena asintió con la cabeza y, tras darle un último abrazo a Amagoia se encaminaron a la salida.

— ¿De cuánto tiempo disponemos? ¿Qué más te ha dicho Gregorio?

— Que pasemos por comisaría, a partir de ahora viene con nosotros…

— No creo que tener al comisario más gordo y vago de toda España pegado a nuestro culo nos vaya a ayudar a resol- ver esta montaña de mierda.

— Yo tampoco, pero él ordena y nosotros acatamos. Ya no tenemos más elección.

Comisaría de Oviedo, 15:13h.

Urko esperó fuera de comisaría, en la parte trasera. A Elena le tocó entrar a por Mauleón, saliendo juntos a los pocos minutos. La inspectora cedió el asiento de copiloto a su jefe, sentándose ella en el asiento derecho trasero. El coche arrancó.

— Hemos estado dando tumbos desde el principio, bailando al son que nos marcaba el asesino. ¿Qué sabemos en este momento?

Mauleón abrió el dossier que llevaba consigo. No se veía muy abultado.

— Informe escrito por Manuel Álvarez, inspector de homicidios de la Policía Nacional de Gijón. La víctima fue encontrada por un chatarrero de etnia gitana cuando fue a llevar una serie de muebles al punto limpio de La Calzada. Dos piezas de madera en forma de cruz sujetadas por otra pieza mayor, previsiblemente un mueble de cocina. De estos cuelgan varios hilos, parece que son cuerdas de pita. Al final de cada cabo, un gancho de pescador, clavados en ambas manos y pies. El cadáver está vestido, pantalón rojo, camisa de manga corta amarilla, y un gorro amarillo con una cinta azul alrededor, así como una pluma roja. Parece que el nuevo cuento se refiere a Pinocho. El cuerpo está además pintado con barniz. Por el rigor mortis, la víctima llevaba muerta unas 8 horas, desde las 6:00h de la madrugada aproximadamente.

— ¿A qué hora salió de comisaría?

— Yo llegué a casa a las 5 y poco, supongo que unos 20 minutos antes.

— ¿Sobre las 4:50h?

— Es bastante probable, sí.

— Joder, ¿una hora después de salir de comisaria estaba muerto? La asesina lo tenía bien planeado.

— ¿Y a qué vino lo del as de corazones? En la nota de Alicia no había nada que nos hiciera pensar en Pinocho.

— Pues por eso Urko, Pinocho, mentiras. Nos miente, y nos presenta el cuerpo con dos piezas de madera en forma de cruz e hilos, un títere. ¿Han encontrado alguna nota, señor?

— No que yo sepa, este es solo un informe preliminar, no habían levantado el cadáver aún. Estaban esperando al juez cuando me recogieron en la comisaría. Con suerte y tal y como conduce Ayestarán llegaremos antes de que terminen de revisar la escena.

— Otro cambio, la falta de esa nota habitual que en realidad no nos llevaba a nada. Al laberinto. Solo ahí.

— Si no han terminado con el levantamiento del cadáver, tendremos más información.

— No me puedo creer que esa hija de la grandísima puta haya tocado a una persona tan inocente y tan buena como Fer.

Elena apuñaló a su marido con la mirada desde la parte trasera. Él se dio cuenta por el retrovisor, aquella mirada no presagiaba nada bueno.

— ¿Acaso Ingrid, Sonia o Mayte no eran inocentes? ¿Se merecían morir pero el pobre Fer no? Estamos ante una asesina sin escrúpulos que no le importaría sacrificar a la virgen María.

El interior del coche quedó en rotundo silencio. Nadie volvió a hablar hasta llegar al destino.

Punto Limpio de La Calzada, Gijón, 15:49h.

Nada más llegar al punto limpio, Urko dejó el coche detrás de otros vehículos policiales que había en el lugar. El teléfono de Elena sonó. Era un número privado. Respondió antes de bajar, veía mucho movimiento fuera y quería privacidad.

— Inspectora Carrasco.

— Inspectora —Una voz distorsionada la saludó, mientras ella hacía un gesto a los hombres para que se adelanta- ran—. Por fin podemos charlar un rato. El cuento está en pausa. No está siendo un buen conejito en esta historia.

— ¿Quién es usted? ¿Cómo ha conseguido mi número?

— Alguien con recursos, querida. ¿Seguimos escribiendo el cuento?

— Mi historia la escribo yo. Puede ahorrarse el distorsiona- dor, ya sé quién es.

— No lo sabe, inspectora, tan solo lo sospecha. Pero puede que la sorprenda. A partir de esta noche quiero que deje de ser el conejo. Va a transformarse en Aurora, creo que es buen momento para empezar a ser protagonista. Así des- cubrirá realmente quién es Maléfica.

— ¿Aurora? ¿Maléfica? ¿…La bella durmiente?

— Exacto, inspectora. Que haya un pinchazo o no, solo dependerá de usted.

— ¿Dependerá de qué? Deje ya los cuentos y las historias. Dé la cara y enfréntese a mí.

— No, no, no, inspectora. El cuento no termina hasta que yo lo diga. Si no quiere más víctimas tendrá que venir usted sola. Esa es la moraleja del cuento. Sin spoilers. Yo cum- plo si usted cumple. Si viene alguien, lo sabré y el cuento no tendrá un final feliz, se lo aseguro. La espero a las diez de esta noche, delante del Cristo del Naranco. Sea puntual. Recuerde, venga sola, o aténgase a las consecuencias.

— ¿Quién es Maléfica? ¿Herminia? ¿Es usted mi madre biológica? ¿Quién es la nueva víctima?

Elena seguía preguntando mientras la escuchaba reir. La llamada terminó. Elena gritó de rabia desde el interior del coche, sorprendiendo a todos los que estaban alrededor del vehículo. El comisa- rio seguido de Urko, se acercó a ella, este último abrió la puerta y se agachó a su lado.

— ¿Estás bien? ¿Qué ocurre, Elena?

— Sí, tranquilo, nada nuevo. Muchas emociones a flor de piel. Perdona si os he asustado.

Uno de los agentes se acercó a ellos, llamando al comisario Mauleón. Le pasó un dossier con el logo de la científica, intercambia- ron algunas palabras y volvió a marchar.

— Los técnicos han acabo el examen preliminar y la es- cena ya está procesada. El caso ahora tiene prioridad máxima, nos informarán en cuanto tengan algo. El cuerpo ya ha sido descolgado y el juez ha autorizado el levantamiento. Ha tenido que firmar el magistrado de Gijón el levantamiento ya que no consiguieron comu- nicarse con Díaz de Mesa.

— No van a encontrar nada, como siempre, lo deja todo limpio. Se acabó, Urko, no quiero seguir más con esto.

— Es nuestro trabajo, y ahora es algo personal también.

La cabeza de Elena giraba a toda velocidad. Había tomado una decisión que tendría consecuencias pero que, apenas tenía mar- gen de maniobra. Ahora necesitaba salir de ahí, quitarse de enci- ma a los dos para poder afrontar lo que le esperaba esa noche. Y su marido le acababa de dar pie a ello.

— ¿Personal por qué? ¿Porque nos caía bien el chaval? ¿Ahora es personal, pero con tres inocentes muertas no? El caso de repente es prioritario porque el muerto es un policía, pero no tenemos la orden para acceder a las redes de Ingrid. No tenías ni puta idea de cómo era el agente Carreras, no sabías nada de su vida, igual que yo. No le conocías, así que deja ya tus mierdas para otra que a mí no me la cuelas ya. Estoy harta de todo, desde este momento estoy fuera del caso. Ninguna vida vale menos que otra.

Urko la miró sin dar crédito. ¿Qué le había pasado en los últimos 10 minutos? Él conocía a la mujer con la que se había casado, y sabía de sus iras, su inestabilidad eventual y las vueltas que su cabeza daba a cada paso, pero detrás de esto algo ocurría que no le quería contar. La sensación de que lo estaba apartando de ella le daba náuseas, y mucho vértigo.

— Elena, joder, ¿se puede saber qué te pasa? ¿Qué te han dicho en esa llamada? No me des de lado, hostias, somos un equipo.

— No me pasa nada, déjame. Hasta aquí he llegado. Me largo.

La inspectora cogió las llaves del coche de la mano de su marido, se montó en él y se fue de allí quemando rueda, dejando a los dos hombres con un palmo de narices.

Elena había puesto rumbo a casa. Conectó el manos libres y llamo a García de Mesa. Necesitaba un respaldo para esa noche, alguien tenía que saber dónde buscarla si la cosa se torcía, y se había que- dado sin opciones. La ironía no se le escapaba, estaba a punto de darle a Urko un argumento más para no tragar al juez.

— Buenas tardes, inspectora Carrasco. Bendita sea su llamada.

— Han asesinado a un compañero, Fernando Carreras, lo conoció en Amieva. Pensé que acudiría usted al levanta- miento del cadáver.

— Soy juez del juzgado de Cangas de Onís, en esta ocasión debido a dos juicios que he debido presidir hoy se ha te- nido que encargar del caso el juez de guardia de Gijón II, Blasco Gil. Es un buen tío, colega desde hace muchos años. Es de mi plena confianza, no se preocupe.

— No me he preocupado, solo me ha sorprendido. Están sien- do unos días infernales, no hacemos más que dar palos de ciego y ahora es uno de los nuestros el que se ha ido.

— Me pareció que eran bastante cercanos al agente asesi- nado, lo siento muchísimo, inspectora. Si hay algo que pueda hacer por usted…

— Sinceramente, sí, hay algo que tengo que pedirle, señor, que no se ajusta a las reglas ni al protocolo de la investi- gación, pero que he de hacer si no quiero cargar con otra víctima en mi conciencia. Tengo una cita con la asesina esta noche, pero no puedo decírselo a nadie, tengo que ir sola. Necesito que me guarde el secreto, pero si no tiene noticias mías mañana a estas horas necesito que le dé la información al inspector Ayestarán.

— El favor que me pide no es pequeño, me hace cómplice de un incumplimiento policial y podría ser muy peligroso. ¿Ha pensado que pueda ser una trampa para acabar con usted?

— Podía haberme matado en el laberinto, y no lo hizo. Creo que para el asesino tengo más utilidad viva que muerta, al menos por ahora. Es probable que el cuento termine conmi- go en una cuneta, pero todavía no ha llegado ese momento.

— ¿Y qué es lo que me está pidiendo exactamente? Lo que quiere va en contra de la ley y de mis principios morales y personales. Voy a suponer que a partir de ahora va por libre y ya no tiene acceso a los recursos del cuerpo.

— Me llamó.

— ¿Quién?

— Lo dejó caracterizado como Pinocho, un títere sin volun- tad. Me llamó y mencionó a la bella durmiente. Según el asesino, he pasado de ser el conejo blanco de Alicia a ser una princesa de cuento, Aurora. Habló también de Maléfi- ca. Creo que podría ser Herminia Tamayo. Sospecho que mi madre biológica.

— ¿Su qué? ¿Qué pinta su madre en todo esto, inspectora? Lo que me cuenta no tiene ningún sentido, ¿quiere que nos reunamos y me cuenta bien de que va todo este embolado?

— No hay tiempo para eso. Se lo resumiré, por lo menos la información que tengo ahora. Fui adoptada por un matri- monio barcelonés encantador, pero nací aquí en Asturias. Durante la investigación a los Tamayo descubrimos que hay una hermana que lleva más de 20 años desaparecida, y resulta que yo soy una copia exacta de ella a su edad. Ella no era una buena persona, Manuel y Noelia Tamayo sufrieron años de malos tratos por parte de su hermana mayor, la tal Herminia, con el beneplácito de sus proge- nitores. Cuando desapareció ninguno de ellos movió un dedo para encontrarla. Era tan mala que, lejos de importar su desaparición, se concibió como un alivio.

— ¿Y qué tienen que ver las chicas asesinadas con eso? Ni siquiera habían nacido cuando esos hechos ocurrieron.

— Parece una venganza contra la familia, pero ha sido imposible encontrar ningún rastro que nos llevase hasta ella. Esta noche es una oportunidad de oro.

— ¿Quieres que vaya hasta allí y me esconda? Aún queda mucho tiempo, si voy ahora seguro que llego antes que el asesino y puedo ser tu respaldo. No quiero que estés sola con alguien que lleva tres cadáveres a sus espaldas.

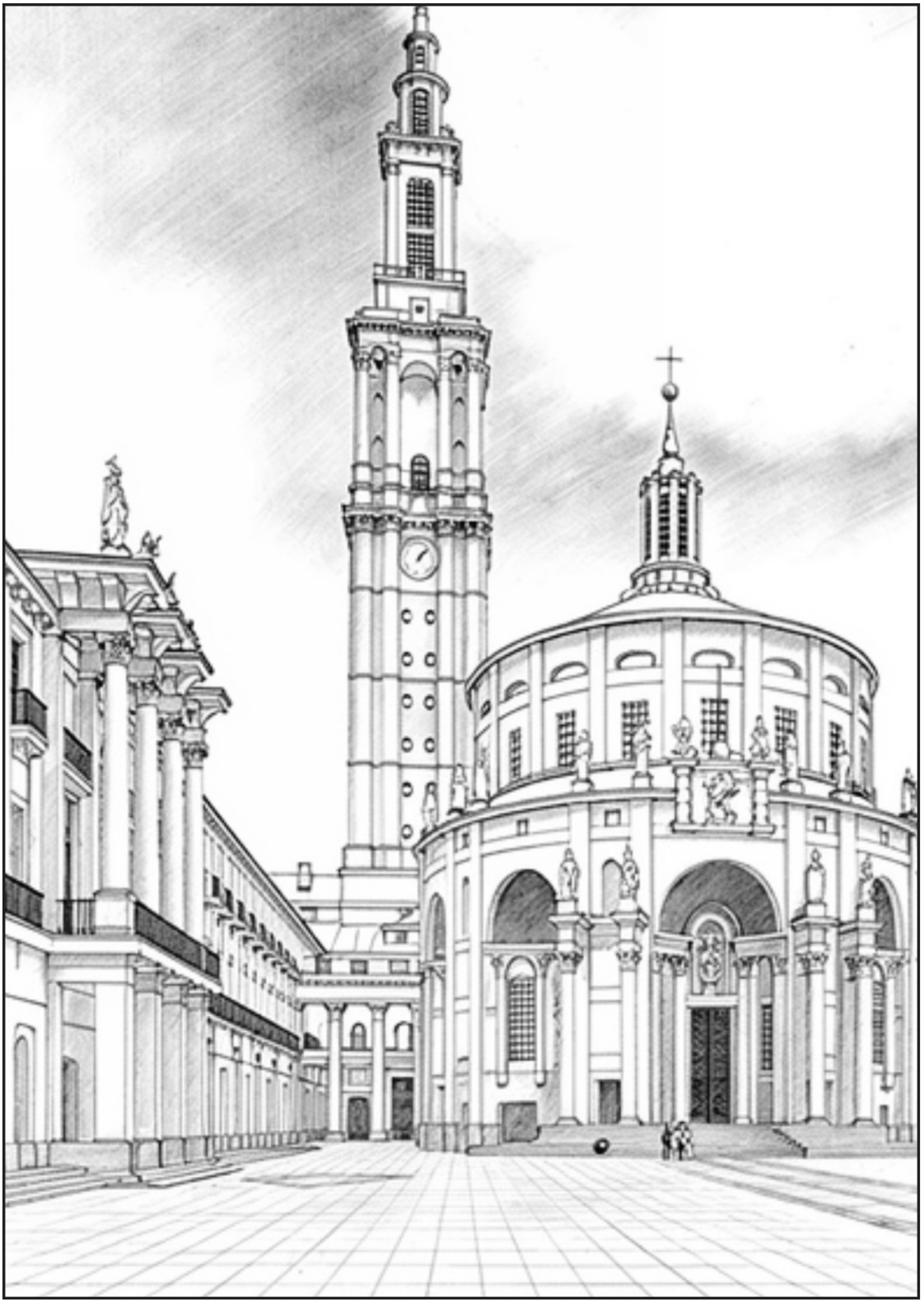
El tono de voz del magistrado había cambiado, era más suave, más íntimo. Aquello le provocó a Elena un escalofrío. Al final tendría que darle la razón a Urko, algo no acababa de cuadrar con este hombre, pero se había quedado sin opciones. También le podía dejar las cosas claras. No era responsable de las pajas men- tales de los hombres, pero no iba a dar pie a malos entendidos.

— Señoría, perdóneme, pero nuestra relación es únicamen- te profesional, le agradecería que no me tutease. Si le he dado pie a que piense de otro modo, le pido disculpas, nada más lejos de mi intención. Le he llamado a usted porque no tengo otra opción. Y se lo agradezco en el alma, pero debo ir yo sola, el asesino me lo ha dejado muy claro y no quiero darle ningún motivo para que vuelva a matar. Lo único que le pido es que si mañana por la mañana no tiene un mensaje mío, entonces llame al inspector Ayes- tarán o al comisario Mauleón. La cita es esta noche a las diez, en el Cristo del Monte Naranco.

— Está bien, inspectora, haré lo que me pide. Recuerdo la zona, estuve una vez hace años, unas vistas preciosas. La asesina sabe lo que hace, desde allí puede saber con mucha antelación si alguien se acerca.

— Por eso iré sola. Voy a cumplir con lo indicado Mañana tendrá noticias. Gracias por escucharme.

Elena había llegado hasta el domicilio que compartía con Urko. Le tocaba interpretar un papel que no le gustaba, pero que era necesario. No pondría en peligro a nadie más, solo quedaba re- zar porque su marido se creyese la película que se había mon- tado en su cabeza para usar de excusa. Le mandó un mensaje, diciéndole dónde estaba, así como pedirle disculpas por cómo se había comportado, con él y con el comisario. Suspiró a la vez que enviaba la última línea. El cuento había ido cambiando de manera histérica en tan solo unos días.



10. LA RUECA INVISIBLE

Oviedo, 20:32h.

Ayestarán había llegado hacía poco al domicilio. Encontró a su mujer en la cocina, tranquila, haciendo la cena. Una escena domestica que no casaba con el resto del día que habían tenido. Se disponían a cenar los dos solos, después de hacer una videollamada para dar las buenas noches a su pequeño Xabi. Elena apartó el plato sin terminar, y fijo la mirada en Urko. Lo que iba a hacer tendría consecuencias, pero era un precio que estaba dispuesta a pagar.

— Después de que te marcharas de allí se acercaron los compañeros de la científica. Mañana tendrán el examen del cuerpo, y sabremos exactamente como murió Fer. Esto ha sido un palo muy gordo para todos.

— Lo sé, Urko, yo también estoy jodida. Pero no ha sido la única víctima, y me jode que ahora todo sean prisas por la muer- te de un policía, parece que las demás no sean importantes.

— Todas las víctimas son importantes, Elena, no digas eso. Iremos al tanatorio, ¿no? El lunes es el funeral, también deberíamos ir, Gregorio me dijo que le van a hacer un pequeño homenaje por parte de los compañeros. La ma- dre ha tenido que ser sedada, y no tenían más familia que ellos, madre e hijo, apoyo mutuo e incondicional.

— Lo que tú digas, Urko, ya me da igual. Preferiría cam- biar de tema, en esto parece que no nos vamos a poner de acuerdo. Creo que voy a salir a dar una vuelta, sola. Necesito despejar la cabeza.

— Deberíamos descansar, ahora que podemos. Nos han dado dos días para encontrar a la asesina, y no estamos más cerca de conseguirlo. No había ninguna nota en el cuerpo de Carreras ni ninguna nueva pista.

— ¿Y que más nos da el ultimátum? ¿Qué van a hacer? ¿Ex- pedientarnos? Ya estamos jodidos Urko, lo sabes tan bien como yo. ¿Esos iluminados de la junta acaso han inves- tigado a un criminal cuya identidad se desconoce y con varios cadáveres a sus espaldas? Lo dudo mucho.

— Fueron agentes de campo e inspectores antes de ascender, joder Elena, no me lo pongas más difícil. Quiero resol- ver este caso, por las chicas muertas, por Fer y porque es nuestro puto trabajo.

Elena se levantó de la mesa. Dejó el plato de filete con pimientos y patatas casi intacto. Urko se levantó a la vez.

— Te pasa algo más. Sabes de sobra que puedes contar con- migo, siempre nos lo hemos contado todo. Dime qué coño está pasando.

La inspectora se agachó, colocándose en cuclillas, y se echó las manos a la cara, desahogándose con un quejido que se convirtió en grito. Con lágrimas en los ojos, miró a su marido.

— No estoy siendo la mejor compañera estos días, lo sé, ni de trabajo, ni de vida. Y te pido perdón por no estar a la altura.

— Nadie dijo nada de eso. Eres mi esposa, la mujer a la que amo. Todos tenemos malas rachas, no todos los días son de color de rosa. Y ahora estamos en una etapa muy negra. Pero eso no cambia nada, ni puede poner en duda nuestro amor y nuestra complicidad. — Urko le señalo el pecho a la vez que se llevaba la otra mano a su corazón — Lo que pase fuera no cambia nada lo que sentimos aquí dentro, ni lo que somos el uno para el otro. No lo olvides.

— Siento como si la asesina me hubiese examinado y que estoy suspendiendo todo. Desde el primer momento nos ha llevado por donde ha querido, y estoy fallando estrepitosamente. Odio esta sensación, joder, la de tener algo en la punta de los dedos y que cada vez que intento agarrarlo, ¡zas!, se me escapa.

— Eh, mírame. Eres mi matrícula de honor, que te quede muy claro, ¿vale? No estás fallando, eres la mejor poli- cía que conozco.

Elena se levantó y abrazó a su marido, apoyando la cabeza en su pecho le susurró un *lo siento*, mientras apretaba los puños en su camisa. Urko le devolvió el abrazo. Él levantaría a su mujer del pozo todas y cada una de las veces que fueran necesarias.

— Eres mi heroína. Y vas a detener a esa hija de puta. No sé si es o no tu madre biológica, pero eso no importa nada. Los

genes no te definen. Tus padres son los que te han criado, los que siempre te han querido. Todo lo demás sobra.

— No me gusta mentirte, lo sabes. Tenías razón, hay algo que no te he contado, me es imposible decírtelo, pero lo justo es que lo sepas.

— ¿El qué, Elena? Dímelo, no tengas miedo. Puedes confiar en mí. Sabes que siempre estaré de tu lado.

Elena soltó un grito al aire. Se sentía atada de pies y manos.

— Déjame salir a dar un paseo yo sola, por favor, lo necesito. Necesito aclarar mi cabeza. A la vuelta te lo contaré. Te doy mi palabra.

Urko se sintió vacío e impotente. Él también estaba sufriendo aque- llos días. No había sido fácil llevar una investigación donde una asesina en serie estaba matando sin escrúpulos a personas inocen- tes, y el remate final había sido su compañero, Fer. No lo podía considerar un amigo, pero habían sido buenos compañeros, de los que se cubrían las espaldas cuando era necesario y tomaban unos cafés juntos leyendo el periódico del día y comentando la actuali- dad. Pero ver a su mujer de ese modo le producía una tristeza que no sabía cómo gestionar. Necesitaba tomar las riendas de nuevo, y que ella le contase eso que la tenía en aquel estado de nervios y an- siedad que se acumulaba cada vez más y no tenía por dónde sacar- lo. Le daría el margen que le estaba pidiendo y luego sería tiempo de pedir las explicaciones oportunas, si es que fuesen necesarias.

Elena se puso un abrigo y se acercó a su marido, abrazándolo con fuerza, besándolo con deseo. No quería demorar más el momento ni hacerlo más duro, así que le dio un beso suave en la mejilla, dispuesta a marcharse. Puso la mano en la maneta de la puerta, pero se volvió hacia él, para susurrarle al oído.

— Gracias por tanto. Gracias por ser parte de mí.

Urko se sorprendió. Aquello le sonaba de las guardias nocturnas con el agente Carreras. Su lista de Spotify de indie nacional.

— ¿Shinova?

— Te debo una canción. Te amo.

La mujer se dio la vuelta y salió por la puerta. En su cabeza, tantas cosas por decirle, y en el corazón, esa imperdonable culpa por una mentira. No estaba segura si era la última vez que lo vería, si tendría la oportunidad de explicar el porqué de lo que iba a hacer. L*a suerte está echada*, se dijo para darse ánimos mientras salía del edificio.

Eran las 21:07h. Desde su barrio, Teatinos, hasta el Naranco, tardaría aproximadamente media hora, suficiente para llegar puntual a la cita. Antes de arrancar el coche, revisó que su pistola estuviera cargada y con el seguro puesto. Miró de nuevo el teléfono móvil. Debería poner el modo avión para que Urko no la llamase, pero la asesina tal vez tendría que volver a llamarla, y optó por dejarlo en modo vibra- ción. Respiró hondo, metió la marcha y salió hacia aquello a lo que la noche le fuese a deparar. Durante el trayecto no dejaba de pensar en su marido, en el pequeño Xabi, en sus suegros… Si la cosa salía mal esperaba que ellos entendieran que no tuvo otra opción. También pensó en el comisario, que quizá se alegrase de quitarla de en medio y en el juez García de Mesa, el portador de malas noticias si la no- che se torcía y que había aceptado ese papel un tanto antagónico sin poner demasiado impedimento. ¡*Céntrate Elena!* Con los nervios le daba por divagar, y no era momento para ello.

Monumento al Sagrado Corazón de Jesús, Oviedo. 21:47h.

La niebla había sido la peor enemiga de Elena durante la subida al Monte Naranco. En la cima le dio la bienvenida el Sagrado Cora-

zón de Jesús —conocido también como El Cristo del Naranco—, una escultura de 30 metros de altura hecha en piedra que dominaba la capital asturiana desde lo más alto del Monte Naranco, pudiéndose contemplar desde cualquier parte de la ciudad. Aún más espectacular era estar allí, al pie del Cristo. Elena se encontró un Jesús en júbilo, con los brazos en alto, encima de un pedestal en el que resaltaba la cruz de la victoria, emblema de Asturias y de su bandera. Ella no había subido nunca hasta allí hasta aquel instante, pero reconocía que de noche con esa iluminación era una estampa preciosa. Aun con la niebla, debía verse desde cualquier parte de la ciudad. Por desgracia también era el escenario perfecto para el modus operandi del criminal que buscaba.

La inspectora bajó del vehículo y se acercó a la base de la escultura. Subía los escalones con cautela. La niebla no le permitía ver níti- damente más allá de un par de metros a su alrededor, atenta a cual- quier ruido o movimiento, pero todo era vacío, salgo sus pasos y su respiración. Por un momento pensó que no hubiese sido tan mala idea haber avisado al comisario y haber traído consigo refuerzos. Con esas condiciones y ese terreno ella sola no sería capaz de con- trolar la zona. Su cabeza, la misma que cientos de veces la traicio- naba, empezaba a pensar que podría haber cometido un gran error.

La mujer miró su teléfono, las 21:59h. Los latidos de su corazón resonando en sus oídos, los nervios a flor de piel. Llegó a los últimos escalones que le llevaban a la plazuela donde se alzaba el Cristo. Debían ser las 22.00h. Una voz distorsionada le mandó parar, rompiendo el silencio.

— Deténgase, inspectora. No dé un paso más. La vista al frente.

Elena hizo caso. La voz procedía de detrás de la enorme estructura de piedra. Pero no veía nada. Los segundos se sentían

largos, la humedad de la noche caló en sus huesos y empezó a temblar sin poder evitarlo.

Quería hablar, gritar, sacar la pistola, matar, pero no era capaz. Estaba a merced de Maléfica. Como si hubiera sido pinchada por una rueca invisible que la mantenía paralizada pero consciente. En ese instante se dio cuenta de que quien la había citado la estaba echando el pulso, y estaba ganando. Elena estaba ahí, a unos metros del culpable, sin poder moverse ni hablar, sintiéndose como una puta perdedora y fracasada.

Una figura salió de detrás de la escultura. Parecía una mujer de mediana edad, a la que se pudo percibir que llevaba puesto un disfraz de Maléfica. La situación se antojaba surrealista. En ese momento la inspectora, reaccionando por instinto, sacó la pistola del chaleco, quitó el seguro, y apuntó a la mujer.

— ¡Alto, Policía! ¡no se mueva! ¡Queda detenida por presun- to homicidio!

La mujer le hizo caso, se quedó quieta a unos cinco metros delante de ella. No podía verle las manos y apenas la cara. Las luces de las farolas no alumbraban demasiado, y la niebla no ayudaba. La linterna se había quedado en el coche.

— ¡De rodillas, ponga las manos en alto, donde yo las vea!

La mujer del disfraz de villana Disney esta vez la ignoró. Elena sacó la linterna del bolsillo y apuntó hacia ella. Tenía delante a una mujer de unos 60 años, maquillada exageradamente, con el rostro surcado de algo que Elena pudo apreciar. Eran lágrimas. Caían de sus ojos sin ningún freno. Sin dejar de apuntar con el arma, Carrasco volvió a gritar.

— ¡Policía! ¡Levante las manos, es una orden! ¡Ya!

La mujer intentaba hablar, pero le resultó imposible. Se tiró al suelo de rodillas presa de la desesperación, haciendo ademan de gritar, pero sin lograr emitir ningún sonido. La inspectora se cen-

tró en la figura que tenía delante. No le veía las manos, los brazos los tenía metidos debajo del disfraz, por la razón que fuese, y trataba de gritar sin conseguirlo. Se acercó despacio sin dejar de apuntarla, cuando algo en el rostro le llamó la atención.

— ¿Herminia? ¿Es usted Herminia Tamayo? —esta asintió con la cabeza—. Soy la inspectora Elena Carrasco, del Cuerpo Na- cional de Policía. Voy a acercarme lentamente, no se levante ni haga gestos bruscos.

La mujer miró fijamente a la inspectora, y abrió los ojos por completo. Movía las manos arriba y abajo al acercarse se fijó que las tenía atadas al cuerpo. Con su mano libre y sin dejar de apuntarla con su arma reglamentaria, Elena comenzó a quitar las sujeciones. Estaba maniatada con una cuerda.

— ¿Quién eres?

La mujer señaló hacia su boca, negando con la cabeza. No po- día hablar. En aquel momento, otra figura apareció desde detrás del enorme pedestal. Elena seguía peleando con las ataduras, vio cómo la mujer miraba por encima de su hombro, con sus ojos desorbitados por el pánico que sufría. Se giró, pero pudo ver nada más que una careta. En ese justo momento sintió un pinchazo en el cuello que la dejó inconsciente. Al final la rueca había dormido a Aurora, y no había ningún príncipe azul que pudiera salvarla.

Monumento al Sagrado Corazón de Jesús, Oviedo. 23:50h.

Elena despertó desorientada y atada de manos y pies. No sabía cuánto tiempo habría pasado. La habían cambiado de ropa, llevaba un vestido azul que enseguida lo recordó a la bella durmiente, ese papel que la asesina pretendía para ella como antagonista de su cuento. Junto a ella estaba Maléfica. Por lo que podía ver, atada

como ella y sin poder hablar. Allí no se veía a nadie más. Los intentos de la inspectora por soltarse eran completamente inútiles, y la otra mujer tampoco podía hacer mucho más. El frío comenzaba a ser un problema allí arriba. Las dos carecían en aquel momento de ropa de abrigo, únicamente ataviadas con los disfraces del cuento. Ella pensaba en Xabi, en Urko, se compadecía de sí misma por haber aceptado ir sola en busca de lo que podría ser su muerte, su final. Le embriagó un sentimiento de culpa ante la mujer que tenía frente a sí misma. *Dentro de unas horas nos encontrarán, juntas y muertas, madre e hija biológicas. Y ni siquiera la llegué a conocer.*

Elena miró a su alrededor. Su bolso. No sabía qué habría hecho con él, si aún estaba por ahí, pensó que podría tener una posibili- dad, pero la niebla, cuanto más avanzaba la noche, era más densa y se hacía más complicado ver algo a su alrededor. Tenían que entrar en calor, la hipotermia también mataba y sin necesidad de usar balas o veneno. Empezó a moverse de un lado al otro como buenamente pudo, intentando despertar a la otra mujer, que se- guía inmóvil a su lado. Se acercó lo suficiente como para poder empujarla con el cuerpo. Al tercer envite despertó. La inspectora le intentó hablar mediante los ojos, haciendo gestos a un lado y al otro, para que imitara sus movimientos. La mujer, aún en estado de aturdimiento, entendió y se puso a balancearse a un lado y al otro casi a la par que ella, aunque con mayor dificultad.

Con impotencia vio que aquello no servía de nada y la frustración comenzó a adueñarse de ella. Se intentó levantar, pero volvió a caer, quedando tendida boca abajo. En aquel momento se percató de que alguien se acercaba. Podía ver unos pies llegando a ellas. Era la misma persona que le había sedado, con la máscara tapan- do su rostro. Antes no había podido verla bien y era diferente a la de la persona que la había sedado, la cual era sombría y tenebrosa, ahora se fijó perfectamente de que era la del Robin Hood de Dis-

ney. Recordaba el cuento, un zorro con traje verde que robaba a los ricos para dárselo a los pobres. *Prepotente de mierda*, pensó. Elena pensó que quien estuviese detrás de esa máscara pretende- ría parecer un buen samaritano, y, hombre o mujer, no era más que un ser despreciable con una psicopatía abultada. Para más inri, ellas llevaban unos simples disfraces de tela, posiblemente poliéster barato que traspasaba todo el frío gélido bajo sus pieles, y sin embargo, la figura enmascarada llevaba traje y un buen abri- go. Y para su total desconcierto, tras examinarlo de pies a cabeza, parecía un hombre por su fachada, no una mujer como los indi- cios demostraban. Tampoco era Herminia, dado que estaba a un palmo de morir congelada frente a ella.

La inspectora le miró fijamente a medida que se acercaba y la nie- bla se abría. Habían dado por hecho que la asesina era una mujer, y en el laberinto ella estuvo muy segura de que corrió detrás de una figura femenina, pero aquello que se acercaba, ella hubie- se jurado de mil maneras que se trataba, a priori, de un hombre.
¿Qué cojones estaba pasando? ¿Qué fue lo que vi en el laberinto? La cabeza le daba vueltas, no le habían pasado del todo los efec- tos del narcótico, pero eso no lo podía confundir. Ella reconoció en Llanes a una mujer, y delante tenía a un hombre, alto y con cuerpo atlético, definitivamente era otra persona.

La persona que las había secuestrado se acercó un aparato al rostro y empezó a hablar. Aún con el distorsionador, Elena se reafirmó en su conclusión, la persona que tenían delante era del género masculino.

— Pequeña Aurora, bienvenida de nuevo. Veo que al final no has aprendido nada.

— ¡Quítate la máscara, cobarde! Voy a acabar contigo, eso te lo juro.

Su secuestrador se reía en su cara. Su pequeña Aurora siempre dando espectáculo.

— A su debido tiempo, princesa. En este capítulo del cuento se resolverán algunas dudas que la niña estúpida necesita para alcanzar su minuto de gloria.

— Tú quieres tu minuto de gloria, no yo. Yo solo quería salvar vidas y atrapar al culpable. Lo dijiste en la primera nota: Soy la antagonista.

— Yo escribo el guión del cuento, y lo puedo sobrescribir. Pequeñas ventajas de ir por delante en todo. Las historias necesitan giros. Te lo voy a poner fácil. Junto a tu coche está tu bolso, y un cuchillo para que te puedas soltar. Pero falta el culmen del capítulo para llegar a escena.

— ¿Y entonces para qué me has hecho venir hasta aquí? Me en- gañaste, joder. He cumplido con todas tus exigencias, vine sola como me pediste, y aun así aquí hay una víctima inocente.

— Tienes razón en una cosa, te he engañado. El cuento ha de seguir, y no necesito tener más público, al menos por ahora. Pero te equivocas en algo, esa persona que está a tu lado no es una víctima inocente.

— ¡Estás como una puta cabra! ¿De qué me estás hablando?

— Eres fuerte, Aurora, querida, tienes garra, y eso me gusta. Pero has vivido engañada toda tu vida. Y la mujer que tienes a tu lado es la culpable de todo.

— Es mi madre, ¿no? Mi madre biológica. No me quería y me dio en adopción. Tuve una buena vida, así que no tengo nada contra ella, aunque creí que era la responsable de los asesi- natos de las chicas Tamayo, pero una vez más has ganado la partida, eres el puto rey de otro capítulo más. ¿Contento?

— No, no, no, pequeña Elena. Ella no mató a las Tamayo, tal y como has deducido ahora por ti misma. Pero, total, al final resulta que no eres tan buena policía como pensaba. Pero eso no quita que no podáis ser vosotras las dueñas absolutas de este capítulo. No hay un guión definitivo, acción libre, por eso improvisaremos. ¿Qué crees que pasaría si le doy tu arma y le hago escoger entre vosotras dos? ¿Dónde crees que acabaría esa bala? Ya se desentendió de ti al darte a luz según tú, ¿no? ¿Crees que no se salvaría apretando el gati- llo contra ti? ¿Crees que tiene escrúpulos?

— No la conozco, no puedo responderte. Tampoco es que quiera conocerla.

El enmascarado se acuclilló delante de Elena, bajando la voz, le habló como si le hiciera una confidencia. Aún con el efecto del distorsionador y ahora que lo tenía más cerca, reconocía los rasgos masculinos, aunque sin lograr identificar si pudie- sen pertenecer a alguien que hubiese pasado por su vida, o más bien, por sus últimos días.

— ¿Y si te dijera que ella no es tu madre biológica?

La inspectora no se creía ya nada de nadie, pero le seguiría el juego si esa era la única opción para conseguir información y salir bien parada de aquella situación. Dejó de moverse, y quedando medio sentada, se acercó lo que pudo a él. Mantuvo el tono bajo, como si fueran amigos que se hacen confidencias.

— Ya no sé qué es verdad y que no. Pero si usted sabe algo le pediría que me lo contase. O se lo preguntaría a ella —dijo señalando a la mujer que yacía a su lado—, si fuese capaz de responder. Creo que tengo derecho a saber de dónde vengo, y por qué me reclamaron para esta investigación.

El hombre se puso de pie y se apartó unos centímetros de ella. La niebla se hacía cada vez más espesa, y la humedad las hacía tiritar. Si seguían allí mucho más tiempo, el riesgo de hipotermia sería mayor, aunque al hombre, bien abrigado, poco le parecía importar. Se volvió hacia ellas y empezó a hablar.

— Alfonsina Baeza Mínguez. La persona que está a tu lado se llama así. Al menos eso es lo que figura en su DNI. Ese es su nombre legal.

— ¿Y qué tiene que ver conmigo? ¿Y con la familia Tamayo?

— He dicho que es su nombre legal, no el que le dieron sus padres. Nació con el nombre de Herminia Tamayo Durán, ese seguro que te suena, ¿verdad, inspectora? ¿Te gustaría saber a qué se dedicaba? ¿Quieres saber qué hacía para llenarse los bolsillos de dinero?

La pobre Maléfica, maniatada, empezó a mover la cabeza, negando e intentando decirle algo. Miraba de un lado a otro, moviendo los labios, pero era como ver a alguien gritar en una película muda. Elena no entendía lo que le quería decir, solo tenía claro que Alfonsina o Herminia no quería que su secuestrador siguiese hablando. Solo por eso iba a seguir escuchando a aquel demente.

— Manuel Tamayo me contó que era enfermera en el HUCA.

— Lo fue, sí. Borró toda su vida pasada cuando se convirtió en Alfonsina. Uno podría pensar que no hay un nombre más feo que Herminia, pues ahí lo tienes. Por cierto, le he ahorrado a tu marido el trabajo sucio en el antiguo HUCA, y aquí es donde el cuento da un giro dramático, soltando su dosis real de mierda acumulada. Los informes que buscáis están en tu bolso. Tienes toda la información ahí, me he encargado de que sepas la verdad.

— Tú sabes lo que hay en esa documentación, ¿no es así? No me hagas perder el tiempo y cuenta las cosas claras.

Su secuestrador sonrió de lado. *A esta Aurora aún le quedan ganas de hacer chistes*. Sacó un pequeño frasco de su bolsillo.

— ¿Qué es eso? ¿Qué vas a hacer?

— No preguntes si crees que no te va a gustar la respuesta, querida Elena.

— ¿Arsénico? Así matas a tus víctimas. ¿Por qué matar a tres chicas jóvenes? Eran inocentes. ¿Y mi compañero? Él ha- cía su trabajo, era otro inocente.

Las carcajadas del loco resonaron por toda la explanada. Aquello sí que era gracioso. Pero se hacía tarde y había cosas que desvelar para poder seguir con la historia.

— Lo sabrás todo a su debido tiempo, princesita, te doy mi palabra. Respecto al agente Carreras, ¿no te has pregunta- do por qué sé que tu marido, el inspector buenorro Urko Ayestarán Mendiola, quería colarse en el antiguo hospital de Oviedo a buscar en los archivos lo que hubiera de Her- minia? ¿O por qué de la nada aparece tu rostro en una foto vieja y granulada?

Elena hizo memoria. En aquella reunión sólo estaban cuatro perso- nas. El comisario Mauleón, Urko, Carreras y ella misma. Y había sido el agente el que había sacado a colación esa foto. No le gustaban nada las insinuaciones del asesino. Aun así siguió tirando del hilo.

— ¿Me estás diciendo que Carreras sabía quién eras? ¿Se vendió? ¿Fer murió realmente?

— Tus compañeros vieron el cadáver del, llámalo topo, si te gusta más, pero me parece que la escenografía del punto limpio no deja lugar a dudas.

— Una marioneta. Era un títere en tus manos. ¿Eso es lo que me estás diciendo? ¿Por eso siempre ibas dos pasos por delante?

— Ay, querida Aurora, que graciosa eres. Siempre has seguido las miguitas que te iba dejando. Dos pasos voy a ir a partir de esta noche, antes ni siquiera podías ver mi estela. Deberías darme las gracias, te acabo de regalar una gran ventaja. Mira Maléfica, qué mona y cómo te mira. Sabe lo que hizo, y está muy mal. Ahora tú también vas a saberlo, y créeme, su final también será un alivio para ti.

Elena miró a la mujer. Su rostro no le decía nada, ella no veía ningún parecido, si en un pasado fueron como dos gotas de agua, con los años ese parecido debió enfriarse por completo, pero ni los ojos, ni la cara, nada en esa señora podría recordarle a sí misma. Se alegraría de que no fuese su madre biológica si el asesino no la estaba engañando una vez más, pero una parte de ella quería saber de dónde venía, y qué había ocurrido hace casi 34 años. *Tras una certeza puede haber muchas incertidumbres por descubrir.* El secuestrador se acercó a la otra mujer. Llevaba un paño en la mano que no le había visto sacar. Herminia/Alfonsina intentó recular y alejarse, pero no le sirvió de nada. El hombre continuó su relato.

— Las sobrinas de Herminia tuvieron que morir por una razón: llamar la atención de la vieja, sacarla de su escondrijo. Yo hice los deberes, inspectora, algo que tú no, y por eso ahora tengo que hacer de padre y de madre. Te aseguro que ella no es tu madre, pero ¿no te suena de nada esta cara?

Le había quitado los cuernos del disfraz, y pasó el paño por el rostro y cuello, quitando el maquillaje y revelando un rostro que le sonaba pero que no conseguía ubicar. Elena negó con la cabeza.

— Cierto que tú solo la has visto una vez, y de refilón. Seguro que el bueno de tu marido sí la reconocería. Es una vaga

con alergia al trabajo, solo le interesaba el cotilleo, Y estar cerca del dolor y el drama familiar, ¿no es asi Herminia? ¿O prefieres que te llamemos Alfonsina? Considéralo una deferencia por los pocos minutos de vida que te quedan.

— Un momento —Carrasco, que veía ahora el rostro con claridad, recordó dónde había visto esa cara, como el loco este decía, de refilón—. No me jodas. ¿La camarera del tanatorio de Mieres?

— ¡Premio para la inspectora! Te debe algún café, aunque yo no me fiaría de algo que hayan preparado esas manos.

— Qué ser tan morbosamente ruin.

Elena estaba intentando encajar todas las piezas en su cabeza, pero cuantos más datos conocía más complicado se hacía el dibujo.

— ¿Qué hacías allí? ¿Mofarte de tu hermano? Esa familia son buenas personas, excepto tú, no merecen que te rías de su dolor. ¿Qué has hecho para estar en esta puta situación, Herminia? ¿Cómo has acabado aquí esta noche?

La mujer intentaba hablar, podía escuchar algún balbuceo sin sentido. El secuestrador desechó al suelo el paño con el que le había limpiado la cara.

— Le suministré una dosis casi letal de burundanga, he jugado con las medidas, la clave está en el *"casi"*. Pero no puede responderte. Las únicas respuestas que conseguirás hoy te las voy a dar yo.

— ¿Y a mí qué me inyectaste? ¿Qué me va a pasar?

— A ti no va a pasarte nada, por ahora, solo te inyecte un tranquilizante suave y ni siquiera la dosis completa. Como ves, no tienes problemas de dicción ni de movilidad, en un

rato tu cuerpo estará totalmente operativo. Este capítulo terminará contigo levantándose, quitándote el amarre y volviendo a casa. Te doy mi palabra, una vez más.

Él le terminó de hablar al mismo tiempo que se iba alejando de ellas en la niebla. Elena ya no sentía el frio de la noche, su cabeza se enfocó más a darle toda la velocidad habida y por haber en un cerebro neurodivergente para intentar dar sentido a lo ocurrido allí, asumien- do que había otra víctima y que ella nunca tuvo a su alcance el poder de salvarla. Empezó a tirar de sus manos y pies con más fuerza. Notó que el efecto del tranquilizante se había pasado para hablar, pero no tan rápido como ella necesitaba como para ser más ágil físicamente. El asesino volvía a escaparse delante de sus narices. Ella gritó, insul- tándole. El hombre, dándose la vuelta, regresó con ellas.

— Te voy a atrapar, cabronazo. Te lo juro por mi vida. Vas a pagar por todo lo que has hecho.

— Puede ser. Hasta el capítulo final del cuento no lo sabremos, pero cabe esa posibilidad. También puede ser que mueras, o que lo haga yo. Veremos qué nos depara el cuento, princesa. Ahora doy por terminado este capítu- lo. He de marcharme ya, o el cuento no podrá continuar. Herminia, Herminia, Herminia… —miró a la mujer, que estaba recostada en el suelo, la respiración cada vez más pausada—. Ay, Herminia, la que has liado, ¿eh? Por mor- bo eres capaz de mendigar un trabajo en una cafetería de mierda siendo la dueña de una cadena de supermercados.

— ¿Cómo?

— ¿Creías que debía dejar el capítulo así? El cuento estaría incompleto, y no soy de dejar las cosas a medias. Aquí donde la ves, la buena de Herminia, de la nada logró una fortuna. Era muy buena enfermera, tanto que consiguió un buen col-

chón de dinero haciendo el bien y salvando vidas… ¡Ups!, aquí es donde no cuadra algo. Cuando cambió de vida con ese pastizal compró un chalet cerca de la Costa da Morte, muy bonito por cierto. Ella siempre caía de pie, ¿no es así? El escenario le glorifica porque ella siempre está por en- cima de todos, ¿verdad, Herminia, querida? Y esto no lo puedo demostrar, es solo mi opinión, pero solo hay que atar cabos, seguro que pagó por currar en el tanatorio.

— Su hermano me dijo que era mala, muy mala, y cruel, un demonio. Nadie la echó de menos cuando desapareció.

— Y era cierto. Aquí la dama era un mal bicho, en el fondo le hago un favor a la sociedad.

— Tú tampoco eres ningún ángel. Has asesinado a cuatro personas inocentes. Aunque el agente Carreras fuese un topo y un corrupto, no merecía ese final, nadie merece que su destino lo dicte otra persona. Menos aún lo merecían las tres chicas Tamayo, a las que asesinaste para hacer sa- lir a la luz a alguien que nadie recordaba siquiera, es cruel y demoníaco, enfermizo incluso. Deja de dar lecciones, no eres mejor que ella.

— Ignoraré esto último, claramente no estás pensando con claridad. Elena, la mujer que está a tu lado, no es tu ma- dre, pero estuvo en tu nacimiento. No era una enfermera cualquiera, era matrona en el edificio Materno-infantil de Oviedo. Ella asistió a tu madre en el parto.

— ¿Y mi madre biológica? ¿Qué tengo yo que ver en todo esto?

— Eso no importa, joder, no estas escuchando. Céntrate. La cla- ve está en lo que hacía Herminia junto al Doctor Carreras.

— ¿Doctor Carreras? Pero qué dices, ¿Quién es ese doctor y que tiene ahora que ver?

— Doctor Fernando Carreras. ¿No te suena de nada ese nom- bre? Se supone que eres una gran investigadora, pero he tenido que hacerte yo todo el trabajo sucio, querida.

— Hostia, se llamaba igual que mi compañero. ¿El padre de Fer es médico?

— Lo era, inspectora. Murió de cáncer y no se le puede hacer pagar por sus crímenes solo espero que sufriese mucho en sus últimos días en paliativos, y el hijo resultó ser tam- bién un corrupto y un vendido, el fruto no cae lejos del árbol. Inspectora Elena Carrasco Seguí, ¿estás buscando la verdad? Pues aquí la tienes. Eres un bebé robado. Y Herminia, junto con Fernando, se embolsaron millones por robaros a ti y a decenas de niños más.

— ¿Estás diciendo que mis padres me compraron?

— Los tuyos y los de muchos más en todo el país, aunque tu trabajo, en ese que no has hecho —Elena puso gestos de aburrimiento—, el que yo he hecho por ti, hay una lista de bebés nacidos muertos en un breve tiempo, el año 92. Aún hoy en día sigue ocurriendo esto, siguen robando bebés para vendérselos al mejor postor, en pleno siglo XXI.

— Creo que por hoy ya la broma ha sido suficiente. Estás loco, es imposible, mis padres son personas honradas, nunca trafi- carían con niños, no comprarían un bebé. Son muy reputados.

— Elena, mírame —El hombre la agarró de los brazos, hacien- do que no se pudiera mover —. Soy un asesino, cierto, pero no soy un mentiroso. En tu bolso he dejado toda la infor- mación sobre Herminia y el negocio de los bebés robados. Hay mucha documentación interesante, incluida tu acta de defunción. Todos los hilos de los que tirar están ahí. Haz tu trabajo e investiga. Nos volveremos a encontrar pronto.

— Espera, no nos puedes dejar aquí. ¿Qué ganas tú con todo esto? Eres un asesino de mierda, un cobarde con muertes en su conciencia.

— Gano justicia. O eso espero. Yo también fui como tú. El cuento no ha terminado.

— ¡Asesino, cobarde de mierda! Quitar la vida a inocentes no tiene excusa. Para mí serás siempre un asesino. ¿Con quién trabajas? ¿Fuiste tú la Reina del laberinto? ¿Además de ser un cobarde que mata por detrás eres un travestido?

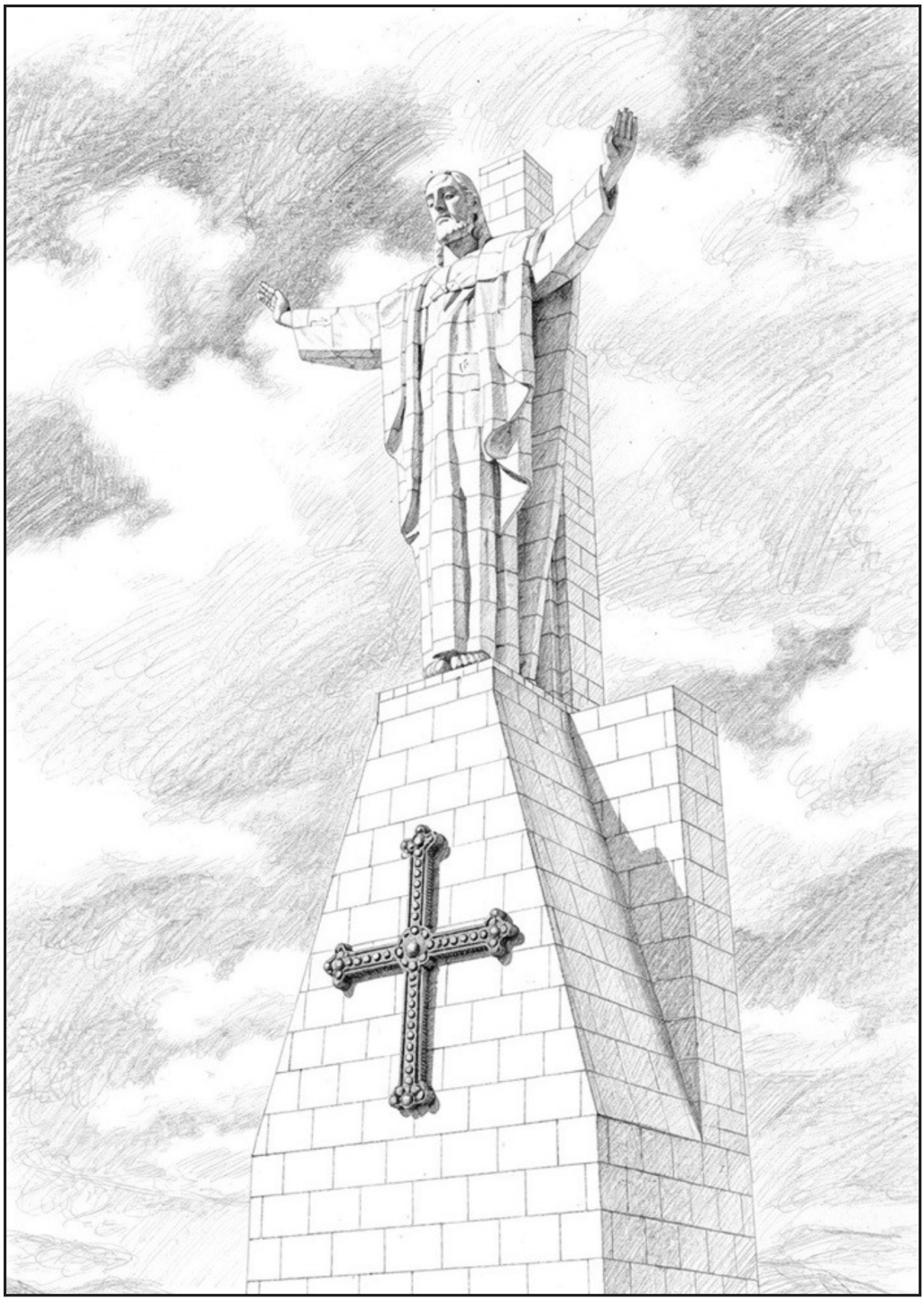
— No te voy a responder y cuida tu lengua, estoy siendo bas- tante comprensivo contigo, diría que incluso muy empá- tico, y no agradeces nada. Podría haberte matado en mu- chas ocasiones, muestra algo respeto.

— ¡Venga, hazlo! Ten huevos y acaba conmigo de frente. ¿No decías que el cuento necesita un giro? ¡Vamos! ¡No eres más que un mierda!

El asesino se acercó a Elena mientras le gritaba, y esta le escupió a la máscara

— ¿Te pegaban en el colegio, mierdecilla? ¿Te daban collejas? ¿Le llorabas después a tu mamaíta para que te defendiese?

El hombre le gritaba que se callase, y en un arrebato le soltó un puñetazo en la cara lleno de rabia, dejándola inconsciente en el suelo de la explanada al lado de Herminia, porque las cosas se hacían de la manera correcta. Después de unos segundos en los que comprobó que Elena aún respirase, le colocó un mechón de cabello detrás de la oreja y, despidiéndose de ella, se levantó la máscara y con un beso en la frente se alejó de allí, perdiéndose en la niebla de la montaña asturiana.



11. UN CAPÍTULO TRISTE

Monumento del Sagrado Corazón de Jesús, Oviedo. 03:07h

Elena despertó en el suelo, maniatada y con mucho frío. Su visión era borrosa y no distinguía nada a su alrededor, excepto el muro blanco de niebla. Conforme pasaban los segundos su mente se aclaró, y la inspectora pudo incorporarse con esfuerzo, y, ya una vez sentada, pudo comprobar que no había sido un sueño. Miró a su izquierda y vio a centímetros de ella a Herminia, muerta en el suelo con una nota asomando de su mano derecha que esta cogió. Era la quinta víctima.

Gateó despacio hacía donde estaba su bolso, lo veía en el suelo al lado de su vehículo, a unos 20 metros. Temblando por el frío llegó hasta el coche. El asesino le había dicho la verdad. En el suelo había un cuchillo y del bolso asomaba un dossier bastante abulta- do, que, desde luego, no había estado ahí anteriormente bajo sus propias manos. Se sentó de espaldas y, agarrando el mango con precaución, comenzó a usarlo para liberarse de las ataduras. Se le fue la mano un par de veces, notando cómo la sangre corría entre

sus dedos, pero siguió insistiendo hasta conseguir soltarse. Recogió el bolso del suelo y, tras sacar la llave, abrió el coche. Giró la llave rápidamente y puso la calefacción a máxima potencia. Las manos le temblaban y solo se podía escuchar el castañeteo de sus dientes. Dejando el bolso en el asiento del copiloto saco el archivo. Tenía un post-it manuscrito: *"No confíes en nadie. Ahora estás sola".* Con cuidado de la guantera sacó una bolsa de pruebas y metió ahí la nota adhesiva. Sabía que estaba limpia, pero la procesaría por si acaso. Detrás estaba toda su ropa. Cogió el abrigo y lo puso por encima del disfraz, tenía que volver a revisar a Herminia.

Al acercarse, notó que no se movía, tenía un rictus macabro en el ros- tro. Aun asi le tomó el pulso y, como ya había supuesto, estaba muer- ta. Notó la marca de un pinchazo en el cuello, suponía de la dosis de arsénico que le había mostrado y que no llegó a ver, sin duda aquello fue después de aquel puñetazo que la dejó KO. Al ver el rostro sin maquillaje de cerca se dio cuenta de que tenía los labios pegados con lo que parecía ser pegamento extrafuerte. Ese cabrón se creía un ar- tista que tenía que dejar su firma en la obra para ser auténtica.

Asqueada se levantó y volvió al coche. Se miró en el retrovisor. Tenía una parte cara muy rojiza, y no tardaría mucho en formarse un gran moratón. Rescató el móvil del fondo de su bolso. Eran las 03:21h. Noche larga. Tenía 13 llamadas perdidas de Urko, así como varios mensajes, que iban desde la preocupación de los pri- meros a los histéricos del final. Leyó los dos últimos.

"*Si vas a abandonarme por lo menos da la puta cara, zorra".*

"Te has ido a follar con otro, eres una mierda de persona y de madre. Eso es lo que respetas a tu hijo y a tu marido".

Nunca se había dirigido a ella en esos términos, ni le había dado motivos para pensar algo así. Marcó su número y activó el alta-

voz. Elena tenía un enfado monumental que, unido a la impoten- cia por haber estado tan cerca y a la vez tan lejos de cerrar un caso tan complicado que era una bomba de relojería. Ella era conscien- te de que le había mentido, y que le debía una explicación, pero no iba a tolerar que la tratase de ese modo con aquellas faltas de respeto que eran del todo inaceptables.

Urko descolgó la llamada. Ella no le dio margen para empe- zar a hablar.

— Mira, pedazo de gilipollas, primera y última vez que me faltas al respeto de esa manera. Te he mentido esta noche, cierto, pero jamás te he dado pie a pensar que quería aban- donarte, ni que sería capaz de engañarte con otro.

Escuchó sollozos a través de la línea. Urko balbuceaba sin mucho sentido, entendía los *"lo siento"* y *"te quiero muchísimo"* que apenas eran entendibles a simple vista, con mucha falta de voca- lización. Le dejó un rato para que el hombre se recompusiera, y, dicho sea de paso, que ella también se relajase.

— Urko, basta de drama. Necesito que prestes atención. Lo que tengamos que hablar sobre nosotros y tu comporta- miento de mierda tiene que esperar.

— Lo siento mucho, se me fue la cabeza, no sabía nada de ti, no te podía contactar y pensé cosas que no debía.

— Joder, ¿estás borracho? Estoy muy decepcionada, después de todo lo que hemos vivido, lo primero que piensas de mí es que te engaño con otro. ¿Te he dado motivos alguna vez para pensar de esa manera o de que sería capaz de desaparecer, de abandonar a mi hijo? ¿De abandonaros?

Al otro lado de la línea solo se escuchaban lloros, y aspiraciones nasales, mucha mucosa que sorbía como un loco. Si había algo que

Elena odiase de Urko era la persona en que se convertía cuando estaba bebido. Ella asumía su culpa por la mentira —piadosa— de esa noche, pero lo que tenía al otro lado del teléfono era la prueba de que su matrimonio no era tan sólido como pensaba. Por desgracia ahora tenía otras cosas más urgentes de las que encargarse.

—Lo que ha pasado esta noche es que el asesino contactó conmigo y pensé que podría evitar otra muerte, por desgracia no ha sido asi. Me dio una hora y un lugar y si no aparecía sola habría otro cadáver. Ilusa de mí, que creí que sería ver- dad. Tengo que llamar a comisaría y dar aviso de esta nueva muerte. Tú y yo ya hablaremos en otro momento. Por ahora no quiero saber nada de ti, Urko, menos aún en este estado.

— No, amor, escucha por favor, han sido los nervios del caso, mucho estrés acumulado, y la tensión de no saber nada, de no poder localizarte…

— Sí, claro, ¿tú te crees que soy gilipollas? Me has tratado de puta, y no pienso pasarlo por alto. Los dos sabemos cómo empieza esto. Ahora te insulto, mañana te pego, pa- sado mañana te mato. Lo hemos estudiado, así que chitón. Ahora necesito resolver un caso, y que me dejes tranquila para poder hacer mi trabajo. Ya sabes lo que ha pasado, y que estoy bien, asi que no hace falta que te preocupes más. Vete a dormir la mona, estaremos en contacto.

La inspectora colgó el teléfono y llamó a comisaría. Una patrulla se presentó allí en menos de 15 minutos para tomarle declaración a ella como testigo principal. También llegó una ambulancia y una unidad de la científica, con el juez de guardia de Oviedo para el levantamiento del cuerpo. Momentos antes había hablado con Díaz de Mesa, pero, por lejanía, se otorgó el levantamiento a un juez de guardia cercano. Emilio se sintió aliviado con la llamada

de Elena. Mientras procesaban la escena uno de los sanitarios se acercó a ella para hacerle una cura rápida. Debía dar una ima- gen para el horror. Vestida como la Bella Durmiente, un moratón enorme en el rostro y las manos ensangrentadas, pálida como el cadáver que estaba en el suelo, y temblando de frio. Mientras le curaban la mano, se acercó uno de los agentes de la patrulla, y con cara de preocupación miró como le cosían los cortes.

— Estoy bien, Juanjo, tranquilo. Parece peor de lo que es. ¿Sabes si han avisado al comisario? No tendrás un cigarro por ahí ¿verdad? Ahora mismo mataría por una calada.

— No sé si le han avisado ya, Carrasco, nosotros vinimos lo más rápido posible cuando entró el aviso de agente heri- do. No sabíamos que eras tú hasta que te vi aquí.

Le tendió un paquete mediado, en la comisaría se conocían bien, sabía lo difícil que había sido el embarazo sin poder fumar. Ella se lo agradeció en el alma.

Acabaron de curarle las heridas, y la científica le dio permiso para quitarse el disfraz y ponerse su ropa. Se cambió dentro de una capsula que habilitaron para no comprometer las pruebas, y se puso su ropa. Mientras esperaba a que el juez firmase el levanta- miento entró en su coche y abrió el expediente. La primera hoja era un acta de defunción. La suya, según le había dicho el asesino.

María Concepción Álvarez Ordóñez. Asi es como me llamo en realidad.

El teléfono vibró en el salpicadero. Esta vez no era Urko. La lla- mada procedí de comisaría. Aquel momento debía llegar, tarde o temprano. Un mensaje de Mauleón que fue transmitido por Er- nesto, un compañero, en el que le pedía *"amablemente"* que se

acercase a su despacho lo antes posible. El agente que estaba con el juez llamó a su ventanilla. Iban a proceder a llevarse el cuerpo, los técnicos de la científica habían terminado su trabajo allí, por lo que se marchaban del lugar. Miró de soslayo el dossier, que des- cansaba en asiento del copiloto. No podía justificar como había llegado a su poder. Tendría que adornar la historia de esa noche. La principal testigo no podía decir nada porque estaba muerta, y necesitaba un relato que pudiera contarle al comisario que fuese creíble para que no la apartaran del caso. Ella se unió al Cuerpo Nacional de Policía por una razón: ayudar, servir y proteger, y tenía que continuar dentro del caso para poder resolverlo.

Aún dudaba de las intenciones del asesino, pero no iba a desaprovechar la información que le había dado, aunque la hubiese conseguido pagando un precio muy alto.

Guardó los papeles, encendió la radio y metió la marcha. La calefacción seguía encendida y empezó a sonar una canción de la playlist de música indie nacional que le había enviado Carreras. "*Noche abismal"*, de *Míniver*. Estribillo pegadizo. *Tenía buen gusto el cabr*ón*.*

Comisaría de Oviedo, 04:49h.

Mauleón esperaba a Elena. Se sentía rabioso. Un comisario te- nía que estar las 24 horas del día dispuesto a todo, pero que una noche más le robasen el sueño por saltarse las normas ya pasaba de castaño a oscuro. Estaba hasta los mismísimos de esa mujer, la misma que horas antes les había dejado tirados en Gijón en mitad de un caso, de su caso. Llamaron a la puerta y dio paso a la inspectora, que se sentó frente a su jefe sin mediar palabra. Tenía un aspecto de mierda, en la mitad de su cara se estaba formando un moratón enorme, la otra mitad pálida como un fantasma, y las manos vendadas, con heridas y cortes.

— No vamos a andar con rodeos, inspectora, como supongo que ya imagina desde ahora mismo está relevada del *caso Cuento* y suspendida de empleo y sueldo hasta nueva orden. Entregue su placa y el arma reglamentaria. No quiero verla por aquí en mucho tiempo.

— ¿Ni siquiera me va a tomar declaración? ¿No quiere saber qué ha pasado?

— Ya no me interesan sus historias. Bastante tenemos con toda esta mierda del asesino de cuento. El inspector Ayestarán se hará cargo del caso a partir de ahora, y si usted interfiere en la investigación será detenida. ¿Le ha quedado claro?

— Cristalino, comisario. Que le jodan a usted y al caso.

Elena sacó la pistola, quitó el cargador y los dejó en la mesa, delante de Mauleón. La placa la llevaba colgada del cuello con una cadena que, de un tirón brusco cedió y quedó en su mano. Se la lanzó con ganas al comisario, aunque este la atrapó al vuelo. Cogiendo su chaqueta del respaldo del asiento, Carrasco salió del despacho de su superior con la certeza de que nada volvería a ser como antes.

El comisario había demostrado que aquello que hubiese ocurrido esa noche le importaba bien poco, quería su cabeza y ella se la había ser- vido en bandeja. El asesino estaba suelto y quedaba trabajo por hacer, y tal y como este le había dicho hacía unas pocas horas, empezaba un nuevo capítulo, y eso significaba una nueva víctima, y un nuevo acertijo que debía ser resuelto. Las cosas se habían puesto más difíci- les, pero ella no se iba a rendir. No estaba en su ADN.

Montó de nuevo en su coche, rumbo a la vivienda que había considerado un refugio y que ahora se le antojaba terreno hostil. Llevaba despierta demasiadas horas, y el cansancio empezaba a hacer mella en su ánimo, pero tenía una conversación pendiente con

Urko que no podía retrasar más. No le dolían los insultos en sí, lo que había dañado su corazón era constatar que su marido no confiaba en ella cuando a las primeras de cambio la imaginaba con otro. De pensarlo le hervía la sangre. Durante su noviazgo, Ayestarán había tenido sus momentos de celos y posesividad, pero no fueron a más y no le había dado ninguna importancia. Ahora Elena pensaba que quizá debajo de esa fachada de inspector de policía guapete y resultón había un hombre inseguro que no era capaz de hablar con su mujer. Viéndolo con perspectiva, ella estaba segura de que no había dado pie al juez García de Mesa para que pensara nada más allá de una relación profesional, pero su marido se había puesto en plan cavernícola con él. Ella lo amaba muchísimo, con toda su alma, pero ese comportamiento no lo iba a tolerar bajo ningún concepto. A partir de ya, las cosas serían diferentes, si es que el amor continuaría después de tal esperada conversación.

Llegó a casa y aparcó. Urko la esperaba en la puerta con un café en la mano. La había visto por la ventana y sabía que tenían que hablar. Al pasar por su lado para entrar en la vivienda vio el mo- ratón que le subía desde la mandíbula hasta la frente. Apretó la taza con la mano, los nudillos blancos de rabia. ¿Qué coño había pasado y quien le había puesto la mano encima? Elena se dirigió a la cocina, y tras abrir la ventana sacó el paquete que le había dado Juanjo, encendió uno retando a su marido con la mirada. El tema del tabaco siempre había sido complicado entre ellos. Una de las cosas que iban a cambiar, por lo civil o por lo criminal.

— Elena, me voy a repetir, pero lo siento mucho. Sé que la he jodido a lo grande, nunca debí dirigirme a ti en esos términos ni dudar de ti. Es una excusa de mierda, pero empecé a beber cuando te marchaste, y al no poder contactarte mi cabeza bañada en vodka me jugó una mala pasada. Me monté yo solo una película que no tiene nada que ver con

la realidad. En ese momento no estaba usando la cabeza —ella miraba en silencio—. Me dejé llevar por mis inseguridades, lo sé, y no debería ser así, vi cómo te miraba el juez ese de mierda y todo eso se juntó con una botella de Absolut y zumo de naranja.

Elena le miraba con pena, apoyada en la ventana mientras apuraba el cigarrillo. Ahora que se había desahogado le tocaba a ella, pero no se lo pondría fácil. Sus palabras la habían herido más de lo que su marido nunca se imaginaría.

— Tengo que darle la enhorabuena, inspector Ayestarán, es usted ahora el responsable de la investigación del caso del cuento de los cojones. He sido relevada y suspendida, no me han echado del cuerpo de milagro. Hice lo que creí que debía hacer para salvar una vida, aunque no haya ser- vido para nada. Supongo que mañana cuando te reúnas con el comisario te enterarás de lo que la *"zorra"* de tu mujer ha estado haciendo esta noche.

— Por Dios, Elena, deja de repetir esa palabra. Sabes que yo no soy así, no pienso eso de ti y lo sabes, joder.

— No lo piensas ahora, pero hay mensajes en mi teléfono que dicen lo contrario. Tu cerebro bañado en vodka, tus palabras, tu conjunto, me han convertido en una zorra mentirosa que no respeta a su hijo ni a su marido, tus palabras de nuevo. Ya sabes, Urko, los borrachos y los niños dicen siempre la verdad. No voy a permitir que me insultes y me menosprecies de esa manera. Se empieza con eso y se termina con marcas peores que las que ahora me adornan. Y lo siento mucho, pero me respeto demasiado para aceptarlo.

— Una última oportunidad. Jamás te he pedido nada, tú sabes cómo soy, joder. Sí, reconozco que tengo celos del

juez de los cojones, en realidad de cualquier hombre que se te acerca, y que hoy he cruzado una línea que no debí cruzar jamás. De repente te habías marchado, no me respondías, y me puse a beber como si no hubiera un mañana. Y perdí la puta cabeza y la capacidad de razonar. Estoy sobrio, Leni, te lo juro. Me di una ducha fría, he tomado varios cafés, tú sabes quién y cómo soy. He tenido un momento en el que la inseguridad ha tomado el mando, pero te aseguro que no volverá a pasar. Se han juntado más co- sas en mi cabeza, y no soy el único, aquí ninguno se libra, pero yo te quiero como eres. Sé que tenemos que trabajar en nuestra relación, pero será cuando hayamos atrapado a este hijo de la gran puta. Ahora, por favor y por mi salud mental, ¿me vas a contar por qué tienes la cara marcada como si te hubiesen dado una paliza?

Elena había estado escuchando a su marido, fumando mientras tomaba una taza de café. Encendió otro cigarro, quería creer lo que le contaba, pero el daño había sido muy profundo. Urko, malinterpretando su silencio, le dijo lo que pensaba que ella quería oír.

— Voy a rechazar el caso, Elena. Exigiré al comisario la baja por paternidad que no me dejó coger y vamos a arreglar esto, por ley me pertenece. Eres el amor de mi vida, mi mujer, la madre de mi hijo. Ni puedo, ni quiero vivir sin ti. Dime qué debo hacer para arreglar lo que he roto.

Elena se giró hacia él. Iba a tensar un poco más la cuerda.

— Es tu trabajo, Urko, lo que se te da bien. Eres el mejor policía de la comisaría y en el fondo lo sabes. Yo siempre he sido una segundona. Y no quiero que te arrastres más. Ya está. Fue suficiente.

— Pero qué dices, eso no es cierto. Pregunta a quien quieras, es verdad que soy un buen policía, lo creo al menos, pero tú ni de coña eres una segundona. Aunque a Mauleón le repatea el hígado, la mejor de esa comisaría eres tú, con diferencia, querían meterte en homicidios. Siempre he te- nido claro que si alguien tiene posibilidades de sustituir a ese cabrón de Gregorio, eres tú, Elena.

— No me hagas la pelota, no te pega. Me tienes en un pedes- tal, según tú seré la próxima comisaria, la primera mujer que ocupe ese puesto aquí. Pero a la hora de la verdad —dejó el cigarrillo en el borde de la mesita que tenían en la cocina junto a la ventana y se acercó a él— prefieres pensar que sería capaz de follarme a cualquier otro, a un puto juez, que me parece un gilipollas que no sabe dónde están los límites y se cree por su puesto de mierda superior a cualquiera. Mira, Urko, yo no sé qué coño hacemos casados si tantas dudas tienes. No tengo que darte ninguna mierda de explicación, pero lo voy a hacer. Yo soy mujer de un solo hombre. Y ni tú ni nadie puede acusarme de ser infiel. Nadie. Nací fiel a mí misma, a mis valores, pero también a los míos, y en el mo- mento en que follamos por primera vez y comenzamos una relación fuiste de los míos, jamás lo dudes.

— Ya lo sé, joder, ¿cuántas veces tengo que decirte que sé que la jodí? Que soy un imbécil que quizá se haya cargado lo mejor que le ha pasado en la vida.

— Urko, ya. No nos rebajemos más, por favor. Esto ya está cayendo en el patetismo, por parte de los dos.

— Sé que nunca me engañarías, pero al irte ayer tenía una mala sensación, no me estabas diciendo la verdad, y se juntó con el resto de las mierdas que tengo en la cabeza.

Pero tú tampoco eres una santa. A parte de fumarte todo lo que te dijo el comisario ayer me mentiste en la cara. Dijis- te que darías un paseo y luego volverías. Lo siguiente que sé es que estás en la escena de la última víctima.

— Y dale Perico al torno. Mira, Urko, asumo mi parte, como luego te explicaré tenía motivos para pensar que podía salvar una vida si acudía sola a la cita con el asesino, tal y como él me exigió cuando llamó, estando en el Punto Limpio, y me inventé lo del paseo para poder salir sin que me siguieras, porque los dos sabemos que si sabes la verdad jamás me dejarías ir sola.

— En eso tienes razón.

— Estaba mentalizada para cualquier cosa, excepto que dudaras de mi fidelidad hacia ti. Que me hablaras en esos términos, con esa rabia en la voz. Nunca te habría imaginado en esos términos. Te amaba, Urko, te sigo amando. Hemos formado una familia, me he entregado a ti en cuerpo y alma, y ¿asi es como me lo pagas? Vejando a la persona que te cuida cada día, la que pone todo de su parte para sostener esta relación. Y te juro una cosa por lo más sagrado, que es mi hijo. Esta es la primera y última vez. Por todo lo que hemos vivido te voy a dar una oportunidad, y no voy a mandarlo todo a tomar por culo, pero si un día tus paranoias de mierda vuelven y te comportas como hoy, me iré lejos con mi hijo y no nos volverás a ver jamás. Otra cosa, que te quede muy clarito. Si me pones una mano encima, asegúrate de matarme porque si no te arrancaré los huevos y te los haré tragar.

Urko quedó lívido, sabía que Elena, su Leni, tenía pelotas, pero aquello no lo hubiera esperado nunca. La guinda del pastel fue que

su mujer le dio un piquito en los labios cuando terminó de hablar y se volvió otra vez hacia la ventana para encenderse otro cigarro.

Urko se sentó en una de las sillas de la cocina. El tabaco era un vicio que no entendía y que había peleado con ella para que deja- se. Cuando quedó embarazada pensó que era su oportunidad para que ese sucio hábito se perdiera para siempre. Claramente estaba equivocado. Elena, como si supiera lo que estaba pensando, miró a su marido nuevamente.

— Y he vuelto a fumar. Ni una palabra al respecto. ¿Queda claro? No lo haré cerca de Xabi ni de tus padres, así que lo puedes ir asumiendo. Y aquí termina el debate del tabaco en casa.

El hombre asintió. Era hora de saber qué había pasado aquella noche, hace escasas horas. Mientras él perdía la cordura con la bebida parecía que su mujer había estado a punto de perder mucho más, lo que le hizo sentir aún más ridículo. Se levantó y puso dos tazas en la cafetera que le había regalado Elena las pasadas navidades. Ella acabó el último cigarrillo y tomó asiento al otro lado de la mesa. Delante de ella un latte con mucha espuma y cacao, su propia versión del que probó una vez en un Starbucks, en su taza favorita de *"Juego de tronos"*. Eso le sacó la primera sonrisa de la noche. Su marido había sacado la artillería pesada. *Juegas fuerte, ¿eh?* Él se sentó delante con su tacita blanca y sosa de expreso italiano. No podían ser más diferentes, pero no eran capaces de vivir lejos el uno del otro.

— ¿Me puedes contar por fin qué ha pasado esta noche? No, aun no. Empieza por decirme por qué tienes la cara hecha un cromo.

Elena sentía ahora que el cansancio de toda la noche le empezaba a pasar factura. La mandíbula le palpitaba, aunque le habían dado

medicación para el dolor cuando la revisaron en el Cristo. A Urko se le iba la vista a la zona marcada, aunque intentaba disimular.

— Han pasado muchas cosas esta noche. Pero no te preocupes, creo que el asesino no tiene intención de matarme… Por ahora. Por alguna razón que desconozco me quiere viva. ¡Ah! No te lo vas a creer. He conocido a Herminia —Urko se mostró sorprendido—. Pero resulta que al final Herminia no es, bueno, no era mi madre biológica. La hija de puta me robó y vendió a mis padres, a eso es a lo que se dedicaba la buena señora.

Urko estaba alucinado. A la luz de las pruebas tenían bastante claro que esa mujer era la madre de Elena. La foto de los niños Tamayo, esa había sido la prueba clave. Una prueba que según el difunto Carreras era verídica. Recordó la tarde antes de enseñársela a ella, cuando Fer en confidencia le enseñó esa foto, que había encontrado investigando a la familia, en la que aparecía una niña que era casi un clon de Elena a su edad. Tal y como estaba en uno de los marcos que tenían en casa, recuerdo de la Primera Comunión. Se había tragado toda la historia que Fer le puso delante y solo necesitó conseguir alguna foto de Elena de niña. Ayestarán se consideraba un buen poli, pero había caído con todo el equipo. Seguía escuchando a su mujer, que se había levantado para buscar algo en su bolso. Volvió con un dossier muy abultado en las manos.

— ¿Has dicho que tus padres te compraron? Es una acusa- ción muy grave, Leni, lo sabes. Necesitaremos pruebas.

— Tengo pruebas, un montón, de hecho. Incluso tengo mi acta de nacimiento. El asesino aparte de seguir con su escenografía macabra, lo que quería era entregarme toda esta documentación. Quería que yo supiera la verdad.

— Podría ser todo un engaño. No podemos darlo por bueno sin investigarlo antes.

— Sabía que me dirías eso, pero yo creo que no. Creo realmente que hubo, o hay, una trama que roba bebés a sus madres y los vendía o sigue vendiéndolos al mejor postor. Te ha ahorrado un viaje hasta el antiguo HUCA. A lo que iba, la vieja cambió de nombre y de vida, se convirtió en Alfonsina Baeza Mínguez. El cadáver que se han llevado hoy a la morgue era el suyo. Me gustaría que omitieras el hecho de que esta Alfonsina fue una vez Herminia Tama- yo. Está muerta y no va a aportar nada al caso, asi que te pediría que este dato no apareciese en tu informe.

— No puedo ocultar pruebas, cariño, lo sabes mejor que nadie.

— Esta vez lo harás, Urko, porque yo te lo pido. Vas a tener que confiar en mí, igual que yo estoy confiando en ti y contándote realmente todo lo que ha sucedido.

— Está bien, de acuerdo. La victima del Naranco será sólo Alfonsina.

El móvil del inspector vibró en la mesa. Un mensaje con dos escuetas frases: *Mauleón 10:00h y nuevo cadáver caso cuento.* Se lo mostró a su mujer. No tenía demasiado margen para ponerlo al día.

— Tendrás que hacer más café, va a ser una noche larga. Voy a darme una ducha caliente, has estado a un paso de quedarte viudo, y no a manos del asesino, sino de la hipotermia. Necesito entrar en calor para poder contarte lo que ha pasado. Ahora vuelvo.

— Vale, ¿pero me vas a contar lo de la cara o no?

La mujer salió de la cocina sin responderle. Urko preparó dos cafés más y los llevó al salón junto con el expediente del asesino. Echó un vistazo, habría ahí unas 100 partidas de nacimiento. Como si no tuvieran bastante con un asesino suelto, ahora les caía del cielo, extraoficialmente, un caso que se remontaba a tres décadas atrás.

05:54h.

Urko esperaba a su mujer en el sofá del salón. Mientras ella se duchaba, había preparado también unos frixuelos con mermelada de albaricoque. Supuso que tendría hambre, y Elena se pirraba por aquel combinado dulce. Volvió con un pijama gordito y el pelo envuelto en una toalla que quedó descartada en el brazo del sofá en cuanto vio el plato con su postre favorito. Fue directa a hincarle el diente, sin haberse percatado ella misma del hambre que tenía hasta que los olió al salir de la ducha. Comió como si se lo fueran a quitar, rebañando incluso la mermelada que había caído en el plato, el cual dejó completamente limpio a un lado, abrió el dossier en la mesa y se dispuso a contarle a su marido una de las peores noches que podía recordar.

— Bien, ¿por dónde empiezo? —Lo dijo suspirando más bien para ella que para su marido, dado que había mucha información y poco tiempo para transmitirla—.

— Por el principio, amor. ¿Dónde fuiste cuando saliste de aquí presuntamente a dar un paseo para pensar?

— ¿Me va a interrogar, señor inspector?

Urko se ruborizó. Ella no era una testigo cualquiera. Era su mujer, y una de las mejores policías que había conocido. Se percató de que más le valía guardar los paternalismos y dejar que ella lo contase a su manera.

— Te lo voy a contar todo, tranquilo. Pero lo primero que tengo que decir es que he tenido al asesino frente a frente, y no me pareció que hubiera alguien cruel detrás de la máscara, más bien una persona que estaba sufriendo, no físicamente, sino anímicamente. No sé si me explico bien.

— Así que te parece que no es una mala persona, lo hace porque está sufriendo.

— Sí y no. Ya te digo que es como un pálpito.

— ¿Y lo del golpe de la cara?

— Ya sabes que puedo llegar a ser desesperante, llevar a las personas al límite. Eso es lo que ha pasado. Estaba pinchando al sospechoso para sacarle información y puedo sacar de quicio con facilidad. Hoy lo conseguí. Me cono- ces, probablemente me he ganado el puñetazo. El tío tiene pegada, me dejo KO de un solo golpe.

— Definitivamente parece que has empatizado con él.

— ¿Sabes qué siento? Es otro pálpito. Creo que el culpable de las muertes es una mujer, la que vi en el laberinto de Llanes. Y el de anoche era un hombre, un simple cóm- plice. Me dijo que era también uno de los míos, no sé si se refirió a un bebé robado, un policía, no sé, pero no me pareció capaz de matar. No puedo decirte el motivo, pero pondría la mano en el fuego a que la persona que tuve frente a mí esta noche no es la mente detrás de los asesi- natos, ni siquiera la mano ejecutora. Tampoco digo que sea una víctima, porque me di cuenta de que le faltaba un hervor o dos, pero no es nuestro asesino.

— ¿Y Herminia? ¿Puede que sea ella la culpable, como pensábamos?

— No, esa sí que es una víctima en este caso. No es que fuera un angelito, más bien fue un mal bicho peor de lo que esperábamos, comerciaba con recién nacidos, pero no es el asesino del *caso Cuento*, y te garantizo que está muerta de verdad.

Elena cogió unos cuantos documentos del dossier. Los extendió por toda la superficie para que Urko pudiera verlos con detalle.

— Estos son los partos a los que asistió Herminia y que nacieron muertos. Por simple probabilidad estadística, algunos han de ser ciertos, pero la gran mayoría de estos bebés están vivos en las familias equivocadas… Ah, y mira, esta es mi acta de nacimiento.

Urko los miró por encima. Aquello era una bomba. Había muchísimos nombres. De salir a la luz sería un tsunami. Elena le cogió la muñeca, mirándolo fijamente a los ojos.

— Ahora eres mi marido, no el inspector, ¿de acuerdo?

— ¿Y qué quieres que haga con todo esto Elena? Si es verdad se tendrá que investigar, imagina a los padres que llevan años engañados pensando que su bebé murió. Y las fami- lias que pagaron por esos niños tendrán que dar también explicaciones. Mira tu caso, Leni, bueno, en verdad eres María Concepción…

— Sí, ya lo sé —interrumpió ella—, Álvarez Ordóñez. Hija de María Guadalupe Ordóñez Santos.

— Míralo por otro lado, mejor llamarse Elena que Conchi ¿no?

— ¿Te parece gracioso Urko? Imagina cómo te sentirías si de repente alguien te dice que toda tu vida ha sido una puta mentira.

— Joder, nena, solo quería quitarle algo de hierro al asunto. Hay que buscar a tu madre biológica, lo sabes, ¿verdad? Es sospechosa, no tenemos en este momento otra vía de investigación de la que tirar.

— Eso mismo pensé yo, que en ella está la clave para resolver este caso. Pero recuerda que ella murió en el parto según…

— ¿Según quién?

— Según mis padres.

— Buscaré información y así tendremos la clave de todo… O no.

— Y si tengo razón ella vive y no está sola, tiene un cómplice con ella. Podría ser su socio, aunque yo lo creí cuando me dijo que también era de los míos, quiero creer que otro bebé robado.

— ¿Y que los asesinatos tengan que ver con una llamada de atención?

— No lo sé. Ese hombre quería venganza, aunque lo llame justicia, y al matar a Herminia ha cumplido con una parte de su cometido. Y ha roto ese estereotipo también de hombre inocente.

— ¿Le viste inyectarle el veneno?

— Me reventó la cara antes, Herminia aún vivía. Cuando desperté ya estaba muerta. Me reconoció también que las chicas Tamayo solo eran un cebo para hacer salir de su cueva a Herminia. Tres vidas inocentes sesgadas sin sentido. Pero sigue sin cuadrar algo y no logro entender el qué.

Urko miró una vez más el acta de nacimiento. Su mujer le señaló una parte del documento, que él no había leído aún, y le puso al lado el acta de defunción.

— Otra cosa, amor, ya que estás viendo las actas de mi nacimiento y defunción, ¿no hay nada que te llame la atención?

El hombre se centró en la zona que Elena señalaba. De repente su boca se abrió, mirando instantáneamente a su mujer.

— ¿Su padre?

— Y hay más. A Fer lo caracterizaron como a Pinocho porque era un mentiroso, un títere contratado por el asesino o asesina, para controlar el rumbo de la investigación. Le pagaban por traicionarnos, Urko. Y su padre era el medico que certificaba las muertes de los bebés que después vendían a matrimonios ricos. Según el hombre que me citó en el Naranco ganaron millones a costa de esos niños.

— De tal padre tal astilla, por lo que veo. Confiaba en él, Leni. Era mi compañero. Me parece tan increíble…

— A grandes rasgos esta es toda la información de lo ocurrido la pasada noche.

La mujer sacó del bolso el post-it que el asesino le había dejado. Urko la leyó en voz alta.

— *"No confíes en nadie. Ahora estás sola".* ¿Sola? No estás sola, Elena, yo siempre estaré a tu lado.

— Urko —Elena agarró la mano de su marido—, yo con- fío en ti, plenamente. Creo que seremos capaces de su- perar este bache. Pero no me la vuelvas a jugar, porque no te pasaré otra.

— Te aseguro, cariño, que confíes o no, tú siempre serás lo más importante para mí, eres mi familia. Debería es- tar más molesto e irritado, porque bien que te reíste de mí anoche, mintiéndome a la cara. Puedo entender las razones que te llevaron a mentirme así, y tendría todo el derecho a enfadarme y largarme. Pero esta no- che has visto una parte de mí que no es buena, me he comportado como un auténtico gilipollas, te he fallado, merezco que dudes y estés a la defensiva. Solo el tiem- po pondrá todo de nuevo en su lugar y demostraré con

hechos que soy el hombre que te mereces. —Urko miró su móvil—. Son las 7 de la mañana. Tengo unas dos horas para dormir. ¿Vienes conmigo?

Elena asintió. Se levantó del sofá, ayudada por su marido, y se mantuvo quieta frente a él.

— Esa nota es una advertencia, no solo para mí, también para ti. No confíes en nadie, ten mucho cuidado. Ahora estás solo.

Urko asintió con la cabeza y, agarrando suavemente las manos de su mujer, la besó. Ahora necesitaba tenerla en sus brazos, dormir abrazado a ella y no pensar en nada más.


REX PELAGIUS

12. IMPORTAR Y APORTAR

Sábado 14 de marzo. Al mediodía…

Elena despertó tarde. Tocó a su lado en la cama pero Urko no estaba a su lado. Miró su teléfono móvil. Las 12:07h. No tenía llamadas perdidas, ni mensajes. Por un momento se sintió aliviada. No tener noticias también era una buena noticia.

Se levantó, se duchó y fue hasta la cocina. Su marido le había dejado el desayuno listo. Encendió la tele, no solían ponerla mucho, al pasar muchas horas fuera de casa, y después de pa- sar dos veces por el mismo canal dejó de fondo una reposición de un programa de talentos. No había encontrado nada decente para ver, todo era programación repetida, dibujos animados y canales de noticias. Nunca le habían gustado los telediarios, demasiada tristeza y crueldad y pocas noticias positivas o es- peranzadoras en el mundo. Le recordaban toda la podredumbre que reinaba en la sociedad mundial.

Terminó de desayunar y apagó la televisión. Su bolso seguía en una esquina del sofá. Cogió el dossier del Cristo del Naranco y una libreta de la balda inferior de la mesita. Tenía trabajo que ha- cer. Comenzó a hacer un listado con los nombres de madres cuyos hijos habían sido declarados muertos al nacer.

Ella no había llegado a conocer el antiguo HUCA, aunque nació allí, pero había pasado por delante muchas veces. Lo que había sido el hospital de referencia de la región ahora solo eran edificios abandonados plagados de vegetación. Pasar por allí recordaba a un paisaje post apocalíptico, como estar en la piel de Joel Miller en *"The last of us"*. En la otra punta de la cuidad se alzaba el nuevo Hospital Central de Asturias, construido en los terrenos de un psiquiátrico de renombre, donde se decía que ocurrían sucesos inexplicables y paranormales. De todo aquello, solo quedó en pie la capilla de La Cadellada. Elena recordaba las vistas desde la mole de hormigón y cristal que era el nuevo HUCA, donde ella había dado a luz al pequeño Xabi. Empezó por los las entradas del año 92, el de la Expo de Sevilla y las olimpiadas de Barcelona, y, por supuesto, el año de su nacimiento. Estaba convencida que la clave para resolver el caso, de manera directa o indirecta, estaba en su madre biológica, otro pálpito. Urko había estado de acuerdo con ella. Los dos habían hablado un poco antes de quedarse dor- midos, de la investigación y de otros temas. Una charla previa a la caída en brazos de Morfeo, que les había permitido acabar con los últimos coletazos de la noche, quedando ella dormida sobre él, usando a su marido como almohada y estufa. Tenían que trabajar en su relación, pero no dudaba de que de esa situación acabarían saliendo más fuertes y unidos. Revisó el listado que había com- pilado hasta ese momento. No podía imaginar cómo nadie había notado la alarmante tasa de muertes. Tantos niños no era lógico, no estaban en la Edad Media. Elena suponía que los tentáculos de la trama llegaban muy alto, muchas bocas que tapar. Como si

fuera un chiste cósmico, ese año 1992 tenía más muertes declaradas que los anteriores, con bastante diferencia, y luego se detenía completamente en el 94, al menos con los datos que aportaba esa documentación. Parecía que al desaparecer Herminia la trama se fue desmontando, o que ya no fueran capaces de hacerlo sin le- vantar sospechas. Siguió anotando nombres y fechas.

María Auxiliadora Gómez Fuertes. Dio a luz el 12/05/1992. Hijo: Fernando Manuel Cidón Gómez. Exitus.

Eva María Fernández Álvarez. Dio a luz el 17/03/1992. Hija: Marta Hernández Fernández. Exitus.

Alejandra Prieto Rodríguez. Dio a luz el 23/03/1992. Hijo: Ma- nuel Bernabé Prieto. Exitus.

Magdalena del Valle Arrieta. Dio a luz el 05/07/1992. Hijas: Verónica y Cristina Gómez Arrieta. Exitus de las gemelas.

Elena dejó de escribir. Sentía escalofríos. Sólo del año 92 tenía ya dos hojas por ambas caras, y no lo había terminado. Si esta información saliera a la luz sería un escándalo de proporciones bíblicas, y estaba claro que nadie se había hecho eco de ello. Qué jodida estaba la sociedad si a nadie le resultaba extraño que muriesen tantos niños durante el parto, o qué bien tapado estuvo todo. Elena ha- bía calculado un bebé nacido muerto por cada veinte nacimientos. Algunas muertes eran reales, siempre ha habido exitus en recién nacidos, pero aquello ya era inconcebible. La mujer se dirigió a la cocina y se preparó otro café. Lo tomó junto a la ventana mientras fumaba un cigarrillo. Algo daba vueltas en su mente. Era policía, y una de esas bebés robadas, pero, ¿porque tanto interés en que ella estuviese en el *caso Cuento*? Y también le chocaba la fijación del hombre del Naranco en que estudiase la documentación de los

niños robados. Muchas incógnitas y pocas respuestas. La mujer se hizo otro café, necesitaba estar totalmente despierta. Lo llevó al salón, se sentó de nuevo en el sofá y prosiguió con el listado.

Adela López Jarama. Dio a luz el 28/08/1992. Hijo: Jorge Algaba López. Exitus.

Sabina Zurdo Cantero. Dio a luz el 03/03/1992. Hija: Irene Díaz Zurdo. Exitus.

María Guadalupe Ordóñez Santos. Dio a luz el 23/08/1992. Hijos: María Concepción ~~y~~ _____Álvarez Ordóñez. Ambos exitus.

Elena quedó fría. Acababa de encontrar el nombre de su madre bioló- gica entre todas aquellas páginas que, hasta aquel momento no se ha- bía percatado al haberse centrado más en su acta única de nacimiento y defunción. Lágrimas empezaron a surcar sus mejillas. ¿Sabría su madre lo que ocurrió o era otra víctima inocente? ¿Por qué esa sen- sación en sus entrañas le gritaba que no le gustaría la respuesta? La miraba fija quedó congelada en lo que había anotado. Tardó unos mi- nutos en darse cuenta de otro detalle crucial. Ahí a plena vista. Tardó unos segundos en reaccionar. ¿Hijos? ¿En plural? ¿Su madre había dado a luz a dos bebes? ¿Tuve una hermana gemela*?*

Se puso de pie, empezó a dar vueltas por el salón. Cada nuevo dato que descubría resultaba un compendio de más preguntas sin respuesta. Caminaba de un lado al otro con la taza de café en la mano. Empezó a dibujarse en su cabeza un escenario que no le gustaba nada, pero que empezaba a tener mucho sentido. La per- sona que la había citado en el Naranco era claramente un hom- bre, y se había definido a sí mismo como otro como ella. *Elenita, Elenita, estás viendo lo que quieres ver. ¿Ahora resulta que tienes una gemela mala? Genial, te estás cubriendo de gloria.*

Siguió dando vueltas con el café, un paseo de dos por dos de idas y vueltas sin sentido. En cualquier caso ese dato no cambiaba nada. Aún tenía un caso que resolver, aunque no pudiera hacerlo de forma oficial. Ella había visto a una mujer en el laberinto, y algo le decía que era la responsable de los homicidios. ¿Mi her- mana? ¿Mi madre? El papel del hombre del Naranco en todo esto, y la identidad de esa supuesta hermana perdida pasaban a segun- do plano, cuando estaban en juego más vidas.

La inspectora no dejaba de dar vueltas. Estaba jodida, con la sus- pensión no podía acceder a los recursos del cuerpo y la respon- sable de cinco muertes seguía estaba suelta. Estaba otra vez en la casilla de salida, de nuevo varios pasos por detrás y a merced de que volviese a actuar y encontrar algo con lo que avanzar. ¿Quién sería aquel hombre? ¿Cómplice de mi hermana gemela? No estaba preparada para ver su misma cara en otro cuerpo, y peor aún, en el cuerpo de una desquiciada mental con un alto grado de psicopatía.

Se quedó parada en medio de su salón. La única conclusión es que no había conclusiones. Se rió sola. Una carcajada, otra. Se sintió como otra demente psíquica en medio de toda una locura a la que no lograba sacar esa cordura que le diese lógica al entramado. Era triste reconocer que no podían avanzar hasta que la otra parte diese otro paso, pero así estaban las cosas, y tuvo que reconocer que aquel cómplice estaba haciéndole el trabajo que ella no pudo, y odiaba darle la razón a aquel tipo desconocido, pero la tenía. Decidió proseguir con el listado de los bebés. Había muchos más nombres, y se merecían respuestas, ella y su madre y hermana biológica, sean inocentes o no, y también otras tantas familias que habían sido engañadas.

Rosario Cela Cuadrado. Dio a luz el 07/09/1992. Hijo: Pascual Hermoso Cela. Exitus.

Montserrat Casal Esteban. Dio a luz el 02/08/1992. Hijo: Samuel Elorza Casal. Exitus.

María del Pilar Otero Suárez. Dio a luz el 22/06/1992. Hija: Pilar López Otero. Exitus.

Loreto Magadán Pozas. Dio a luz el 02/10/1992. Hijo: Miguel Ángel Martí Magadán. Exitus.

Inés Guevara Villa. Dio a luz el 29/02/1992 —*Año bisiesto con pocas casualidades*, pensó Elena—. Hijo: Roberto Galindo Gue- vara. Exitus.

Sagrario Ruiz Villar. Dio a luz el 08/04/1992. Hijo: Félix Llanos Ruiz. Exitus.

Mónica Antón Urbina. Dio a luz el 13/06/1992. Hijo: Fidel Gue- rrero Antón. Exitus.

Tantas madres, tantos corazones robados… Elena anotó todas las fechas en un papel aparte. Ni siquiera había terminado con el 92, y ya tenía más de 30 entradas. *Todos estos datos en algo menos de un año,* ¿cuántos bebés robados *habrá habido en realidad solo en Asturias desde la Guerra Civil?*

Elena se echó las manos a la cara. Demasiado dolor en unas páginas. La delgada línea que separaba el TDAH del PAS cru- zaba la frontera de su mente de punta a punta. Demasiadas historias truncadas por dinero. *No confíes en nadie. Ahora es- tás sola.* La nota manuscrita le vino nuevamente a la cabeza. Aparte de esa pequeña parte del personal del viejo HUCA, la trama debía extenderse más allá, tenía que haber personas en otros ámbitos conscientes de lo que ocurría y encubriendo los hechos, tal vez por miedo, o por comisiones. Volvió a dar

vueltas por el salón, taza en mano. Normalmente le ayudaba a pensar, pero esta vez se sentía como pollo sin cabeza.

Fue a su habitación y cogió su ordenador portátil. Lo dejo en la mesita junto a sus anotaciones, y se tomó café mientras fumaba otro cigarrillo. Necesitaba estar despejada si quería sacar algo en claro. Al volver al salón vió lo ridículo que quedaba el portátil en la mesita de centro. Ahí no tenía espacio para trabajar bien. Lo trasladó todo a la mesa de comedor, y lo organizó como si fuera un centro de mando. No tenía acceso a los recursos de la comisa- ría pero eso no le impediría hacer su trabajo.

Encendió el equipo y esperó unos segundos. La imagen de fondo de pantalla la hizo sonreir. Era una foto de estudio de los tres, con el pequeño Xabi con apenas unos días de vida disfrazado de leoncito y ellos como papá y mamá leones. Por la tarde volvería a hacer una videollamada con sus suegros, tenía ganas de ver a su bollito, al que echaba de menos.

Elena no era tan buena como había sido Carreras con los temas informáticos, pero hoy en día todos dejamos un rastro en la red que ella iba a intentar encontrar. Abrió el explorador y tecleó. *Ma- ría Auxiliadora Gómez Fuentes.* Mientras aparecía el resultado de la búsqueda escuchó la cerradura de la puerta. Urko volvía a casa. Miró la hora en el portátil, las 15:17h. Se le había ido la mañana entera y ni siquiera tenían nada para comer.

— ¿Qué tal tu mañana? ¿Pudiste descansar? Parece que el moratón tiene mejor aspecto.

— Dormí. Mucho. Demasiado, ¿y la tuya?

— Papeleos, tanatorio, y más papeleos.

Urko se acercó a su mujer y la besó. Esta siguió sentada.

— Perdí la noción del tiempo revisando la documentación de la trama de los bebés y no tengo nada preparado para comer. ¿Te habías fijado que en mi expediente figura otra per- sona? Por lo visto mi madre biológica dio a luz a dos bebés.

El hombre cogió los papeles que Elena le tendía, con el gesto contrariado.

— ¿Has estado investigando por tu cuenta? Elena, por Dios, sabes que no puedes.

— He hecho una lista de todos los nombres que aparecen. Son mujeres a las que presuntamente les habrían robado a sus hijos. Tú eres idéntico a tu padre y no hay duda, pero por un momento imagina que fueras uno de esos bebés ro- bados. En mi caso nunca había buscado a mis padres bio- lógicos porque supuestamente mi madre murió en el parto y no se sabía nada del padre ni de más familia. Pero ahora con toda la información que tenemos mi corazón me pide investigarlo a fondo. Además estamos de acuerdo en que mi madre biológica es la única pista con la que podemos trabajar, asi que estuve buscando su nombre real.

— Sé por lo que estás pasando, pero tenemos un caso de ase- sinato que resolver. Investigar ahora un caso de hace 35 años no va a solucionar nada. Tus padres están en Barce- lona, te quieren, te han criado y dado una vida estupenda y feliz. Déjalo estar, Elena. De verdad, este asunto ya no te corresponde y la salud mental es esencial.

La mujer se levantó bruscamente, encarando a Urko con los ojos llenos de rabia.

— 34 años, no 35. ¿Qué lo deje estar? ¿Pero tú te escuchas? Tenemos indicios de un delito continuado en el tiempo ¿y dices que no merece la pena investigarlo?

— Joder, Elena, no seas así, cuando se te mete algo en la cabeza… Te han suspendido, no puedes usar los recursos del cuerpo, ¿cómo pretendes descubrir algo? ¿Con Google?
—Ella desvió la mirada a su portátil, donde aparecían los resultados de la búsqueda. Urko miró hacia el ordenador. La había pillado—. Venga hombre, no me jodas. ¿En se- rio? Tienes la oportunidad de pasar tiempo con Xabi, lo vamos a buscar esta tarde a casa de mis padres y vuelves a disfrutar de tu tiempo con él. Seguro que Xabi te echa de menos. Desde aquí no puedes hacer nada por la investiga- ción, no tienes los medios.

Elena notó cómo empezaba a calentarse, y lo peor del asunto era que Urko tenía parte de razón. Pero no eran las formas, y menos exigiendo, por lo que decidió cambiar de tema.

— Vale, lo que tú digas. Mejor dejamos ese tema para otro momento. Has ido al tanatorio, ¿no? ¿Cómo estaba la madre de Fer?

— Me acerque con el comisario hasta allí, estaba media Comisaría. La pobre mujer estaba destrozada.

— ¿Le preguntaste por su difunto marido, el roba bebés?

— Hostias, Elena, ¿tú te escuchas? Esa mujer acaba de perder a su hijo, nuestro compañero. Me hablas de que esas familias de tu listado merecen respeto pero solo lo das a quien te interesa.

— A los Tamayo se les preguntó, ¿siempre va a ser así? ¿Con este sí pero con este otro no?

— Mira, Leni. Puede que los dos Fernando Carreras fueran personas de mierda, pero su mujer no tiene culpa ningu- na. Hoy solo nos acercamos a darle el pésame y prometer

que se hará justicia con su hijo. La pobre estaba medicada hasta las trancas, no creo que se acuerde de nada, no era ni el momento ni el lugar.

— Mira, Urko —contestó a su marido con el mismo tono de chulería que este le había administrado—, no quiero discutir. Pide algo a domicilio, por favor, se hizo muy tarde y no tengo ánimos para ponerme a cocinar.

Urko quedó de brazos cruzados, a veces no reconocía a la persona con la que se había casado, a veces tan empática y a su vez tan fría. Pero él tampoco quería discutir, ni cocinar tampoco.

— ¿Te apetece chino?

— Vale, pero para mí pide arroz, paso de los tallarines.

Mientras Urko hacía el pedido ella volvió a su centro de man- do. En la pantalla los resultados de la búsqueda la esperaban. No había muchos resultados. María Auxiliadora Gómez Fuertes. Un desahucio en 2013 en Oviedo que el BOE no había eliminado. Nada más. Elena probó con Auxi, pero tampoco encontró nada. Volvió a probar solo con María y los dos apellidos, y la búsqueda devolvió más de tres mil resultados. Necesitaba acotarlo un poco más. Puso en la barra del buscador: María Gómez Fuertes, Oviedo. Más de trescientos resultados. El primero llamó la atención de Elena. *"María Gómez, del bar Vetusta, gana el campeonato de tortillas de patata Ciudad de Oviedo"*. A la noticia le acompañaba una foto de una mujer de unos 60 años detrás de la barra de un bar, en las manos un plato enorme con la susodicha tortilla. El pie de foto rezaba: "¿Mi secreto? Sin cebolla y poco hecha".

Elena miró la imagen con detenimiento. Ella era de las de *la tortilla de patata sin cebolla debería estar penado*.

Aunque en la foto se veía apetecible. *No, definitivamente sin cebolla le falta sabor.*

El restaurante chino al que Urko había pedido la comida estaba solo a dos manzanas, por lo que la comida llegó enseguida. Des- pejó la mitad de su centro de mando en la mesa del comedor y juntos prepararon la mesa.

— ¿A qué hora tienes que volver a comisaría?

— Hoy es día raro, con lo del velatorio y todo eso. Desde que empezó el *caso Cuento* hoy es el primer día que no tenemos una nueva víctima. Tenía pensado revisar todo el expediente, me parece que todo lo que tocó Carreras pueda estar contaminado, no sé si me explico.

— Técnicamente sí la tuvisteis, Herminia murió de madruga- da. Pero fíjate en la casualidad, el primer día apartada del caso y no hay noticias del asesino, ¿te habías dado cuenta?

— Como bien has dicho, simple casualidad. Te lo pido por favor, si se vuelve a poner en contacto contigo el asesi- no, me informas. Estoy acojonado, Leni. Esta mañana sabes que tenía una reunión con Mauleón. Decir que está cabreado es quedarse corto, te ha puesto en la pi- cota y creo que está esperando a que vuelvas a desobe- decer las órdenes para echarte del Cuerpo con motivos. Por el momento dice que solo es una sanción de un mes. Pero se nota que te quiere fuera.

— Tampoco sería una desgracia tan grande. Tú y yo hemos resuelto casos imposibles, juntos o con otros compañeros. Sacamos adelante juntos el de aquel hijo de puta que so- domizaba a su mujer y se hacía el bipolar, ¿te acuerdas? Nosotros fuimos los que demostramos que no estaba loco, que simplemente era malo, y los psiquiatras forenses nos terminaron dando la razón. No fue en el juicio, ni los mé- dicos, nosotros se lo dejamos todo en bandeja de plata.

— Aquello fue un golpe de suerte. No me gusta recordarlo, aquello me jodió la cabeza. Aún me afecta.

— Lo sé, Urko, a eso me refiero. Nosotros nos comemos todos los marrones para que ellos, sin dar un palo al agua, se lleven los méritos. Si el funeral de Carreras fuese con honores, ¿cuántas medallas adornarían tu uniforme? ¿Dos? ¿Tres?

— Tres.

— ¿Y cuántas medallas deberían estar? Las que de verdad te has llegado a merecer. ¿Veinte? Esas que se han llevado calentitas el comisario y su gente.

— Juré ante mi bandera servir y proteger a los ciudadanos, también a mis compañeros y superiores, Elena, no todo vale. Sabes que yo no hago esto por reconocimientos ni medallas, lo hago porque es mi deber. Y creí que esa era también tu motivación.

— Joder, Urko, ya lo sé, no todo vale. No somos policías solo por la paga, precisamente. Pero hemos visto muchas cosas, la gente está podrida por dentro. Mira los dos Ca- rreras, padre e hijo, ninguno se salvó. Y estoy convencida que en el caso de los bebés robados había gente del cuer- po implicada, porque hubiera sido imposible que actua- ran con tanta impunidad sin cobertura. Esa advertencia de *"no confíes en nadie"* también vale para ti.

— Leni, joder, ¿se te ha ido la cabeza? Soy tu marido, hos- tias. Anoche creo que dejamos claras las cosas y volver a dudar de mí no tiene sentido.

— No estoy dudando de ti, al revés, te digo que tengas cuidado porque no sabemos quién nos puede joder y tú eres un tío decente y a veces demasiado confiado. Yo confío en ti, por

supuesto, tanto que te he contado lo de los bebés, te enseñé el dossier que me dio el hombre del Cristo del Naranco. Estoy empezando a investigar el tema y estoy convencida que es una trama gigantesca que afecta a las altas esferas, todo lo que no sea eso no sería real, esto va mucho más allá de un simple médico y una enfermera. Es un caso diferente, nada tiene que ver con los asesinatos, ¿vale?

— Todo tiene que ver, dime entonces por qué esa necesidad del hombre del Cristo del Naranco, como tú lo llamas, por entregarte el archivo. La clave del *caso Cuento* es a día de hoy la misma que hace una semana, y es descubrir qué pintas tú en todo el embrollo. Todo tiene un porqué. Y una de las respuestas eres tú. Si quieres mi opinión, lo mejor ha sido que te apartaran del caso. Estabas demasiado involucrada, y lo de anoche… Anoche podías haber muerto. Podía haber sido la última vez que te viese con vida. Y no puedo ni quiero imaginar una vida sin ti.

— Tomé un riesgo calculado. Tenía un respaldo, es mejor que te sientes, tengo que contarte algo que sé que no te va a gustar. Cuando salí de aquí ayer sabía que se podía torcer, y que alguien debería saber dónde buscarme. No podías ser tú, imposible, hubieses venido y todo se hubiese jodi- do, y la siguiente opción, Carreras, ya no estaba disponi- ble. Asi que llamé a García de Mesa. Le dije dónde iba a estar y con quién y que si no tenía noticias mías hoy por la mañana se pusiera en contacto contigo o con el comisario. Se ofreció a acompañarme y me negué. Tenía que ir sola, fue una exigencia y quería ganarme su confianza. En ese momento aún pensaba que podía evitar otra muerte.

Urko había escuchado todo el relato en absoluto silencio. Los puños apretados, los nudillos blancos y las uñas clavadas en su

palma. Respiró una vez, dos, tres… no sirvió de nada. Sintió una necesidad puntual de matar a alguien, lleno de ira. Había pasado una noche horrible pensando barbaridades de ella, y el juez sabía en todo momento dónde encontrarla. Volvió a tomar aire. Otra vez. Levantó la vista hacia su mujer. Se lo había contado como si fuese una salida a comer con amigas. Tenía que enfriar la sangre, los dos eran de carácter fuerte y él ya se había pasado demasiado con los mensajes horas atrás.

— Un momento, ¿me estás diciendo que se lo contaste al mierdas ese antes que confiar en mí?

— No fue un tema de confianza, Urko, si te lo cuento anoche me hubieras esposado a una viga para que no pudiese encontrarme con el asesino. O habrías venido conmigo y hubiera sido peor. Ni de broma te hubieses quedado en casa y podrías haber puesto en peligro la investigación.

— Elena, ¡escúchate! ¡murió una mujer inocente!

— Esa mujer no era inocente. Se lucró a costa de traficar con niños. ¡Inocentes las familias a las que les arrancaron a sus bebés!

— No me refiero a eso, Leni. Vamos a dejar esto aquí. Está claro que tenemos puntos de vista diferentes. Me refiero a que al final de la noche, aunque tú cumpliste yendo sola, Herminia hubiera muerto igual. No la podías salvar, todo estaba ya guionizado y bien preparado.

Elena se sentó de nuevo, eso era algo que no se había permitido pensar. En ningún momento pensó en buscar la manera de que Urko pudiera acompañarla. Ni buscar otro compañero para hacer lo que le había pedido al juez. En su fuero interno había tomado la decisión de afrontar sola el caso, buscando la ayuda de la persona

que más daño haría a su marido. Todo lo demás eran excusas. El inspector se levantó de la mesa, cogiendo la chaqueta y las llaves y se dirigió a la puerta.

— Tengo que volver al trabajo, y tú tienes mucho en lo que pensar. Gracias por haberme contado lo del juez, espero que la próxima vez pienses en mí como tu primera opción. Eso se llamaría confianza, y aquí ha quedado claro que hace bastante falta.

Elena no llegó a responderle. Sonó un portazo. La tensión se ha- bía apoderado de ellos. Él había optado por marcharse para no seguir haciéndose daño con sus palabras. Los dos tenían cosas sobre las que pensar. Lo que parecía una relación modélica tenia grietas en su interior, pero estaba segura de que conseguirían salir adelante dejando la mierda atrás.

Recogió la comida de la mesa y volvió a montar toda su parafernalia. No tenía muchos medios a su disposición, pero trabajaría con todo lo que tuviera a su alcance. Buscó el número del Bar Vetusta y llamó.

— Buenas tardes, ¿María Gómez, por favor? … Si, espero. Gracias… Buenas tardes, María, disculpe las molestias. Soy la inspectora Elena Carrasco, de la Policía Nacio- nal… No, no ha pasado nada, pero necesito hacerle una pregunta sobre lo que ocurrió el 12 de mayo del 92… tranquila…Respire por favor…sé que ha pasado mucho tiempo. Usted dio a luz un 12 de mayo de 1992, ¿cierto?... Tranquila, tome el tiempo que necesite…hagamos otra cosa, si le parece ¿A qué hora sale? ¿Le importa si nos tomamos un café juntas?... De acuerdo, voy ahora para allí, muchísimas gracias.

María estaba acabando su turno, la había citado allí media hora más tarde, asi que Elena tenía el tiempo justo para arreglarse y marchar.

En poco más de 10 minutos llegó a su destino, gracias al GPS integrado en el vehículo. Buscó aparcamiento y caminó los metros que restaban hasta el local, que tenía terraza. Se sentó fuera y pidió un café cortado, preguntando al camarero por María.

— Sale enseguida, ahora le aviso.

— Gracias.

Menos de dos minutos después, salió por la puerta la mujer que había visto en la foto del periódico. Saludó a Elena con dos besos y se sentó a su lado.

— Buenas tardes, María. Para empezar muchas gracias por recibirme, imagino que no es agradable remover el pasado después de tantos años. No sé ni por dónde comenzar.

— Háblame de tú, fía, ya ves que no estoy ni retirada, me siento un poco joven aún.

— Como te dije por teléfono, soy inspectora de la Policía Nacional, pero tengo que decirle, porque no quiero mentirle y pretendo ser del todo sincera contigo, que desde ayer estoy suspendida de empleo y sueldo, me han quitado la placa y el arma. No sé si has visto la prensa, o la televisión, hay un asesino en serie suelto en Asturias.

— Sí, algo vi, ye el de los cuentos, ¿verdá?

— Exacto. Yo estaba al cargo de la investigación. Ayer por la tarde recibí una llamada, parecía ser el asesino de los cuentos. Me citó anoche donde el Cristo del Naranco y me hizo ir sola, con la excusa de que si veía a alguien más moriría otro inocente. Para no extenderme mucho, me han suspendido porque no informé debidamente de estos hechos a la cadena de mando. Así que soy policía pero ahora no puedo ejercer como tal.

— A ver oh, ¿que tien eso que ver con el mi fío? ¿cómo te enteraste de que mi guaje nació muerto?

— Verás —Elena hizo una pausa mientras el camarero le servía el café, agradeciéndolo, y prosiguió—. El asesino del cuento me quería a mí desde un principio al frente de la investigación. No tengo clara la razón, aunque tengo una teoría. Resumiendo un poco más la historia, la persona que me citó anoche en el Cristo del Naranco me entregó un dossier con pruebas de una trama corrupta de tráfico de bebés. Según me dijo yo era una de esas niñas robadas, y por lo que dejó entre- ver él también podría serlo, y me quería para investigarlo. En esa documentación hay muchos nombres, entre ellos el tuyo, María. Es duro lo que te voy a pedir, pero necesito que me cuentes todo lo que recuerdes de ese día.

— Sí que ye duro, sí. El parto se complicó, y recuerdo que me tuvieron que dormir nada más nacer el guaje.

— ¿Te durmieron? ¿Recuerdas por qué?

La pobre mujer intentaba recordar los detalles de ese día aciago de hacía casi 34 años. Una lágrima furtiva rodó por su mejilla. Elena sintió ese dolor como suyo propio, pero necesitaba sacar la mayor información posible. María se limpió los ojos y prosiguió el relato.

— Cuando desperté me enseñaron el cuerpo de Fernando Manuel. Así se iba a llamar, ¿sabes?, como sus dos güelitos, mi padre y mi suegro.

— ¿Recibisteis algún tipo de compensación?

— Nada. Ni la pedimos. A veces los niños nacen muertos, no era algo extraño. Tuvimos que volver a casa, a la vida, mi marido a su trabajo y yo al supermercado, de aquella trabajaba en la pescadería de Alimerka. Ahora trabajo aquí, llevo casi 20 años en esta cocina.

— ¿Llegaste a ver el cadáver?

— No muyer, ¿cómo crees? ni quise. Cerré los ojinos y pedí que me lo apartasen. Ninguna madre quiere ver el cadáver de su fío. Ye un mal recuerdo pa to la vida.

— María, mírame. No quiero meter la pata, ni darte falsas es- peranzas, pero en la documentación que recibí se habla de niños que fueron dados por muertos al nacer y que luego acabaron con otras familias, que habían pagado por ellos grandes sumas. Es cierto que a veces los niños mueren en el parto, pero una de las comadronas tenía más casos de exitus en dos años que todas las demás juntas en décadas. Supongo que no todos fueron vendidos, pero estoy em- pezando a investigar y necesito toda la información que pueda conseguir. Estoy investigando los partos que aten- dió esa mujer, y tú fuiste una de esas mamás.

— Algo he escuchado sobre eso. Pero a mi guaje no lo roba- ron, yo no quise pero mi marido sí lo vió, estuvo con el cadáver del mi neño.

Las lágrimas caían ahora sin control. A la inspectora le partía el alma tener que remover todo aquello. Se dijo a sí misma, insistién- dose, que era necesario, pero una voz en su conciencia, muy pare- cida a la de su marido, le decía que no era así, que había límites en el dolor y se estaban propasando. Pocas cosas son tan antinaturales como que un padre entierre a un hijo, pero Elena estaba convencida que los dos casos estaban relacionados, y que investigando esto encontraría al culpable de los cinco asesinatos. Eso no quitaba que iba a tratar el tema con la mayor delicadeza posible.

— Hemos sabido de algunos casos en lo que se mostraba el cadá- ver preservado en un congelador de un mismo bebé fallecido a los pobres padres y el bebé sano se traficaba

en otras comuni- dades. A mí, por ejemplo, me adoptaron en Barcelona.

— ¿Y cree que mi guaje está vivo?

— No lo sé, María, no tengo ni idea. Como te dije antes empecé esta mañana a revisar la documentación, el tuyo era el primer nombre del archivo, he tenido suerte porque saliste en prensa con lo de la tortilla y así te pude localizar. No sé si tu hijo vive o realmente nació muerto por las complicaciones del parto. No tengo una respuesta a esa cuestión, pero sí puedo asegurarte que haré todo lo que esté en mi mano para averiguar la verdad. Hace apenas unas horas que yo misma sé que soy una bebé robada, que mis padres adoptivos son unas personas con mucho dinero que en su momento pagaron por mí. Y el asesino me dio una lista para investigarla. Créeme, no quiero remover la tristeza del pasado, ni hacerte pasar un mal rato recordando ese día, solo quiero sacar la verdad a la luz y hacer justicia.

— Cada día de mi vida rezo a Dios sin ser creyente por el alma de mi Fernando Manuel. Fue un duelo duro, pero lo superamos. En todos estos años he querido creer que estaba conmigo en los buenos y en los malos momentos —la mujer cogió la mano de Elena—. Si piensas que mi hijo está vivo, adelante. Búscalo. Yo pienso que las cosas pa- san por un motivo, y si has encontrado todo esto tu deber es investigarlo hasta el final. El guaje tendría casi 34 años, pero si mi neño está vivo y lo quiere así, mi casa siempre estará abierta para él, somos pobres, pero honrados.

El teléfono de Elena sonó. Número privado. Esta se disculpó levantándose de la mesa. Descolgó la llamada sabiendo quien estaba al otro lado.

— Elena Carrasco, dígame.

— ¡Querida inspectora, qué placer volver a escucharla!

— Vaya, que sorpresa. La voz distorsionada de mierda.

— Oh, que poco sentido del humor, inspectora. Parece que el cuento ha dado un giro inesperado, ¿no es así?

— Han muerto cinco personas, no le veo el humor por nin- gún lado. Me han apartado del caso, supongo que me lla- ma por eso.

— Usted sigue siendo nuestra protagonista, querida, no se preocupe.

— ¿No era la antagonista?

— Los cuentos dan giros, ha pasado de ser una enemiga de este sistema impopular a ser la aliada de las ilusiones per- didas. Mi querida inspectora…

— ¿No me está escuchando? Estoy relevada del caso y sus- pendida, no puedo seguir con la investigación, ni jugar, ni actuar más en este cuento. Si me pillan acabaré expulsada del cuerpo con deshonor. ¿No has tenido bastante ya?

— Reconozco que se encuentra en una situación complicada.
¿Y si le digo cuándo y dónde?

— ¿Cuándo y dónde qué?

— Cuándo y dónde aparecerá el siguiente actor secundario. Es alguien muy malo, por eso no se preocupe, su final está escrito y más que merecido. Posiblemente querrá salvarlo por ética, poniendo en riesgo su vida, como ocurrió en el Cristo. Le diría que se comportase como una mera espec- tadora, pero no creo que sea capaz, la heroína siempre tan sacrificada. El cuento cambia de lugar, pero el final será el mismo. Nos merecemos un final feliz, ¿no cree, inspectora?

— Digamos que le creo. ¿Dónde tengo que ir?

— Asi no funciona, querida. Lo sabrá a su debido tiempo. Pero como soy una persona muy considerada le diré a qué hora le llamaré con la información necesaria. Será a las 23:30h. de esta noche. Un acontecimiento espectacular, por supuesto. Si vemos llegar a alguien que no sea usted, habrá consecuencias y no le gustarán.

— Está bien, joder. Iré sola.

— Manténgase atenta al teléfono y tenga cuidado, inspectora, aún tiene un papel que desempeñar. Y sigue siendo de vital importancia para el cuento, así que procure no morir en el intento. Aún sigue sin ser su hora. Pero si no viene sola, habrá un castigo y no le gustará nada.

La llamada finalizó. Elena se sentó en la terraza y miró a María.

— Era el asesino. Sigue jugando conmigo, siempre dos pasos por delante. Y no puedo hacer nada por cambiarlo, ya me resigné. Me dice qué quiere, hago caso y acabo antes — Elena dio un golpe en la mesa que retumbó la taza de café, ya vacío, y la volcó—. ¡Hijo de puta!

La pobre María estaba alucinada. Una jornada de lo más normal que acababa de un modo que nunca hubiera imaginado. Le caía bien esta inspectora, tenía ovarios, aunque le hubiese traído un pa- sado que no quería recordar. Había tenido desde pequeña muchas intuiciones, su madre le decía que era un poco bruja, y tuvo la sensación de que esta mujer haría mucho por ella y por más familias.

— Verás como todo acaba bien. Tengo una buena sensación con esto, aunque sea un tema tan triste. Siento no ser de más ayu- da, de aquel día no recuerdo ninguna otra cosa. Pero me ha gustado conocerte, inspectora pasa por aquí de vez en cuan- do y mientras tomamos un café me cuentas cómo te va todo.

Elena sonrió a la mujer que tenía delante. Le parecía una buena mujer, aunque no le echase cebolla a la tortilla. Sería bueno tener a alguien con quien charlar, era hora de ampliar un poco su círculo.

— Te prometo que este rato ha sido uno de los más amenos de mis últimos meses. Vendré más por aquí, te lo aseguro. El café está muy rico, me ha gustado mucho conocerte.

— Para estamos fía, que la vida son dos días y ya pasamos día y medio. Ya sabes dónde encontrarme. Hala, marcha ya, que seguro que tienes que prepararte —Le tendió a Elena un Smartphone desbloqueado— apunta ahí tu nú- mero, por si recuerdo algo más del día que nació mi guaje. Y para lo que necesites, ya sabes.

La inspectora se levantó y abrazó con todas sus fuerzas a aque- lla mujer. Se despidió de ella, dejó dos euros en la mesa por el café —Aunque María se negó, pero Elena era más tozuda—, y fue hacia su coche. Una vez dentro, comenzó a dar vueltas a su cabeza. María había sido dormida después del parto para poder quitarle al bebé. Le pareció un patrón, las muertes reales no tendrían una madre sedada, pero los niños robados proba- blemente sí. Un hilo del que tirar, pero no sería esa noche. Otra vez citada por el asesino, otra vez debía acudir sola, esta vez a ciegas, sin saber nada del lugar y la hora. No podía hablar con Urko, y no era un problema de confianza. Iba a ciegas por un camino repleto de baches, pero la incertidumbre la estaba matando. Si no iba sola habría consecuencias, se lo había ad- vertido. Por otro lado, en el Cristo del Naranco había cumplido y aún así no pudo evitar la muerte de Herminia.

Elena golpeó el volante con frustración. Eran las 17:32h, estaba a 6 horas de una llamada crucial. Si aparecía sola y conseguía detener a la asesina, la tendrían que readmitir, quizá incluso sería

condecorada. Pero si salía mal la expulsarían sin opción de vol- ver a ejercer. Ningún otro cuerpo la admitiría. La pregunta ahora era si merecía la pena seguir siendo policía después de cómo la habían tratado, empezando por el comisario. Desde que ascendió a inspectora había sido puesta en duda por muchos de sus compañeros, hombres machistas que no llevaban bien que un mujer hubiese llegado hasta ahí antes que ellos, siempre con mil ojos encima esperando que la cagase para destrozarla, esperando su tropiezo para medrar a su costa… Incluso Urko, el niño bonito de la comisaría, había sufrido desaires por su causa. Muchas veces había hablado con él, pensado en dejarlo todo y empezar de cero, pero nunca había dado el paso. Él era policía por vocación, solo lo sacarían del cuerpo con los pies por delante. Ella también lo había sido, pero las piedrecitas que se amontonaban día tras día eran ya un gran muro, que no sabía si podía soportar. Además ahora era madre, no estaba ella sola, y ese bebé tenía un padre al que siempre estaría unida. Mucho que pensar, demasiado, y la noche se acercaba inexorable. Maldito sea el caso, que lo había removido todo, incluso los cimientos de su familia.



13. LA SUERTE DE LAS GÁRGOLAS

Oviedo, 20:42h.

Elena había decidido dejar eventualmente el caso de los bebés robados para afrontar lo que tenía por delante, dado que necesitaba estar centrada, y aunque los dos casos estuvieran conectados, tenía que trabajar en ellos desde ahora como si fueran independientes. Cuando llegó a casa se puso una serie en una plataforma de streaming. Necesitaba resetear la cabeza para centrarse en el cuento que estaba por llegar. Miró la hora. Se le había pasado media tarde volando y Urko, que no había dado señales de vida, era bastante probable que estuviese de camino a casa. Le envió un mensaje. ¿A qué hora vienes? Es para *tener la cena preparada.* No obtuvo respuesta. Tampoco la esperaba. Vio cómo los tics se volvían azules, por lo menos lo había visto. Los dos eran buenas personas, buenos policías, pero muy orgullosos y cabezotas. No solían dar su brazo a torcer y esa semana estaba siendo un desafío para ambos. A nivel profesional, personal, pero más aún, a nivel sentimental.

Se levantó del sofá y fue hasta la cocina. Con un gesto de paz hacia Urko, decidió hacer cena para los dos. No se iba a complicar. Peló cuatro patatas para un *plato de la abuela*, cocina reconfortante de toda la vida, con ingredientes sencillos, huevos, chorizo y patatas. Elena no es que fuera una cocinillas, pero había platos que se le daban bien, al menos los de toda la vida. Miró de nuevo la hora. Las 21:27h. Su marido sin dar señales de vida. Apartó su ración y se sentó en el sofá con su plato. Todo se había antojado un tanto extraño. Urko no era así, aunque siendo justos, ninguno de los dos se había comportado correctamente en los últimos días. Encendió de nuevo la televisión y continuó la serie. Al poco, la puerta de casa se abrió. Ella, inmediatamente pausó la imagen y se dirigió a la cocina. Preparó un servicio y lo dejó en la mesa del comedor, por suerte la comida aún estaba caliente y el salón olía rico. Su ma- rido vió la mesa puesta para uno y una bandeja en la mesita de la televisión. No pintaba bien la cosa. Ni siquiera un simple saludo.

— ¿No te vas a sentar conmigo?

— Estoy bien aquí, gracias.

— ¿Qué estás viendo?

— Puff. Una serie de adolescentes. No está mal.

Urko se sentó y comenzó a comer. Había tenido una tarde horrible, y llegar a casa a mesa puesta fue una sorpresa muy agradable. La acti- tud de su mujer no lo era. Los siguientes minutos fueron incómodos. Un silencio interrumpido por los diálogos de la serie. Notaba a Elena contenida, irritada, la conocía bien. Algo estaba a punto de ocurrir y no iba a ser bueno. Él siguió comiendo, a la espera del próximo paso del amor de su vida. Cuando abrió la boca lo que salió de ella era lo último que esperaba. Ella siempre lograba sorprenderle.

— Voy a salir esta noche.

Urko levantó despacio la vista de su plato. A ver hasta donde quería llegar.

— ¿Así, de repente? No sabía que tuvieras gente con la que salir.

— He hecho una amiga esta tarde. Me gustaría ir a tomar un cóctel a un local de esos *'de moda'*. Al parecer hacen unos mojitos de coco y piña únicos.

— Elena, ¿me tomas por gilipollas?

— Ojito con ese tono, Urko.

— Llevo dos años diciéndote que tienes que conocer gente, que hagas amistades, intenté que quedaras con las mujeres de algunos compañeros, nunca has querido, ¿y ahora de la nada te echas una amiga? Vamos inspectora, eso no cuela.

— No tengo que darte explicaciones. Voy a salir. Punto.

— Vale, perfecto. A mí también me apetece un mojito de esos. Me apunto.

— Es noche de chicas, no estás invitado. Y deja de hacerte el machirulo, no te pega.

— No, Elena, no es machismo, sabes perfectamente que no lo soy. Pero me estás mintiendo a la puta cara eso no es lo que habíamos hablado, joder. Estoy acojonado, ¿sabes? Estás en el punto de mira de un asesino, soy tu marido y no quiero perderte.

— ¿Y por eso me castigas ignorando mis mensajes?

— Estaba seguro que iba a llegar a una casa vacía, que te habías ido a encontrar otra vez con el asesino, y que lo siguiente que sabría de ti es que estarías detenida o muerta. No tienes ni idea de cómo me siento, Elena, te quiero y no imagino mi vida sin ti.

La había pillado con todo, pero solo quedaba la huida hacia delante. Y una parte de ella no quería recular, pero tampoco mentirle más.

— Vaya hombre, que ahora me quieres y te importo un mon- tón. Pues qué bien disimulado, que llegas a casa y ni una palabra, ni un beso a la mujer a la que tanto amas. Ni me preguntaste qué tal me fue esta tarde.

— ¿Y tú? Llego a casa y veo la mesa para uno y tu plato en el otro extremo de la sala. ¿Acaso me preguntaste tú por cómo ha sido mi tarde? Porque te aseguro que no ha sido divertida.

— Eres policía, Urko, no es un trabajo divertido. Y yo al me- nos sí te he escrito.

— Papeleo, Elena, papeleo y más puto papeleo, el que por cierto tú no hiciste. Me estoy comiendo todo tu marrón. Y antes de que te pongas como una fiera, sabes que no había ningún informe hecho y me lo he comido yo, ¿vale? Eso es lo que pasa cuando nos metemos los protocolos por la raja del culo, que luego se acumula todo.

Elena no supo qué contestar. Ella huía del papeleo como un gato del agua, sabía que tenía razón. Todo lo que habían hablado sobre confianza le estalló en la cara. Urko la había cazado en un renun- cio, y aun así le estaba dando la opción de ser sincera y explicarle la verdad. Si el caso fuera al revés, ella ya habría saltado como una loca, llamándole de todo. Era hora de ponerse los pantalones de chica grande y asumir su parte.

— Vale, lo reconozco. Era una mentira, no hay ninguna no- che de chicas. Me ha llamado.

— Hostia, Elena, las mentiras han de tener una base de ver- dad, y tú eres una antisocial de manual. ¿Quién te llamó? ¿El asesino?

— Sí.

— ¿Y qué quería esta vez? Debes informarme siempre, ¿de acuerdo?

— Me va a volver a citar. Esta vez me quiere de espectadora. Va volver a actuar esta noche…

— Así que tu *'noche de chicas'*…

— No existe, ya te lo dije. Me ha dicho que debo ir sola. No puedes venir. Si va alguien más, palabras textuales, habrá un castigo.

— ¿Un castigo mayor que cinco muertos? Da igual que va- yas sola o acompañada, Elena. Si tiene a un rehén, esa persona estará muerta hagas lo que hagas.

— Soy muy consciente de ello. Pero dijo algo diferente esta vez, Urko. Mírame cariño, sigue al mando, somos sus títeres, y tenemos que asumirlo. Hoy debo ir sola. Me quiere de espectadora, no soy un personaje, no al menos en su nuevo capítulo.

— Joder, Elena, me da muy mal rollo. Esto se acabará sabiendo en comisaría y te van a detener. Tenemos un hijo, piensa en él al menos.

Elena estaba muy tranquila. Él no estaba enfadado con ella, le preocupaba que acabara detenida o muerta. De una forma extraña, era su manera de demostrar lo mucho que la quería. Debía encontrar la manera de hacerle entender que esta vez tenía la certeza de que no quería matarla.

— Ven, siéntate —Urko se sentó a su lado, esta lo abrazó— Se lo dije al mundo cuando me casé contigo, ¿recuerdas? En la salud, en la enfermedad, en la riqueza y en la po-

breza, juré ser leal a ti. Esos fueron mis votos hacia ti. Y sabes que nunca prometo nada que no vaya a cumplir, mucho más un juramento.

Urko en ese momento recordó que tenía una información que no le había contado aun.

— Que no es eso, Leni, no dudo de ti, de nosotros. Esta tarde aparte de comerme la mierda de los informes estuve investigando el nombre que me diste de tu presunta madre biológica. Lo que encontré no es bueno. María Guadalu- pe Ordoñez Santos. Nació en una familia humilde, en un pueblo pequeño medio perdido en la montaña. La madre era molinera y el padre minero. Por lo visto no tuvo una buena infancia, hay indicios de malos tratos, y algunos in- formes escolares dan a entender que la niña no tenía comportamientos normales, pero hay muy poca información. Se casó con el que supongo era tu posible padre, están los informes médicos de su embarazo y *"oficialmente"* tu partida de nacimiento y defunción. Desde ahí no hay mucho más, su marido la ingresó en una clínica de re- poso para recuperarse del shock. La metió en el hospital de La Cadellada. Elena, sufría problemas mentales que se agravaron con la muerte de sus bebés. Estuvo ingresada unos años, luego desaparece de todos los registros. Creo que tienes razón, ella puede estar detrás de todo esto. No sé si nació asi o fue la dura vida que tuvo, pero esa mujer estaba loca y cuando perdió a sus hijos su marido supongo que ya no pudo más y la encerró. Tengo mis teorías de qué pasó después, diría que se enteró de que sus hijos fueron traficados y quiénes eran los culpables, y decidió vengar- se. Escapó de algún modo y ahora está haciendo lo que cree que es justicia, son conjeturas mías, pero coherentes.

Por la razón que sea te quiere muerta antes o después, y nadie, ni en comisaría, ni mis padres, ni siquiera tú, podéis hacerme que cambie de parecer. Vuelvo a casa cagado de miedo, de que no estés, de no volver a verte más. Y no quiero vivir con esa sensación.

Elena sentada en el sofá intentaba procesar toda esa información. Urko había sacado de su mochila una serie de fotocopias e impresiones, que le fue dejando delante en la mesita mientras le con- taba lo que había descubierto. Estaba la partida de nacimiento de su madre, algunos boletines de notas de la escuela rural, acta de matrimonio con ¿su padre?, el informe del alumbramiento, y el ingreso en La Cadellada. Ayestarán era bueno en lo suyo, pero aquello ya era demasiado. Su instinto le decía que había algo más.

— Eres un buen policía, pero esto no lo encuentras en una tarde de trabajo. ¿De dónde lo has sacado Urko?

— No se te escapa nada, ¿verdad? He cometido un delito esta tarde. ¿puedes creerlo? Pero es que yo haría lo que fuera por ti, incluso allanar la taquilla y los cajones de la mesa de un compañero fallecido —Elena abrió mucho los ojos, ya supo por dónde iba el tema—. Sabía dónde guardaba Carreras una copia de las llaves de su taquilla y del cajón de su mesa, me lo dijo una vez porque metió por error un expediente que yo tenía que entregar a Mauleón, y él se había ido el fin de semana fuera, asi que me dijo dón- de estaba para poder entregarlo a tiempo. En su taquilla no había nada interesante, pero en su mesa, debajo de un montón de papeles y mierdas había una carpeta con nues- tro nombre, y dentro de ella toda la información que pudo encontrar sobre tu madre biológica. Creo que Carreras sa- bía que iba a morir y, al mismo tiempo que torpedeaba nuestra investigación, hacía la suya propia con tu madre.

Al muy cabrón siempre se le dio bien encontrar cosas que otros quieren dejar enterradas.

— Joder, Urko, esto es muy gordo. Con más razón me tienes que dejar hacer esto. Sé que el cuento está llegando a su final. Me llamó otra vez con el distorsionador, me dijo un montón de chorradas, pero lo importante lo dijo al final. Me dijo literalmente "*merecemos un final feliz*".

— Matarte, ya, claro…

— No, escúchame, dijo merecemos, en plural. Eso iba por mí.

— O iba por ellos, la asesina y el hombre del Cristo del Naranco. Porque estás segura de que son dos personas diferentes, ¿verdad?

— Seguro. Hay una mujer, que es la que me encontré en el laberinto, podría ser mi hermana gemela y en el Naranco era un hombre. Son dos personas diferentes, te lo juro. Tal vez la reina pudiese ser mi madre, es todo un lío, Urko, y no soy capaz de encontrarme, me metí en un laberinto fí- sicamente, pero emocionalmente no he logrado salir de él.

Elena quedó en silencio, pensando. Su madre biológica podría está detrás de todo el caso, algo que, sin ser una competición, la hacía rabiar pensar que Urko podría tener razón.

— Me dijo que llamaría a las once y media. El dónde y cuándo, me lo dirá en esa llamada.

— Me puedo jugar el empleo, el sueldo y un expediente, pero podemos intentar rastrear la llamada, puedo hablar con Berto, el de informática, alguna vez nos ha hecho algún favor que no estaba autorizado por los de arriba.

— Esta mujer sabe cómo trabajamos, será una llamada muy corta, para que no podamos localizarla. Me dará un lugar

y colgará. Siempre va por delante de nosotros, es como si tuviera alguien más dentro del cuerpo, aparte de Carreras. Si lo intentamos lo sabrá, y volverá a cambiar la historia. Sé que nos jugamos mucho, pero esta noche si hago lo que dice no me va a pasar nada. No soy su protagonista hoy, soy solo la espectadora, su público en primera fila. Si tus teorías sobre María Guadalupe son ciertas, esa mujer que- dó completamente loca y busca venganza. Voy a suponer que la persona que ha secuestrado para esta noche tam- bién está involucrada en la trama de los bebés robados, ya no hay excusas para sacar a la palestra a más inocentes Tamayos. Me dijo que si intentaba salvar a la víctima me jugaría la vida, que no creía que fuera capaz de ser una mera espectadora. Somos policías, siempre vamos a in- tentar salvar una vida, pura ética profesional, pero mi in- tención esta noche no es salvar a nadie, yo quiero cogerla a ella, Urko. Y sinceramente te digo, después de pensarlo mucho, no es el fin del mundo que me echen del cuerpo.

Urko se tensó a su lado, no se esperaba esa respuesta.

— ¿Quieres dejarlo? ¿Y qué harás?

— No es que quiera dejarlo, pero hay muchas actitudes, gestos, comentarios, que me hacen el día a día muy complicado. Contigo delante se cortan, pero últimamente me he preguntado si merece la pena aguantar todas esas gilipolleces de compañeros y superiores que se creen mejores que yo solo porque les cuelgue una salchicha de la entrepierna. Hace tiempo que el trabajo en el Cuerpo no me llena como al principio. Estoy pensando seriamente la opción de ser investigadora privada. Es un trabajo similar y no tendría que aguantar mierdas de nadie.

— ¿Todo esto es por lo de los bebés robados?

— No solo por eso. Ya te digo que es algo que me vino a la men- te, y con todo esto de la suspensión y la amenaza de Mauleón lo recordé, y realmente no se acaba el mundo. Este caso me está dejando claro que de todo se sale, menos de la muerte. Y esta noche estoy segura al 1000x100 que no voy a morir.

— Entiendo tu punto de vista, aunque no te lo creas sé lo que aguantas todos los días en la comisaría, por el hecho de ser mujer y hacer el trabajo mucho mejor que la mayoría de los hombres, y en menos tiempo. Pero lo de investigadora privada hay que pensarlo bien. Para hacerlo legal necesi- tarías una titulación, como derecho o criminología, sacar la licencia para poder ejercer, un seguro de responsabili- dad civil, hay algunos requisitos que se han de cumplir. Además de que tendrías que darte de alta como autónoma, invertir tu tiempo y dinero en la investigación. Hasta que puedas cobrar al cliente todo correría por tu cuenta.

Elena odiaba cuando Urko le reventaba la burbuja a base de argumentación lógica.

— Bueno, digo yo que de nuestros ahorros una parte podría usarla, ¿no? —Replicó esta a la defensiva—.

— Por supuesto, aquí no hay tuyo y mío, hay nuestro, y pue- des disponer de lo que necesites. Pero debes pensarlo muy bien. Me parece una buena opción si el trabajo en el cuer- po ya no te compensa ni te hace feliz, pero las cosas hay que hacerlas bien y planificarlo, porque ya no somos solo nosotros, hay un peque ahora, y un sueldo menos en casa con esos gastos es algo a tener en cuenta. Ya sabes que me gusta hacer las cosas bien y la impulsividad ha quedado demostrado que no nos lleva por buenos caminos. Y otra, no sabemos cómo esta ese mercado, si realmente es una buena oportunidad de desarrollo

profesional para ti. Hay mucho con lo que asesorarse antes de dar un paso así.

— Lo miré un poco en su día, no hay demasiadas agencias en la región, y se ocupan sobre todo de temas relacionados con infidelidades, espionaje corporativo y estafas a segu- ros médicos. Pero el principal mercando son los maridos infieles. Esos están por todos lados.

— Marido o esposa infiel, que también las hay —Elena soltó una carcajada muy necesaria—. ¿Le ofende que solo diga marido infiel, señor inspector?

El hombre rió. Abrazó a su mujer, siendo correspondido con un beso que no esperaba. Lo devolvió demostrándole a Elena todo el amor que sentía por ella.

— Sé que hay más hombres infieles que mujeres, eres una bruja, pero una con buenas ideas. Vamos a resolver este caso y llevar a los culpables ante la justicia. Ya tendre- mos tiempo para retomar esta conversación. Si tú estás dispuesta a hacer el sacrificio que conlleva ser una inves- tigadora privada, yo voy a estar a tu lado en cada paso, te ayudaré y te apoyaré en todo, lo único que pido es sentido común para hacer las cosas bien.

Elena lo volvió a abrazar. No había un lugar mejor en el mundo que estar entre sus brazos. Se quedaron así un rato. Aún tenían cosas que hablar, ella era cabezota y él más, pero no había nada que no pudieran superar juntos.

Oviedo, 23:29h.

El matrimonio estaba en la cocina, con el teléfono de Elena en medio de la mesa, cuando este empezó a sonar. Numero privado. Puntual. Esta descolgó y activó el manos libres.

— Buenas noches mi querida inspectora…

— Aquí me tiene. Dígame dónde tengo que ir.

— Mis saludos para el inspector Ayestarán. Sabemos que está en casa.

— ¿Nos estáis vigilando constantemente o cómo va la cosa?

— Eso no importa. Venga sola. El cuento está llegando a su fin. Catedral de San Salvador. A medianoche. Puerta principal. Parecerá cerrada, pero se abrirá solo para usted a la hora en punto. Habrá una nota detrás del portón. Sea una buena chica y siga las instrucciones.

Un crujido en la línea. Llamada finalizada. Los dos inspectores se miraron de nuevo. Elena se levantó para fumar un último cigarrillo en la ventana antes de salir de casa.

— Es una trampa, Leni, ¿no te parece?

— No nos queda otra opción. Debo ir sola, ya lo has oído. Si me porto bien no me va a pasar nada.

— Desarmada —Urko se levantó y fue al recibidor, sacó su pistola reglamentaria y la dejó en la encimera—. Llévala.

— No, Urko, no voy a ir armada. Tengo la certeza, no me digas por qué, de que no me va a pasar nada esta noche. No necesito un arma. Si me mantengo de observadora no me pasará nada. Ya te conté lo que me dijo esta tar- de, algo como que alguien caería hoy, si decidía salvar- lo, pondría mi vida en peligro, pero si estoy quieta seré una espectadora.

— Piensan lanzar a alguien al vacío. Es un juego mortal y tú estarás implicada, no lo olvides.

— Llevaré el móvil encima, ante cualquier señal de que algo no va bien te llamaré, te lo prometo. Déjame hacerlo a mi manera esta vez. Así tienes una negación plausible, no sabías nada de lo que iba a hacer esta noche y seguirás con tu puesto a buen recaudo.

Urko abrazó a su mujer como si quisiera meterla dentro del cuerpo. No le gustaba nada, pero debía confiar en ella.

— Estaré atento, pegado al teléfono. Cualquier cosa que te parezca extraña me llamas de inmediato. Ten por seguro que no voy a poder estar tranquilo hasta que no sepa que estás bien. Promételo, Elena.

— Te lo prometo, yo soy la primera que quiere volver a casa de una pieza. Tenemos mucho por lo que vivir.

Besó a su marido y se despidió. Bajó al garaje, se metió en el coche y arrancó. No había mucho tráfico, pero no podría llegar tarde bajo ningún concepto. Eran ya las 23:39h. Y el tiempo corría.

Catedral de San Salvador, 23:54h.

Elena dejó su coche en la Plaza de la Corrada del Obispo, una zona peatonal cercana a la Catedral. Era una zona en la que no se podía aparcar, por lo que dio las gracias por no haber tenido que devolver la autorización de vehículo policial que llevaba en la guantera de su coche personal. A esas horas y con el distintivo no debería tener ningún problema. *Gracias, gilipollas Mauleón, por no ser exhaustivo al hacer tu puto trabajo*.

La Catedral de San Salvador, de estilo gótico, albergaba en su interior reliquias del reino de Asturias, tales como la Cruz de la Victoria y la Cruz de los Ángeles, símbolos de Asturias y de la ciudad de

Oviedo, respectivamente. Aparte de las reliquias del reino de Asturias, la Catedral guardaba también una de las mayores reliquias del cristianismo, el Santo Sudario, la prenda que junto con la Santa Síndone de Turín, habían cubierto el cuerpo de Jesús de Nazaret en su sepultura, según el Evangelio de San Juan. El edificio se comenzó a construir durante el siglo XIII, prolongada su construcción hasta mediados del siglo XVI. Todo un paraíso gótico que culminaba su exterior con la Torre Gótica de Santa Bárbara, uno de los grandes reclamos de la ciudad y de la misma Catedral.

Elena llegó en cuestión de segundos a la Plaza de la Catedral. Se alzaba preciosa, iluminada en la noche asturiana, un edificio imponente con la Torre como guardián eterno del centro de la ciudad. Elena echó un vistazo a su alrededor. A esas horas no había demasiada gente por ahí, era muy tarde para los que salían a cenar y muy pronto para los buscaban copas y música en los locales del Oviedo antiguo. Nadie reparó en ella. Se detuvo delante del portón.

Esperaba no tener que subir de nuevo a la cima de la torre Gótica. Pensó en la vez que habían visitado la Catedral. Fue en una de sus primeras citas con Urko, al principio de su relación. Visitaron el edificio en un día soleado, mostrando todo su esplendor en el interior. Pagaron 10€ extras por subir a la torre. Como si volviese a leer el folleto informativo, recordó que se subía en tres tramos. El primero eran 56 escalones, con una parada en el cuerpo de sobrepesas del reloj. El segundo, 67 escalones hasta el cuerpo de campanas, donde estaba la Wamba, la campana en activo más antigua del mundo. Y el tramo final, el del cuerpo renacentista, 61 escalones más para un total de 184 peldaños y la considerable altura de 43,5 metros. Nada mal para alguien con miedo a las alturas.

Ahora era medianoche, no había vuelta atrás. Elena empujó el portón y, tal y como le habían dicho, este se abrió sin problemas. Cerró con cuidado. Apenas había gente deambulando por la zona, pero mejor ser precavida. Estaba dentro. Un papel pegado en el portón la esperaba.

"Diríjase a su derecha, tras la puerta marrón arcada de madera tendrá su primera etapa, una escalera de caracol. Suba la Torre Gótica hasta la cima. El desenlace está un escalón más cerca."

Elena dobló la nota con cuidado y la guardó en su bolso. Había decidido seguir las órdenes al pie de la letra. Se encaminó hacia la escalera que albergaba la torre. Miró hacia arriba, a esas horas y con la catedral cerrada al público estaba todo sumido en la sombra. Recordaba la sensación de mareo cuando la visitó con Urko, habiendo luz que entraba a raudales e iluminando el interior. No quiso pensar más, por lo que comenzó a subir. Hizo las dos primeras paradas tal y como las recordaba, no era una subida fácil, aunque al hacerlo sola la sensación de agobio disminuía bastante. Llegó al cuerpo de sobrepesas del reloj. Primera etapa completada, un micro museo sin demasiado que admirar, algunas gárgolas que se fueron muriendo del asco apeadas y olvidadas en el tiempo en unas baldas. Respiró, descansó unos segundos para coger aire —el tabaco se empezaba a notar a pesar de solo llevar un día fumando como una posesa—, y continuó. Siguiente tramo, cuerpo de Campanas. A su lado, la Wamba, exquisita belleza. De noche se le antojaba algo más llevadera la subida, al haber poca luz todo se antojaba más sencillo, y las escaleras, a pesar de ser empinadas, eran de piedra y mirar hacia abajo no provocaba, precisamente vértigo, lo que le permitía tener a raya su pánico a las alturas. Luego tocaría bajar… Etapa final. Al pie de la aguja de la Torre Gótica. Una atalaya de piedra, con unas vistas impresionantes de la ciudad y las gárgolas que vigilaban la plaza. Mirar hacia arriba mareaba, pero era un espectáculo laborioso de varios siglos atrás que imponía mucho respeto.

Elena siempre había tenido predilección por las gárgolas, y las tenía encima y a los lados. Recordaba la película, Esmeralda, Quasimodo… Las imágenes se reproducían en su mente, era bastante probable que ese fuera el cuento a representar esa noche. Elena como

espectadora sería como las gárgolas inertes que contemplaban la ciudad, impasibles sin interferir en el curso de los acontecimientos. Entre tantas emociones una imagen se le vino a la mente, su suegro. Mikel tenía una leve joroba. Su cuerpo se enfrió de repente, tan solo con imaginarlo. No podía ser, lo hubiesen sabido de antemano.

Allí arriba no había nada, ni nadie. No entendía por qué la habían hecho subir hasta allí. Se asomó con cautela a la balconada. Las estrellas adornaban la noche, le mostraban la ciudad nocturna de Oviedo en todo su esplendor, pero nada que le indicase el siguiente paso.

De repente un ruido procedente de la escalera le sobresaltó. Acercándose al hueco de la escalera de piedra, se asomó intentando no ser descubierta. ¡*Me cago en mi puta calavera!* Urko terminaba de subir la escalera con la linterna del móvil alumbrando hacia ella. Lo quiso matar en aquel instante. Lo iba a hacer cachitos muy pequeños y los tiraría al mar. Y lo iba a disfrutar, mucho.

— ¿Qué coño haces, Urko? ¿Te das cuenta del lío en el que nos puedes haber metido? ¡¡¡¡¡¡¡Tenía que venir sola, jo- der!!!!!!!

Urko no contestó. Llegó a la plataforma superior sin resuello, pero feliz. Ella estaba bien. Cuando Elena había salido de casa él llamó a su compañero y le pidió rastrear la señal de su móvil. No iba a intervenir, pero se mantendría cerca por si tenía que acudir en su ayuda. Todo bien hasta que la señal del móvil desapareció. Según Berto no era un fallo de la app, Elena había entrado en una zona en la que no podría comunicarse con exterior, así que dejó el coche al lado del de ella y entró en la catedral. Afortunada la hora. Al no haber nadie, pudo seguir sus pasos y llegó a la escalera de la Torre Gótica de Santa Bárbara. Tan solo sonrió. Su mujer estaba viva. El sonido de llamada entrante los sobresaltó. Descolgó activando el altavoz. Urko quedó en shock. ¿Cómo *puede tener cobertura?*

— Se lo advertí, inspectora. Si no cumple las reglas será castigada. Aténgase a las consecuencias de haber retorcido el final de este cuento.

De repente, vieron a alguien caer desde lo alto de la aguja de la Torre. Urko se asomó por la barandilla, casi rozando una de las gárgolas de la Catedral. Un cuerpo yacía en el suelo de la plaza, manchando las losas que se encontraban justo delante de la entrada principal. Miró a su esposa y, como si se hubiesen sincronizado, volvieron a las escaleras, bajando lo más rápido que les permitieron sus piernas.

Una vez abajo corrieron hacia el portón por donde había accedi- do. Intentaron abrirlo, pero estaba cerrado. Cada uno en una di- rección se separaron, buscando una salida. Fue inútil, los habían encerrado. Urko sacó su móvil. No había cobertura. Recordó el motivo por el que la había seguido.

— Joder. No tenemos cobertura. Por eso entré en la catedral. Hay un inhibidor de frecuencia. Ya me gritas luego, te estaba rastreando, quería quedarme cerca por si me necesitabas. No tiene demasiado alcance, pero en cuanto cruzaste la puerta te perdí.

— Pero el asesino me acaba de llamar.

— ¿Y ahora?

— Nada. Cero cobertura.

Elena corrió hacia el portón, dando golpes a este, gritando, pidiendo ayuda. Apenas oían nada al otro lado.

Dejó de golpear la puerta. Se sentía frustrada, y muy cabreada con su marido. Se sentó en uno de los bancos. Urko escogió la fila posterior, la conocía bien, mejor estar a cierta distancia,

aunque el señor Jesucristo estuviese presente. La inspectora suspiró y se giró para encararle.

— No debiste venir. Lo habíamos hablado, joder. Y no voy a discutir más contigo porque te quiero.

— Lo siento, Leni, pero no podía quedarme de brazos cruzados. Mi intención solo era estar cerca por si necesitabas ayuda. Piensa por un momento que hubiera sido al revés. ¿Tú qué harías? ¿De verdad te quedarías en casa esperando que llegue a casa o simplemente a que te llamen con la noticia de que me han matado? ¿O hubieras usado todos los medios a tu alcance para saber que estabas a salvo? No es lo que habíamos hablado, de acuerdo, pero dime de verdad que tú no hubieras hecho lo mismo.

Elena calló. Tenía razón, en esa encrucijada entre el corazón y la cabeza, el corazón siempre gana cuando se trataba de alguien a quien amaban.

— Deja la cabeza y hazle caso a tu corazón.

— ¿Pero qué hacer cuando tu corazón está fatal de la puta cabeza?

Bendita música, remanso de fieras. *"Sesenta memorias perdidas"* era una de aquellas canciones que resonaban entre la Banda Sonora Original del matrimonio, un tema de *Love of lesbian* sobre la soledad.

— Está bien, entiendo tus razones. ¿Y ahora qué hacemos?

— Solo veo dos opciones, o esperamos a que nos abran en… unas 8 horas… o encontramos el inhibidor y pedimos ayuda.

— Esto es enorme, será como buscar una aguja en un pajar. No sabemos si es de corto o largo alcance.

— Sí lo sabemos, pedí ayuda a Berto para poder rastrearte. Me dijo que era un dispositivo con un rango muy corto. Si de repente todos los móviles en un rango de 200 metros de la catedral dejaran de funcionar habrían dado la voz de alarma. Ya te lo dije, tu señal desapareció cuando cruzaste la puerta. La asesina lo tiene muy bien pensado, solo que- ría incomunicarte a ti.

— Puede que tengas razón, pero subí y seguía mi locali- zación perdida —la mujer se levantó del banco girando 360 grados para tener una referencia de donde estaban—. También afecta al exterior, habría que saber cuánto. Arriba estaba a 45 metros por aquella zona —señaló a su derecha, zona sur —.

Elena se dirigió hasta el altar, al otro lado de la nave central. Unos 40 metros de separación entre este y la entrada.

— ¡Funciona, tengo una raya! Va y vuelve. Mierda.

Urko fue rápido hacia allí. Su teléfono seguía muerto. Siguió moviéndose alrededor, pero fue inútil.

— Déjamelo el tuyo, por favor. Este sigue frito.

Ella lo desbloqueó y se lo entregó. El hombre se elevó gracias a un altillo que se encontraba tras la mesa de misado, y se dirigió al fondo. Se encontró cara a cara casi a la misma altura que Jesús, al menos de sus pies. Este marcó el número de la comisaría. Error. Insistió. Se puso de puntillas. Marcó. Tono de llamada.

— Comisario, aquí el inspector Ayestarán. Estoy atrapado en el interior de la Catedral de San Salvador. Necesito ayu- da… ¿Cómo? ¡No me jodas!... ¿Quién eres?... Alfonso, pide a las unidades que están fuera que abran el portón principal, por favor, lo vi caer desde la aguja de la torre

gótica. No, no sé quién es, no vi nada más que un cuerpo cayendo al vacío. Ya daré las explicaciones pertinentes al comisario… Gracias.

Urko colgó el teléfono y se lo devolvió a su mujer.

— El cadáver es Mario Martín de León, ¿te suena?

— No me jodas, ¿el jefe superior de policía?

— Ese mismo. Un transeúnte dio el aviso y ya hay varias unidades fuera. Van a buscar la manera de abrir. No saben cuántas personas estamos aquí dentro, asi que escóndete y te las tendrás que apañar para salir sin que te vean. Te re- quisé el teléfono y te puse un sedante en la cena. El asesi- no me citó aquí a mí, no a ti. No sabes nada, estas drogada en casa, tienes un cabreo de tres pares de cojones y no me puedes ver ni en pintura. ¿Estamos de acuerdo?

— ¡Me cago en todo! Está bien, aunque no me gusta ni un pelo. Mentir nunca se nos dio bien. Por ahora tú te habías librado y me jode que caigas.

— Será eventual. Van a abrir lo antes posible, intentaré dar- te todo el tiempo posible, pero tienes que salir de aquí cagando leches. Hay un detalle que me está jodiendo la cabeza. ¿Cómo pudo el o la asesina lanzar a ese hombre y salir de aquí? O lo hizo a distancia o está también está encerrada con nosotros.

— Joder, tienes razón. Pero yo descartaría la segunda opción. Siempre va por delante, no se quedaría sin salida, lo ha te- nido todo muy bien estudiado en todo momento. Me jode reconocerlo pero es así. La única variable que no previó hoy es que tú aparecieras.

— No le des más vueltas a eso ahora. Preocúpate de salir de aquí de una pieza, nos vemos en casa. Ha salido mal, hay otro muerto, pero en mi conciencia he hecho lo correc- to. Algo que el Comisario probablemente no entienda, asi que tú no has estado aquí, ¿de acuerdo? Con suerte solo me suspende, no me expulsa del cuerpo.

— El Comisario sabe que eres bueno, no te tirará a los leones así como así. A ti no. Quizá te libres, niño bonito de Mauleón.

— No estoy para coñas, Elena, joder. Dos sueldos menos en casa, a ver cómo nos íbamos a apañar. Como me expulsen lo tenemos jodido.

— No te van a echar. Tú haz lo tuyo ahí fuera, y yo lo mío aquí dentro. Conseguiré salir sin que me vean. Nos vemos en casa ¿vale?

Escucharon ruido procedente del exterior. Debían haber abierto las verjas y procedían con el portón. Elena se quedó agazapada detrás de las columnas que separaban la nave principal de las capillas laterales. Urko se había acercado a la entrada, esperando, hasta que asomó por la puerta un empleado de la catedral. Tras él entraron varios agentes de Policía. Ayestarán se identificó y moviéndose hacia el exterior los arrastró consigo, contando su versión de los hechos.

— Lo han tirado desde la aguja, desde lo más alto, no he podido ver cómo ha sido posible. ¿Tenemos algún testigo de la caída? Vamos a necesitar a los bomberos, probable- mente una grúa. Necesito ver que hay ahí arriba lo antes posible, y desde la atalaya no hay opción. Ha de ser desde fuera. Yo estaba ahí investigando una pista, vi un cuerpo caer al vacío, y bajé lo más rápido que pude, pero quedé encerrado y no podía salir.

— Oído, inspector, voy a solicitar el apoyo que nos comenta. ¿Necesita atención médica?

— No agente, muchas gracias. ¿Dónde está el comisario?

— Está fuera. Sabe quién ha muerto, ¿no?

— Sí, me lo dijo el compañero que atendió mi llamada a la comisaría. Después de lo de Carreras… Dos buenos policías han caído, tenemos que hacer justicia para ellos… Llévenme a ver el cuerpo y avise al comisario de que era yo quien estaba dentro. Gracias, agente.

Urko salió por la verja con los agentes listos para cumplir sus peticiones. Se acercó a la zona delimitada por el cordón policial. Echó un vistazo a la plaza. Un escenario más que significativo. El asesino, una vez más dando espectáculo. Se habían reunido dos unidades de ambulancias, cuatro de Policía Nacional y dos de Policía Local. En el medio un cuerpo cubierto, varios agentes alrededor y otros tantos acordonando la zona. Y dentro de todo el meollo, el comisario, que lo había visto y le hacía señas, que se acercase. Dos de los agentes que iban con él se dirigían a hablar con el jefe de los bomberos, el otro se le había pegado al culo, estaba contándole la llamada que había recibido el 112 de la persona que halló el cadáver. Se paró de espaldas a la catedral y se agacho para atarse el cordón de las zapatillas. El agente continuó hacia delante. Urko vio una sombra moverse por el soportal hacia el jardín situado a la izquierda de la catedral. La vio pasar el portón, que, tal y como presumió el inspector, quedaría abierto, para después perderse en la noche. Un problema menos. El agente se había parado delante de la zona acordonada, y le esperaba con la cinta elevada, para que este no se tuviera que agachar. Se acercó a Mauleón, que tenía cara de querer pegarle un tiro entre ceja y ceja.

— Menuda coincidencia, inspector. Me comunican que han hallado un cadáver en la plaza de la catedral y minutos más tarde llama a la comisaría porque está encerrado dentro.
¡Encerrado en la catedral! No creo en las casualidades, inspector. Ni un aviso, ni petición de refuerzos, yo no he sido informado de nada, y de repente el Jefe Superior de Policía de Asturias está muerto, reventado contra el suelo, delante de la catedral donde uno de mis inspectores está encerrado.
¡¿quiere decirme qué cojones ha pasado esta noche?!

Urko tomó aire. Con Elena fuera de la ecuación tenía que hacer el papel de su vida si quería tener opciones de seguir con la investigación.

— No sé qué ha pasado con el jefe superior Martin de León, aunque lo puedo imaginar, me he enterado de que era el cuándo llamé a comisaría. Por qué estoy aquí esta noche es muy sencillo. Había muchas posibilidades de que el asesino del *caso Cuento* volviera a contactar con ella. Y así fue, la llamó y la citó a medianoche delante del portón principal. Una vez más debía acudir sola. Le puse un narcótico en la cena, está en casa dormida. Mañana cuando despierte pro- bablemente me pida el divorcio, pero no podía dejar que siguiese haciendo y deshaciendo a su aire y pasándose las normas por la Puerta de Alcalá. Tomé la decisión de venir yo hasta aquí, quería hacer un reconocimiento de la zona. Le reconozco que me vine arriba y entrar solo no fue una buena idea. En ningún momento pensé que el asesino fuera tan listo, señor. Hay algún tipo de dispositivo que anula la señal del teléfono en el interior de la catedral. Pude acceder por el portón principal, pero se cerró detrás de mí y ya no pude salir. En ese momento intenté llamar para pedir apoyo e informarle, pero no tenía forma de contactar.

— ¿Usted cree que yo soy imbécil? ¿Me está diciendo que uno de los mejores investigadores de mi unidad ha caído en una trampa como si fuera un novato imberbe? Un buen policía, con una trayectoria intachable ha muerto esta no- che, hace unas horas estábamos enterrando al agente Fer- nando Carreras, consolando a una madre desolada. Y mi mejor inspector se lo toma como si fuera un puto juego.
¿Le gusta el Cluedo? Esto es la vida real, hostias. Aquí muere gente. Y si quien investiga esas muertes no se lo toma en serio estamos jodidos, ¡bien jodidos!

Mauleón por dentro estaba dando palmas. No tenía ni idea de que cojones hacía ahí Ayestarán, pero ese cuerpo deforme en el suelo le daba pase directo a la jefatura superior, asi que demos gracias a Dios por los pequeños favores y a las dobles representaciones actorales. Claro que debía hacer el paripé, cantarle las cuarenta al inspector de- lante de todos y parecer consternado por la muerte del que había sido su compañero hacía tantos años. Urko retomó el relato de los hechos, que parecían sacados de un guión cinematográfico de segunda.

— Con todos mis respetos, señor, el único error que cometí es no haberme esperado lo del inhibidor de señal —Se giró para llamar al agente que lo había escoltado hasta ahí—. Hay algún dispositivo inhibidor de señal en el in- terior de la catedral, por favor agente, vayan unos cuantos a hacer un barrido, debemos encontrarlo —volvió a mirar al Comisario—. Cuando me di cuenta de que no podía solicitar refuerzos pensé en subir a la atalaya de la Torre Gótica en busca de cobertura para poder llamarle. No vi ningún indicio de que hubiera alguien más dentro. Llegué arriba e intenté volver a contactar, cuando de repente vi un cuerpo caer al vacío. Me asomé por la barandilla, vi el cuerpo tendido en el suelo, pero ahí arriba solo estaba yo.

— ¿Me está contando un cuento, inspector?

En ese momento los agentes que había mandado a revisar la nave salían con una bolsa de pruebas en la mano.

— Me tienes que estar jodiendo… Inspector Ayestarán, mañana a primera hora quiero un informe detallado de lo que ha paso aquí, y de por qué están los bomberos descolgándose por la aguja de la torre del reloj. Por ahora sigue al mando de la investigación, pero otra cagada y lo expediento.

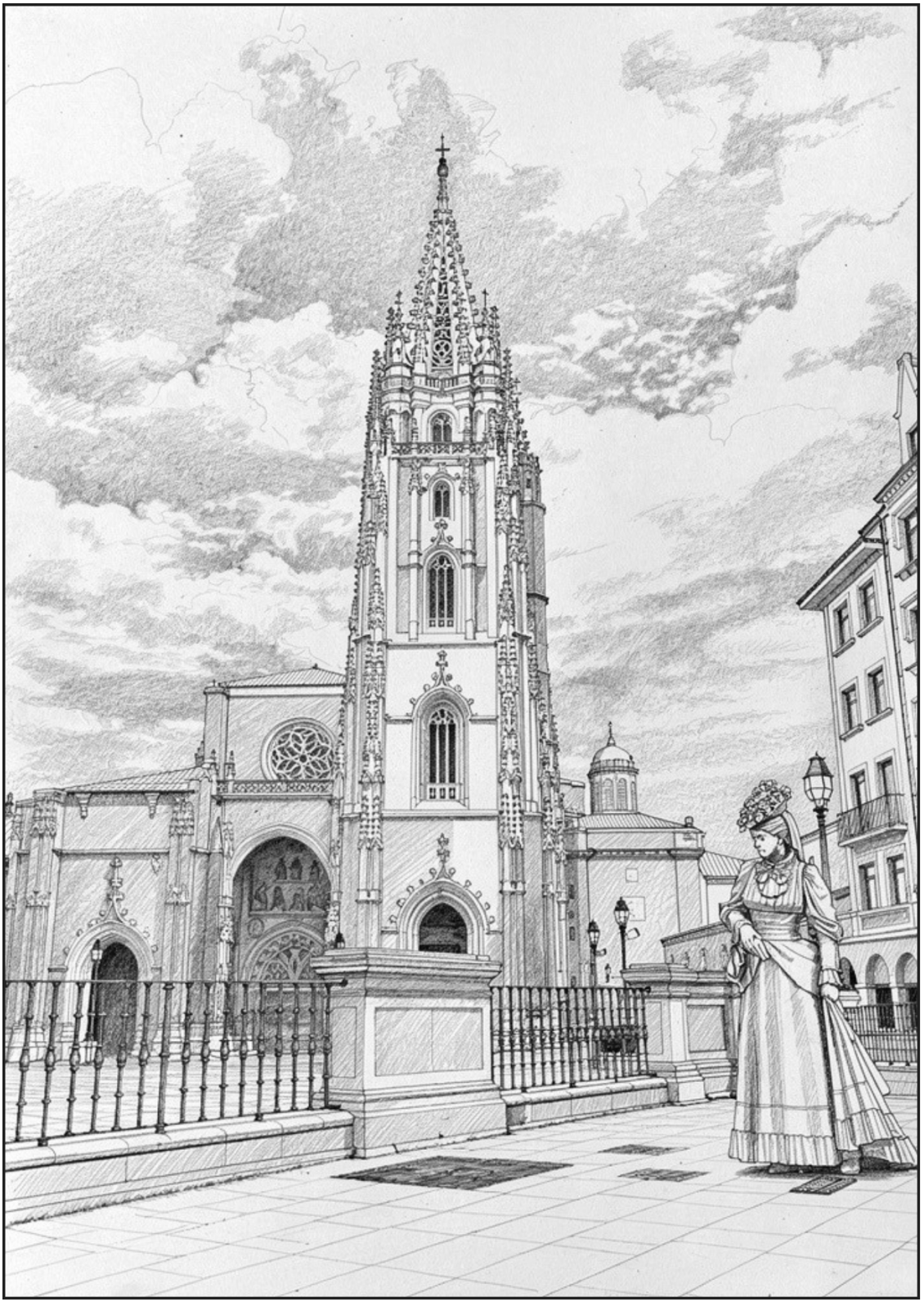
— No vi a nadie en la catedral cuando cayó el cuerpo, comisario, asi que, o bien el asesino se las apañó para escapar delante de nuestras narices, o hay algún tipo de mecanismo controlado en remoto. Aprovechando que estaba aquí la dotación de los bomberos pedí su apoyo para revisar la parte superior de la aguja. Si le parece me quedaré aquí hasta que la científica acabe con el levantamiento del ca- dáver, y a ver qué es lo que encuentran ahí arriba.

— De acuerdo, inspector. El juez de instrucción Serrano Gabira está al llegar. Pero a partir de ahora quiero saber hasta las veces que va al día a cagar. No toleraré más insubordinaciones. Esta es la última.

— Mire, comisario, usted me conoce, sabe que me gusta hacer las cosas bien. ¿Qué gano yo comportándome como Elena? Una suspensión como poco, y la mancha en mi expediente. Soy el primero en querer hacer justicia para el agente Carreras y para nuestro jefe superior. Quizá me precipité, pero he intentado seguir el procedimiento en la medida de lo posible. No se preocupe, no me volverá a pillar en otro renuncio, ni el asesino, ni usted, señor. Ya bastante voy a tener en casa con Elena cuando se le pase el efecto para también tenerle a usted cabreado.

Dejando al comisario con la palabra en la boca, Urko se dirigió al lugar donde los técnicos de la científica estaban trabajando. Aho- ra que lo veía desde cerca, parecía una masa deforme, más que un ser humano. El asesino le había dicho a su mujer que la persona que iba a morir no era buena, las palabras textuales fueron *"al- guien muy malo"*. ¿Cuáles serían los trapos sucios del Jefe Supe- rior de Policía de Asturias? ¿Y cómo lograba el asesino acceder a toda esa información? Notó cómo el comisario abandonaba la plaza en su coche oficial. Mirándolo fríamente, quien más ganaba con esta muerte era Mauleón, el siguiente en la línea de sucesión al trono de la Jefatura de Policía Nacional en Asturias. Urko se rió por la ocurrencia, algo extremadamente inusual en él, se le esta- ban pegando las malas ideas de su mujer. Haría un poco de paripé con los compañeros y se iría a casa. Tenía que pulir la historia. Elena lo iba a matar cuando le dijera que la había convertido en un pelele al que habían drogado con la comida.

Al día siguiente tendría un buen informe que presentar a su superior, y su mujer aún seguía formando parte del cuerpo a pesar de estar suspendida eventualmente, y el colmo era que con mentiras le había demostrado a Mauleón con nota que po- día confiar en él. Juego, set y partido.



14. TRASPASAR LÍMITES TRAE CONSECUENCIAS

Oviedo, Domingo 15 de marzo. 05:46h.

Una llamada al teléfono fijo de casa, sonando en el salón, interrumpió el sueño de Urko. Elena aún dormía plácidamente.

El hombre recorrió el pasillo y encendió la luz. Para cuando llegó al terminal había dejado de sonar. Revisó el identificador, era de casa de sus padres. Devolvió la llamada con una mala sensación en su interior. ¿Por *qué al fijo y no llamaban a los móviles?*

— Ama, soy Urko. ¿habéis llamado?... ¿Cómo? —Urko se llevó las manos a la cabeza—. ¿Cómo ha sido?... ¡Joder!
¡Me cago en la puta!... Llama a la Policía, ¡ya! Despierto a Leni y vamos para allá. Tranquila, ¿vale?, no ha sido tu culpa, ¿de acuerdo?... No digas eso nunca más. Vamos para allá, no tardamos más de 20 minutos.

Urko colgó el teléfono y dio un puñetazo a la puerta, rompiendo una de las cristaleras. Rápidamente fue a despertar a su mujer.

— Vístete, tenemos que irnos a Olloniego. No tenemos tiempo. Ya.

Elena apenas podía hablar. No era una persona mañanera, pero se despejó de inmediato viendo como Urko se vestía a gran velocidad.

— ¿Qué ha ocurrido? Es muy temprano.

— Leni, vamos, no hay tiempo.

— Pero, ¿qué ha pasado? ¿Algo grave?

— Ahora te lo cuento, pero levántate, por favor. Tenemos que irnos.

La mujer se levantó, se quitó el pijama y se vistió con lo primero que encontró en al armario. Vaquero, camiseta básica blanca y una suda- dera. No entendía lo que estaba pasando y Urko solo le metía prisa.

— ¿Dijiste Olloniego? ¿Les ha pasado algo a tus padres?

Urko no respondió. Una vez vestido, fue al cuarto de baño, se lavó la cara, se peinó de cualquier manera y salió de la habitación. Elena seguía sin entender nada. Se alistó lo más rápido posible, con un moño cutre en la cabeza, y salió tras él.

Antes de que dieran las 6 ya estaban en la carretera. Urko había puesto música, sonaba *Paradise Lost*, de *Symphony X*. Bajó un poco el volumen y miró de reojo a su mujer, que le devolvía la mirada expectante.

— No sé cómo decirlo suave, asi que lo voy a decir tal cual. Esto es un puto desastre pero tenemos que pensar con la cabeza fría. Han entrado en casa de mis aitas. El aita debió escuchar algo y se levantó. Le han dado una paliza y se han llevado a Xabi.

Elena empezó a golpear el salpicadero con los puños, mientras su marido callaba impotente. Tenía que sacar ahora toda la rabia, para poder centrarse en la búsqueda de su pequeño. Ella no deja- ba de gritar y golpear, los dos estaban muy seguros de quién era el responsable. Después de unos minutos, la mirada de Elena se volvió fría, los sentimientos guardados bajo llave y la venganza en su corazón. Iba a encontrar a su niño y esa zorra lo pagaría con intereses. Respiró hondo y miró a su marido.

— ¿Cómo está tu padre? Y a Amagoia, ¿le han hecho algo?

— El aita está consciente, aunque parece que le han dado a base de bien. Le dije a la ama que llamase a la policía, supongo que al contarlo en el 112 irá una ambulancia tam- bién. Ella no está herida, al único al que han agredido es al aita. Le dije que llegaríamos lo antes posible. Está destro- zada, Leni, no dejaba de repetir que había sido culpa suya.

— Pobre, si hay algún culpable de esto, a parte de la zorra de mi madre, somos nosotros, por haber agitado el trapo delante del toro. Nunca hubiera imaginado que ellos podrían estar en peligro, Urko, pero te juro que lo va a pagar. Xabi va a estar bien, tus padres también, y esa desgraciada lo va a pagar.

Las palabras de Elena, llenas de odio y determinación, aliviaron un poco la congoja del inspector. Con su mujer centrada estaba seguro de que encontrarían a su pequeño.

Olloniego, 06:14h.

El matrimonio llegó a casa de los padres de Urko. Nadie alrede- dor, ni policía, ni unidad de emergencias. Llamaron a la puerta, no querían asustar más a la pobre mujer, que les abrió con lágri- mas cayendo por sus mejillas. Estaba rota. Elena la abrazó fuerte

mientras Urko corría hacia su padre. Estaba tumbado en el sofá del salón, apenas podía moverse, solo pudo girar la cabeza hacía la puerta, con gestos de gran dolor.

— Menos mal que llegasteis. Creo que me han roto por lo menos dos costillas.

Urko miró a su madre, que temblaba sollozando en brazos de su mujer.

— Ama, tranquila, voy a curarle la herida de la cabeza mientras llega la ayuda. ¿Dónde tienes el botiquín?

La mujer indicó el aseo de la entrada, y Elena fue rauda a por él. Sacó la maletita blanca del mueble del lavamanos y la acercó al salón, mientras Urko revisaba a su padre en busca de más heridas. Entre los dos limpiaron y taparon la laceración más grande, en el cuero cabelludo, que sangraba profusamente. Tenía algunas con- tusiones y golpes, pero lo más preocupantes eran los golpes que se notaban en los dos flancos del abdomen. Mikel había intentado evitar el secuestro, y lo había pagado con mucho dolor.

— Aita, ¿puedes contarnos lo que ha pasado?

— Sí, joder, hijo, han sido tres buenas hostias, pero para ma- tarme necesitan mucho más que eso. Ha sido hace poco, ya sabes que no duermo demasiado. Escuché ruidos de cristales rotos, venía del otro lado del pasillo, en la habi- tación donde tenemos la cuna. Me extrañó y me levanté a ver al pequeño. Me asomé y estaba allí, dormía plácida- mente, así que me giré para volver a la cama y me atacó una persona por detrás. No dijo ni pío pero por el tama- ño diría que era una mujer. Me golpeó con algo alargado, como un bate de béisbol o algo así, de madera. Dos golpes en las costillas, que intenté proteger con los brazos, y el

tercero en la cabeza. La última hostia es la que me ha dejado tirado en el suelo, no inconsciente pero muy jodido, Urko. No podía levantarme, me sentí muy mareado.

— ¿Y fue directa a por Xabi?

— Lo vi desde el suelo —el hombre rompió a llorar—. No pude levantarme, ni gritar. Lo siento, ha sido culpa mía.

— Aita, tranquilo, sabemos cómo eres. Hubieras dado tu vida por él. Pero lo vamos a encontrar, Xabi está bien, esa zorra nos quiere a nosotros. La única culpable es ella, ¿vale?

— Se lo llevó delante de mí, Urko. Digas lo que digas nadie me va a exculpar por ello para mí mismo, aun- que me duela muchísimo la cabeza y el cuerpo. ¿Sabes quién ha hecho esto?

El inspector miró a su mujer. Ella decidía qué les iba a contar. Elena se acercó a su suegro, le cogió la mano con cariño.

— Sí, Mikel, sabemos quién ha sido y por qué. El caso en el que estábamos trabajando se ha complicado mucho en los últimos días, pero te diré que soy una bebé robada, con pruebas válidas de ello, a la que vendieron a mis pa- dres adoptivos, y la asesina que hemos estado buscando es o mi madre o mi hermana gemela biológica. Por ahora no te puedo contar más, básicamente ni nosotros sabemos con exactitud todo, pero se nos complicó el caso desde el minuto uno. Cuando esto acabe y tengamos a Xabi de nuevo con nosotros os contaremos todo lo que hayamos averiguado, ahora estáis implicados y tenéis todo el de- recho del mundo a saber la verdad, esa que ni nosotros conocemos aún, pero vamos a pelear con uñas y dientes por encontrar a quien ha hecho esto.

El timbre sonó. Urko fue a abrir. Eran dos agentes de la Policía Nacional. Este los conocía de comisaría. Miró detrás de ellos, no venía nadie más.

— ¿Y la ambulancia? Mi padre podría estar en peligro.

— ¿Y a nosotros qué nos dices? Hemos respondido al aviso de central, acabábamos de acudir a un altercado doméstico en Soto del Rey cuando saltó este aviso. Esta noche ha pasado de todo, no sé si lo sabéis, pero el Jefe Superior ha apareci- do muerto en la plaza de la catedral, estampado en el suelo.

— Sí lo sabíamos. Pasad, han secuestrado a mi hijo y agredido a mi padre. A ver si podéis reclamar esa ambulancia.

07:26h.

Policía y emergencias se marchaban ya de la vivienda. Mikel de ca- mino al HUCA con su mujer. Según el técnico sanitario debían hacer pruebas para ver el alcance de las lesiones de la cabeza y las costillas. Los inspectores se quedaron con los agentes. Denuncia puesta, y una promesa. *Encontraremos al bebé.* Urko no estaba preocupado, no al menos en exceso, porque no iba a dejar que ese par de gañanes se hi- cieran cargo. Esos dos solían estar más pendientes del culo y las tetas de tal chavala que de hacer su trabajo. Lo que sería un problema en otro momento ahora les venía de perlas. Con esos dos *"investigan- do"* el secuestro, ellos tendrían vía libre para encontrarlo sin nadie entrometiéndose. Quién se lo iba a decir, que Urko estaría encantado de que sus compañeros fueran unos incompetentes.

Con Mikel y Amagoia camino del hospital y el papeleo de la denuncia hecho solo quedaban los inspectores en la vivienda. Habían acompañado a los agentes mientras estos hacían una inspección ocular, tanto de la habitación del bebé como de los alre-

dedores. Como ya habían supuesto, no había ningún indicio. La reina siempre por delante.

— ¿Qué hacemos? Vamos a ciegas. Y ahora más que nunca.

— No lo sé, Leni, no soy capaz de pensar ahora mismo. Esto supera a cualquiera. Como le haga algo te juro que me importa una mierda que sea tu madre.

— Eh, tranquilo, ¿vale? Por suerte o por desgracia mis padres están en Barcelona, tú mismo me lo recordaste, son quienes me han cuidado siempre, los que me han dado una buena educación y los mismos que siempre me dieron buenos consejos. ¿Tengo una conversación pendiente con ellos? Sí, por supuesto. Pero ahora eso no cambia nada. Vamos a recuperar a Xabi, ya es hora de volver a ser un equipo los dos juntos y actuar como tal de una puta vez.

Urko miró a su mujer, envueltos los dos en lágrimas, y se abrazaron.

Decidieron tomar un desayuno rápido en la cocina de sus padres, un breve descanso y así tomar fuerzas para lo que tenían por delan- te. Elena no dejaba de pensar en su hijo. La impotencia de saber que Xabi estaba en las manos de una tarada le revolvía el estómago.

Volvieron a Oviedo. Urko conducía, Elena pensaba, la música sonaba de fondo hasta que ella apagó el reproductor.

— Vamos a recapitular lo que tenemos seguro hasta ahora. La asesina cree que está haciendo justicia contra los que le robaron a sus bebés hace 33 años, o, en su caso, una bebé robada que busca su propia venganza por tener ¿una vida de mierda? Es que no lo entiendo. La asesina pretende ro- bar a mi hijo como compensación. No va a hacerle daño. Sea quien sea la zorra que lo tiene, que por supuesto, ten- go su sangre, pero me importa una mierda su vida y sus gilipolleces. Solo quiero lo nuestro.

— Me gustaría estar tan seguro de eso como tú. Nos ha demostrado que no tiene piedad ni escrúpulos.

— Puede ser, pero no va a hacerle nada sin público, Urko, ya sabes que le gusta dar un buen espectáculo a su audiencia, y en este caso somos nosotros, quiere morbo y la familia es una gran parte importante dentro de sus motivaciones. Me lo dice el corazón, sé que Xabi está bien.

Elena no podía explicar el porqué de esa certeza. En pocos minutos llegaron a su casa. Amagoia les había dicho que no quería verlos por el hospital hasta que encontraran a su nieto, así que con ese frente cubierto decidieron volver a revisar toda la información que Carreras había dejado sobre María Guadalupe.

Oviedo, 11:08h.

Elena y Urko estaban sentados en el sofá, desesperados, tensos, aunque ambos lo disimulaban. Por primera vez en toda su carrera, se encontraban totalmente anulados. Ya no eran varios pasos detrás, ya era estar quietos, sin poder dar uno solo mientras la ase- sina volaba a sus anchas. La documentación era muy exhaustiva, pero no les daba ni un solo indicio de dónde podrían encontrarla. En aquel momento, el teléfono de Elena sonó. Número oculto. Descolgó poniendo el altavoz. Esa voz distorsionada de nuevo…

— Buenos días, inspectora…

— ¿Buenos días? ¿Dónde coño está mi hijo? Devuélve- melo ya hija de la grandísima puta, te voy a destrozar cuando te encuentre, te lo juro por mi vida. Vas a de- sear estar muerta.

— Vamos, inspectora, quiero ayudarles. ¿Me va a dejar hablar?

Ninguno de los dos dijo nada. Aun con el distorsionador no parecía la misma persona que les había convocado ayer en la catedral. Su interlocutor entendió el silencio como una afirma- ción, y comenzó a hablar.

— Se han cruzado líneas con las que no estoy conforme.

— Eso está muy bien, pero sigo sin saber dónde está mi hijo.

— Creo que ha llegado el momento de conocernos en perso- na, ¿no cree?

Elena quedó en silencio. Urko la miró sin hacer la más mínima mueca. Ella decidía a partir de ahora.

— ¿Sigue ahí, inspectora?

— Gracias a vosotros me han suspendido, me puede llamar Elena, a secas.

— Para mí siempre será la inspectora Carrasco. Y solo está suspendida, algo me dice que va a continuar en el cuerpo por muchos años. ¿Qué le parece si aprovechamos este día tan apacible? ¿Conocen Llanes, inspectores? Sé que Ayestarán está con usted. Buenos días, inspector. No ten- go ningún problema. Él también forma parte de todo esto.

— Llanes está en la otra punta, ¿por qué tan lejos?

— A veces lejos también es cerca. Tendrá que confiar.

— ¿A qué se refiere?

— A que le voy a dar las respuestas que busca. Y estoy dis- puesto a entregarme.

— ¿Dispuesto? ¿Eres la misma persona que estuvo en el Cristo del Naranco?

— Sí. Soy cómplice, pero no soy un asesino.

— ¿Ah, no? ¿Qué tal si se lo preguntamos a Herminia? Ups, vaya, no podemos, porque está muerta.

— Deje la ironía, inspectora. Insisto, obtendrá las respuestas que necesita. Le espero junto a los Cubos de la Memoria. Hay un bonito paseo en el que podemos hablar sin oídos indiscretos. Su marido puede acompañarla, pero prefiero se mantenga al margen de nuestra charla. Al menos hasta que escuche todo y saque sus propias conclusiones.

— ¿Cómo que al margen? ¡Habéis secuestrado a mi hijo! ¡No voy a dejarla sola contigo, tarado! ¡Solo merecéis morir lentamente, hijo de puta!

— He secuestrado a personas estos últimos días, y no sabe cuánto me arrepiento por ello, pero jamás lo haría con un bebé inocente. Esa es la línea roja que no puedo permitir, y por eso voy a ayudarles. Cubos de la Memoria, a las tres en punto. Si salen ahora llegaran a tiempo para comer un buen menú en la zona del muelle.

La misteriosa persona al otro lado del teléfono colgó la llamada.

— Es una trampa, Elena, para los dos además.

— ¿En un sitio concurrido? Es domingo, Urko, nos ha citado a las 3 de la tarde, lo que no quiere es que haya un enfren- tamiento y si hay testigos será más fácil para él. Se quiere entregar, cómplice, pero no asesino. Piénsalo bien, no sabe- mos quién es, pero aunque suene irónico es fiable y razo- nable su discurso. Yo confiaría. Una última vez al menos.

Urko calló. Tenía lógica. A él también le parecía una persona diferen- te. Una más cuerda, sin el regusto psicótico. Se lo contó a su mujer. Se le escapó un amago de sonrisa. Un rayito de sol en las tinieblas.

— Puede que sea nuestra única opción para encontrarla. No tenemos nada por dónde tirar.

— A ver, Leni, recapitulemos. Hay una asesina, que cree- mos casi seguro que es tu madre o tu hermana biológi- ca, no tenemos más sospechas. Y un socio, colaborador, que es un hombre.

— Si, lo es. Frente al Cristo habló en masculino, ahora tam- bién. Estoy pensando en qué hombre podría tener motivos para ser su cómplice. Este caso es muy personal, una ven- ganza por unos bebés robados, la manera en que usó a las chicas Tamayo para encontrar a Herminia. No es un cual- quiera, pondría la mano en el fuego a que está relacionado con María Guadalupe.

— Creo que sé a dónde quieres llegar. Estás pensando en tu partida de nacimiento, ¿no? Crees que tuviste una hermana gemela.

— Lo único que tengo claro es que él está relacionado de alguna manera y no sabemos de cuál. ¿Otro hijo de ella?. Buscamos a una trastornada de la que no hay registros, no sabemos qué aspecto tiene, lo que nos impide identificar- la, y tampoco sabemos si tuvo más hijos.

— Esa es otra. Yo no encontré nada cuando metí su nom- bre en las bases. Me pareció muy extraño, por eso tuve la corazonada de buscar entre las cosas de Fer. Creo que él boicoteó la investigación, pero guardó una copia de todo lo que había hecho desaparecer. No era tonto y, si caía, estoy seguro de que haría caer a otros.

— Es muy probable, la famosa foto de Herminia de joven también te la puso en bandeja, ¿recuerdas? Lo que no en-

tiendo es por qué guardó esa información, cómo pudo pre- ver que la encontrarías.

— No lo sé, quizá soy muy previsible en según qué situaciones —Elena le puso los ojos en blanco—. Pasamos muchas horas de vigilancia, muchas conversaciones. Carreras era un tío muy inteligente. Al haberos dado por muertos no hay ningún dato de los hijos de María Guadalupe, y si tuvo otra más no sabríamos ni por dónde empezar.

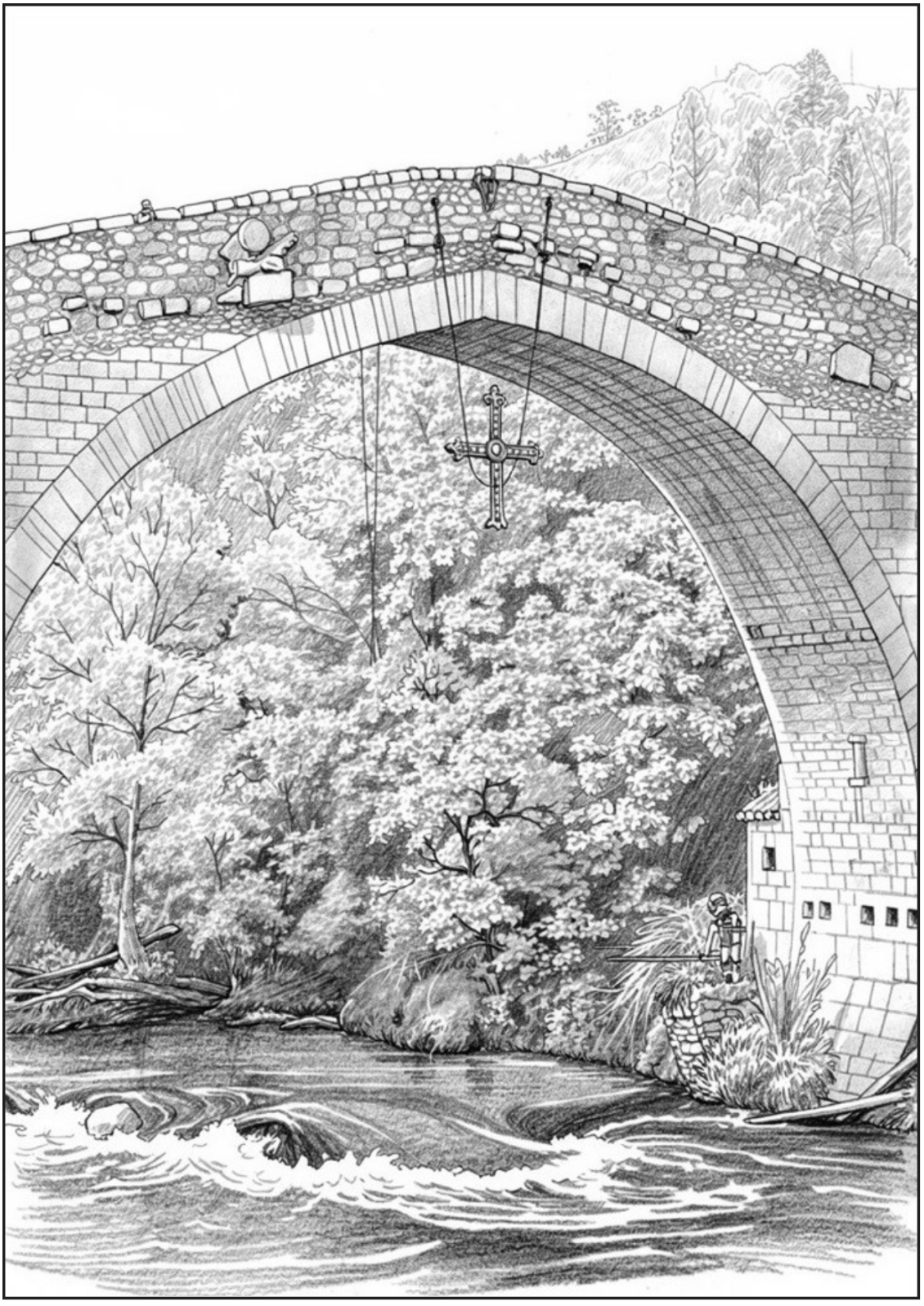
— De mi gemela no sabemos ni su nombre, se encargaron de tacharlo bien.

— Me parece muy plausible que pueda ser familia de la asesina, todo está relacionado con la familia. La que le robaron, las víctimas, todas familiares de una de las responsables. Podría ser un hermano tuyo, pero yo no descartaría alguien con motivaciones mucho más prosaicas. Mantengamos la mente abierta. Lo único seguro es que tenemos que llegar a Llanes antes de las tres.

— Pues entonces, ¿a qué esperamos? Me voy a dar una ducha y nos vamos.

— ¿Una ducha juntos y arrancamos para Llanes? Buen plan.

Elena sonrió, le gustó mucho la idea.



15. SOLO LA VERDAD

Llanes, 13:54h.

El matrimonio llegó a Llanes. Se había quedado un bonito domingo en el concejo, con gente por todos lados disfrutando del sol. Tuvieron que aparcar el coche de Urko a más de un kilómetro de la zona del centro. Una vez llegaron caminando, se tomaron un café en un bar que se encontraba en el muelle, con unas vistas que en sí no eran maravillosas, pero el ambiente y el conjunto lo hacían muy apacible.

Urko llamó a su madre. Mikel estaba en observación. Tenía dos costillas rotas y otras dos fisuradas, junto con una conmoción cerebral leve. Máxima obligación de hacer reposo absoluto, anti inflamatorios, y un control rutinario por el médico de cabecera. En mes y medio le volverían a ver en trauma.

— ¿Mes y medio?

— Tiene entre 6 y 8 semanas de recuperación, va a ser un infierno, pero mira, por la parte que le toca, seguimos vi-

vos, ahora solo importa Xabi. Mikel está encantado, le han dado de comer sopita de pollo y un filete de merluza. Si lo tolera bien lo mandan para casa y será reposo domiciliario. Nos han tratado de lujo, a mí también me han traído comida para no tener que separarme de él, han sido muy amables en todo momento. En un ratito pasarán los médicos de nuevo y le darán el alta.

— ¿Y cómo vais a ir a casa?

— En otra ambulancia, cariño, como no se puede mover lo llevan con la camilla. Tú por eso no te preocupes, vosotros traed a Xabi de vuelta. He vuelto a rezar, hijo, no te digo más.

— Intentaremos ir a veros lo más antes posible, os lo prome- to. Lo siento tanto…

— ¡Preocúpate de tu hijo y calla la boca! Solo importa él, ¿vale?

— Vale, ama, os queremos. Gracias por todo.

El hombre colgó la llamada.

— ¿Está bien todo?

— En observación. Dos costillas rotas por los golpes y otro par fisuradas. Están esperando a que los médicos vuelvan a pasar y le den el alta. Volverán a casa en ambulancia, flipa, ha de estar casi 2 meses sin moverse. No me gustaría estar en el pellejo de la ama, mi aita es un asco como enfermo.

— Podía haber muerto. Solo de pensarlo me horroriza.

— Leni —Urko miró a su mujer a los ojos—, está vivo, no lo pienses más. Ahora solo a pensar en Xabi.

— Tienes razón. ¿Vamos ya hacia la zona de los cubos?

Urko asintió con la cabeza. Pagaron y fueron caminando. Pasea- ron por la ribera, donde tuvieron que cruzar un puente que co- nectaba los dos lados del muelle, y siguieron por el paseo que llevaba desde el puerto de Llanes hasta el espigón donde decenas de cubos de hormigón pintados les esperaban.

Los cubos tenían diversos motivos y colores. Fueron creados por el pintor y escultor vasco Agustín Ibarrola, logrando una manifes- tación de arte público en donde elementos artísticos esenciales de la obra del artista se fundían con el pasado histórico y cultural de la Villa de Llanes. Bajo el título de *"Los cubos de la memoria"*, Ibarrola trató de reflejar la memoria del artista, la memoria del arte, y la memoria del territorio.

Los rompeolas jugaban a cambiar las formas y colores a cada paso a través de la luz y el agua, cubriendo y descubriendo ele- mentos y símbolos, tales como ojos y peces.

Apenas eran las 14:27h cuando llegaron hasta el final del espi- gón. Decidieron pasear un poco más. El día y el paisaje invita- ban a ello. Pasaron por la zona del Fuerte de la Moría, con las anclas y los cañones del pasado como reclamo para unas fotos que no pudieron dejar de hacer. Elena con la mirada perdida en la mar, tan tranquila y sosegada se mostraba ante ella, que temblaba de impaciencia e incertidumbre. Inconscientemente, se apoyó en su marido, que la abrazó más fuerte desde atrás, acariciando sus brazos para darle calor.

Ella se giró y, abrazándole de vuelta, le besó. Al separarse Elena sonría. Le agarró de la mano y tirando de él volvieron tranquila- mente hacia los cubos.

Urko admiraba el temple que estaba mostrando su esposa en este tema. Sabía que a veces solo pretendía hacerse la fuerte, pero co- nocía a la mujer, con sus virtudes y defectos, y hubo momentos en

que la vió flaquear. No podía ponerse en su situación, pero sabía que no debía ser fácil enterarse con 33 años de que su madre bio- lógica podría ser una psicópata desquiciada. Aún con todo ello, Elena había mantenido el tipo desde que todo el conjunto le había explotado de lleno en la cabeza.

Una vez estuvieron cerca del paseo del espigón, dejó de caminar y se giró hacia su marido. Había un murete que separaba el espigón del mar abierto, y al fondo se veía un pequeño faro, lugar donde Elena decidió esperar a su cita.

— Necesito que te quedes aquí, por favor, que no te acerques, a no ser que me veas en peligro. Esto es algo entre él y yo, me entiendes, ¿verdad?

— Por supuesto que lo entiendo, pero no me gusta el sitio, podría empujarte y…

— ¿Y? ¿Tirarme a los bloques? ¿Al mar? Sé nadar, sé defenderme.

— No sabes a lo que te enfrentas.

— Urko, amor mío, de verdad, viene en son de paz, confía en mí, algo me dice que fue sincero y que nos ayudará a recuperar a Xabi.

— Joder, Elena, espero que no te equivoques. ¿Y si te llamó mandado por la bruja esa?

— Entiendo que dudes, pero lo sé, así de simple. Confía en mí. Y si es una trampa entre los dos habremos cazado al cómplice del asesino del cuento. Trabajo en equipo, ¿recuerdas? Somos ese equipo.

Urko abrazó nuevamente a la mujer de su vida, se besaron durante unos largos segundos, y se sentó en el murete, viendo cómo ella

se encaminaba al final del espigón. Esta llegó hasta el final y tomó asiento en los escalones que bajaban hacia el otro brazo de mar. Allí esperaría lo que le tenía preparado el destino.

14:56h.

Urko alternaba la vista entre su mujer y la gente que se acercaba por el paseo. Una cara conocida entró en su campo de visión. *Me tienes que estar jodiendo.* No podía ser verdad, un hombre de traje blanco, sombrero y gafas de sol que se acercaba, solo, paseando lentamente hacia el espigón. Ambos cruzaron las miradas. El inspector quedó inmóvil, mientras el hombre le hizo un gesto de tranquilidad, son- riéndole y bajando ligeramente sus gafas de sol. Urko ni respiraba.

Lo siguió con la mirada hasta que llegó a la escalera donde Elena tranquilamente miraba al mar.

El juez Emilio García de Mesa se acercó despacio al final del espigón, donde la inspectora Carrasco le aguardaba sin saberlo. Notó el momento exacto en que fue reconocido. A su vez notó en la nuca los ojos de Ayestarán clavados en él.

— Buenas tardes, inspectora. Veo que no lo esperabas.

La mujer siguió en silencio, mirándole con los ojos muy abiertos.

— ¿Puedo sentarme?

Ella tardó unos segundos en asentir. Emilio se sentó a su lado, dejando espacio para no agobiarla.

— Sé que necesitas respuestas, y lo entiendo, hace dos años yo es- tuve igual que tú en estos momentos, salvando las distancias.

Por fin Elena reaccionó. El destino le acababa de abofetear, pero ella devolvería cada golpe con tal de traer a Xabi de vuelta a casa.

— ¿Igual, dices? ¿Con cinco asesinatos de por medio y un bebé secuestrado?

— Con dos padres adoptivos envenenados y atado de pies y manos sin poder demostrarlo, ni siquiera con mi posición. Rectifico, pasé por un trauma parecido, posiblemente peor.

Elena quedó callada nuevamente. Debía dejar esa actitud defensiva y escuchar lo que tenía que contarle aquel hombre que, en aquel momento ni sabía lo que era. Tuvo que pellizcarse y frotarse los ojos. Pero a su lado seguía la misma persona. No era un cuento, y no, no estaba soñando. A su lado la persona que había firmado el levantamiento de las dos primeras víctimas, el que le había prometido toda su ayuda en la investigación pero que desaparecía según en qué escenarios, el magistrado de Cangas de Onís, el señor Emilio García de Mesa.

— Te voy a contar mi historia, ¿vale? Sé que surgirán preguntas, pero intenta no interrumpirme. Aunque no te lo creas no es fácil para mi hacer esto.

Ella asintió de nuevo.

— Hace algo más de dos años una señora me abordó por la calle, sin más. Sabía quién era, dónde vivía, a qué me dedicaba. Se presentó cómo mi madre biológica, su nombre era María Guadalupe Ordóñez Santos.

— ¿Tu madre?

Emilio la ignoró.

— No me enseñó ninguna prueba que validara sus palabras, así que hice caso omiso. No volví a verla hasta dos o tres semanas después. No parecía la misma mujer. La primera vez se acercó tranquila, bien vestida, arreglada como recién salida de la peluquería… Esta vez, cómo te lo explico…

— ¿Cómo si se hubiese puesto lo primero que encontró en el armario?

— Si, algo parecido. Como si no se hubiera vuelto a peinar desde el primer día. Y el tono, más alto, no es que chilla- se, pero sí mucho más alterado. Esa segunda vez fue la primera de muchas más. Me acechaba en mi casa, en el trabajo, en los sitios donde solía parar, me daba la vuel- ta y allí la encontraba. Acabé cediendo, claro, el nivel de ansiedad que me generaba era insostenible. La recibí en el despacho personal. en mi piso. Escuché toda la historia y le prometí que investigaría, pero le pedí que me diera tiempo para esclarecer la verdad. Cuando se marchaba de mi casa me señaló con el dedo y me dijo: *"María Guada- lupe Ordóñez Santos, no olvides mi nombre"*. Recordarlo aún me encoge las pelotas.

— ¿Lo hiciste? Investigarlo, me refiero.

— No en ese momento, ni los siguientes días. De verdad que estaba hasta arriba de casos y no pude, también te reconozco que no la tomé en serio. La semana siguiente me llamaron de Laredo. Era la policía municipal. Habían encontrado a mis padres muertos. Salí nada más colgar, en poco más de una hora estaba en su casa, nunca había corrido tanto en mi vida. Los vi, Elena. Los vi muertos. Al hombre y a la mujer que me habían criado, me habían amado, los que hubiesen dado la vida por mí. Él era poli- cía, Nacional, ella jueza. Gente de dinero, tuve una buena infancia. La juventud fue más jodida, sabes, salí del ar- mario cuando nadie lo hacía, pero tuve su apoyo desde el primer momento. Sufrí bullying ya en la Universidad. Te preguntarás por qué te cuento todo esto.

— Me lo puedo imaginar. Me estás diciendo que somos familia. ¿Mi hermano, no? ¿Pero tenía una gemela?

— Tu mellizo. Somos hermanos mellizos. No hay nadie más, el nombre tachado era el mío. Pero déjame proseguir, por favor. Lo vas a saber todo, te doy mi palabra —el hombre empezó a llorar levemente—. Quería que supieras cómo fue mi vida antes de que esta mujer me la jodiera, siento que te lo debo. Ella los mató, pero nadie investigó nada. Los periódicos lo llamaron *"El extraño caso de la muerte de los De Mesa Saldaña"*, una puta mierda. ¿A que no adivinas? Los envenenó con arsénico, me lo confesó la maldita loca de nuestra madre biológica hace unos días, aunque yo siempre lo había sospechado.

— Si fueron envenenados lo tuvieron que detectar en la autopsia. ¿Me estás diciendo que no se la hicieron?

— Nadie la solicitó, no había signos de violencia, asi que lo cerraron como suicidio, y a mí que me jodieran mucho. El juez de instrucción de Laredo era un imbécil, no le gustó que otro juez de otra provincia le dijera cómo hacer su trabajo. Tuve una charla con él al día siguiente. Por más que le aseguré que ellos no se habrían suicida- do, no quiso investigarlo. Me contestó que podrían haber acordado un suicidio conjunto, o incluso acusarme a mí de homicidio, al ser su único heredero, porque el único beneficiado de sus muertes era yo.

— ¡Qué hijos de puta! Me imagino que María Guadalupe tuvo algo que ver en el encubrimiento, porque esa manera de tratar el caso de tus padres es una chapuza.

La mujer sacó un paquete de cigarrillos y le ofreció uno al juez.

— ¿Fumas? Yo lo deje por el embarazo, pero estos días me han hecho caer de nuevo. Urko está que trina, es un tipo súper sano.

— ¿Sabes qué? Hace seis años que estoy limpio. Pero uno al año no hace daño.

— Me has pedido que no te interrumpa, pero necesito saber si has visto a mi niño.

— Sí, lo vi esta mañana. Según ella es el castigo por lo de tu marido. Supongo que te imaginarás que ella iba a castigarte de igual manera, hubiese ido Urko anoche a la Catedral o no. No me lo ha dicho hasta esta mañana, pero Xabi siempre fue el protagonista del último capítulo. Era su plan final y lo descubrí hace pocas horas. Eso fue la línea roja que no quise cruzar, y por eso te llamé. No estoy aquí para sacar pecho, sé lo que he hecho y las excusas no sirven, pero mi sobrino está bien, y es lo que impor- ta ahora mismo, ella lo necesita para cumplir su macabra fantasía. Lo vais a salvar, y si me lo permites me gustaría ir con vosotros. Pero tenemos tiempo, por favor, confía en mí, necesito contártelo todo, mi conciencia no puede más.

— Júrame que Xabi está bien.

— Te lo juro por la memoria de mis padres.

— Entonces sigue —la mujer comenzó a tener dificultades para respirar—, pero me gustaría que Urko estuviera pre- sente, por favor. Él también es parte implicada y merece saber la verdad de primera mano.

— ¿Prefieres que nos sentemos en alguna terraza con tu marido?

Ella aceptó. Se levantaron juntos y fueron hasta donde Urko es- taba sentado. Emilio saludó haciendo un gesto con la cabeza, el

inspector se veía afectado, devolvió el saludo por educación y preguntó lo que le quemaba la garganta.

— ¿Eres su hermano?

Elena se puso entre los dos, mirando de frente a su marido.

— ¿Quién eres?

El momento se volvió tenso y, en un ataque de nervios, el inspector propinó un puñetazo que Elena trató de impedir y que chocó entre la sien y el tímpano del hombre.

Elena gritó a su marido. ¡Ya basta! Este se quedó quieto, y De Mesa le miró fijamente con una seria sonrisa, como si no hubiese pasado nada, aunque con un gesto dolorido que su mano delató al ponerla junto a la oreja.

— Supongo que me lo tengo merecido.

Elena empujó a su marido, haciendo que este diese un paso atrás.

— Urko, escúchame, confía en mí, ¿vale? Nunca te he fallado, ni te fallaré, lo sabes bien, y cuando te he pedido que confíes, siempre lo has hecho. Emilio se va a entregar, asu- mirá las consecuencias de sus actos ante la ley, pero me ha contado cosas, la cerda de nuestra madre mató a sus padres adoptivos, los envenenó con arsénico, porque él no había empezado a investigar tal y como le había prometido. Fue- ron solo unos días, pero se los llevó por delante, y lo peor es que nadie lo investigó. Lo cerraron como suicidio.

— ¿Aquí? Eso no es posible.

— No, en Cantabria. Pero ese no es el tema. Vamos a sentarnos los tres en algún sitio donde podamos hablar tranquilos y nos contará todo lo que sabe. Me ha jurado que

Xabi está bien, mírame, Urko —el inspector hizo caso a su mujer—, lo vio esta mañana, no le va a pasar nada has- ta que dé comienzo el último capítulo del cuento. Me ha puesto al día con su vida, y sé que está siendo honesto. Nos ayudará a salvar al peque y cuando todo esto acabe se entregará. Si tenemos una posibilidad de salvar a nuestro hijo es gracias a él, recuerda esto bien, grábalo a fuego en tu cerebro. Tenemos que escucharlo con la mente abierta, ¿vale? Sé que es difícil, pero hazlo por mí.

Urko asintió a regañadientes. Tenían que jugar esa mano con los naipes que había repartido la reina, pero contaban con un comodín, que la madre biológica de Elena —y de Emilio— no había contemplado, y es que le tenían ahora a él de *"socio"*, algo que desconocería. La inspectora propuso volver a la terraza donde habían tomado café un rato antes. *El café era bueno y las mesas estaban separadas para que no nos escuche nadie.*

El bar donde habían estado tenía en ese momento la terraza llena de gente, niños jugando alrededor de las mesas, y mucho trasiego, por lo que decidieron andar unos metros más hasta una heladería cuya terraza estaba vacía. *Supongo que el café de aquí será una mierda,* pensó Elena de la que se sentaban, así que pidieron unos helados artesanos con frixuelos. Emilio esperó a que les sirvieran para continuar el relato. Miró los helados con pena, les habían robado 33 años de experiencias juntos.

— Muchos helados que no hemos podido compartir. Este momento contigo lo voy a atesorar siempre.

Elena asintió. Les habían robado muchas cosas, entre ellas su identidad. Pensando en eso le vino a la mente un renglón tachado en el informe que le había entregado en el Cristo del Naranco.

— Antes de que sigas con tu relato, tengo una curiosidad, ¿cuál era tu nombre real? En la documentación que tengo aparece tachado.

— El nombre que me pusieron nuestros padres era Jorge. Jor- ge Álvarez Ordóñez.

— Uff, ni tan mal. Yo hubiese sido una Conchi.

— María Concepción, sí. Menos mal que tus padres tuvieron mejor gusto, te pusieron un nombre muy bonito.

Ella asintió en señal de agradecimiento por aquellas palabras, pero Ayestarán se estaba cansado de tanta tontería. A la ansiedad provocada por la desaparición de Xabi se añadía el tener delante al cómplice de cinco asesinatos, y sin poder hacer nada, más bien lo tenía sentado comiendo un helado junto a él. Así que, dejando la cuchara que no había usado les llamó la atención a ambos. En su fuero interno también reconocía que los celos que había sentido por el juez no habían desaparecido.

— ¿Nos puedes seguir contando, por favor? El tiempo apremia y nuestra prioridad es nuestro hijo. Y no me gusta perder el tiempo.

Emilio tomó aire y empezó a hablar.

— María Guadalupe, o Lupe, como así me dijo que la llamaban sus allegados, aunque no conocí a ninguno, me acosó sistemáticamente después de la muerte de mis padres. Yo no estaba bien, sus muertes me afectaron muchísimo, y ella se aprovechó de mi… Digamos, caída a los infiernos. Una semana sí, otra también, me exigía quedar con ella. Me acariciaba la cara, me llamaba *'mi pequeño'*, se obsesionó con mi vida privada… Cuando apareció en mi vida yo tenía pareja. Se metió en mi relación hasta que Sergio me dejó.

— ¿Sergio?

— Soy gay, inspector, homosexual, como prefiera. Sergio era mi pareja.

Urko levanto las manos en señal de paz. No tenía nada que decir sobre las preferencias sexuales de su *"cuñado"* pero si no empezaba a ir al grano le estamparía el helado que no tenía ganas de comerse.

— Se mete en tu cabeza, la llena de mierda, te aísla del mundo, a mí me desquició por completo. Hace dos semanas se presentó en mi casa con las actas que te di en el Cris- to. Ahí descubrí que había tenido una hermana. Ella me dijo, muy convencida, de que para ser la familia que nos merecimos ser, debíamos hacer cosas malas. Solo de esa manera llegaríamos a ti. La primera parte de su plan gi- raba en torno a una familia, los Tamayo. Ella me lo contó todo, torciendo los hechos para que encajasen con su plan de venganza. Herminia había sido la matrona que asis- tió el parto y la que nos separó de nuestra madre. Había desaparecido sin dejar rastro, y para encontrarla yo debía secuestrar a la hija de su hermano.

Lo decía con una tranquilidad que el inspector le hubiese pegado cuatro tiros en aquel instante. Lo más surrealista era que Elena lo miraba con ojos tiernos, tragando con toda la historia sin poner ninguna pega. Pero él si tenía cosas que decir.

— Te habla de secuestrar a una niña inocente, ¿y no te negaste? Estamos hablando de un delito muy grave.

— Me negué, ¡por supuesto! Una y otra vez. Pero no os imagináis lo que he pasado. No se volvió a mover de mi casa. Dijo que no se iba, que era mi madre y quería recuperar el tiempo perdido. Yo me levantaba para ir a trabajar y

ella ya tenía el desayuno preparado, llegaba y estaba ella esperando para comer juntos. Se metía en mi vida perso- nal, a qué hora sales, con quien vas, cuándo vas a volver. Todos los días. Me daba miedo, esa mujer será mi madre biológica, pero no está bien de la cabeza, doy fe. La llegué a investigar, ¿sabéis? Pedí un par de favores a un conocido de la Guardia Civil, no había rastro de ella, no existía, era lo que los americanos llaman, una Jane Doe.

— Nosotros también hicimos lo mismo. Desaparecida desde 1992. Y antes de ese año tampoco es que hubiera dema- siada información.

— Todos, todos los santos días me decía lo mismo acerca de la primera Tamayo. Solo tienes que conquistarla por Internet, yo me encargo de todo lo demás. Al final acce- dí. No quiero excusarme, pero yo estaba muy mal anímí- camente, y ella es una manipuladora peligrosísima, peor que un líder de una secta. Consigue que hagas todo lo que quiere, y encima le acabas dando las putas gracias. Tuve que pedir algunos favores, pero como sabéis al fi- nal Ingrid accedió a quedar conmigo.

— Sabemos que el contacto se hizo a través de Instagram, pero sabes bien que no pudimos acceder a los mensajes privados de su cuenta. Los compañeros de la unidad de delitos informáticos nos echaron una mano, pero nada, no pudieron conseguir nada.

— Las directrices que me dio eran claras. Debía llevarla a un lugar bonito. Yo vivo en Cangas de Onís, todos nos co- nocemos y saben de mis preferencias sexuales, jamás las oculté, así que ahí no sería posible, y ella tampoco quería testigos. Me propuso el concejo de Amieva, que estaba

cerca pero casi nadie me conocía allí, y menos en un bosque donde lo poco que iba era de turismo de fuera. Al final me ligué a esa chica, Ingrid, pero no fue fácil, visteis sus respuestas en los post públicos, supongo.

El matrimonio asintió con la cabeza.

— Por privado fue dura, me costó mucho, no era una chi- ca fácil, era virgen, me lo confesó haciendo la ruta del Beyu Pen. Esa fue la única vía que me dio para quedar, le gustaban las rutas de monte y accedió a hacerla conmigo, como amigos senderistas— Emilio rió con tristeza, pare- cía que había cogido cariño a Ingrid —. Lupe me dijo que esperaría a la vuelta para sedarla y meterla en el coche. *S*é dónde llevarla, decía. La iba a dejar secuestrada hasta que Herminia saliese a la luz. Mintió, claro. Y yo caí en todo como el imbécil que soy.

Urko interrumpió.

— Esto me está costando mucho, eres cómplice de cinco muertes, me confiesas que quedaste con una chica sabiendo que iba a acabar mínimamente secuestrada… Ganas de darte de hostias no me faltan. Y nunca confié en ti, reconozco que sentí celos por cómo te comportabas con Elena, pero me parece muy valiente por tu parte contar los hechos tal cual fueron y asumir las consecuencias. Una cosa no quita la otra.

Elena sonrió a su marido y le agarró de la mano.

— Como juez supongo que sabrás exactamente cuáles son esas consecuencias, ¿verdad? lo debes intuir al menos. Van a ser varios años de prisión. Y cuando se corra la no- ticia de que hay un juez es muy probable que no lo pases nada bien dentro de la trena.

Emilio asintió.

— Soy muy consciente. Lo prefiero a seguir con esta vida, te lo aseguro sin lugar a dudas. Puede que consiga algún ate- nuante si un psiquiatra la evalúa, pero asumo lo que hice y aceptaré la pena. Prosigo, si os parece bien. Hicimos la ruta sin que Ingrid sospechara nada. Llegamos casi hasta el final del sendero, lo recordaréis.

— El árbol.

— Correcto. Lupe me había dicho que nos dirigiésemos hasta Beyu Pen, y allí ella se encargaría de lo demás. Visto en perspectiva no sé cómo no me di cuenta antes. Muchas veces sentí escalofríos con esa mujer, físicamente no parece una señora de 60 años. Es ágil, fuerte, no sé, como sobrehumana en algunas ocasiones. No sé explicarlo mejor. Esa fue una de ellas. Cuando llegamos al árbol, salió ella de detrás. Iba vestida toda de negro y sacó la manzana que ofreció a Ingrid. Los dos nos habíamos quedado alucina- dos, yo no tuve que fingir nada. Ella educadamente le dijo que no —a Emilio le empezaba a costar pronunciar las palabras—. Se había acercado a Ingrid para enseñarle la manzana, y cuando la tuvo pegada a ella sacó la mano que llevaba a la espalda y le clavó una jeringuilla en el cuello. Recuerdo que ella replicó, ¿qué *está haciendo, señora?,* o algo parecido. Y cayó al suelo. Parecía dormida. Lupe se puso en marcha, me obligó a ponerme unos guantes, ella también llevaba unos puestos. *Rápido, quítale la ropa*. De una bolsa enorme que tenía tras el árbol sacó el disfraz de Blancanieves. La vestimos entre los dos. Ingrid ya esta- ba muerta, pero yo no lo sabía, me di cuenta cuando me llamaron de la Guardia Civil de Cangas para autorizar un levantamiento de cadáver en Beyu Pen. De la nota no sa-

bía nada, lo supe cuando ya estaba allí. Lo planificó todo al detalle, y por la espalda, el único juez de lo penal en tres concejos era yo, en Amieva solo había juzgado de paz, sabía que me llamarían a mí. No se le escapó nada, nunca. Ahora es cuando me doy cuenta de la magnitud de su plan y de lo fría y calculadora que es.

— ¿Y no te pareció raro dormir a la chica, vestirla como Blancanieves y dejarla allí tirada?

— Cuando acabamos de vestir a Ingrid la enfrenté. Me había hablado de mantenerla secuestrada, y en ese momento me decía que despertaría en medio del bosque y no se acor- daría de nada, que así daba a la familia Tamayo el toque de atención necesario. Yo me fui del bosque pensando que la chica despertaría, pero esa maldita bruja volvió a ha- cerlo. El día después de que se encontrase el cuerpo de Blancanieves, me llamó. *He secuestrado a otra niña pija de la familia Tamayo*. Yo le pregunté qué iba a hacer. Lo mismo, pero más lejos. Hay que volverles locos.

— ¿Y por qué no te negaste? Aún estabas a tiempo. Y nos tenías a nosotros a tu lado.

— No lo entiendes, Urko. No te haces a la idea de lo mani- puladora y mala que es. Llamarlo chantaje emocional es quedarse corto. Esto no me deja en buen lugar, soy cons- ciente de ello. Pasaba todo el día echándome cosas en cara, que no me importaba ella, no me importaba encon- trar a mi hermana, la tenía en mi casa 24/7 comportándose como la madre perfecta, casa impoluta, mis platos prefe- ridos en todas las comidas, postres caseros, y de repente se echaba a llorar. *No me quiere nadie, no te importo, me desvivo por ti y asi lo pagas, hasta tu novio te abandona,*

puto maricón… llamadme débil, lo que sea, pero esa mujer se metió en mi cabeza y me destrozó. Luego estaban los arrebatos violentos, siempre contra ella, nunca contra mí, golpeaba los muebles, se autolesionaba gritando que no valía para nada, que sus hijos no la habían buscado, un show dantesco que me tenía asustado día y noche.

— Pudiste haberla denunciado en aquel momento, ya había matado una vez.

— Imposible, primero porque tenía una grabación mía con Ingrid ya muerta en los brazos, aunque yo no supiera que estaba muerta. Chantaje emocional, chantaje total en resu- midas cuentas, y miedo, miedo a ella, miedo a perder todo lo que había conseguido y por el sentimiento de culpa que me había generado. Esta noche vosotros mismos lo vais a comprobar, hasta dónde es capaz de llegar para conseguir lo que se propone. Si algo no le gusta se las apaña para salirse con la suya e intentará poneros en contra, y pasará a la acción cuando menos os lo esperéis.

Elena levantó la vista hacia su hermano. Intentó ponerse en sus zapatos, pero el relato no lo dejaba en buen lugar. No podía permitir que se echase atrás y no participase en el rescate de su hijo. Dentro del miedo una persona puede cambiar de parecer con mayor facilidad que alguien con bipolaridad.

— ¿Nos ayudarás? Aparte de que nos cuentes todo lo ocurrido y te entregues, o estarás huyendo toda la vida, y tarde o temprano te encontrarán, si colaboras será más sencillo para ti, menos condena, más privilegios penitenciarios…

— Mantengo mi palabra.

— Lo principal ahora es poner a Xabi a salvo. Yo sé que la culpa es mía y de Urko por no haber puesto a salvo a

nuestra familia, y estamos pagando un precio muy alto por ello. Prometiste que nos ayudarías.

— Y lo cumpliré. No os he dado muchos motivos para pensarlo, pero soy un hombre de palabra. Esta noche vuestro hijo volverá con vosotros. Para no hacerlo mucho más largo, os contaré lo que ocurrió en la catedral. A la hora que te había citado ella no estaba allí, se marchó dos horas antes. Yo le volví a hacer el trabajo sucio, una vez más. Dormí al Jefe Superior de Policía con cloroformo casero, lo tenía- mos en un Airbnb alquilado por Lupe con datos falsos, a dos calles de la Catedral. Sobornó al guardia, a las 22:00h dejaría la puerta abierta. Así es como entramos nosotros. El Jefe Martín de León ya estaba despierto, aunque le ha- bía suministrado una dosis de Rohipnol, lo tenía dócil y medio dormido. Subió las escaleras por su propio pie, aun- que casi se cae un par de veces. Al llegar arriba lo dejó en el suelo, apoyado contra la pared, y el hombre se durmió del todo. Me hizo cargar con una mochila hasta la atalaya, que pesaba un montón. De ella empezó a sacar cuerdas de escalada, arneses, y un kit que montó en minutos, una especie de gancho tractor unido a una caja con luces. Me dijo que se sincronizaba con una aplicación móvil. Colocó el aparejo con el gancho en lo más alto de la aguja, y me hizo colgar al hombre de él. Tal y como estaba no era visi- ble desde ningún punto de la plaza. Al bajar se acercó a la pila bautismal y dejó una pequeña antena detrás de la base. Ella se marchó, yo me tenía que quedar cerca y esperar a la hora de llamarte para el siguiente cuento.

El matrimonio se miró, sin decir nada.

— Joder, Emilio, ¿dejas a un hombre colgado de la torre de la catedral y te vas tranquilamente?

— Suena patético y cruel de cojones, pero es que fue así tal cual. Me senté en una terraza cerca de La Regenta, esperé que fueran las 23:30h, y te llamé para contarte la historia del Jorobado de Notre Dame, ella me había dejado todo el dialogo apuntado. Te vi llegar desde donde estaba sentado, Elena, después a Urko, y al rato, un cuerpo se precipitaba al vacío. Yo sabía que algo había salido mal, tu marido no estaba invitado a esa fiesta, pero yo no dije nada. Lupe me llamó, la misión quedaba abortada, tenía que volver a casa y esperar sus instrucciones. Lo último que me dijo esa noche fue que habría consecuencias. ¿Cómo pudo saberlo todo? No tengo ni idea, pero ya os lo he dicho, lo tie- ne todo previsto, todo bien amarrado y sabe lo que hace. No está loca, es simplemente mala como un demonio. No supe nada más de ella hasta esta mañana, cuando me dijo que tenía a Xabi, y que esta noche empezaba el capítulo final del cuento. La reina quiere su final feliz. Y su leñador la ha mandado a la mierda, pero ella no lo sabe. Es hora de estar en el lado correcto de la historia.

— ¿Te explicó algo sobre el próximo cuento? Supongo que te habrá dicho lo que tienes que hacer.

— Sí, me lo contó todo, y tengo una misión. Esta vez me toca ser espectador. Debo aplaudir el final del cuento desde un lugar privilegiado: El Pozón.

— ¿El qué?

— ¿Conocéis algo de Covadonga?

— Yo he ido un par de veces —Urko miró a Elena—.

— Lo mismo, un par de visitas a la zona, las dos veces fueron contigo asdemás. Pero no lo conozco al detalle.

— El Pozón se le llama al estanque que está bajo la Santa Cueva de Covadonga, donde la imagen de la Santina.

— Ah vale, el estanque —Urko se sintió estúpido—. Donde la fuente de los siete caños.

— Exacto, pues yo debo estar ahí abajo, delante del estanque para presenciar el final del cuento que se ha montado esa se- ñora en la cabeza. El capítulo final comenzará a las 00:00h.

— Sabemos lugar y hora. Estaremos preparados.

— Esta noche además me tocaba llamarte a mí, asi que ella no va a sospechar nada. Pensará que he cumplido mi misión, porque los dos vais a estar allí, pero no voy a ser solo un espectador. Esto empezó con Blancanieves, tenemos a la Reina, nos falta un leñador.

— También nos falta el príncipe, si nos ponemos finos.

— Yo creo que ese sí lo tenemos. Lupe se cree la Reina, tú —miró a Elena— eres la princesa, y por eliminación, tú —miró a Urko— eres el príncipe.

— También podrías serlo tú, Emilio. Sois hijos de la Reina.

A Elena se le habían acabado las ganas de hablar. Tenía la informa- ción, sabía dónde estaría su hijo y cuándo. Era hora de actuar. *Estos dos imbéciles van a acabar con mi paciencia, y ya casi no me queda.*

— ¿Vais a pelearos a ver quién es quién o empezamos a movernos?

— Yo tengo el coche en un parking, podría llevaros, o vamos todos en el vuestro.

— No —Urko los cortó cuando se levantaban de la mesa—. Primera regla: no aparecer juntos. Hay que ser inteligentes, que esta vez ella no lo vea venir. Ve a casa, o donde

quieras, aún quedan siete horas. Debemos separarnos. Va a representar el último capítulo usando a Xabi, asi que sabemos que el bebé va a estar bien hasta la noche. Me enerva pensar que está en manos de esa mala bestia, pero necesitamos tranquilidad y hacer las cosas con la cabeza fría para no fallar. En su momento le dirás que has dado el recado, nosotros estaremos allí a medianoche.

— Elena debe subir hasta la Santa Cueva. Quiere que la Santina sea testigo de su obra.

— De acuerdo, subiré hasta allí, Urko quedará abajo contigo, supongo que esta vez no tiene que esconderse, sabrá que vamos los dos.

— Sí, el mensaje que tengo que dar esta tarde es para ambos. Piensa que según su retorcido cerebro esto es el castigo por no haber cumplido sus órdenes en el cuento del Joro- bado. Tenéis que pagar los dos, por eso utilizará al bebé.

Los tres se levantaron. Urko entró en la heladería para pagar, y dejarles intimidad para despedirse. Elena abrazó a Emilio. Fue un abrazo tímido, pero sentido. Muchos sentimientos encontrados. Urko al salir, simplemente le estrechó la mano. El juez se fue en dirección hacia la entrada de la Villa de Llanes. Los inspectores se pusieron en camino, llegarían hasta Cangas de Onís y allí esperarían hasta la hora de subir al Santuario. Buscarían también un sitio donde poder comer algo antes, los helados se les habían derretido en el plato sin que los hubieran tocado, y afrontar la noche con el estómago vacío no era una opción. El escenario del inicio de la Reconquista, allá por el año 722, se convertiría para ellos en el escenario de su propia historia, faltaba por ver con qué final y quién escribiría la moraleja.



16. EL SACRIFICIO DE UN CUENTO TRISTE

Cangas de Onís. 22:14h.

Elena y Urko paseaban por el centro de Cangas de Onís. Tomaron asiento en una terraza cerca del Puente Romano. El sonido del río se unía a los gritos de unos aficionados del Real Oviedo que veían el partido en el interior del local, dándole un ambiente festivo a la jornada de domingo que terminaba. La escena se antojaba un tanto irreal para el matrimonio.

— ¿Te das cuenta lo fácil que es la vida cuando no tienes problemas? Míralos, bebiendo, disfrutando…

— Pues el Oviedo va perdiendo, disfrutar, lo que se dice disfrutar… A su favor diremos que tiene un rival muy complicado.

— Me refiero a que el mundo es muy inocente, ignorante de la maldad real que alberga en sí. Compara lo que hará,

por ejemplo, aquel hombre canoso de la barba, con nues- tro percal. Terminará el partido, irá a casa, a mesa puesta, verá un poco la tele y a dormir. Nosotros estamos hacien- do tiempo para encontrarnos con la tarada que ha secues- trado a nuestro hijo.

— Tú sabes tan bien como yo que el mundo es cruel y muy hijo de puta, y que la empatía no brilla por su esplendor. Que nos gobiernan políticos inútiles a quienes les impor- tamos una mierda. Que hay tragedias en todos lados, cada día, a cada hora. Ahora mismo está muriendo gente. Por accidente, enfermedad, asesinato, no importa el motivo. La vida es dura, nacemos para morir, y mientras vivimos deberíamos agradecer a Dios, o a quien sea, el haber res- pirado y haber disfrutado de un día más, porque nunca se sabe cuándo será el último.

— ¿Te has puesto filosófico o me lo parece a mí?

— Realista. Hemos sido padres. Traemos vidas al mundo para que sufran. Hoy por un motivo, mañana por otro, y al otro por otro más.

— De filosófico a negativo, no sé qué prefiero.

— No es eso, Elena. Cada día violan a mujeres y a niños. Niñas obligadas a casarse y tener relaciones sexuales con 11 años con un viejo que utiliza la excusa de un precepto religioso, o cultural. El mundo es cruel. Desastres natura- les, niños con leucemia, jóvenes con ELA. No me hagas caso. Todo este caso me ha revuelto las entrañas. La vida es una mierda, Leni, desde que soy policía me doy cuenta de la espiral de violencia, apatía y cinismo que tenemos a nuestro alrededor, y con este caso ha quedado demostrado que hasta tu propia madre puede ser una puta psicópata.

— Urko, prométeme una cosa —la mujer agarró la mano de su marido—. No te hagas el héroe.

— ¿Otra vez me cambias de personaje? Pensé que yo era el leñador. Me gusta, en una de las pelis de Blancanieves ese personaje es nada más y nada menos que Thor.

— No eres gracioso. Te lo digo en serio, te conozco muy bien. Esto es entre ella y yo.

— No te puedo prometer eso. Esto es entre ella y nosotros. Ha tocado lo más sagrado que hemos construido juntos. Se ha llevado a nuestro bebé para castigarnos, un ser ino- cente a todas luces, y a saber que trama esa hija de puta. Si tengo opción de matarla lo haré, así que no me hagas prometer algo que no sé si podría controlarlo.

— Urko, no soy una princesa, no necesito que me salven. Entiendo lo que sientes, yo también tengo mucho rencor acumulado, pero necesito que te quedes con Emilio, o mejor aún, escondido. Debo subir yo sola. Hasta que Xabi esté con uno de nosotros voy a cumplir con todas sus exigencias. Luego ya veremos, pero lo primero es la seguridad de nuestro bebé.

— Respeto que quieras enfrentarte a ella, para ti va más allá de algo personal. Tu hermano ya dijo que nos espera a los dos, así que no tengo por qué estar escondido. Puedo quedarme con él, no voy a poner en peligro a Xabi, pero tampoco voy a dejarte a su merced. Conoces mi manera de ser, mi obsesión con cómo trabajo. Si tengo que inter- venir, ten por seguro que lo haré, pero usando la cabeza. No soy yo el que hace las cosas a lo loco y sin pensar.

— Gracias por la puya, yo también te quiero. El perfecto inspec- tor Ayestarán, aquel que nunca se salta las normas ni hace nin- guna locura, salvo que la gente a la que ama esté en peligro.

— Puede que sea más laxo en la aplicación del reglamento si involucra a alguien a quien amo, lo reconozco, creo que a cualquier persona en el mundo le pasaría. Pero siempre uso la cabeza, Leni. En este caso el corazón siempre gana.

— Sesenta memorias perdidas.

— Tú misma nos acabas de dar respuesta a los dos.

La charla terminó. Quedaron rumiando en silencio lo que quedase en su cabeza. Si Elena era tozuda, Urko sacaba ese orgullo y cabe- zonería vascos que le solían caracterizar. Era una lucha perdida. Ella supo que, si había peligro, él actuaría, y no le faltaría razón. Si fuese al revés, ella tampoco se hubiese quedado de brazos cru- zados. El amor y la adrenalina tenían ese punto común de no per- mitir un solo acto de maldad hacia las personas que nos importan.

Santuario de Covadonga, 23:32h.

Urko aparcó el coche en el camino que les llevaba hasta la Basíli- ca, en plena cuesta. Lo bueno de la hora es que pudieron hacerlo a pocos metros, al otro lado de la carretera que enfrentaba al es- tanque. Allí no se podía aparcar, pero no habían visto a nadie vi- gilando por ahí, y dudó de que fuese así. Con los recintos cerrados tampoco había gente merodeando. Solo por simple precaución pusieron en la luna el distintivo de policía nacional. Unos metros más adelante, Elena distinguió otro coche, oscuro.

— Será el de Emilio.

— O el de la Reina. O sea, la otra reina.

Aquel chiste provocó una carcajada en Elena tras unos segun- dos de silencio. Acababa de hacer un chiste de homosexuales a costa de su hermano y no lo había entendido de primeras. Urko

era único a la hora de rebajar tensiones. Salieron del coche. Ella miró hacia atrás, su marido se puso la chaqueta mientras cerraba el vehículo a distancia. Si esa era la última imagen que tenía de él, verlo asi, divertido y desenfadado, habría tenido sentido, pero no dejó de ser una excusa más por la que merecía la pena pelear por salir de esta.

Parada en frente de El Pozón se encontraba una figura de espaldas a ellos, vestida toda de negro. Una cascada —conocida como El Chorrón, debido al deshielo— caía desde las rocas inferiores del Santuario, procedente del rio de Las Mestas, haciendo del estanque el sitio perfecto para que millones de fieles llegados de todo el planeta rindiesen culto a la Santina.

El extraño se dio la vuelta, llevaba una máscara de Peter Pan, el de Disney. *Lógico*, pensó Urko. La Reina necesitaba a su niño perdido no muy lejos de ella. Este les miró y alzó la voz.

— El capítulo final del cuento comienza en el primer esca- lón. Siéntense y esperen a que la obra dé comienzo.

Este les señaló las escaleras de la derecha que llevaban hasta la Santa Cueva. Desde abajo se veía todo alrededor. Luces de velas en la parte superior, otras luces artificiales, y la Santina, la Virgen de Covadonga, arriba, en su lugar. Ella era la auténtica espectado- ra del capítulo final. El matrimonio se sentó. Emilio se mantuvo en su posición. Pasaron los minutos, lentos como horas, hasta que una nueva luz iluminó por completo la cueva.

Santuario de Covadonga, 23:58h.

La tensión aumentaba. Llevaban ahí sentados unos pocos minutos, pero para ellos se antojaron interminables. La ansiedad de Elena le superó, sacó de su bolso el tabaco, y encendió un cigarrillo.

— A tomar por culo.

— ¿Pero qué haces? Aquí no se puede fumar.

— ¿Qué van a hacer, multarme? Estamos en el exterior y aquí no hay ni Cristo, nunca mejor dicho.

Urko sabía que esa ironía era el mecanismo de su mujer para lidiar con la ansiedad. No le gustaba nada, pero si le tranquilizaba, que fumase todo lo que necesitase. Un toque de corneta rompió el silencio. Eran las 00:00h. El matrimonio miró a Emilio. Se había levantado la careta. Ellos intentaron mostrar sorpresa, quizá había quedado un poco falso, esperaban que fuera suficiente para no re- ventar su tapadera. Este sacó un papel y, alzando la voz, comenzó a leer. A Elena le traicionaron los nervios y la ansiedad, la escena pretendía ser dantesca pero era más bien patética, y se le escapó una risa que intentó disimular con una tos. Emilio la apuñaló con la mirada desde la distancia y Urko le pegó un codazo.

— Érase una vez una pobre Reina a la que destronaron unos villanos sin alma. Quedó atrapada entre el mundo de los vivos y el de los muertos, y tuvo que vivir con esa ausencia durante muchos años. El dolor era mayor conforme pasaba el tiempo. Atrapada en su torreón cumplió una pena muy larga, pero logró huir. Dios nuestro Señor le regaló un don, la fortaleza. Nada ni nadie podría ya con ella. Cuando su cuento estaba en lo mejor, la princesa destronada rompió toda la felicidad con la que esa Reina soñaba.

Urko miró a su mujer y susurró…

— ¿Quién le ha escrito esa mierda? ¿La vieja?

Elena le devolvió el codazo. Parece que ahora le veía la gracia al asunto. Si la vida de Xabi no estuviera en peligro, todo hubiese sido diferente.

— Cállate, por favor. Vamos a tomar esto en serio.

El hombre agachó la cabeza en señal de vergüenza. Emilio seguía con el preámbulo que Lupe había escrito para el capítulo final.

— La princesa tenía al heredero perfecto al trono, y ahora, solo le restaba decidir quién viviría en el castillo donde la triste Reina acabaría gobernando a su gente.

En el momento que pronunció la última palabra la luz artificial del Santuario se apagó. Los tres miraron hacia arriba. De la pe- queña capilla del santuario salió la Reina de Corazones, la misma que Elena había visto en el laberinto.

— No es un nuevo cuento —Elena susurraba para sí—. Está repitiendo el de Alicia. Pero Alicia murió. Yo era el conejo blanco para ella.

La Reina se acercó a la barandilla, dedicándoles una reverencia que llamó la atención de Urko.

— Si es la Reina, ¿por qué nos hace una reverencia a noso- tros? ¿No debería ser al revés?

Elena le mandó callar una vez más. Este se encogió de hombros.

La Reina volvió a entrar en la capilla, de donde salió de nuevo con Xabi en los brazos. El bebé llevaba un disfraz que no se distinguía bien, salvo que era blanco. Urko miró a Elena y soltó un susurro fuerte.

— ¿Es el conejo?

— ¿Qué dices? El conejo era yo, ese personaje persigue a Alicia.

— Ya lo sé, también vi la película. Pero a Xabi lo ha vestido así.

— ¿Recuerdas cómo acababa el cuento para el conejo?

— Se convierte en el heraldo de los reyes de corazones.

— ¿En el qué?

— El oficial de armas.

— ¿Un guardián?

— Algo así, pero no le encuentro ningún sentido.

La Reina los miraba desde la altura, manteniendo a Xabi en sus brazos. Al menos el bebé parecía estar tranquilo. El Santuario tenía una serie de bancos, donde se celebraban misas para los fieles. Dejó al bebé echado en uno de los que daban a la barandilla, y acercándose al borde, alzó la voz.

— Solo unos pocos encuentran el camino, otros no lo reconocen cuando lo encuentran, otros ni siquiera quieren encontrarlo.

Elena susurró a su marido.

— Eso es de Alicia, es una frase de la película.

La Reina prosiguió.

— Habéis encontrado el camino hacia el capítulo final, donde nada volverá a ser lo mismo.

Elena volvió a susurrar a su marido.

— ¡Joder! ¡Ya sé su intención! ¡Me va a matar!

Urko se giró.

— ¿Cómo lo sabes?

— Ha comenzado con una frase de Alicia, de la peli. Hay otra que si mal no recuerdo decía *"Supongo que ahora recibi- ré el castigo y moriré ahogada en mis propias lágrimas"*.

Elena se levantó. Se había terminado el tiempo de esperar, ahora tenía que pasar a la acción. Empezó a subir los escalo- nes hacia el santuario.

— ¡Basta ya! Tu cuento no tendrá un final feliz. Ni siquiera se merece una moraleja. No es una fábula, ni es un capítu- lo, es una ejecución.

La Reina se puso a aplaudir.

— ¿Tan pronto lo has deducido, princesa?

— Me quieres a mí. Deja a mi hijo en paz.

— Pero él es mi regalo, el que me protegerá.

— ¡Estás loca! Déjalo en paz. Yo fui la que no siguió las nor- mas, castígame a mí, no a él. Es un niño inocente.

La Reina se giró para levantar a Xabi en brazos. Lo sujetaba por las axilas, muy cerca de la barandilla del santuario.

— No te quedan más cuentos, y esto no es *"El Rey León"* ni tú eres Rafiki, solo eres una desgraciada a la que el tiempo le causó una locura que ya no tiene marcha atrás. Suéltalo ya.

— Pues dile a tu marido que se quede quieto. La única que ha de subir estas escaleras eres tú, princesa.

Elena miró hacia atrás. Urko también subía lentamente, tras ella. Esta le pidió calma con la mano. Al mirar hacia abajo se fijó en su hermano. Emilio permanecía quieto, cumpliendo con su papel de espectador, tal y como le habían pedido. Se giró y vio cómo la Reina bajaba los brazos y dejaba a su hijo de nuevo en el banco. Continuó subiendo.

Eran 103 escalones, en la llamada escalera de las promesas, un símbolo de fe y esperanza hacia aquellos que buscaban la

intercesión milagrosa de la Virgen María. Los devotos subían con fervor y devoción, rezando el Rosario, besando el suelo o llevando velas encendidas. Nunca se había considerado una persona creyente, pero cada escalón que Elena subía le pedía a Dios que le dieses fuerzas para salvar a su hijo. Un final feliz que parecía muy lejos de alcanzar en aquellos instantes. Recordó una frase de Alicia.

— Empieza por el principio y sigue hasta llegar al final. Allí te paras —la mujer recitaba mientras continuaba subiendo—. Blancanieves. Ariel. Alicia. Pinocho. Quasimodo. Y entonces el cuento cambió para siempre.

— Tú lo cambiaste, princesa, tú elegiste ser castigada.

— Tu cuento es una patraña con aires de elegancia cuyo inte- rior está lleno de mierda. No tiene ningún sentido, al igual que tú, maldita loca.

La Reina reía desde su trono.

— Aquí todos estamos locos, yo estoy loca, tú estás loca.

— No hables por mí. Yo crecí feliz. Soy feliz. Ni sabía de tu existencia ni la he necesitado nunca. No eres nadie para mí. No eres nada.

— No creo que haya un átomo de significado en eso.

— Deja ya el cuento, yo también me lo sé, lo he leído muchas veces, he visto el clásico de Disney, las versiones de Tim Burton, y mis padres me lo contaban por las noches cuan- do era pequeña antes de irme a dormir. Sí, mis padres, los de verdad, donde tú no entras. A mí no me vas a dar lec- ciones. Me has condenado a muerte. ¿La Reina se ofendió por algo? No eres más que un mal símbolo de la locura.

— Te olvidas de un detalle, pequeña. Esto no es un sueño.

La Reina volvió a alzar al bebé, y, mirando a Elena, que se encontraba a mitad de trayecto, sonrió.

— Llegaste tarde para el té.

En ese momento levantó su cuerpecito por encima de la baran- dilla y lo dejo caer. Sus risas mientras lo soltaba resonaron en la cueva, así como el grito de Elena, viendo cómo su hijo caía al agua y con la impotencia absoluta de no poder hacer nada.

Urko bajó de un salto los pocos escalones en los que se había quedado parado, y se tiró de cabeza al estanque, el cual tenía menos profundidad de la que esperó a priori. No fue el único, Emilio tampoco dudó, desatando la furia de la Reina.

— ¡Maldito desagradecido! ¡Pagarás por tu traición!

Ambos hombres corrieron, nadaron. Urko no podía respirar. No veía a Xabi por ningún lado. Emilio se sumergió, aquella parte tenía algo más de profundidad y el bebé había caído desde una altura considerable. El bebé apareció en la superficie, flotando. No se movía. Nadó con él hasta la zona de la fuente de los siete caños. El bebé no respiraba. Lo puso en el suelo al lado de la fuente. Urko se acercó raudo, llorando, sintió impotencia. Elena gritaba con rabia, paralizada en la mitad de la escalera, y la Reina en lo alto seguía riendo, desquiciada.

— Este cuento está teniendo un final mejor del que había planificado, ¿no creéis?

Nadie la hizo caso, salvo Elena. La miraba, incrédula, el pecho empezó a dolerle, sabía que era un ataque de ansiedad y que eso no la mataría. Abajo, al otro lado, junto a la fuente, su hermano trataba de salvar la vida de su hijo practicándole una reanimación cardiopulmonar como mejor supo, hacía años que lo había aprendido en un curso, pero ya había pasado demasiado tiempo de aquello. Seguidamente le hizo el

boca a boca, tratando de darle todo su oxígeno, o al menos lo hubiese dado por él. Urko seguía paralizado sin poder reaccionar. Él, que ha- bía sido un inspector valiente, combativo, que demostraba batalla tras batalla estar en la cresta de la ola, ahora era pequeño, muy pequeño. El miedo le había convertido en un ser diminuto en alma. La imagen era desoladora, cuando, de repente el bebé se movió y empezó a toser muchísimo. Su tío le reincorporó, dándole ligeros golpes con la palma de la mano en la espalda. En ese momento el cerebro de Urko se des- bloqueó. Emilio pidió algo para abrigar al niño, una chaqueta, o una manta. Urko corrió a su coche, mientras Xabi, que vomitaba agua por la boca, comenzó a llorar. Elena, desde arriba, vio cómo su marido envolvía a Xabi como un burrito humano. Emilio no se había separado de él. Cumplió su promesa, había salvado a su sobrino.

En el escenario final solo quedaban las dos mujeres.

— ¿Viste, princesa? Parece que aún no le tocaba morir.

— A ti sí te toca, hija de puta. Voy a acabar contigo.

— ¿Así hablas de tu madre? Qué poco respeto por tu familia.

— Mi familia está lejos de ti —miró hacia la fuente—, y por suerte, en buenas manos.

— Tu abuela era molinera, una gran mujer, y tu abuelo, mi- nero. Crecí con palizas.

— ¡No me importa! Me das igual, no eres nada para mí. No me interesa ni tu madre ni nada que esté cerca de ti porque todo lo que has tocado lo has podrido.

La mujer no la escuchaba, se había perdido en los recuerdos, en un relato que nadie quería escuchar. Elena lo aprovechó para avan- zar por la escalera, cada vez más cerca de su objetivo. La Reina seguía hablando, totalmente ajena a lo que pasaba a su alrededor. Urko había llevado a Xabi hasta su coche, con la calefacción al

máximo, revisando al bebé. Emilio estaba de pie junto al vehícu- lo, pero con la mirada puesta en lo que acontecía en el santuario.

— Me pegaban, muchísimo. Por cualquier motivo, ni siquiera era necesario que me portase mal. Cuando quedé embarazada juré que sería una buena madre. Había crecido con el mejor ejemplo de lo que no era serlo, asi que no podía ser complica- do. Estábamos tan felices… Luego supimos que venían dos. Gemelos, supusimos tu padre y yo. Y en la cuarta visita a la ginecóloga, vieron que había dos sexos, mellizos. Nos abraza- mos. Lloramos. La parejita de golpe. Tu padre murió sin saber la verdad, confiando en lo que los médicos nos habían dicho.

Cada vez estaba más cerca. Apenas unos 25 escalones la se- paraban de esa señora que, casi 34 años atrás la había traído a este mundo. No tenía su pistola. Ni se había parado a pensarlo antes de subir. Le vino Mauleón a la cabeza, diciéndole otra vez que no hacía más que cagarla, dando palos de ciego como un pollo sin cabeza. Pues ahí estaba ella, frente a la asesina en serie más buscada del país, y él estaría en su despacho me- tiéndose el dedo en la nariz y comiéndose sus propios mocos. Se tendría que apañar con sus manos para derrotar a la Reina. Lupe seguía con su diatriba, pero Elena ya no le prestaba la más mínima atención. La vida de esa señora no era culpa suya, y tampoco le interesaba cuanto pudiese contar de ella.

— Todos eventualmente se separan de lo que más aman, querida.

— ¿Este no era tu cuento? ¿Por qué no dejas de plagiar? ¿No has tenido tiempo para pensar por ti misma?

— ¿Tiempo? Jovencita, yo soy tiempo. El infinito, el eterno, el inmortal, el inconmensurable… Al menos, claro, que no tengas reloj.

— Lo uso en el móvil. Tu tiempo se está acabando.

— No, mi tiempo no está descarrilado, de hecho está muy enfadado conmigo.

— No me extraña, eres una asesina, has matado a inocentes.

Llegó a los últimos escalones. La Reina se acercó a ella, dando pequeños saltos. Elena tenía a su madre biológica delante de sí por primera vez, a escasos metros. Miró su rostro, los ojos totalmente idos, pupilas dilatadas, la locura escenificada en un cuento que debía poner punto y final. La Reina la miró de vuelta y se rió una vez más. Levantó las manos y las puso a cada lado de su cabeza. No dejaba de dar saltitos sobre las puntas de sus pies.

— Deténgame, inspectora… Vamos, es lo que más deseas. Hazlo, ¿o la princesita no puede hacerlo sola sin su príncipe?

Con las manos aún en la cabeza se empezó a alejar hacia la capilla. Elena la siguió, dejando algo de distancia. Tenía un mal presentimiento. Su madre se quedó quieta delante de la puerta de la capilla, pocos metros detrás de la Virgen. Bajó los brazos y, mirando hacia la imagen, empezó a hablar de nuevo.

— ¿Sabías que esta imagen no es la original? Se quemó en el siglo XVI, esta es una réplica de la réplica. Por lo visto no le hacía bien estar a la intemperie. Pero qué bonita es, ¿verdad? Tanta gente viene en peregrinación, a pedir, a suplicar. Yo no podía hacerlo, no me dejaban salir, ¿sabes? Pero un día le quité una estampa de ella a una enfermera cuando se le cayó. Supe que ella me ayudaría a encontrar a mis niños. Porque me los quitaron. Me robaron a mis bebés. Y nadie me escuchó.

Elena se había acercado un poco más. Lupe se encontraba de espaldas a ella, mirando hacia la imagen de la Santina. Intentó redu- cirla desde atrás, pillándola por sorpresa, pero un segundo antes de tocarla se giró hacia ella con una agilidad que Elena no vio venir. Un dolor en su vientre la sorprendió, y la sangre manar de

la herida. La Reina la había apuñalado, y mientras la inspectora caía al suelo, esta se dedicó a dar saltitos a su alrededor, riendo y gritando. ¡Q*ue le corten la cabeza! ¡Que le corten la cabeza!*

Elena miró su abdomen. Una mancha roja cada vez más grande y el dolor de un hierro al rojo vivo clavado en su estómago le decían que no saldría bien parada. Miró a su madre. Seguía saltando y bailando total- mente fuera de sí, enarbolando una daga ensangrentada. La sensación de mareo la mantenía en el suelo, aunque cada vez se sentía más débil.

— Jovencita, no puedes cambiar el pasado, aunque déjame decirte algo: Podrías aprender algo de él.

El final del cuento se acercaba, y no era nada halagüeño para Elena, que seguía en el suelo, apoyada contra los bancos del santuario. Trató de tapar la herida con un pañuelo que tenía en el bolso, el cual, milagrosamente, aún llevaba cruzado. Aquel bolso había sido uno de los primeros Sanvalentines con Urko, recordó, era muy especial para ella. Si era su final y debía morir sola, al menos tenía ese recuerdo de su marido para hacerle compañía, y la cer- teza de que sus chicos estaban juntos y sanos, y saldrían adelante.

La Reina se sentó en un banco a observar cómo la vida abandonaba a su hija.

— No has sido una digna adversaria para tu Reina. Te conta- ré qué pasará ahora. Voy a bajar, y voy a sorprender a tu amada familia. Voy a destripar a ese puto niñito mientras tu maridito llora como una nenita.

— Ojalá hubieses muerto realmente en el parto. ¿Por qué hablas con diminutivos? Ya somos todos mayores. Solo falta que empieces a hablar de ti en tercera persona.

— El cuento necesita una moraleja —La Reina miraba a su hija mientras jugaba con la daga en la mano, pasándola cerca de su cara, casi rozándola—.

Elena vio algo moverse detrás de Lupe. Una figura vestida toda de negro, pero sin la careta de Peter Pan, demos gracias al señor. Hizo un último esfuerzo para distraerla. Se incorporó lo máximo posible, haciendo que Lupe se tuviera que acercar más a ella.

— Todo tiene una moraleja, solo falta saber encontrarla.

En aquel momento, un pequeño ruido alertó a la Reina. Era Emilio, que, sin pensarlo dos veces, propinó un puñetazo en la cara de su madre biológica.

— La moraleja es…

El golpe le dolió, pero no la dejó inconsciente. Se enzarzaron en una pelea, cada vez más cerca de la barandilla por la que ella había tirado a Xabi. Elena, alucinada y al borde del desmayo veía cómo esa señora de más seis décadas de vida podía con su hermano casi sin despeinarse. Lo arrinconó contra la valla y elevó el brazo con intención de apuñalar a su hijo en el corazón.

— Vamos, traidor, dime cuál es la moraleja…

Emilio intentó salir de la tenaza que hacía el cuerpo de su ma- dre contra la barandilla, agarrándola de la muñeca cuando esta intentó clavarle la daga en el pecho. Ella empujaba hacia abajo y él intentaba frenarla, pero la punta cada vez se sentía más cercana. Sintió el arañazo de la punta. No sabía de dónde podía sacar tanta fuerza esta mujer. De repente, una mano apareció por detrás, tirando del brazo de Lupe y alejando la hoja de su objetivo. Elena no tenía casi fuerzas, pero al intentar detenerla la giró lo suficiente como para que Emilio le arrancase el cuchillo de la mano y lo clavase en el cuello de la Reina hasta la empuñadura. Acabaron los tres en el suelo. Emilio gateó hasta su hermana, que estaba pálida y respiraba con dificultad. Emilio tenía una herida en el pectoral izquierdo, de la que manaba un hilo de san- gre. Lupe los miró con el mango del cuchillo sobresaliendo de

su clavícula. A lo lejos empezaron a oírse varias sirenas. *Urko había conseguido dar el aviso*, pensó Elena sonriendo.

La Reina se levantó muy despacio, apoyándose en las barras de la barandilla. Miró a sus hijos. Esa mirada inyectada en sangre y odio…

Emilio, de rodillas ayudó a su hermana a levantarse y, a su vez, a sentarse en un banco, la vio mirar detrás de él. Su madre estaba de pie, desafiándoles. La inspectora no se lo podía creer, pero pensar en lo que le había hecho a Xabi le hizo sacar fuerzas de donde no sabía que tenía. Se puso de pie, apoyada en su hermano. Su madre le sonrió sin decir nada. Solo salía sangre de su boca.

Venga, *madre*, dime una más. —Elena miró a los ojos a su madre, al borde de la valla—. Yo te ayudaré… ¿Por qué esto siempre…?

La Reina sonrió aún más, una mirada de orgullo hacia la que sí había demostrado ser digna. Intentó hablar, pero solo salió más sangre. Elena la apremió.

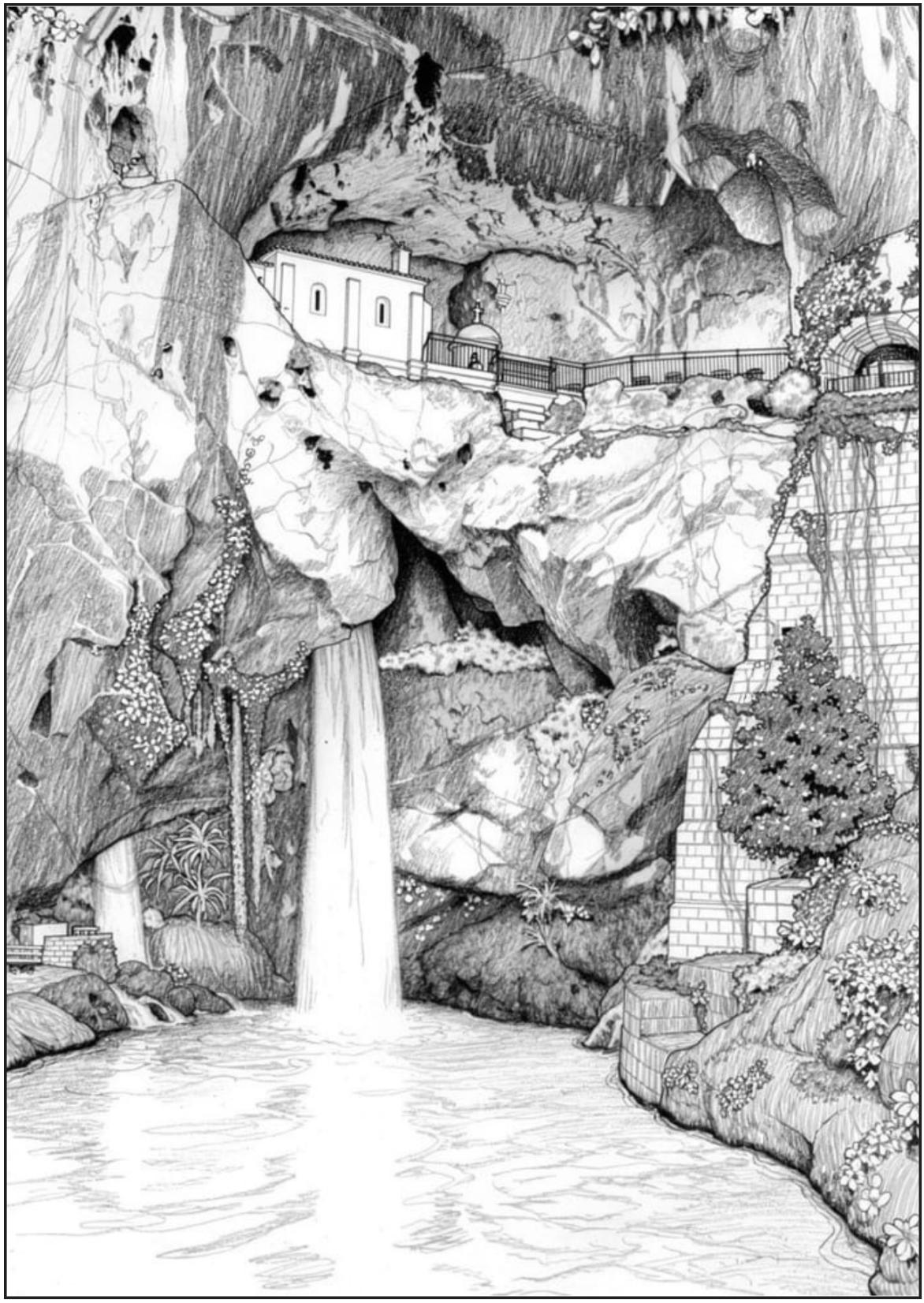
— ¡Di la frase! ¡Maldita zorra, dilaaaaaaa!

— ¿Por… qué… esto… siempre… me tiene… que pasar… a mí? ¿Por… qué… nadie… me… ama?

— No te mereces el amor ni sabes lo que es una familia. Lo mejor que nos pasó en la vida es que nos separaran de ti. ¡Esa es la moraleja, hija de puta!

Elena agarró a Lupe, que había perdido la peluca de la reina de Corazones y, con las últimas fuerzas que le quedaban, más la ayuda de su hermano, empujó a la mujer al fondo del estanque.

— Fin del puto cuento.



EPÍLOGO

Centro Penitenciario de Villabona. 26 de abril, 11:52h.

Elena cruzó la verja principal de la cárcel de Asturias. A las 12 de la mañana tenía un locutorio programado con Emilio. Esta esperó con los familiares de otros presos a la entrada de un edificio anexo y, en cuestión de minutos, un funcionario de prisiones les hizo pasar.

Emilio esperaba sentado en la cabina número 3. Ella se sentó frente a él. Apenas les separaba medio metro, y un cristal antiba- las. Este cogió el teléfono. Ella hizo lo propio.

— ¿Qué tal estás? ¿Te tratan bien?

— De momento bien, ya llevo más de un mes, he hecho *"amistades"* —lo dijo moviendo los dedos índice y cora- zón de las dos manos en el aire, formando un entrecomi- llado palpable—, que hacen que esto sea algo más ameno.

— ¿Te llegó el paquete?

— Sí, claro, ¿no ves mi ropa? Diste en el clavo con las tallas, muchas gracias. ¿Qué tal vosotros, y mi *sobri*? ¿Se sabe algo de Lupe?

— Lo único oficial es que no se encontró el cuerpo. Yo estoy segura de que escapó y de que la ayudaron. No eras el único cómplice. Hay una orden de busca y captura inter- nacional, entre Urko y yo conseguimos una descripción muy decente para el retrato robot.

— ¿Hablaste con tus padres?

— Fuimos hace dos semanas a Barcelona a verles.

— ¿Y dijiste algo?

— Pues para la poca mecha que tengo, no, no les dije nada. Digamos que compartimos un secreto que ignoran que co- nozco. Por ahora es mejor así.

— ¿Y en la comisaría qué tal?

— Después de que me retirasen la suspensión me queda un mes de baja oficial aún. Ascendieron a Marrero a Comi- sario, todo muy raro, huele mal, un subinspector bastante imbécil con el que no me apetece mucho cruzarme. A ve- ces con poco se conoce demasiado a las personas.

— ¿Y Urko?

— Ahora también de baja por paternidad, la que le debían. Te entregó y si ya antes era el niño bonito, pues imagínate ahora. Pero cuando termine su baja volverá a la unidad.

— ¿Y Mauleón? ¿Jefe Superior?

— Bingo. Estaba cantado, ¿no?

— ¿Recuerdas la nota que te dejé en el Cristo del Naranco?

— Claro, aquel *'no confíes en nadie'*. Qué cabrón, llegué a sospechar de mi marido, te lo juro. Pobre, hemos llegado a discutir mucho y he pagado muchos platos rotos con él.

— Ahora piensa cómo ha llegado un tarado como Marrero a Comisario de Policía, y por qué Mauleón es Jefe Superior.

— ¿Conoces a Marrero?

— No personalmente. Está claro que Lupe sacaba la infor- mación de algún sitio. Como bien has dicho, seguro que tenía otro cómplice, en la sombra, al margen de mí. Ese alguien le pasaba información.

— Fer…

— Fer era un soplón, sin más. Esto va más allá, altas esferas. Ese cómplice de Lupe consiguió unos resultados maravillo- sos. Cuentas de altos cargos en paraísos fiscales. Si la vieja también os investigó a vosotros. Estáis limpios, no te pre- ocupes. Por cierto, yo no fui cómplice del asesinato de Fer.

— ¿Entonces?

— El otro. No lo llegué a conocer.

— ¿Habrá sido quien sacó a Lupe del Pozón?

— Puede. La dejamos bien jodida, y no era ya una niña.

— Si está viva se lo pensará dos veces antes de volver a jo- dernos. ¿Entonces, Mauleón? ¿Es un corrupto?

— Yo diría que fue uno de los que más meaban en el caso de los bebés robados. El Jefe Superior tenía el culo repleto de mierda, pero Mauleón, Marrero, y ahí viene una sorpresa, Rodrigo Solsona.

— ¿El de la tele?

— El tertuliano, sí. Experto en casos de corrupción. Por supuesto, porque es un corrupto también, nos ha jodido. Inspectora Elena Carrasco, ahí tiene argumentos para un nuevo cuento.

— Déjate de cuentos, ya hemos tenido bastante. A Xabi solo le pongo dibujos horribles en la tele, como Peppa Pig, y mira que me cae mal la cerda, pero ni una película Disney en mucho tiempo en casa. Las hemos vetado.

Ambos rieron.

— Pide un vis a vis familiar, vendré con Xabi y con Urko. La tirria que te tenía y ahora el cariño que te ha cogido.

— ¿Y sus padres?

— El padre está histérico, aún tiene dolores y de momento camina en casa y en el jardín. Apenas se puede agachar todavía, se caga en todo porque no puede hacer lo que quiere… En un par de semanas estará bien. Hubo suerte.

— Elena, me alegro mucho de volver a verte. Quería que supieseis que entendería perfectamente que no quisieseis volver a verme ni saber más de mí. Y por supuesto, lo respetaría.

— Lo siento, hermanito, pero si no me hubieses contado nada, entonces me importaría tres bledos. Pero ahora es demasiado tarde, ya eres familia.

— ¿No me guardáis rencor?

— Ninguno. Pero necesito saber una cosa. Me pegaste un pu- ñetazo. Dolió. Cabrón.

— Puff, fue personal, lo siento. Ahora sabes mi historia, lo entenderás.

— Reconozco que lo gané a pulso, soy un poco tocapelo- tas —la mujer rió—, bastante hija de puta a veces. Pero necesito saberlo. ¿Qué pasó cuando quedé inconsciente? Tenías tú el frasco de arsénico.

— Te reirías de mí. Te dije que no era un asesino. Cómplice sí. Asesino no.

— Sí, lo recuerdo, ¿pero y entonces? Cuando desperté Herminia ya estaba muerta.

— Lupe condujo aquella noche. Conocía esa zona, no ca- bía duda, con la niebla que hacía y ella era como si se conociese a la perfección la carretera. Me insistió, Herminia nos separó, debe morir. Yo sentí ira, pero llegado el momento no pude hacerlo. Ella esperó en el coche, y como no cumplí, me echó en cara lo maricón que soy, me quitó el frasco y me pidió la jeringuilla. Salió del coche directa hacia vosotras. Yo la seguí, pero antes, en el coche, te escribí la nota. No me fiaba de ella, y no quería que te ocurriese nada. Cumplió con lo que yo no había hecho y marchó refunfuñando, yo dejé el post it y fui tras ella.

— Estas últimas semanas he pensado mucho en aquella noche. Por alguna razón supe que no me mataría, al igual que la noche en la Catedral. En Covadonga…

Un funcionario de prisiones pasó por el pasillo del locutorio pidiendo que terminasen ya.

— Elena, ¿Vendrás al juicio?

— Espero que sí, pero aún queda mucho, estás en prisión permanente, la justicia en España es muy lenta. Aunque eso ya lo sabe usted, señoría.

— No volveré a ejercer, lo asumo y soy consciente, es un precio que ya supe que pagaría. ¿Tú qué vas a hacer?

— Vivir, Emilio. Vivir.


CENTRO PENITENCIARIO
DE ASTURIAS